Jacques Bénigne Bossuet

DISCURSO SOBRE LA HISTORIA UNIVERSAL

CLÁSICOS DE HISTORIA 128

JACQUES BÉNIGNE BOSSUET

DISCURSO
SOBRE LA HISTORIA UNIVERSAL

TRADUCCIÓN DE ANDRÉS DE SALCEDO

BARCELONA 1852

AL SERENÍSIMO SEÑOR DELFÍN
DESIGNIO E INTENTO GENERAL DE LA OBRA.

Aun cuando fuese inútil la historia a los demás hombres, sería necesario hacerla leer a los príncipes; porque no hay mejor medio para descubrirles lo que pueden las desordenadas pasiones, los intereses, los tiempos y las coyunturas, los buenos y los malos consejos. Sólo están compuestas las historias de las acciones que ordinariamente les ocupan: cuanto hay en ellas, parece que está hecho para su uso. Y si la experiencia les es tan necesaria para adquirir aquella reflexionada prudencia que hace reinar bien, nada habrá más útil a su instrucción, que juntar con los ejemplos de los siglos pasados, las cotidianas experiencias que adquieren; y así, no aprenderán a juzgar, como ordinariamente sucede, a costa de sus vasallos y de su propia gloria, de los peligrosos accidentes que les ocurren. Con el socorro de la historia forman su juicio sobre los sucesos pasados, sin que nada aventuren; y cuando ven hasta los vicios más ocultos de los príncipes, expuestos a la vista de todos los hombres, desvanecidas las falsas alabanzas que les dan mientras viven; se avergüenzan de aquella vana complacencia que les causa la adulación, y conocen que sólo con el mérito puede concordar la verdadera gloria.

Fuera de que sería cosa torpe, no digo en un príncipe, sino generalmente en cualquier hombre de calidad, ignorar el ser del género humano, y las mudanzas memorables que ha producido en el mundo el curso de los tiempos. Si no se aprende de la historia a distinguirlos, se representarán los hombres debajo de la ley natural o de la escrita, como se hallan debajo de la evangélica; se hablará de los persas vencidos por Alejandro, como de los persas victoriosos, dominándolos Ciro; se hará a la Grecia tan libre en tiempo de Felipo, como en el de Temístocles, o Milcíades; al pueblo romano tan altivo en tiempo de los emperadores, como en el de los cónsules; a la Iglesia tan tranquila en el de Diocleciano, como en el de Constantino; y a la Francia agitada de guerras civiles en los de Carlos IX y Enrique III tan poderosa como en el de Luis XIV, en que reunida debajo de tan gran rey, triunfa ella sola del resto de la Europa.

Para evitar estos inconvenientes ha leído V. A. tantas historias antiguas y modernas. Fue necesario que primero leyese en la Escritura la historia del pueblo de Dios, que es el fundamento de la Religión. No se le ha dejado ignorar la historia griega, ni la romana; y como la más importante a V. A., se le ha hecho ver con cuidado la de este gran reino, cuya felicidad está afianzada en su obligación. Pero temiendo que estas y otras que aun debe V. A. saber, puedan confundirse en su memoria, nada me ha parecido más necesario que representarle con distinción, aunque en epílogo, toda la serie de los siglos.

Es este modo de historia universal respecto de las de cada país y cada pueblo, lo que un mapa general respeto de los particulares. En estos ve V. A. toda la descripción de un reino o provincia reducida a sí misma. En los universales aprende a situar estas partes de mundo dentro de su todo: conoce lo que es París, o la isla de Francia en el reino, lo que es el reino en Europa, y lo que es Europa en el universo.

Así las historias particulares representan la continuación de las cosas sucedidas a un pueblo en la descripción individual de todas ellas; pero es necesario, para entenderlo todo, saber la conexa relación que pueda hacer a las otras cada historia, lo cual se logra por medio de un compendio, en que en un instante examina la vista todo el orden de los tiempos.

Este compendio propone a V. A. un gran espectáculo. Ve en él V. A. desenvolverse todos los siglos (para decirlo así), en pocas horas delante de sus ojos; mira cómo se suceden los imperios unos a otros, y cómo se sostiene igualmente la Religión en sus diferentes estados, desde el principio del mundo hasta nuestro tiempo.

La continuación, pues, de estas dos cosas, quiero decir de la Religión y de los imperios, es la que debe V. A. imprimir en su memoria; y como la Religión y el gobierno político son los dos polos en que giran las cosas humanas, el ver todo lo que conduce a ellas reducido a epílogo breve, y descubrir por este medio todo su orden y continuación, es comprender todo lo grande que hay entre los hombres, y tener (para decirlo así), el hilo de todos los sucesos del universo.

A la manera, pues, que considerando un mapa universal, sale V. A. del país en que ha nacido, y del lugar que le contiene, para recorrer toda la tierra habitable, la cual con todos sus mares y países abraza V. A. con el pensamiento; así considerando el epítome cronológico sale V. A. de los estrechos límites de su edad, y se extiende por todos los siglos.

Pero, como para ayudará la memoria, se retienen en ella ciertas ciudades principales, en cayos contornos su sitúan otras, cada una según su distancia, es del mismo modo necesario en el orden de los siglos, tener ciertos tiempos señalados con algún suceso extraordinario a que haga relación todo lo restante.

Llámase esto época de una palabra griega que significa detenerse; porque allí se para a fin de considerar como desde un lugar de reposo, todo lo que antes o después ha sucedido, y evitar de esta suerte los anacronismos, que son aquel linaje de errores que hacen confundir los tiempos.

Es desde luego preciso aplicarse a poco número de épocas, como son en la ley antigua, Adán o la creación, Noé o el diluvio, la vocación de Abraham o el principio de la alianza de Dios con los hombres, Moisés o la ley escrita, la toma de Troya, Salomón o la fundación del Templo, Rómulo o Roma fundada, Ciro o el pueblo de Dios librado del cautiverio de Babilonia, Escipión o Cartago vencida, el nacimiento de Jesucristo, Constantino o la paz de la Iglesia, Carlomagno o el establecimiento del nuevo imperio.

Esta última propongo a V. A. como fin de la historia antigua, porque allí verá del todo fenecido el antiguo imperio romano, y por eso le detengo en un punto tan considerable de la Historia Universal. Su continuación ofrezco a V. A. en la segunda parte, la cual le conducirá hasta el siglo que vemos ilustrado con las acciones inmortales del Rey su padre, y a quien el constante ardimiento que muestra V. A. en imitar un ejemplo tan grande, hace esperar nuevos esplendores.

Después de haber explicado a V. A. en general el designio de esta obra, debo hacer tres cosas, para sacar de ella toda la utilidad que me prometo.

Es primeramente necesario, que yo recorra con V. A. todas las épocas que le he propuesto, y que señalándole en pocas palabras los principales sucesos que a cada una de ellas pertenecen, acostumbre su entendimiento a colocarlos en su lugar, sin atender en esto a otra cosa que al orden de los tiempos. Pero, como mi principal intención es hacer observar a V. A. en la sucesión de ellos la de la Religión, y la de los grandes imperios; después de haber hecho ir juntos, según el curso de los años, los hechos que miran a ambas cosas, repetiré particularmente, y con las reflexiones necesarias, primero los que nos manifiestan la duración perpetua de la Religión, y después los que nos descubren las causas de las grandes mutaciones sucedidas en los imperios.

No habrá después parte alguna de la historia antigua que lea V. A. que no ceda en su provecho; ni acaecimiento, de que no advierta las consecuencias. Admirará V. A. la continuación de los consejos de Dios en los sucesos de la Religión; verá también el encadenamiento de los negocios humanos, y conocerá de esto con cuánta reflexión y previsión deben gobernarse.

PRIMERA PARTE
LAS ÉPOCAS

ÉPOCA PRIMERA
Adán o la Creación.—Primera edad del mundo.

La primera época presenta desde luego a V. A. un admirable, grande espectáculo. Pues le representa a Dios, que crea el cielo y la tierra con su palabra, y que hace al hombre a imagen suya. Desde aquí empieza Moisés, el más antiguo de los historiadores, el más sublime de los filósofos, y el más sabio de los legisladores.

Este es el fundamento[1] que pone así de su historia, como de su doctrina y de sus leyes. Después nos hace ver a todos los hombres contenidos en un hombre solo, y su misma mujer sacada de él; la concordia de los matrimonios y la sociedad del género humano, establecida sobre este fundamento; la perfección y el poder del hombre, en tanto que lleva en su total integridad la imagen y semejanza de la divinidad; su inocencia, y juntamente su felicidad en el paraíso, cuya memoria se ha conservado en la edad de oro de los poetas; el precepto divino dado a nuestros primeros padres; la malicia del espíritu tentador, y su aparición debajo de la figura de serpiente; la caída de Adán y Eva, funesta a toda su posteridad; el primer hombre justamente castigado en todos sus hijos, y el género humano maldito de Dios; la primera promesa de la redención, y la victoria futura de los hombres contra el demonio, autor que había sido de su ruina.

Empieza[2] la tierra a llenarse de gentes, y los delitos se aumentan. Caín, primer hijo de Adán y Eva, hace ver al mundo recién nacido la primera acción trágica con el fratricidio; y desde entonces empieza la virtud a ser perseguida del vicio. Allí se descubren las costumbres contrarias de los dos hermanos; la inocencia de Abel, su vida pastoril y sus ofrendas agradables a Dios; las de Caín desechadas; su avaricia, su impiedad, su fratricidio, y la envidia, madre de los homicidios; el castigo de este delito; la conciencia del fratricida, agitada de continuos temores; la primera ciudad fundada por este impío malhechor, que se buscaba un asilo contra el odio y horror del género humano; la invención de algunas artes por sus hijos, y la espantosa malignidad del corazón humano, inclinado siempre a hacer mal; la posteridad de Seth, fiel a Dios, en medio de aquella depravación; el piadoso Enoch[3] milagrosamente sacado del mundo, que no era digno de poseerle; la distinción de los hijos de Dios de entre los hijos de los hombres; esto es, de los que vivían según el espíritu, de entre los que vivían según la carne; la mezcla de ellos y la corrupción universal del mundo; la ruina de los hombres resuelta por justo juicio de Dios; su enojo anunciado, a los pecadores por su siervo Noé[4]; su impenitencia, y su dureza castigadas en fin con el diluvio; Noé y su familia reservados para la reparación del linaje humano[5].

Esto es cuanto sucedió en 1656 años, y este es el principio de todas las historias, en que se descubren la omnipotencia, la sabiduría y la bondad de Dios; la inocencia feliz bajo de su protección; su justicia en castigar los delitos, y al mismo tiempo su paciencia en esperar la conversión de los pecadores; la grandeza y dignidad del hombre en su institución primera; el infecto natural del género humano después de su corrupción; el maligno genio de la envidia, y las causas secretas de las violencias y de las guerras, que son en suma todos los fundamentos de la religión y la

1 Año 1 del mundo; 4004 antes de J.C.
2 Año 129; 3875 a. C.
3 Año 987; 3017 a. C.
4 Año 1516; 2408 a. C.
5 Año 1656; 2348 a. C.

moral.

Noé con el género humano conservó las artes, tanto las que servían de fundamento a la vida, y que los hombres sabían desde su origen, como las que después habían inventado. Las primeras que desde luego aprendieron, y verosímilmente de su Creador, fueron la agricultura, el arte pastoril, la de vestirse, y quizá la de albergarse; así vemos en el Oriente su principio, hacia la parte de donde se fue derramando el linaje humano.[6]

Hállase en todo el mundo la cierta tradición del diluvio universal; y en todos tiempos ha sido célebre en el Oriente la figura de la Iglesia, el arca, en que los residuos del género humano se salvaron; particularmente en aquellos lugares en que después del diluvio se detuvo: otras muchas circunstancias de esta famosa historia se hallan señaladas en los anales y tradiciones de los pueblos antiguos; y todo concuerda, cuanto podía esperarse de antigüedad tan remota.

ÉPOCA SEGUNDA.
Noé o el Diluvio.—Segunda edad del mundo.

Al diluvio sucedieron inmediatamente la declinación de la vida humana, la mudanza en el modo de vivir, y nuevos alimentos sustituidos a los frutos de la tierra; algunos preceptos dados a Noé, viva voz solamente; la confusión de las lenguas, sucedida en la torre de Babilonia, primer monumento de la soberbia y de la flaqueza de los hombres; el repartimiento de los tres hijos de Noé, y la primera distribución de la tierra.[7]

La memoria de estos tres primeros autores de las naciones y pueblos se ha conservado siempre entre los hombres. Jafet, que pobló la mayor parte del Occidente, ha sido en él siempre célebre bajo el famoso nombre de Jafet. Cam y su hijo Canaán no han sido menos conocidos entre los egipcios y fenicios; y la memoria de Sem ha durado siempre en el pueblo hebreo, que de él reconoce su origen.

Poco después de este primer repartimiento del linaje humano, Nembrod, hombre feroz, se hace por su genio altivo el primero de los conquistadores; tal es el origen de las conquistas. Establece su reino en Babilonia en el mismo lugar en que se había dado principio a la torre, y elevádola a muy grande altura, aunque no tanta como deseaba la vanidad humana. Cerca de este tiempo fue Nínive fundada[8] y algunos reinos antiguos establecidos, pero muy pequeños por entonces; pues en solo Egipto se hallan cuatro dinastías o principados, la de Tebas, la de Tin, la de Menfis, y la de Tanis que era la capital del Egipto bajo. A este tiempo también se puede atribuir el principio de las leyes y policía de los egipcios, el de sus pirámides todavía permanentes, y el de las observaciones astronómicas así de estos pueblos como de los caldeos. Y hasta él[9] se ve asimismo que suben, no más arriba, las que los propios caldeos (que quiere decir sin controversia los primeros observadores de los astros) dieron en Babilonia a Calístenes para Aristóteles.

Comienza todo; nada de lo criado deja de tener principio, debido a Dios; y no hay historia antigua en que no se descubran, no solo en aquellos primeros tiempos, sí aun mucho después, vestigios manifiestos de la novedad del mundo. Se ven establecerse las leyes, pulirse las costumbres y formarse los imperios. El género humano sale poco a poco de la ignorancia; la experiencia le instruye, y las artes se inventan o se perfeccionan. Al paso que los hombres se multiplican, se va poblando sucesivamente la tierra; se pasan los montes y los precipicios; se atraviesan los ríos, y en fin los mares; se establecen nuevas habitaciones. La tierra, que sólo era en su principio una selva inmensa, recibe nueva forma; los bosques talados dan lugar a los campos, a las dehesas, a las

6 Año 1658; 2348 a. C.
7 Año 1657-1757; 2347-2247 a. C.
8 Año 1757; 2247 a. C.
9 Año 1771; 2233 a. C.

aldeas, a los lugares, y en fin a las ciudades. Se aprende a cazar algunos animales, a domesticar otros y acostumbrarlos al servicio. Fue necesario al principio combatir con las fieras, en cuyas guerras se señalaron los primeros héroes, y ellas hicieron inventar las armas, que después convirtieron los hombres contra sus semejantes. Nembrod, el primer guerrero y el primer conquistador, es llamado en la Escritura *un gran cazador*. Con los animales supo también el hombre endulzar los frutos y las plantas, ablandó hasta los metales para su uso, y poco a poco se hizo servir de toda la naturaleza. Pero como es verosímil que obligase entonces el tiempo a inventar muchas cosas, lo es también que hiciese olvidar otras, por lo menos a la mayor parte de los hombres. Las primeras artes que había Noé conservado, y que se ven siempre florecer en aquellos parajes donde se hizo el primer establecimiento del linaje humano, se fueron perdiendo al paso que se alejó de ellos, y fue necesario con el tiempo volver a aprenderlas o que las llevasen a los demás que las ignoraban los que las habían conservado.[10] Por eso vemos que todo viene de aquellas tierras siempre habitadas, donde los fundamentos de las artes permanecieron en su ser, y que también en ellas muchas cosas importantes todos los días se aprendían. Conservóse allí el conocimiento de Dios y la memoria de la creación; pero se iba poco a poco debilitando. Las antiguas tradiciones se olvidaban y se oscurecían; las fábulas que les sucedieron, sólo retenían de ellas unas toscas ideas; las falsas deidades se multiplicaban, y eso causó la vocación de Abraham.

ÉPOCA TERCERA.
La vocación de Abraham.—Tercera edad del mundo.

Cuatrocientos veinte y seis años después del diluvio, como fuesen los pueblos cada uno por.el camino de su corrupción, y olvidasen a su Creador, este gran Dios por embarazar el progreso de tan gran mal, empezó a separar y reservar para sí un pueblo escogido de en medio de ella. Fue Abraham elegido[11] para ser la cabeza y padre de todos los creyentes. Llamóle Dios a la tierra de Canaán donde quería establecer su culto, y a los hijos de este patriarca, a quienes había resuelto multiplicar como las estrellas del cielo y las arenas del mar. A la promesa que le hizo de dar esta tierra a sus descendientes, añadió una cosa de mucho mayor gloria, que fue aquella gran bendición que había de difundirse sobre todos los pueblos del mundo, en Jesucristo, nacido de su estirpe. Este mismo Jesucristo es a quien honra Abraham en la persona del sumo pontífice Melquisedec, que le representa; este es a quien paga la décima de los despojos que ha ganado de los reyes vencidos, y este es de quien recibe la bendición. Entre riquezas inmensas, y con un poder que igualaba con el de los reyes, conservó Abraham las costumbres antiguas. Tuvo siempre una vida sencilla y pastoril, sin que dejase de estar acompañada de la magnificencia que este patriarca hacía principalmente lucir, ejercitando con todos la hospitalidad. El cielo le dio huéspedes, los ángeles le revelaron los consejos de Dios, él los creyó, y en todo se mostró lleno de fe y de piedad.[12]

En su tiempo Inaco, el más antiguo de todos los reyes conocidos de los griegos, fundó el reino de Argos[13]. Después de Abraham hallamos a su hijo Isaac y a su nieto Jacob, imitadores de su fe y de su sencillez en la propia vida pastoril. Reitérales también Dios las mismas promesas que había hecho a su padre, y les conduce como a él en todas sus cosas. Isaac bendice a Jacob en perjuicio de Esaú, su hermano primogénito, y aunque en la apariencia engañado, ejecuta en efecto los consejos de Dios; porque Jacob, a quien protegía en todo, era ventajoso a Esaú. Un ángel, con quien tuvo una lucha llena de misterios, le dio el nombre de Israel, por cuya razón son llamados sus hijos israelitas. De él nacieron los doce patriarcas, padres de las doce tribus del pueblo hebreo; entre ellos Leví, de quien habían de salir los ministros de las cosas sagradas; Judas, de quien había de descender con el

10 Año 1771; 2233 a. C.
11 Año 2083; 1921 a. C.
12 Año 2148; 1856 a. C.
13 Año 2148; 1856 a. C.

linaje real, Jesucristo, Rey de los reyes y Señor de los señores; y José, el más amado de Jacob entre todos sus hijos. Allí se declaran nuevos secretos de la Providencia divina. Primeramente se ven la inocencia y la sabiduría del joven José, siempre enemiga de los vicios, y cuidadosa de reprimirlos en sus hermanos; sus sueños misteriosos y proféticos; sus hermanos envidiosos; y la envidia, causa segunda vez de intentar un fratricidio[14]: la venta de este grande hombre; la fidelidad que guarda a su amo, y su castidad admirable; las persecuciones que ésta le ocasiona; su prisión y su constancia[15]; sus predicciones, su liberación milagrosa; aquella famosa explicación de los sueños de Faraón[16]; el mérito de tan grande hombre reconocido; su genio elevado y justo, y la protección de Dios, que le hace dominar en cualquiera parte que se halla; su previsión, sus sabios consejos, y su poder absoluto en el reino del Egipto bajo; por este medio la salud de su padre Jacob y de su familia. Así esta casa amada de Dios se estableció en aquella parte del Egipto, cuya capital era Tanis, y cuyos reyes todos tomaban el nombre de Faraón. Muere Jacob, y poco antes hace aquella célebre profecía[17], en que revelando a sus hijos el estado de su posteridad, descubre en particular a Judas los tiempos del Mesías que había de descender de su estirpe. Hácese en poco tiempo un gran pueblo la familia de este patriarca; esta prodigiosa multiplicación excita los celos de los egipcios, y los hebreos son injustamente odiados y despiadadamente perseguidos. Hace Dios nacer[18] a Moisés su libertador, a quien libra de las aguas del Nilo. y quede en las manos de la hija de Faraón; críale ella como a hijo suyo y hace instruirle en toda la sabiduría de los egipcios.

En estos tiempos[19] se establecieron los pueblos de Egipto en diversas partes de la Grecia. La colonia que de él condujo Cécrope fundó doce ciudades, o más propiamente doce poblaciones, de que compuso el reino de Atenas, donde con las leyes de su país estableció los dioses que en él se adoraban. Un poco después sucedió en Tesalia el diluvio de Deucalion, confundido por los griegos con el universal. Heleno, hijo de Deucalion, reinó en Fecia país de la Tesalia, y dio su nombre a la Grecia, cuyos pueblos, llamados antes griegos, tomaron siempre el de helenos, bien que los latinos les conservaron su antiguo nombre. Cerca de este tiempo Cadmo, hijo de Agenor, trasportó a Grecia una colonia de fenicios, y fundó la ciudad de Tebas en la Beocia; con él entraron en la Grecia los dioses de la Siria y de la Fenicia. Entretanto Moisés se adelantaba en edad, y a los cuarenta años de ella[20] despreció las deliciosas riquezas de la corte de Egipto, y penetrado de íntimo dolor a vista de los males de los israelitas sus hermanos cruelmente oprimidos, aventuró su vida por aliviarles. Mas ellos en vez de aprovecharse de su valor y celo, le expusieron al furor de Faraón, que resolvió su ruina. Moisés huyendo de Egipto, se salvó en Arabia en la tierra de Madián, donde su virtud siempre pronta al socorro de los oprimidos le hizo hallar una segura retirada. Perdiendo este grande hombre la esperanza de libertar a su pueblo, o esperando tiempo más oportuno, había pasado cuarenta años[21] apacentando los ganados de su suegro Jetro, cuando vio en el desierto la zarza encendida que no se quemaba, y oyó la voz del Dios de sus padres que volvía a enviarle a Egipto a sacar a sus hermanos de la servidumbre. Allí se manifiestan la humildad, el esfuerzo y los milagros de este legislador divino; la dureza de Faraón y los terribles castigos que Dios le envía; la pascua, y la mañana siguiente el paso del mar Rojo; Faraón y los egipcios sepultados en sus aguas, y la milagrosa liberación de los israelitas.

---

14 Año 2276; 1728 a. C.
15 2287; 1217 a. C.
16 2289; 1715 a. C.
17 2315; 1689 a. C.
18 2433; 1571 a. C.
19 2448; 1556 a. C.
20 2473; 1531 a. C.
21 2513; 1491 a. C.

ÉPOCA CUARTA.
Moisés o la Ley escrita.

Empiezan los tiempos de la ley escrita. Fue esta dada a Moisés 430 años después de la vocación de Abraham, 856 después del diluvio y el mismo año que salieron de Egipto los hebreos; cuya data es notable[22], porque sirve para señalar todo el tiempo que corre desde Moisés hasta Jesucristo. Ha sido todo este tiempo llamado tiempo de la ley escrita, para distinguirlo del precedente que se llama de la ley natural, en que los hombres sólo se gobernaban por la razón natural y por las tradiciones de sus antepasados.

Habiendo, pues, Dios libertado a su pueblo de la tiranía de los egipcios para conducirle a la tierra donde quiere ser servido, le propone antes de establecerle en ella la ley a que debía arreglar sus operaciones. Escribe de su propia mano en dos tablas que da a Moisés el fundamento de esta ley, que es la del decálogo o los diez preceptos, que contienen los primeros principios del culto de Dios y de la sociedad humana. Dicta al mismo Moisés otros preceptos con que establece el Tabernáculo figura del tiempo futuro, como lo era de la Iglesia de Jesucristo, en cuanto comprende a la Iglesia militante en la tierra y a la triunfante en el cielo; el Arca, escabel de los pies de Dios, figura de la congregación de los bienaventurados, en la cual Dios se manifestaba por sus oráculos, y en que las tablas de la ley estaban escritas; la exaltación de Aarón, hermano de Moisés; el sumo sacerdocio o pontificado, dignidad única dada a él y a sus hijos; las ceremonias de su consagración y la forma de sus misteriosas vestiduras; las funciones de los sacerdotes hijos de Aarón, las de los levitas, con otras observancias de la religión; y lo que es más admirable, las reglas de las buenas costumbres, la policía y el gobierno de su pueblo escogido, de quien él mismo quiere ser el legislador. Esto es todo lo notable que contiene la ley escrita. Después se ve el viaje continuado por el desierto; las rebeliones, las idolatrías, los castigos, las desolaciones del pueblo de Dios, a quien este legislador omnipotente forma poco a poco por este medio; la consagración de Eleázaro sumo pontífice, y la muerte de su padre Aarón[23]; el celo de Finees hijo de Eleázaro, y el sacerdocio asegurado a sus descendientes por una promesa particular.

Continúan en estos tiempos los egipcios en diversos parajes el establecimiento de sus colonias, principalmente en la Grecia, donde Danao egipcio se hace rey de Argos, desposeyendo a los antiguos reyes procedidos de Inaco. Hacia el fin de los viajes del pueblo de Dios por el desierto se ven comenzar los combates, que las oraciones de Moisés hacen felices. Muere él, y deja a los israelitas toda la historia de ellos que diligentemente había formado desde el principio del mundo hasta su propio fallecimiento. Continuóse por. orden de Josué y de sus sucesores, y fue después dividida en muchos libros, de donde nos vinieron el de Josué, el de los Jueces, y los cuatro de los Reyes que tenemos. La historia que había Moisés escrito, en que toda la ley estaba comprendida, fue también dividida en cinco libros llamados Pentateuco, que son el fundamento de la Religión. 25gg Después de la muerte del hombre de Dios[24] se hallan las guerras de Josué, la conquista y repartimiento de la Tierra Santa, y las rebeliones del pueblo, diversas veces castigado y restablecido. Allí se ven las victorias de Othonielo que le libra de la tiranía 1312de Cusan rey de Mesopotamia, y ochenta años después la de Aod contra Eglon rey de Moab. Cerca de este tiempo Pelope frigio, hijo de Tántalo, reina en el Peloponeso y da su nombre a este famoso país, y Belo, rey de los caldeos, recibe de estos pueblos honores divinos. Recaen los ingratos israelitas en la servidumbre. Sujetólos Jabin rey de Canaán; pero Débora la profetisa que juzgaba al pueblo, y Barac hijo de Abinoam derrotan a Sisara general de las armas de aquel rey. Treinta años después Gedeón victorioso sin pelear, persigue y abate a los madianitas.[25] Abimelec su hijo usurpa la

---

22 2513; 1491 a. C.
23 2553; 1451 a. C.
24 2559; 1445 a. C.
25 2719; 1283 a. C.

autoridad con la muerte de sus hermanos, la ejerce tiránicamente, y al fin la pierde con la vida. Jefte[26] ensangrienta su victoria con un sacrificio, que sólo puede hacerle excusable una orden secreta de Dios, de que no tenemos luz alguna.

Suceden en este siglo cosas muy considerables entre los gentiles. Porque siguiendo el cómputo de Heródoto, que parece el más exacto, es menester colocar en estos tiempos y en el de Débora[27], quinientos y catorce años antes de Roma, a Nino hijo de Belo, y la fundación del primer imperio de los asirios. Fue la silla de él establecida en Nínive, ciudad antigua y ya célebre, pero adornada e ilustrada por Nino. Los que dan 1300 años a los primeros asirios, se fundan en la antigüedad de ella, y Heródoto que no les da sino 600 habla solo de la duración del imperio que empezaron a extender en el Asia mayor, bajo la dominación de Nino hijo de Belo. Un poco después durante el reinado de este conquistador, tiene su lugar la fundación o renovación[28] de la antigua ciudad de Tiro, a quien sus navegaciones y colonias hacen tan célebre.

Algún tiempo después de Abimelec se encuentran los famosos combates de Hércules hijo de Amfitrión, y los de Teseo rey de Atenas, el cual compuso una ciudad sola de las doce poblaciones de Cécropes, y dio mejor forma al gobierno de los atenienses. En tiempo de Jefté, y en tanto que Semíramis viuda de Nino y tutora de Ninyas engrandecía el imperio de los asirios con sus conquistas, la célebre ciudad de Troya, ocupada ya una vez por los griegos en tiempo de Laomedonte tercer rey de ella, fue en el de Príamo su hijo, después de un sitio de diez años, reducida a cenizas por la misma nación.[29]

ÉPOCA QUINTA.
La toma de Troya.—Cuarta edad del mundo.

Esta época de la toma de Troya, sucedida cerca del año 308 después de la salida de Egipto y 1164 después del diluvio, es digna de consideración, así por la importancia de tan gran suceso celebrado por los dos mayores poetas de Grecia e Italia, como porque se puede referir a esta data todo lo más notable que hay en los tiempos llamados fabulosos o heroicos; fabulosos por las fábulas en que están envueltas las historias de ellos, y heroicos por aquellos que los poetas han llamado hijos de los dioses y héroes, cuyas vidas no están distantes de esta empresa; porque en tiempo de Laomedonte padre de Príamo, florecían todos los héroes del vellocino de oro, Jasón, Hércules, Orfeo, Cástor con Polux y los demás de quienes tiene V. A. noticia, y en el del mismo Príamo durante el último sitio de Troya, se ven los Aquiles, los Agamenones, los Menelaos, los Ulises, Héctor, Sarpedón hijo de Júpiter, Eneas hijo de Venus, a quien los romanos reconocen por su fundador; y tantos otros de quienes se glorían descender familias ilustres y naciones enteras. Esta época, pues, es propia para reunir todo lo que los tiempos fabulosos tienen de más cierto y más famoso.

Pero lo que se ve en la Sagrada Escritura es de todos modos más notable: la fuerza prodigiosa de un Sansón[30] y su pasmosa flaqueza; Helí sumo pontífice[31], venerable por su piedad, y desgraciado por el crimen de sus hijos; Samuel juez irreprensible[32] y profeta escogido de Dios para consagrar a los reyes; Saúl el primer rey del pueblo de Dios, sus victorias, su presunción en sacrificar sin los sacerdotes, su desobediencia mal escusada con el pretexto de religión, su reprobación, su caída funesta. Por este tiempo Codro, rey de Atenas, se sacrifica a la muerte por la

26 2718-2817; 1236-1187 a. C.
27 2837; 1167 a. C.
28 2852; 1152 a. C.
29 2820; 1184 a. C.
30 2887: 1117 a. C.
31 2888; 1116 a. C.
32 2909; 1095 a. C.

salud de su pueblo, dejándole con ella victorioso[33]. Sus hijos Medón y Nileo disputaron entre sí la corona, y con esta ocasión los atenienses anularon la dignidad real y declararon a Júpiter por único rey de Atenas, crearon gobernadores o presidentes perpetuos, pero sujetos a dar cuenta de su administración. Estos magistrados fueron llamados arcontes, y Medón hijo de Codro fue el primero que ejerció esta dignidad, la cual permaneció largo tiempo en su familia. Los atenienses esparcieron sus colonias por aquella parte del Asia menor que fue llamada Jonia. Las Eolias se formaron casi en el mismo tiempo[34], y toda el Asia menor se llenó de ciudades griegas.

Después de Saúl se deja ver David, aquel famoso pastor vencedor del fiero Goliat y de todos los enemigos del pueblo de Dios, gran rey, gran conquistador, gran profeta, digno de cantar las maravillas de la omnipotencia divina; hombre en fin según el corazón de Dios, como él mismo se nombra, y que por su penitencia ha hecho convertir hasta su mismo delito en gloria de su Creador. A este piadoso guerrero sucedió Salomón su hijo, sabio, justo, pacífico, cuyas manos nada ensangrentadas, fueron juzgadas dignas de edificar el templo de Dios.

ÉPOCA SEXTA.
Salomón o el templo edificado.—Quinta edad del mundo.

Cerca del año de 3000 del mundo, en el de 488 después de la salida de Egipto, y por ajustar los tiempos de la historia santa a los de la profana, 180 años después de la ruina de Troya, 230 antes de la fundación de Roma, y 1000 años antes de Jesucristo, acabó Salomón de fabricar aquel portentoso edificio, cuya dedicación celebró con una piedad y magnificencia extraordinaria. Fue esta acción prodigiosa seguida de otras maravillas que sucedieron en su reinado, cuyo fin desacreditaron sus vergonzosas fragilidades Abandónase al amor de las mujeres, su entendimiento se entorpece, su corazón se afemina, y su piedad degenera en idolatría. Dios justamente irritado, aunque en memoria de su siervo David le eximió del castigo, no quiso dejar enteramente sin él su grande ingratitud, y dividió su reino después de su muerte, bajo del gobierno de Roboam su hijo[35]. El orgullo brutal hizo perder a este joven príncipe diez tribus, que Jeroboam separó de su Dios y de su rey; y temiendo el mismo Jeroboam que se volviesen al dominio de los reyes de Judá, prohibió que fuesen a sacrificar al templo de Jerusalén, y erigió los becerros de oro, dándoles el nombre de dios de Israel a fin de que pareciese menos extravagante la mudanza. La misma razón le hizo retener la ley de Moisés, aunque interpretándola a su modo; pero hacía observar casi toda la policía, tanto civil como religiosa, de manera que el Pentateuco fue siempre venerado de las tribus separadas.

Así fue erigido el reino de Israel contra el de Judá. En aquel triunfaron la impiedad y la idolatría; en este, aunque oscurecida frecuentemente la religión, no dejó siempre de conservarse. Eran poderosos en estos tiempos los reyes de Egipto, porque los cuatro reinos se habían reunido bajo el de Tebas. Créese que Sesostris, aquel famoso conquistador de los egipcios, es el Sesac rey de Egipto[36] de quien Dios se sirvió para castigar la impiedad de Roboam. En el reinado de Abías, hijo de Roboam, se ve la famosa victoria que le alcanzó su piedad contra las tribus cismáticas. A su hijo Asa, cuya piedad alaba la Escritura, también nota de haber en sus enfermedades atendido más a los socorros de la medicina que a la bondad de su Dios. En su tiempo[37] Amri, rey de Israel, fabricó a Samaria, donde estableció la silla de su reino.

Sigue a este tiempo el reinado admirable de Josafat[38], en que florecen la piedad, la justicia, la

33 2909; 1095 a. C.
34 2949; 1055 a. C.
35 3001-3029; 1003-975 a. C.
36 3033; 971 a. C.
37 3080; 924 a. C.
38 3090-3105; 914-899 a. C.

navegación y el arte militar. Entretanto que este sabio rey en su persona hacía ver al reino de Judá otro David, por el contrario Acab y su mujer Jezabel que reinaban en Israel, juntaban con la idolatría de Jeroboam todas las impiedades de los gentiles. Ambos perecieron miserablemente; porque Dios que había tolerado sus idolatrías, resolvió vengar de ellos la sangre de Nabot, a quien habían hecho morir, por haber este rehusado, en conformidad de la ley de Moisés, venderles en perpetuidad la heredad de sus padres.[39] Fuéles pronunciada la sentencia por boca del profeta Elías, y algún tiempo después Acab, muerto sin embargo de las precauciones que había tomado para librarse. Es necesario situar hacia este tiempo[40] la fundación de Cartago, que Dido, venida de Tiro, fabricó en un lugar, en que a ejemplo de ella pudiese comerciar con ventaja y aspirar al imperio del mar. Es difícil señalar el tiempo en que tomó forma de república, la cual como estaba mezclada de tirios y africanos, fue juntamente guerrera y mercantil. Los historiadores antiguos, que ponen su origen antes de la ruina de Troya, dan motivo para conjeturar que Dido sólo la aumentó y fortificó, pero que no puso los fundamentos de ella.

Mudaron las cosas de semblante en el reino de Judá[41], porque Athalia, hija de Acab y de Jezabel, llevó consigo la impiedad a la casa de Josafat; y Joram, hijo de un príncipe tan piadoso, quiso más imitar a su suegro que a su padre[42]. Hizole Dios sentir la fuerza de su poderosa mano; fue corto su reinado, y su fin espantoso. En medio de estos castigos obraba Dios prodigios inauditos en favor también de los israelitas, llamándoles por este medio al arrepentimiento. Vieron estos claramente sin convertirse las maravillas de Elías y Elíseo, que profetizaron durante los reinados de Acab y de cinco sucesores suyos. En este tiempo floreció Homero, y treinta años antes que él Hesíodo. Las costumbres antiguas, que nos representan, y los vestigios que no sin grande esplendor todavía mantienen de la antigua sinceridad, no poco nos sirven para hacernos conocer antigüedades aun mucho más remotas y la divina sencillez de la Escritura. En los reinos de Judá y de Israel se vieron espectáculos asombrosos. Jezabel[43] fue precipitada de orden de Jehú, desde lo alto de una torre, y pisada de los caballos, sin que nada le hubiese servido su prevenido luciente adorno. También hizo Jehú matar a Joram, hijo de Acab, cuya casa quedó enteramente exterminada; y poco faltó para que envolviese en sus ruinas la de los reyes de Judá. El rey Ocosías, hijo de Joram rey de Judá, y de Athalia, fue muerto en Samaria con sus hermanos, como hermano y amigo de los hijos de Acab. Luego que llegó esta noticia a Jerusalén, resolvió Athalia hacer morir el resto de la familia real, sin reservar a sus hijos, sacrificando a su ambición de reinar ella sola, la vida de todos. Sólo Joas, hijo de Ocosías, infante aun en la cuna, fue arrebatado y libre del furor de su abuela. Jesabet, hermana de Ocosías y mujer de Joíada, sumo pontífice, le ocultó en la casa de Dios, y salvó este precioso residuo de la familia de David; quedando Athalia sin temor, por creerle muerto con todos los demás. Por este tiempo daba Licurgo leyes a Lacedemonia. Ha sido reprendido de haberlas ordenado todas para la guerra, a ejemplo de Minos, cuyas instituciones había seguido; y de haber dado poca providencia tocante a la modestia de las mujeres, cuando por hacer soldados obligaba a los hombres a una vida tan laboriosa y templada. No había entretanto en Judea quien inquietase a Athalia, y ya se creía segura con el reinado de seis años; pero Dios le criaba un vengador dentro del sagrado asilo de su templo. Cuando[44] llegó a tocar la edad de siete años, le dio Joíada a conocer a algunos principales cabos del ejército real, cuya confianza cuidadosamente había ganado; y asistido de los levitas, consagró en el templo al joven rey. Todo el pueblo reconoció sin dificultad al heredero de David y de Josafat; y Athalia, que acudió al rumor para disipar la conjuración, fue arrancada del recinto del templo y tratada como sus delitos merecían. Entretanto que Joíada vivió, hizo Joas guardar la ley de Moisés; pero después de la muerte de aquel santo pontífice, corrompido

39 3107-3112; 897-892 a. C.
40 3112; 892 a. C.
41 3116; 888 a. C.
42 3119; 885 a. C.
43 3120; 884 a. C.
44 3126; 878 a. C.

de las lisonjas de sus cortesanos, se abandonó con ellos a la idolatría. Quiso reprenderle[45] el pontífice Zacarías, hijo de Joíada; y Joas, sin acordarse de lo que debía a su padre, mandó apedrearle; pero bien inmediatamente tuvo sobre sí la venganza, porque derrotado el año siguiente por los sirios, cayó en desprecio de los suyos, y asesinado por ellos, fue Amasías su hijo, más digno que él, elevado al trono[46]. El reino de Israel, a quien las victorias de los reyes de Siria y las guerras civiles habían abatido, recobraba sus fuerzas bajo de Jeroboam II[47], más piadoso que sus predecesores. Ozías, o por otro nombre Azarías, hijo de Amasías, no gobernaba con menor gloria el reino de Judá.[48] Este es el famoso Ozías, infecto de la lepra, tantas veces reprendido en la Escritura por haberse atrevido en sus últimos días a ejercer el oficio sacerdotal, y a ofrecer él mismo el incienso sobre el altar de los perfumes, contra la prohibición de la ley. Fue según ella preciso, aunque era rey, suspenderle el ejercicio de su dignidad, y Joatham su hijo, y después su sucesor, gobernó sabiamente el reino. En el reinado de Ozías, los santos profetas, de quienes los principales de aquel tiempo fueron Oseas e Isaías, empezaron a publicar sus profecías por escrito, y en libros particulares, cuyos originales depositaban en el templo, para que sirviesen de monumento a la posteridad. Las profecías de menor extensión, y hechas solamente a viva voz, se registraban, según costumbre, en sus archivos con la historia del tiempo.

Restableciéronse los juegos olímpicos[49], instituidos por Hércules y largo tiempo interrumpidos. De este restablecimiento proceden las olimpíadas, por donde los griegos computaban los años. Este término tienen los tiempos, que Varrón llama fabulosos, porque hasta esta data se hallan las historias profanas llenas de confusión y de fábulas. Desde él tienen principio los tiempos históricos, en que por relaciones más fieles y puntuales se refieren los sucesos del mundo. Es señalada la primera olimpíada por la victoria de Corebe. Renovábanse estas cada cinco años, y después de la revolución de cuatro. Congregada entonces toda la Grecia, primero en Pise y después en Élida, se celebraban aquellos famosos combates en que con aplausos increíbles eran coronados los vencedores; tal es el honor en que estaban aquellos ejercicios y tal el medio con que se hacia la Grecia más fuerte cada día y se pulían sus costumbres. Estaba aun la Italia casi del todo inculta, y los reyes latinos descendientes de Eneas reinaban en Alba. Ful era rey de Asiria. Créesele padre de Sardanápalo, llamado, según la costumbre de los orientales, Sardan Ful, esto es, Sardan hijo de Ful. Créese también, que este Ful o Pul fuese el rey de Nínive que hizo penitencia con todo su pueblo, convertido por la predicación del profeta Jonás. Convidado este príncipe de las disensiones del reino de Israel, iba a invadirle[50]; pero aplacado por Manahem, le aseguró en el trono, que acababa violentamente de usurpar, y recibió en reconocimiento un tributo de mil talentos. En tiempo de su hijo Sardanápalo, y después de Alcmeón, último arconte perpetuo de los atenienses, este pueblo, a quien insensiblemente conducía su genio al estado popular, disminuyó el poder de sus magistrados y redujo a diez años la administración de los arcontes, siendo Carope el primero que la ejerció de este modo. Rómulo y Remo, descendientes de los antiguos reyes de Alba por su madre Ilia, restablecieron en este reino a Numitor su abuelo, a quien había desposeído su hermano Amulio, y después fundaron a Roma en tiempo que Joatham reinaba en Judea.

ÉPOCA SÉPTIMA.
Rómulo, o Roma fundada.

Esta ciudad, que había de ser señora del universo, y después silla principal de la verdadera

45 3164; 840 a. C.
46 3165; 839 a. C.
47 3179; 825 a. C.
48 3194; 810 a. C.
49 3228; 776 a. C.
50 3233; 771 a. C.

Religión, fue fundada[51] al fin del tercer año de la sexta olimpíada, cerca de 430 años después de la toma de Troya, de donde creían los romanos haber salido sus progenitores, y 753 años antes de Jesucristo. Rómulo, criado laboriosamente con los pastores, y siempre en los ejercicios de la guerra, consagró esta ciudad al dios de las batallas, a quien llamaba su padre.

Hacia los tiempos del nacimiento de Roma, la vida torpe y perezosa de Sardanápalo causó la caída del primer imperio de los asirios. Los medos, pueblos belicosos, excitados de los razonamientos de Arbaces, su gobernador, dieron a todos los vasallos de aquel príncipe afeminado, el ejemplo de despreciarle. Todo se sublevó contra él, y en fin pereció en su corte, donde se vio precisado a quemarse con sus mujeres, sus eunucos y sus riquezas. De las ruinas de este imperio se ven levantarse tres grandes reinos. Arbaces u Orbaces, a quien algunos llaman Farnaces, libertó a los medos, que después de una larga anarquía tuvieron muy poderosos reyes. Sucedida la muerte de Sardanápalo[52], se ve salir luego un segundo reino de los asirios, cuya capital permaneció en Nínive; y un reino de Babilonia. Estos dos últimos no son desconocidos a los autores profanos, y son célebres en la historia santa. El segundo reino de Nínive fue fundado por Thilgath o Theglath, hijo de Falasar, llamado por esta razón Theglathfalasar, a quien también se da el nombre de Nino el Joven. Baladan, llamado de los griegos Belesis, estableció el reino de Babilonia, donde es conocido por el nombre de Nabonasar. De allí proviene la era de Nabonasar, célebre para Ptolomeo y los astronómicos antiguos, que computaban los años por el reinado de este príncipe. Es conveniente advertir aquí, que esta palabra *era* significa una numeración de años, comenzada en cierto punto, que algún gran acaecimiento ha hecho señalado. Por estos tiempos[53] Acaz, rey de Judá, impío y malvado, estrechado de Razin rey de Siria, y de Facees, hijo de Romelias, rey de Israel, en vez de recurrir a Dios, que le suscitaba estos enemigos para castigarle, llamó a Theglathfalasar, primer rey de Asiria o de Nínive, que redujo al extremo al reino de Israel y destruyó enteramente el de Siria; pero taló al mismo tiempo el de Judá, que había implorado su asistencia. De esta manera los reyes de Asiria se abrieron el camino de la Tierra Santa, y resolvieron su conquista. Empezaron por el reino de Israel, que Salmanasar, hijo y sucesor de Theglathfalasar, destruyó enteramente[54]. Oseas, rey de Israel, se había fiado en el socorro de Sabacon, o por otro nombre Sua o Soos, rey de Etiopía, que había invadido el Egipto; pero no pudo este poderoso conquistador librarle de las manos de Salmanasar. Las diez tribus, en que el culto de Dios se había extinguido, fueron transportadas a Nínive; y esparcidas entre los gentiles, de tal modo se perdieron, que jamás ha podido descubrirse algún vestigio suyo. Algunos que de ellas quedaron, fueron mezclados entre los judíos, y compusieron una pequeña parte del reino de Judá[55].

En este tiempo sucedió la muerte de Rómulo, habiendo vivido siempre en guerra y siempre victorioso; pero en medio de las guerras puso los fundamentos de la religión y de las leyes. Una larga paz dio medio a Numa, su sucesor, para perfeccionar la obra. Formó la religión y suavizó las costumbres feroces del pueblo romano. En su tiempo[56] las colonias venidas de Corinto, y de otras ciudades de Grecia, fundaron a Siracusa en Sicilia; y a Crotona, Tarento y quizá otras ciudades, en aquella parte de Italia a que muchas colonias griegas antiguas esparcidas por todo el país, habían ya dado el nombre de la grande Grecia.

Entretanto Ezequías, el más piadoso y justo de todos los reyes después de David, reinaba en Judea[57]. Sitióle en Jerusalén Sennaquerib, hijo y sucesor de Salmanasar, con un inmenso ejército que pereció en una noche a manos de un ángel. Libre Ezequías de un modo tan maravilloso, sirvió a

51 3250; 754 a. C.
52 7 de Roma; 747 a. C.
53 14 de Roma; 740 a. C.
54 33 de Roma; 721 a. C.
55 39 de Roma; 715 a. C.
56 40 de Roma; 714 a. C.
57 44 de Roma; 710 a. C.

Dios con todo su pueblo más fielmente que antes. Pero después de la muerte de este príncipe[58] y de su hijo Manasés, aquel pueblo ingrato olvidó a Dios, y se multiplicaron sus desórdenes. Formábase entonces el estado popular entre los atenienses[59], los cuales comenzaron a elegir anuales los arcontes, y Creón fue el primero. Entretanto que la impiedad se aumentaba en el reino de Judea, el poder de los reyes de Asiria, que debían ser instrumentos de la venganza divina, creció bajo el dominio de Asaraddon[60], hijo de Senaquerib, el cual reunió el reino de Babilonia con el de Nínive, y elevó su imperio en el Asia mayor a la misma grandeza que tuvieron los primeros asirios. En el tiempo de su reinada los cuthenos, pueblos de Asiria, llamados después samaritanos, fueron enviados a habitar en Samaria[61]. Juntaron estos el culto de Dios con el de los ídolos, y obtuvieron de Asaraddon un sacerdote israelita, que les enseñase a servir al Dios del país; esto es, las observancias de la ley de Moisés; que no quiso Dios que su nombre quedase enteramente olvidado en una tierra que había dado a su pueblo, y así dejó allí su ley en testimonio. Pero su sacerdote solamente les dio los libros de Moisés, que las diez tribus rebeladas habían retenido en su cisma: porque las escrituras compuestas después por los profetas, que sacrificaban en el templo, eran entre ellos detestadas; por lo cual aun el día de hoy sólo admiten los samaritanos el Pentateuco de Moisés.

Entretanto que Asaraddon y los asirios se restablecían tan poderosamente en el Asia mayor, comenzaban también los medos a hacerse respetables. Dejoces, su primer rey, nombrado en la Escritura Arfaxad, fundó la soberbia ciudad de Ecbatanes y puso los fundamentos de un grande imperio. Habíanle elevado al trono para coronar sus virtudes y poner fin a los desórdenes que causaba entre ellos la anarquía; y gobernados por tan gran rey, se mantenían contra sus vecinos, más sin extenderse.

Roma también crecía, pero débilmente. En tiempo de Tulio Hostilio[62], su tercer rey, y por el famoso combate de los Horacios y Curiacios fue Alba vencida y arruinada; sus ciudadanos, incorporados a la ciudad victoriosa, la engrandecieron y fortificaron. Rómulo había sido el primero que practicó este medio de aumentarla, recibiendo en ella los sabinos, y otros pueblos vencidos, que olvidándose de su desgracia se hacían afectuosos vasallos. Al paso que Roma se extendía con sus conquistas, arreglaba su milicia; y en tiempo de Tulio Hostilio comenzó a aprender aquella admirable disciplina, que después la hizo señora del universo.

El reino de Egipto, debilitado por sus largas divisiones, se restablecía bajo de Psammético[63]. Este príncipe, que debía su libertad a los jonios y carios, les estableció en Egipto, cerrado hasta entonces a los extranjeros. Con esta ocasión entraron los egipcios en comercio con los griegos; y desde este tiempo la historia de Egipto, mezclada hasta entonces con pomposas fabulas por el artificio de los sacerdotes, empieza también según Heródoto a tener certidumbre. Entretanto[64] los reyes de Asiria se hacían más y más formidables en el Oriente. Saosduchin, hijo de Asaraddon, llamado Nabucodonosor en el libro de Judith, deshizo en formal batalla[65] a Arfaxad, rey de los medos. Desvanecido de este suceso, emprendió la conquista de todo el mundo, y con este designio pasó el Eufrates, y todo lo taló hasta la Judea. Habían los judíos irritado a Dios y abandonádose a ejemplo de Manasés a la idolatría; pero habiendo después hecho penitencia, juntamente con su príncipe, Dios les recibió bajo de su protección; así las conquistas de Nabucodonosor y de Holofernes quedaron de repente detenidas de mano de una mujer insigne. Dejoces, aunque derrotado por los asirios, dejó su reino capaz de que lo engrandeciesen sus sucesores. Entretanto[66]

58 56 de Roma; 698 a. C.
59 67 de Roma; 687 a. C.
60 73 de Roma; 681 a. C.
61 77 de Roma; 677 a. C.
62 83 de Roma; 671 a. C.
63 84 de Roma; 670 a. C.
64 97 de Roma; 657 a. C.
65 98 de Roma; 656 a. C.
66 111 de Roma; 643 a. C.

que Fraortes su hijo, y Ciaxares su nieto, sujetaban a la Persia, y adelantaban sus conquistas en el Asia menor, hasta las riberas del Alis, vio pasar la Judea el reinado 6i3 it3. detestable de Amon, hijo de Manasés; y Josías, hijo de Amon[67], sabio desde su infancia, trabajaba en reparar los desórdenes causados de la impiedad de los reyes sus predecesores.

Roma, que tenía por rey a Anco Marcio, sujetaba bajo de su conducta algunos latinos; y continuando en hacerse ciudadanos de sus enemigos, les encerraba dentro de sus murallas. Anco[68] adelanto sus conquistas hasta el mar vecino, y fabricó la ciudad de Ostia en la embocadura del Tíber.

Fue en este tiempo invadido el reino de Babilonia por Nabopolasar. Este traidor, a quien Chinaladan, Sarac por otro nombre, había hecho general de sus ejércitos contra Ciares, rey de los medos, se juntó con Astiages hijo de Ciaxares, prendió a Chinaladan en Nínive, destruyó esta gran ciudad, señora por tan largo tiempo del Oriente, y se sentó en el trono de su señor. Ensoberbecióse Babilonia bajo de un príncipe tan ambicioso. Todo debía infundir temor a la Judea, cuya impiedad crecía sin medida. El santo rey Josías[69] con su profunda humildad suspendió por algún tiempo el castigo que había su pueblo merecido; pero fue más grave en el reinado de sus hijos. Nabucodonosor II[70], más terrible que Nabopolasar su padre, fue su sucesor. Este príncipe altivamente criado, y siempre ejercitado en la guerra, hizo prodigiosas conquistas; y Babilonia amenazaba con la esclavitud a todo el mundo. Bien presto tuvieron efecto sus amenazas en el pueblo de Dios. Jerusalén fue abandonada a este soberbio vencedor, que la ocupó tres veces; la primera al principio de su reinado, y al cuarto año del de Joakim, desde donde empiezan los setenta años del cautiverio de Babilonia[71], notados por el profeta Jeremías; la segunda en tiempo de Jeconías o Joachin, hijo de Joakim; y la última bajo de Sedecias, en que fue la ciudad enteramente destruida, el templo reducido a cenizas, y el rey llevado cautivo a Babilonia con Saraia sumo pontífice y la mejor parte del pueblo[72]. Los más ilustres de estos cautivos fueron los profetas Ezequiel y Daniel. También se cuentan entre ellos los tres mancebos que Nabucodonosor no pudo obligar a que adorasen su estatua, ni consumirlos con las llamas, a las cuales les entregó.

Grecia por entonces estaba floreciente y sus siete sabios se hacían ilustres. Algún tiempo antes de la última desolación de Jerusalén, Solón uno de ellos daba leyes a los atenienses, y establecía la libertad en la justicia[73]. Los focenses de Jonia conducían su primera colonia a Marsella[74]. Tarquino Prisco, rey de Roma, después de haber sujetado una parte de la Toscana y adornado la ciudad con obras magníficas, terminó su reinado. En su tiempo[75] los galos, conducidos por Belloveso, ocuparon en Italia todos los contornos del Po, en tanto que Segoveso su hermano penetró lo interior de la Germania con otra copiosa multitud de la misma nación. Servio Tulio, sucesor de Tarquino, estableció el censo, o la enumeración de los ciudadanos, distribuidos en ciertas clases, por donde esta gran ciudad quedó reglada como una familia particular.

Nabucodonosor hermoseaba a Babilonia, enriquecida ya con los despojos de Jerusalén y del Oriente; pero no gozó de ellos largo tiempo, pues este mismo rey que la había adornado vio al morir[76] la próxima ruina de esta ciudad soberbia. Su hijo Evilmerocado a quien hacían odioso sus desórdenes, no duró mucho, y fue muerto[77] por Neriglisor su cuñado, que usurpó el reino. También

67 113 de Roma; 641 a. C.
68 118 de Roma; 636 a. C.
69 130 de Roma; 624 a. C.
70 144 de Roma; 610 a. C.
71 155 de Roma; 599 a. C.
72 156 de Roma; 598 a. C.
73 160 de Roma; 594 a. C.
74 176 de Roma; 578 a. C.
75 188 de Roma; 566 a. C.
76 192 de Roma; 562 a. C.
77 194 de Roma; 560 a. C.

Pisístrato usurpó en Atenas la autoridad suprema, que entre muchas alteraciones supo conservar por el espacio de treinta años, y pudo asimismo dejarla a sus hijos. Habiéndose hecho insufrible a Neriglisor el poder de los medos, que se engrandecían en Oriente, les declaró la guerra. En tanto que Astiages, hijo de Ciaxares I, se prevenía para la defensa, murió, dejando este cuidado a Ciaxares II[78], su hijo, llamado por Daniel, Darío el Medo. Nombró este por general de su ejército a Ciro, hijo de Mándane su hermana, y de Cambises rey de Persia, sujeta al imperio de los medos. La reputación de Ciro, que se había señalado en diversas guerras, en tiempo de Astiages su abuelo, unió la mayor parte de los reyes de Oriente bajo de los estandartes de Ciaxares. Hizo prisionero[79] en su corte a Creso rey de Lidia, y gozó de sus inmensas riquezas; domó los demás aliados de los reyes de Babilonia, y extendió su dominio, no sólo por toda la Siria, sino aun bien adelante del Asia menor. Marchó finalmente contra Babilonia, tomóla[80], y la sujetó a Ciaxares su tío, que movido no menos de su fidelidad que de sus hazañas, le dio su hija única y heredera en matrimonio. En el reinado de Ciaxares, Daniel, ya favorecido en los precedentes de muchas visiones celestiales, en que vio pasar delante de sí en figuras tan manifiestas tantos reyes y tantos imperios, supo por una nueva revelación aquellas famosas setenta semanas, en que los tiempos de Cristo y el destino del pueblo judaico están explicados. Eran estas semanas de años, y así contenían 490, y también era ordinario este modo de contar entre los hebreos, que honraban el séptimo año como el séptimo día con un religioso descanso. Algún tiempo después de esta visión murió Ciaxares[81] y también Cambises padre de Ciro, con lo cual este grande hombre, que les sucedió, juntó el reino de Persia, oscuro hasta entonces, al reino de los medos, tan grandemente aumentado con sus conquistas. Así quedó dueño pacífico de todo el Oriente, y fundó el mayor imperio que había habido en el mundo. Pero lo más digno de nota para la continuación de nuestras épocas, es, que este famoso conquistador, desde el primer año de su reinado, expidió un decreto para restablecer el templo de Dios en Jerusalén y los judíos en Judea.

Es necesario detenernos un poco en esta parte, que es la más confusa de la cronología antigua, por la dificultad de conciliar la historia profana con la sagrada. Habrá sin duda observado ya V. A. que lo que refiero de Ciro es muy distinto de lo que ha leído en Justino, el cual no hace mención del segundo reino de los asirios, ni de aquellos famosos reyes de Asiria y de Babilonia, tan célebres en la historia sagrada; y que en fin mi relación no conviene mucho con lo que nos cuenta este autor de las tres primeras monarquías; de la de los asirios, fenecida en Sardanápalo, de la de los medos, terminada en Astiages abuelo de Ciro, y la de los persas, comenzada por Ciro y destruida por Alejandro.

También podrá V. A. juntar con Justino a Diodoro, y la mayor parte de los autores griegos y latinos cuyos escritos nos han quedado, los cuales refieren estas historias de diverso modo del que he seguido.

Por lo que mira a Ciro, en nada son concordes sobre su historia los autores profanos; y así he creído deber antes seguir a Jenofonte con san Jerónimo que a Cresias, autor fabuloso a quien han copiado la mayor parte de los griegos, como a éstos Justino y los latinos; y también antes que a Heródoto, aunque sea muy juicioso. Lo que me ha determinado a esta elección, es que la historia de Jenofonte, más seguida o conexa y más verosímil en sí misma, tiene la ventaja de conformarse más con la Escritura, la cual por su antigüedad y por la relación de los sucesos de los judíos a los del Oriente, merecía ser preferida a todas las historias griegas, aun cuando no se supiese estar dictada por el Espíritu Santo.

En cuanto a las tres primeras monarquías, lo que ha escrito la mayor parte de los griegos ha parecido dudoso a los más sabios de la Grecia. Platón hace ver en general bajo del nombre de los

78 195 de Roma; 559 a. C.
79 206 de Roma; 548 a. C.
80 216 de Roma; 538 a. C.
81 218 de Roma; 536 a. C.

sacerdotes de Egipto, que estaban los griegos en una profunda ignorancia de las antigüedades; y Aristóteles puso entre los que cuentan fábulas a los que han escrito las asiríacas.

Ésto es lo que los griegos escribieron tarde, y queriendo divertir a la Grecia, siempre curiosa, con historias antiguas, las formaron de memorias confusas, contentándose con ponerlas en orden agradable, sin cuidarse mucho de la verdad.

Y ciertamente, el modo con que comúnmente se colocan las tres primeras monarquías, es visiblemente fabuloso; porque después que se ha hecho fenecer en Sardanápalo el imperio de los asirios, se hace aparecer sobre el teatro a los medos y después a los persas, como si los medos hubiesen sucedido en todo el poder de los asirios, y los persas se hubiesen establecido arruinando a los medos.

Siendo al contrario cierto, que cuando Arbaces sublevó a los medos contra Sardanápalo, no hizo sino libertarles; mas no los sujetó al imperio de Asiria. Heródoto, seguido en esto de los más hábiles cronologistas, da a ver su primer rey Dejoces cincuenta años después de su rebelión; y es fuera de eso constante, por testimonio uniforme de este grande hombre y de Jenofonte (omitiendo otros), que durante el tiempo que se atribuye al imperio de los medos, había en Asiria reyes muy poderosos y temidos de todo el Oriente, cuyo imperio abatió Ciro con la toma de Babilonia.

Si la mayor parte, pues, de los griegos y de los latinos, que les han seguido, no hablan de estos reyes de Babilonia; si no dan lugar alguno a este gran reino entre las primeras monarquías, cuya continuación refieren; en fin, si casi nada vemos en sus obras de aquellos famosos reyes Teglathfalasar, Salmanasar, Sennaquerib, Nabucodonosor, y tantos otros, tan nombrados en la Escritura y en las historias orientales: es necesario atribuirlo, o a la ignorancia de los griegos, más elocuentes en referir que diligentes en investigar, o a que se ha perdido lo más inquirido y más exacto que habría en sus historias.

En efecto, Heródoto había prometido una historia particular de los asirios, que no ha llegado a nuestros tiempos, o porque se ha perdido, o porque le faltó la comodidad de escribirla: y se puede creer de un historiador tan juicioso, que no se hubiera olvidado de los reyes del segundo imperio de los asirios; pues Sennaquerib, que era uno de ellos, se halla también nombrado, como rey de los asirios y de los árabes, en los libros que hay de este grande autor. Estrabón, que vivía en tiempo de Augusto, refiere lo que Megastanes, autor antiguo y vecino a los de Alejandro, dejó escrito sobre las famosas conquistas de Nabucodonosor, rey de los caldeos, a quien hace atravesar la Europa, penetrar la España y llevar sus armas hasta las Columnas de Hércules. Ebano nombra a Thilgamo, rey de Asiria, que es sin dificultad el Tilgath o Telgath de la historia sagrada; y tenemos en Ptolomeo una enumeración de los príncipes que han poseído los grandes imperios, entre los cuales se ve una larga serie de reyes de Asiria, que fácilmente concuerda con la historia sagrada.

Si yo quisiese referir los que nos dicen los anales de los sirios, un Beroso, un Abideno, un Nicolás de Damasco, haría muy largo discurso. Josefo y Eusebio de Cesarea nos han conservado los preciosos fragmentos de todos estos autores y de otros infinitos que se hallaban enteros en sus tiempos, cuyo testimonio confirma lo que nos dice la sagrada Escritura tocante a las antigüedades orientales y en especial a las historias siríacas.

Por lo que mira a la monarquía de los medos, a quien la mayor parte de los historiadores profanos pone la segunda en la enumeración de los grandes imperios, como separada de la de los persas; es cierto que la Escritura siempre las une, y V. A. ve, que aun sin la autoridad de los libros sagrados, el orden solo de los hechos manifiesta que es necesario atenerse a esto.

Los medos, aunque poderosos antes de Ciro y respetados, estaban oscurecidos de la grandeza de los reyes de Babilonia; pero habiendo Ciro conquistado este reino con las fuerzas reunidas de los persas y los medos, de quienes después se hizo señor por una sucesión legítima, como lo hemos notado en Jenofonte; parece que el grande imperio de que fue fundador, debió tomar su nombre de

las dos naciones; de modo, que el de medos y el de persas es una misma cosa, aunque la gloria de Ciro haya hecho prevalecer el de los persas.

También se puede pensar, que habiendo los reyes medos extendido sus conquistas, antes de la guerra de Babilonia, hacia las colonias griegas del Asia menor, han sido por este medio célebres entre los griegos, los cuales les han atribuido el imperio del Asia mayor, por ser los únicos que conocían de los reyes de Oriente; y al mismo tiempo los reyes de Nínive y de Babilonia, más poderosos y más desconocidos a la Grecia, han sido casi olvidados en todo lo que nos ha quedado de historias griegas, y se ha dado a los medos solos todo el tiempo que corrió desde Sardanápalo hasta Ciro.

Así no es ya necesario fatigarse mucho en conciliar la historia profana con la sagrada en este punto; porque en lo que mira al primer reino de los asirios, solamente de paso dice la Escritura una palabra, y no nombra a Nino, fundador de aquel imperio, ni, excepto Ful, a otro de sus sucesores, por no tener su historia conexión alguna con la del pueblo de Dios. Los segundos asirios, o fueron enteramente ignorados de los griegos, o por no haberlos bien conocido los confundieron con los primeros.

A cualquiera oposición, pues, que se hiciere con los autores griegos, que colocan a su arbitrio las tres primeras monarquías, y hacen suceder los medos al antiguo imperio de Asiria, sin hablar del nuevo que la Escritura hace ver tan poderoso, sólo deberá responderse que han ignorado enteramente esta parte de historia; y que no menos se oponen a otros más curiosos y mejor instruidos autores de su nación que a la Escritura.

Y para cortar en una palabra, toda la dificultad: cuando los historiadores sagrados no tuviesen otra ventaja a los griegos y latinos, que vivieron después, que sólo el haber sido más vecinos por los tiempos y por los lugares a los reinos de Oriente, y escrito a más de eso la historia de un pueblo cuyos sucesos se hallan tan enlazados con los de aquellos grandes imperios, podrían sin duda hacer callar a todos ellos.

Pero si no obstante se defendiere con obstinación este orden célebre de las tres primeras monarquías, y por conservar a los medos solos el segundo lugar que se les ha dado, se quisiere que sean sus súbditos los reyes de Babilonia; confesando en cualquier caso que después de cien años de sujeción se eximieron estos con una rebelión del vasallaje, se salva de todos modos la continuación de la historia sagrada; pero no concuerda mucho con los mejores historiadores profanos, a quienes favorece más, en que siempre une el imperio de los medos con el de los persas.

Aun falta por descubrir a V. A. una de las causas de la oscuridad de las historias antiguas: esta es, que como los reyes de Oriente tomaban muchos nombres, o bien muchos títulos, que con el tiempo les servían de nombres propios, y los pueblos los traducían o pronunciaban diversamente, según la variedad de los idiomas de cada lengua; ha sido preciso que unas historias de tanta antigüedad, y de que tan pocas buenas memorias han quedado, se hallen por eso muy oscurecidas. La confusión de los nombres habrá sin duda introducido mucha en las mismas cosas y en las personas, y de ahí nace la dificultad que hay en colocar en la historia griega los reyes que han tenido el nombre de Asuero, tan desconocido de los griegos como conocido de los orientales.

¿Quién creería en efecto, que Ciaxares fuese el mismo nombre que Asuero, compuesto de la palabra Ky, que significa señor, y de la dicción Axares, que manifiestamente concuerda con Axuero u Asuero? Tres o cuatro príncipes llevaron este nombre, aunque tuviesen también otros. Si no se supiese que Nabucodonoso, Nabucodosor y Nabocolasar son el mismo nombre, o el nombre de la misma persona, habría dificultad en creerlo, y no obstante es cosa cierta. Sargón es Sennaquerib; Ozías es Azarías; Sedecías es Mathanías; Joacas también se llama Sellum; Asaraddon, que se pronuncia indiferentemente Esar-Haddon, o Asothaddan, está nombrado Asenafat por los cuthenos; y por una extravagancia cuyo origen se ignora, se halla Sardanápalo nombrado por los griegos Tonos Concoleros. Una larga lista podría yo hacer a V. A. de orientales que han tenido en las

historias muchos nombres diversos; pero basta quedar instruido en lo general de esta costumbre, la cual no es desconocida a los latinos, entre los cuales los títulos y las adopciones multiplicaron los nombres en tantas maneras. Así el título de Augusto y el de Africano se hicieron nombres propios de César Octaviano y de los Scipiones, y así los Nerones fueron Césares; esto es indubitable, y sería inútil a V. A. examen más largo de un hecho tan constante.

No pretendo embarazar más a V. A. en adelante con dificultades de la cronología, que le son tan poco necesarias. Ésta era muy importante, para no aclararla en esta versión; y habiendo ya dicho a V. A. lo que basta a nuestro intento, vuelvo a la continuación de nuestras épocas.

ÉPOCA OCTAVA.
Ciro, o los judíos restablecidos.—Sexta edad del mundo.

Doscientos diez y ocho años después de la fundación de Roma, 536 antes de Jesucristo, 70 después del cautiverio de Babilonia, y el mismo año que fundó Ciro el imperio de los persas, fue cuando este príncipe, escogido de Dios para ser libertador de su pueblo y restaurador de su templo, puso la mano en esta grande obra. Luego que se publicó su orden, Zorobabel[82], acompañado de Jesús hijo de Josedec, sumo pontífice, restituyó los cautivos a su patria, los cuales reedificaron el altar y pusieron los fundamentos del segundo templo. Celosos los samaritanos de su gloria, quisieron tener parte en ella, y bajo el pretexto de que adoraban al Dios de Israel, aunque juntasen su culto con el de sus falsos dioses, rogaron a Zorobabel que les permitiese concurrir con él a la reedificación del templo de Dios. Pero los hijos de Judá, que detestaban la mezcla de su culto, desecharon su proposición; y los samaritanos irritados, impidieron su intento con todo género de artificios y violencias.

Hacia este tiempo[83] Servio Tulio, después de haber engrandecido a la ciudad de Roma, formó el designio de erigirla en república; mas pereció en medio y en lo mejor de estos pensamientos, por los malignos consejos de su hija, y de orden de Tarquino el Soberbio su yerno; y este tirano invadió el reino, donde ejercitó por largo tiempo todo género de violencias. Iba entretanto[84] creciendo el imperio de los persas, y a más de las inmensas provincias del Asia mayor, todo el dilatado continente de la menor le obedecía: los sirios y los árabes fueron sujetados: el Egipto, aunque tan celoso de sus propias leyes, recibió las suyas. Fue hecha esta conquista por Cambises, hijo de Ciro. No sobrevivió mucho este hombre brutal a su hermano Smerdis, a quien hizo matar en secreto por un sueño dudoso[85]. El mago Smerdis reinó algún tiempo con el nombre de Smerdis, hermano de Cambises; pero bien presto fue descubierto su engaño. Conjuráronse contra él los siete principales señores, y uno de ellos fue elevado al trono. Este fue Darío, hijo de Histape, que se llamaba en sus inscripciones el mejor y más bien formado de todos los hombres. Muchas señales persuaden que fuese el Asuero del libro de Esther; pero no se ha convenido en esto. Al principio de su reinado fue acabado el templo, después de diversas interrupciones causadas por los samaritanos. Un odio implacable se introdujo entre los dos pueblos, y no hubo cosa más opuesta que Jerusalén y Samaria.

En tiempo de este Darío comienzan la libertad de Roma y de Atenas, y la gran gloria de Grecia. Armodio y Aristogiton atenienses[86] libertan su país de Hipparco hijo de Pisístrato, y son muertos por sus guardias. Hippias, hermano de Hipparco, procura inútilmente mantenerse: es expelido y queda enteramente extinguida la tiranía de los Pisistratos[87]. Libres los atenienses levantan estatuas a sus libertadores y restablecen el estado popular. Hippias se echa en los brazos de

82 219 de Roma; 535 a. C.
83 221 de Roma; 533 a. C.
84 229 de Roma; 525 a. C.
85 232 de Roma; 522 a. C.
86 241 de Roma; 513 a. C.
87 244 de Roma; 510 a. C.

Darío, a quien halla ya dispuesto a emprender la conquista de la Grecia, y pone en su protección el resto de su esperanza. Al tiempo de su expulsión, Roma se deshizo también de sus tiranos. Tarquino el Soberbio había hecho odioso por sus violencias el gobierno monárquico. La lascivia de Sexto su hijo acabó de destruirlo. Lucrecia deshonrada se mató a sí misma: su sangre y las declamaciones de Bruto animaron a los romanos. Fueron desterrados los reyes[88], y el imperio consular establecido, siguiendo los proyectos de Servio Tulio; pero bien presto quedó debilitado por los celos del pueblo. Desde el primer consulado, P. Valerio, cónsul célebre por sus victorias, se hizo sospechoso a sus ciudadanos; y fue necesario para contenerles, establecer la ley que permitió apelar al pueblo del senado y de los cónsules, en todas las causas en que se tratase de castigar a algún ciudadano. Los Tarquinos expelidos hallaron protectores: los reyes vecinos miraron su destierro como una injuria hecha a la majestad de todos; y Porsena rey de son los clusienos, pueblos de la Etruria, tomó las armas contra Roma[89]. Reducida al extremo y casi tomada, se libertó por el valor de Horacio Clocite. Los romanos hicieron prodigios por su libertad. Scevola, joven ciudadano, se quemó la mano que había errado a Porsena. Clelia, una doncella joven, pasmó a este príncipe con su varonil osadía: Porsena dejó a Roma en paz, y quedaron los Tarquinos sin recurso.

Hippias[90], por quien se declaró Darío, tenía mejores esperanzas. Toda la Persia se conmovió en su asistencia; y una gran guerra amenazaba a Atenas. Entre tanto que Darío hacia las prevenciones de ella, Roma, que tan bien se había defendido de los extranjeros, estuvo para arruinarse por sí misma. Habíanse despertado los celos entre los patricios y el pueblo; porque el poder consular, aunque ya moderado por la ley de P. Valerio, aun pareció excesivo a aquel pueblo demasiadamente celoso de su libertad. Retiróse al monte Aventino: los consejos violentos fueron inútiles, y sólo las apacibles representaciones de Menenio Agrippa pudieron reducirle; pero fue necesario hallar temperamentos, y dar al pueblo tribunos con que defenderle de los cónsules. La ley que estableció este nuevo magistrado, fue llamada la ley sagrada; y este el origen de los tribunos del pueblo.

Darío se había, en fin, declarado contra la Grecia, y Mardonio su yerno, después de haber atravesado el Asia[91], creía oprimir a los griegos con el número de sus soldados; pero Milcíades deshizo este inmenso ejército en la llanura de Maratón con diez mil atenienses. Roma derrotaba a todos los enemigos de sus contornos, y parecía que no debiese temer sino a sí misma. Coriolano, celoso patricio y el mayor de sus capitanes, expelido de ella, a pesar de sus servicios, por la facción popular, meditó la ruina de su patria, llevó los volscos contra ella[92], la redujo al extremo y solamente su madre pudo aplacarle. No gozó la Grecia largo tiempo del reposo que la batalla de Maratón le había dado. Por vengar la afrenta de Persia y de Darío, Jerjes, su hijo y sucesor, y nieto de Ciro por su madre Alosse, atacó a los griegos[93] con un millón y cien mil combatientes (otros dicen un millón y setecientos mil) sin comprender su armada marítima de mil y doscientas naves. Leónidas, rey de Esparta, con solos trescientos hombres que tenía, le mató veinte mil al paso de las Termópilas y murió gloriosamente con los suyos. Por los consejos de Temístocles ateniense fue deshecha la armada naval de Jerjes, el mismo año, cerca de Salamina[94]. Este príncipe repasó atemorizado el Helesponto; y un año después su ejército de tierra, comandado por Mardonio, fue destrozado junto a Platea por Pausanias, rey de Lacedemonia, y por Arístides ateniense, llamado el Justo. La batalla se dio por la mañana; y por la larde de aquel famoso día los griegos jonios, que habían sacudido el yugo de los persas, les mataron treinta mil hombres en la batalla de Micale, bajo la conducta de Leorichides. Este general, por animar a sus soldados, les dijo que Mardonio había

---

88 245 de Roma; 509 a. C.
89 247 de Roma; 507 a. C.
90 254 de Roma; 500 a. C.
91 264 de Roma; 490 a. C.
92 265 de Roma; 489 a. C.
93 274 de Roma; 480 a. C.
94 275 de Roma; 479 a. C.

sido en la Grecia derrotado: la noticia se verificó, o por un efecto prodigioso de la fama, o más bien por un acierto afortunado; y todos los griegos del Asia menor se pusieron en libertad. En todas partes alcanzaba esta nación grandes ventajas; y poco antes los cartagineses, poderosos entonces, fueron derrotados en Sicilia, donde querían extender su dominación a solicitud de los persas. No obstante este mal suceso, no dejaron de formar después nuevos designios sobre una isla tan cómoda, para asegurarles el imperio del mar que afectaba su república. Teníale entonces Grecia, pero solo ponía su atención en el Oriente y en los persas. Pausanias acababa[95] de libertar la isla de Chipre de su yugo, cuando formó el designio de sujetar a su patria; pero se desvanecieron sus proyectos, aunque le había Jerjes prometido toda su asistencia: el traidor fue vendido por la persona a quien más quería, y le costó la vida su amor infame.

Fue Jerjes muerto el mismo año[96] por Artabano, capitán de sus guardias, o porque este pérfido quiso ocupar él trono de su amo, o porque temió los rigores de un príncipe cuyas órdenes crueles no bien puntualmente había ejecutado. Artajerjes su hijo, después de largo tiempo comenzó su reinado; y poco después recibió una carta de Temístocles, que proscrito por sus ciudadanos, le ofrecía su servicio contra los griegos. Supo él estimar cuanto debía a tan famoso capitán, y le dio un gran establecimiento a pesar de la envidia de los sátrapas. Este magnánimo rey protegió al pueblo judaico; y en su año vigésimo, memorable por las consecuencias, permitió a Nehemías restablecer a Jerusalén con sus murallas. Este decreto de Artajerjes difiere del de Ciro en que el de Ciro miraba sólo al templo y éste a la ciudad. De este decreto, previsto por Daniel y notado en su profecía, comienzan los 490 años de sus semanas, cuya importante data tiene sólidos fundamentos. El destierro de Temístocles está puesto en la crónica de Eusebio en el último año de la olimpíada 76, que corresponde a los 280 años de Roma: los demás cronologistas lo ponen poco después; la diferencia es corta, y las circunstancias del tiempo aseguran la data de Eusebio. Sácanse éstas de Tucídides, historiador muy exacto. Este grave autor, casi contemporáneo, como también conciudadano de Temístocles, le hace escribir la carta al principio del reinado de Artajerjes. Cornelio Nepos, autor antiguo y no menos juicioso que elegante, no quiere que se dude de esta data, a vista de la autoridad de Tucídides, proposición tanto más sólida, cuanto otro autor, aun más antiguo que Tucídides, concuerda con él: éste es Carón de Lampsaco, citado por Plutarco; y el mismo Plutarco añade que son conformes a estos dos autores los anales de Persia; pero con todo eso no les sigue, bien que no alegue razón alguna; y los historiadores que ponen ocho o nueve años más tarde el principio del reinado de Artajerjes, ni son de su tiempo ni de tan grande autoridad. Parece, pues, indubitable, que se debe colocar hacia el fin de la olimpíada 76 y vecino al año de 280 de Roma; de modo, que el vigésimo año de este príncipe debe llegar hacia el fin de la olimpíada 81 y cerca del año de 300 de Roma[97]. Últimamente, los que por conciliar a estos autores ponen después el principio de Artajerjes, se hallan reducidos a conjeturar que su padre le había por lo menos elegido por compañero en el trono cuando Temístocles le escribió la carta; y de cualquier modo que sea, queda nuestra data asegurada. Puesto ya este fundamento, el resto de la cuenta es fácil de hacer, y lo hará palpable la continuación. Después del decreto de Artajerjes, trabajaron los judíos en restablecer su ciudad y sus murallas, como había Daniel profetizado. Nehemías dirigió la obra con mucha prudencia y constancia, en medio de la oposición de los samaritanos, árabes y ammonitas: el pueblo, animado con el ejemplo del sumo pontífice Eliasib, hizo el último esfuerzo.

Entretanto los nuevos magistrados concedidos al pueblo romano, aumentaban las discordias de la ciudad; y faltaban a Roma, formada bajo la dominación de reyes, las leyes necesarias a la buena constitución de una república. La reputación de la Grecia, más célebre aun por su gobierno que por sus, victorias, excitó a los romanos a arreglarse a su ejemplo. Así[98] enviaron diputados para inquirir las leyes de las ciudades de Grecia, y particularmente de las de Atenas, más conformes al

95 278 de Roma; 476 a. C.
96 280 de Roma; 474 a. C.
97 454 a. C.
98 302 de Roma; 452 a. C.

estado de su república. Sobre este modelo diez magistrados absolutos, que fueron creados el año siguiente con el nombre de decemviros, ordenaron las leyes de las doce tablas, que son el fundamento del derecho romano. Absorto el pueblo de la equidad con que las compusieron, les dejó usurpar el poder supremo, que tiránicamente ejercitaron. Hubo entonces[99] grandes conmociones por la incontinencia de Appio Glaudio, uno de los decemviros, y por la muerte de Virginia, a quien su padre más quiso matar por su propia mano, que dejarla abandonada a la pasión de Appio. La sangre de esta segunda Lucrecia despertó al pueblo romano, y fueron expelidos los decemviros.

Mientras las leyes romanas se formaban por ellos, Esdrás, doctor de la ley, y Nehemías, gobernador del pueblo de Dios, nuevamente restablecido en Judea, reformaban los abusos y hacían observar la ley de Moisés, en que eran ellos los primeros. Uno de los principales artículos de su reformación, fue obligar a todo el pueblo, principalmente a los sacerdotes, a separarse de las mujeres extranjeras, con quienes se habían desposado contra la prohibición de la ley. Puso Esdrás en orden los libros sagrados, de que hizo una exacta revista; y recogió las memorias antiguas del pueblo de Dios, para componer los libros de los Paralipómenos, o crónicas, a los cuales juntó la historia de su tiempo, que fue acabada por Nehemías. Por estos libros se termina la dilatada historia que Moisés comenzó, y que los autores que le sucedieron continuaron sin interrupción hasta el restablecimiento de Jerusalén. El resto de la historia santa no está continuado en esta forma. Entretanto que Esdrás y Nehemías hacían la última parte de esta grande obra, Heródoto, a quien los autores profanos llaman el padre de la historia, empezaba a escribir. Así los últimos autores de la sagrada se encuentran con el primero de la griega; y cuando ésta comienza, ya incluye quince siglos la del pueblo de Dios, aun tomándola solamente desde Abraham. No cuidó Heródoto de hablar de los judíos en la historia que nos dejó, ni tenían los griegos necesidad de informarse sino de los pueblos que la guerra, el comercio o una gran fama hacían conocidos; así la Judea, que apenas empezaba a levantarse de sus ruinas, no atraía atención alguna.

En aquellos tiempos infelices cesó la lengua hebrea de ser vulgar. Durante el cautiverio, y después con el comercio que fue necesario tener con los caldeos, aprendieron los judíos la lengua caldea, muy parecida a la suya y que tenía casi el mismo carácter. Esto les hizo mudar la forma antigua de las letras hebraicas, y escribieron el hebreo con las caldeas, más usadas entre ellos y más fáciles de formarse. No fue difícil esta mutación entre dos lenguas vecinas, suyas letras eran del mismo valor, y que no se diferenciaban sino en la figura. Desde este tiempo no se halla la sagrada Escritura entre los judíos sino en letras caldeas; pero los samaritanos retuvieron siempre el antiguo modo de escribir: y sus descendientes han perseverado en este uso hasta nuestros días, conservándonos por este medio el Pentateuco que se llama samaritano, en los antiguos caracteres hebraicos, tales como se hallan en las medallas y en todos los monumentos de los siglos pasados.

Vivían los judíos tranquilamente bajo la autoridad de Artajerjes. Reducido[100] este príncipe por Simón, hijo de Milcíades ateniense, a hacer una paz ignominiosa, perdió la esperanza de vencer a los griegos con la fuerza, y pensó solamente en aprovecharse de sus discordias. Fueron grandes las que sobrevinieron entre los atenienses y lacedemonios, cuyos dos pueblos, celoso el uno del otro, dividieron la Grecia[101]. Pericles ateniense principió la guerra del Peloponeso, durante la cual Teramenes, Trasíbulo y Alcibíades atenienses se hacen célebres; Brasidas y Mindares lacedemonios mueren en ella, peleando por su patria. Duró esta guerra veinte y siete años, y terminó con ventaja de Lacedemonia, la cual había atraído a su partido a Darío, llamado el Bastardo, hijo y sucesor de Artajerjes[102]. Lisandro, general de, la armada naval de los lacedemonios, tomó a Atenas y mudó su gobierno; pero bien presto advirtió la Persia que había hecho muy poderosos a los lacedemonios. Sostuvieron estos al joven Ciro en su rebelión contra Artajerjes su hermano mayor, llamado

99 305 de Roma; 449 a. C.
100 305 de Roma; 449 a. C.
101 323 de Roma; 431 a. C.
102 350 de Roma: 404 a. C.

Mnemón, por su excelente memoria, hijo y sucesor de Darío[103]. Libre este joven príncipe de la prisión y de la muerte por su madre Parisatis, piensa en la venganza, gana a los sátrapas con su infinito agrado, atraviesa el Asia menor, va a presentar la batalla al rey su hermano, en el centro de su imperio, le hiere por su propia mano, y creyéndose antes de tiempo vencedor, perece por su temeridad. Los diez mil griegos que le servían, hacen aquella pasmosa retirada, en que al finalizarse comandaba Jenofonte, gran filósofo y gran capitán, el cual escribió esta historia. Los lacedemonios continuaban en atacar al imperio de los persas[104], a quienes Agesilao, rey de Esparta, hizo temblar en el Asia menor; pero las discordias de la Grecia le hicieron dar la vuelta a su país.

En este tiempo la ciudad de Vejo, cuya gloria casi igualaba con la de Roma, después de un sitio de diez años y de mucha diversidad de sucesos, fue tomada por los romanos, bajo la conducta de Camilo[105]. Su generosidad le consiguió también otra conquista. Los faliscos, a quienes sitiaba, se le entregaron, movidos de haberles restituido sus hijos que un maestro de escuela había puesto en sus manos. No quería Roma vencer con traiciones, ni aprovecharse de la perfidia de un cobarde, que abusaba de la obediencia de una edad inocente. Poco después[106] los galos senones entraron en Italia y sitiaron a Clusio. Los romanos perdieron contra ellos la famosa batalla de Allia[107]. Su ciudad fue tomada y abrasada; mas entre tanto que se defendían en el Capitolio, fueron restablecidas sus cosas por Camilo, a quien habían desterrado. Los galos permanecieron siete meses señores de Roma; y llamados fuera de allí de otras ocurrencias, se retiraron cargados de despojos.

Durante las discordias de la Grecia[108], Epaminondas, tebano, no menos se señaló por su equidad y moderación, que por sus victorias. Se nota con razón que tenía por loable regla no mentir jamás, ni aun en chanza. Sus grandes acciones resplandecen en los últimos años de Mnemón y en los primeros de Oco. Conducidos de tan gran capitán, quedan los tebanos victoriosos y el poder de Lacedemonia abatido.

El de los reyes de Macedonia empezó con Filipo, padre de Alejandro Magno[109]. A pesar de las oposiciones de Oco y de Arses su hijo, reyes de Persia, y a pesar de las dificultades todavía mayores que le suscitaba en Atenas la elocuencia de Demóstenes, poderoso defensor de la libertad, este príncipe victorioso sujetó en veinte años a toda la Grecia, donde la batalla de Queronea[110], que ganó contra los atenienses y sus aliados, le dio un poder absoluto. Entretanto que Filipo rompía en esta famosa batalla a los atenienses, tuvo el regocijo de ver a Alejandro en edad de diez y ocho años, desbaratar a las tropas tebanas de la disciplina de Epaminondas, y entre ellas al escuadrón sagrado, llamado así de los Amigos, y creído invencible. Dueño así de la Grecia, y sostenido de un hijo de tan grandes esperanzas, concibió tan altos designios, que no meditó menos que la ruina de los persas, contra quienes fue declarado capitán general; pero este triunfo estaba reservado a Alejandro. Entre[111] las solemnidades de un nuevo matrimonio fue asesinado Filipo por Pausanias, mancebo noble, a quien no había administrado justicia.

El eunuco Bagoas mató el mismo año a Arses rey de los persas, e hizo reinar en su lugar a Darío, hijo de Arsames, llamado Codomano, el cual merece por su valor que nos pongamos de parte de la opinión (fuera de esto más verosímil) que le hace descender de la familia real. Así dos reyes animosos comenzaron a un tiempo su reinado, Darío hijo de Arsames, y Alejandro hijo de Filipo. Mirábase uno a otro con ojos celosos, y parecían nacidos para disputar del imperio del mundo. Pero Alejandro quiso asegurarse, antes de acometer a su competidor. Vengó la muerte de su padre; domó

103 353 de Roma; 401 a. C.
104 358 de Roma; 396 a. C.
105 360 de Roma; 394 a. C.
106 363 de Roma; 391 a. C.
107 364 de Roma; 390 a. C.
108 383 de Roma; 371 a. C.
109 395 de Roma; 359 a. C.
110 416 de Roma; 338 a. C.
111 417 de Roma; 337 a. C.

los pueblos rebeldes, que menospreciaban su juventud; derrotó a los griegos[112], que inútilmente intentaron sacudir el yugo; y arruinó a Tebas, donde solo reservó la casa y los descendientes de Píndaro, cuyas odas admiraba la Grecia. Poderoso y vencedor, marcha después de tantas expediciones a la testa de los griegos contra Darío, a quien deshace en tres batallas campales. Entra triunfante en Babilonia[113], y en Susa destruye a Persépolis, silla antigua de los reyes de Persia; extiende sus conquistas hasta las Indias, y viene a morir a Babilonia de edad de treinta y tres años.[114]

En su tiempo[115] Manasés, hermano de Jaddo, sumo pontífice, turbó la quietud de los judíos. Habíase casado con la hija de Sanaballat, samaritano, a quien Darío había hecho sátrapa de aquellas provincias, y quiso más abrazar el cisma de los samaritanos, que repudiar a aquella extranjera, a que el consejo de Jerusalén y su hermano Jaddo querían obligarle. Juntáronsele muchos judíos por evitar semejante censura, y resolvió desde entonces fabricar un templo vecino a Samaria, sobre el monte de Garizim que los samaritanos creían bendito, y hacerse pontífice. Su suegro muy acreditado con Darío le aseguró de su protección, y las consecuencias le fueron aun más favorables; porque engrandecido Alejandro, Sanaballat dejó a su señor y llevó tropas al vencedor durante el sitio de Tiro[116]: así alcanzó cuanto quiso; el templo de Garizim fue fabricado y la ambición de Manasés satisfecha. Los judíos, no obstante, siempre fieles a los persas, negaron a Alejandro el socorro que les pedía. Fue a Jerusalén resuelto a vengarse; pero quedó totalmente convertido en benignidad su enojo al ver al sumo pontífice, que le salió al encuentro con los sacerdotes revestidos de sus hábitos de ceremonia y precedidos de todo el pueblo vestido de blanco. Mostráronsele las profecías de Daniel, que predecían sus victorias; y habiendo concedido a los judíos cuanto le pidieron, le guardaron la misma fidelidad que habían siempre mantenido a los reyes de Persia.

Durante sus conquistas[117] peleaba Roma contra los samnitas sus vecinos, y con todo el valor y conducta de Papirio Cursor, el más ilustre de sus capitanes, hallaba suma dificultad en reducirles.

Después de la muerte de Alejandro fue dividido su imperio[118]. Perdiccas, Ptolomeo hijo de Lago, Antígono, Seleuco, Lisímaco, Antipatro y su hijo Casandro, en suma, todos sus capitanes, criados en la escuela de tan gran conquistador, pensaron en apoderarse del mismo imperio con las armas: sacrificaron a su ambición toda la familia de Alejandro; su hermano, su madre, sus mujeres, sus hijos y hasta sus hermanas: no se vieron sino batallas sangrientas y revoluciones espantosas. Muchos pueblos del Asia menor y de sus vecindades, aprovechándose de tantos desórdenes, se libertaron y formaron los reinos de Ponto, de Bitinia y de Pérgamo, que la bondad del país hizo después ricos y poderosos. Al mismo tiempo sacudió también Armenia el yugo de los macedones y se hizo un gran reino. Los dos Mitrídates, padre e hijo, fundaron el de Capadocia. Pero las dos más poderosas monarquías que se levantaron entonces, fueron la de Egipto, fundada por Ptolomeo hijo de Lago, de quien provienen los Lagos; y la de Asia o Siria, fundada por Seleuco, de quien descienden los Seleucos. Esta comprendía, a más de la Siria, aquellas dilatadas y ricas provincias del Asia mayor, que componían el imperio de los persas: así todo el Oriente se sujetó a la Grecia y aprendió su lengua. La Grecia misma estaba también oprimida de los capitanes de Alejandro. La Macedonia, su antiguo reino, que daba dueños al Oriente, era presa del primero que llegaba. Los hijos de Casandro se arrojaron unos a otros de aquel reino. A Pirro, rey de los epirotas, que había ocupado una parte, echó Demetrio Poliorcetes, hijo de Antígono[119]; pero fue después echado por el mismo Pirro; a Pirro expelió nuevamente Seleuco, a quien Ptolomeo Cerauno, arrojado de Egipto

---

112 419 de Roma; 335 a. C.
113 427 de Roma; 327 a. C
114 430 de Roma; 324 a. C.
115 421 de Roma; 333 a. C.
116 422 de Roma; 332 a. C.
117 428-130 de Roma; 326-324 a. C.
118 436-445 de Roma; 318-309 a. C.
119 460 de Roma; 296 a. C.

por su padre Ptolomeo I, mató alevosamente, olvidado de sus beneficios[120]. Apenas este pérfido había invadido a la Macedonia, cuando fue atacado de los galos y muerto en una batalla que les dio[121]. Pendientes las turbaciones del Oriente, fueron estos al Asia menor, conducidos por su rey Brenno, y se establecieron en la Galogrecia, o Galacia, llamada así del nombre de ellos, de donde se arrojaron sobre la Macedonia y la talaron, haciendo temblar a toda la Grecia[122]. Pero su ejército pereció en la sacrílega empresa del templo de Delfos. Todo lo inquietaba esta nación y en todo era desgraciada.

Algunos años antes del suceso de Delfos, los galos de Italia[123], a quienes sus guerras continuas y sus victorias frecuentes habían hecho el terror de los romanos, fueron excitados contra ellos por los samnitas, los brucienos y los etrurios. Consiguieron desde luego un nuevo triunfo, pero mancharon su gloria matando a los embajadores. Indignados los romanos, marchan contra ellos, les deshacen, entran en sus tierras, donde fundan una colonia; les derrotan otras dos veces, sujetan una parte de ellos y reducen la otra a pedirles paz. Después que los galos del Oriente fueron echados de la Grecia[124], Antígono Gonatás, hijo de Demetrio Poliorcetes, que doce años había reinaba en la Grecia, aunque con muy poca quietud, invadió sin dificultad a la Macedonia[125]. Estaba Pirro ocupado entonces en otra parte. Arrojado de este reino, esperó satisfacer su ambición con la conquista de Italia, a donde fue llamado por los tarentinos, a quienes la batalla que contra ellos y los sainnitas habían ganado los romanos, no había dejado, otro recurso. Consiguió contra los romanos victorias que les arruinaron[126]. Asombráronles sus elefantes, pero bien presto les hizo conocer el cónsul Fabricio que no era Pirro invencible. Parecía que el rey y el cónsul, aun más disputasen de la gloria de la generosidad que de la de las armas, Pirro restituyó al cónsul todos los prisioneros sin rescate, diciendo, que para hacer la guerra necesitaba del hierro y no del oro; y Fabricio entregó al rey su pérfido médico, que había ido a ofrecerse a envenenar a su señor.

Empezó en estos tiempos la religión y la nación judaica a sobresalir entre los griegos. Los judíos, bien tratados de los reyes de Siria, vivían tranquilamente según sus leyes. Antíoco, llamado el Dios, nieto de Seleuco, les esparció por el Asia menor, desde donde se extendieron a la Grecia, y gozaron en todas partes de los mismos derechos y de la misma libertad que los demás ciudadanos. Ptolomeo, hijo de Lago, les había ya establecido en el Egipto[127]. En tiempo de su hijo Ptolomeo Filadelfo, sus escrituras fueron traducidas en griego, y salió a luz aquella célebre versión llamada de los Setenta. Estos fueron ciertos sabios ancianos, que a petición del rey le envió Eleázaro, sumo pontífice. Algunos quieren que no tradujeron sino los cinco libros de la ley. El resto de los sagrados libros pudo más adelante verterse en griego para el uso de los judíos esparcidos por el Egipto y por la Grecia, donde no sólo olvidaron su antigua lengua, que era la hebrea, sino aun la caldea que les hizo aprender su cautiverio. Así se hicieron un griego mezclado de hebraísmos, que se llama lenguaje helenístico, en que está escrita la versión de los Setenta y todo el Nuevo Testamento. Durante esta dispersión de los judíos, fue célebre su templo por todo el mundo, y todos los reyes del Oriente presentaban allí sus ofrendas.

El Occidente estaba atento a la guerra de los romanos con Pirro[128]. En fin, este rey fue deshecho por el cónsul Curio, y se volvió a Épiro. No permaneció allí largo tiempo en quietud, y quiso recompensarse en la Macedonia los malos sucesos de la Italia. Antígono Gonatás fue

120 473 de Roma; 281 a. C.
121 475 de Roma; 279 a. C.
122 476 de Roma; 278 a. C.
123 471 de Roma; 283 a. C.
124 477 de Roma; 277 a. C.
125 474 de Roma; 280 a. C.
126 475 de Roma; 279 a. C.
127 477 de Roma; 277 a. C.
128 479 de Roma; 275 a. C.

encerrado en Tesalónica[129] y obligado a abandonar a Pirro todo el resto del reino. Recobró el ánimo entretanto que Pirro, inquieto y ambicioso, hacía guerra a los lacedemonios y argivos. Los dos reyes fueron a un tiempo introducidos en Argos por dos inteligencias contrarias y por dos puertas diversas. Diose en la ciudad una gran batalla: una madre que vio a su hijo perseguido de Pirro, a quien había herido, le mató de una pedrada. Deshecho Antígono de tal enemigo, volvió a entrar en Macedonia, la cual después de algunas mutaciones permaneció pacíficamente en su familia. La liga de los aqueos le impidió engrandecerse. Esta fue el último reparo de la libertad de la Grecia, y la que produjo los últimos héroes en Harato y Filopæmeno. Los tarentinos, a quienes alimentaba Pirro de esperanzas, llamaron después de su muerte a los cartagineses. Fueles inútil su socorro, y quedaron derrotados con los brutienos y samnitas sus aliados. Estos después de setenta y dos años de guerra continua, se vieron forzados a sujetarse al yugo de los romanos; Tarento hizo luego lo mismo; las ciudades vecinas no pudieron resistir; así todos los pueblos antiguos de Italia quedaron sujetos. Los galos, frecuentemente derrotados, no osaban moverse. Después de cuatrocientos ochenta años de guerra se vieron los romanos dueños de Italia, y empezaron a extender la vista a lo que sucedía fuera de ella.

Concibieron celos de los cartagineses, vecinos muy poderosos por las conquistas que hacían en la Sicilia, desde donde acababan de insultar a ellos y a la Italia socorriendo a los tarentinos. La república de Cartago tenía las dos costas del mar Mediterráneo. A más de la de África, que casi enteramente poseía, se había extendido de la parte de España por lo estrecho. Señora ya del mar y del comercio, había invadido a las islas de Córcega y Cerdeña. La Sicilia se le defendía con dificultad; y la Italia no podía dejar de temer, estando tan inmediatamente amenazada. De allí nacieron las dos guerras púnicas, sin embargo de los tratados, mal observados por una y otra parte. La primera[130] enseñó a los romanos a pelear en el mar; y fueron desde luego maestros en un arte que ignoraban. El cónsul Duilio, que dio la primera batalla naval, quedó victorioso. Régulo mantuvo esta gloria, y abordó con ella en África, donde tuvo que pelear con aquella prodigiosa serpiente, necesitando de emplear contra ella todo su ejército. Todo cede finalmente, todo se rinde: Cartago reducida al extremo, sólo se libra por el consejo de Jantippo lacedemonio. El general romano es derrotado y preso; pero la prisión le hace más ilustre que sus victorias. Restituido[131] sobre su palabra para disponer el canje de los prisioneros, sostiene en el senado la ley que quitaba toda esperanza a los que se dejaban aprisionar, y vuelve a una muerte segura. Dos naufragios espantosos precisaron a los romanos a abandonar de nuevo a los cartagineses el imperio del mar. Duró la victoria largo tiempo dudosa entre las dos naciones, y estuvieron ya los romanos para cederla, pero repararon su armada. Una batalla sola decidió la guerra y la acabó el cónsul Lutacio.[132] Fue Cartago precisada a pagar tributo, y dejar con la Sicilia todas las islas que están entre ella y la Italia. Los romanos ganaron toda la isla, fuera de lo que poseía Jerónimo, rey de Siracusa, su aliado.

Fenecida la guerra, creyeron perecer los cartagineses por una sublevación de su ejército. Habíanle compuesto, según su costumbre, de tropas extranjeras, que se amotinaron por sus pagas. Su cruel dominación hizo juntar con los amotinados casi todas las ciudades de su imperio; y Cartago, estrechamente sitiada, se hubiera perdido a no tener a Amílcar Barca[133]. Él solo había sostenido la última guerra, y sus ciudadanos le debieron también la victoria que consiguieron contra los rebeldes; pero les costó la Cerdeña, cuya puerta abrió a los romanos la rebelión de la guarnición. Temerosa Cartago de embarazarse con ellos en una nueva guerra, les cedió, aunque violenta, tan importante isla y aumentó su tributo[134]. Pensaba restablecer en España su imperio vacilante por la rebelión. Pasó Amílcar a esta provincia con su hijo Aníbal, niño de nueve años, y murió en una

129 482 de Roma; 272 a. C.
130 494 de Roma; 260 a. C.
131 499 de Roma; 255 a. C.
132 513 de Roma; 241 a. C.
133 516 de Roma; 238 a. C.
134 524 de Roma; 230 a. C.

batalla. En el curso de otros nueve, que con menos industria que valor hizo en ella la guerra, se criaba su hijo en la escuela de tan gran capitán, y al mismo tiempo concebía un odio implacable contra los romanos. Fue nombrado por sucesor de su padre Asdrúbal su parcial, que gobernó muy prudentemente su provincia, y fundó en ella la nueva Cartago, que puso en sujeción a España.

Los romanos estaban ocupados en la guerra contra Teuta, reina de Iliria, que desenfrenadamente ejercitaba la piratería en toda la costa. Desvanecida de las presas que hacía a los griegos y epirotas, menospreció a los romanos y mató a sus embajadores. Pero quedó bien presto oprimida[135], porque no le dejaron los romanos sino una pequeña parte de Iliria, y ganaron la isla de Corfú que había ella usurpado. Entonces se hicieron respetar de la Grecia con una solemne embajada; y esta fue la vez primera que se conoció allí su poder. Los grandes progresos de Asdrúbal les daban celos; pero los galos de Italia les impedían dar providencia a las cosas de Españas. Cuarenta y cinco años hacía que se mantenía con quietud esta nación. La juventud que en este tiempo se había criado, como no escarmentada de las pasadas pérdidas, empezaba a amenazar a Roma. Para atacar a los romanos con seguridad a tan inquietos vecinos, la tuvieron antes de los cartagineses. El tratado fue concluido con Asdrúbal[136], que prometió no extenderse más allá del Ebro. Hízose con furor la guerra de una parte a otra entre los romanos y galos: los transalpinos se juntaron a los cisalpinos; todos fueron derrotados. Concolitano, uno de los reyes galos, fue preso en la batalla. Aneroesto, otro rey, se mató a sí mismo. Los romanos victoriosos pasaron el Po por primera vez, resueltos a quitar a los galos las vecindades de aquel río, de que tantos siglos había estaban en posesión. Acompañóles la victoria por todas partes. Fue tomada Milán[137] y sujetado casi todo el país. En este tiempo murió Asdrúbal, y fue puesto en su lugar Aníbal, aunque de edad de veinte y cinco años. Desde entonces se previó la guerra.

El nuevo general intentó descubiertamente sujetar a la España, sin hacer aprecio de los tratados. Escuchó entonces Roma los lamentos de Sagunto su aliada. Los embajadores romanos van a Cartago[138]. Los cartagineses restablecidos, no estaban ya en ánimo de ceder. La Sicilia arrebatada de sus manos, la Cerdeña injustamente quitada y el tributo aumentado, les tenían penetrado el corazón. Así la facción que deseaba se abandonase a Aníbal se halló débil. Este general pensaba en todo. Estaba asegurado por secretas embajadas de los galos de Italia, que, no hallándose ya capaces de intentar nada con sus propias fuerzas, habían abrazado esta ocasión de restablecerse. Aníbal atraviesa el Ebro, los Pirineos, toda la Galia Transalpina, los Alpes, y cae como en un momento sobre la Italia. No faltan los galos a fortificar su ejército, y hacen el último esfuerzo por su libertad. Cuatro batallas perdidas hacen creer próxima la caída de Roma[139]. Sicilia sigue el partido del vencedor. Jerónimo rey de Siracusa se declara contra los romanos; casi toda Italia les abandona, y parece que el postrero recurso de la república perezca en España con los dos Escipiones[140]. En peligros tan extremos debió Roma su liberación a tres hombres grandes. La constancia de Fabio Máximo, que mostrándose superior a las voces populares, hacía la guerra con retirarse, fue un baluarte de su patria. Marcelo, que hizo levantar el sitio de Nola y tomó a Siracusa, dio vigor a sus tropas con estas acciones. Pero aunque Roma admiraba a estos dos grandes hombres, creía ver en el joven Escipión señas de mayor heroicidad. El maravilloso suceso de sus consejos confirmó la opinión recibida de que procedía de estirpe divina y que conversaba con los dioses. De edad de veinte y cuatro años emprende el viaje a España[141], donde su padre y tío acababan de perecer. Ataca a la nueva Cartago, como movido de cierto interior impulso, y desde luego la toman sus soldados.

---

135 526 de Roma; 228 a. C.
136 530 de Roma; 224 a. C.
137 534 de Roma; 220 a. C.
138 535 de Roma; 219 a. C.
139 538-539 de Roma; 216-215 a. C.
140 542 de Roma; 212 a. C.
141 543 de Roma; 211 a. C.

Cuantos le miran, quedan ganados para el pueblo romano. Los cartagineses le dejan la España[142]: a su arribo al África, se le dan los reyes: Cartago también tiembla y ve deshechos sus ejércitos. Aníbal, victorioso en el curso de diez y seis años, es sin fruto llamado y no puede defender a su patria.[143] Dale Escipión la ley: el renombre de Africano es su recompensa. Habiendo el pueblo romano abatido a los galos y africanos, no halla más que temer, y guerrea en adelante sin peligro.

A la mitad de la primera guerra púnica, Teodoro, gobernador de la Bactriana, quitó mil pueblos a Antíoco, llamado el Dios, hijo de Antíoco Sotero rey de Siria. Casi todo el Oriente siguió su ejemplo. Los partos se rebelaron bajo la conducta de Arsaces, cabeza de la familia de los Arsácides, y fundador de un imperio que se extendió poco a poco en toda la Asia mayor.

Los reyes de Siria y los de Egipto, encarnizados los unos contra los otros, no pensaban sino en arruinarse recíprocamente, o por fuerza o por engaño. Damasco y su territorio, que se llamaba la Cœlo-Siria y confinaba con los dos reinos, fue el motivo de sus guerras; y los negocios del Asia estaban del todo separados de los de Europa.

En el curso de todos estos tiempos florecía en Grecia la filosofía. La secta de los filósofos itálicos y la de los jónicos la llenaban de hombres célebres, entre los cuales se mezclaron muchos extravagantes, que también debieron a la curiosa Grecia el nombre de sabios. En tiempo de Ciro y de Cambises, principió Pitágoras la secta itálica en la grande Grecia, en los contornos de Nápoles. Poco después en el mismo tiempo Tales Milesio formó la secta jónica. De allí salieron aquellos grandes filósofos Heráclito, Demócrito, Empedocles, Parménides, Anaxágoras. que poco antes de la guerra del Peloponeso hizo ver demostrativamente que fue formado y construido el mundo por un Espíritu eterno; Sócrates, que poco después dirigió la filosofía al estudio de las buenas costumbres y fue el padre de la filosofía moral; Platón su discípulo, jefe de los académicos; Aristóteles, discípulo de Platón y maestro de Alejandro, cabeza de los peripatéticos; bajo los sucesores de Alejandro Zenón, llamado Citio de una ciudad de la isla de Chipre en que había nacido, jefe de los estoicos, y Epicuro ateniense, cabeza de los filósofos que llevan su nombre, si es que puedan llamarse filósofos los que descubiertamente negaban la innegable divina Providencia, y que ignorando todo lo que es obligación, definían a la virtud por el placer o deleite. También se puede contar entre los mayores filósofos a Hipócrates, padre de la medicina, que sobresalió entre los demás en estos tiempos felices de la Grecia.

Los romanos tenían al mismo tiempo otra especie de filosofía, que no consistía en disputas ni discursos, sino en la templanza, en la pobreza, en los trabajos de la vida rústica y en los de la guerra, en que todos tenían por propia la honrosa gloria de su patria y del nombre romano; esto al fin les hizo dueños de Italia y de Cartago.

ÉPOCA NONA.
Escipión, o Cartago vencida.

El año de 552 de la fundación de Roma, cerca de 250 después de la del imperio de los persas y 202 antes de Jesucristo, quedó Cartago sujeta a los romanos. No dejaba Aníbal de suscitarles secretamente enemigos donde podía; pero no hizo más que envolver a todos sus amigos antiguos y modernos en la ruina de su patria y suya. Por las victorias del cónsul Flaminio, Filipo rey de Macedonia, aliado de los cartagineses, fue abatido, los reyes de Macedonia estrechados y la Grecia libertada de su yugo[144]. Intentaron los romanos la ruina de Aníbal, que aun vencido les era formidable enemigo. Reducido este gran capitán a librarse de su mismo país, conmovió al Oriente contra ellos y atrajo sus armas al Asia. Por sus eficaces razonamientos entró Antíoco, llamado el

142 548 de Roma; 206 a. C.
143 552 de Roma; 202 a. C.
144 558 de Roma; 196 a. C.

gran rey de la Siria, en celos de su poder y les hizo guerra; pero aunque se dejó llevar de ellos para el empeño, no abrazó sus consejos para la dirección. Derrotado por mar y tierra, recibió la ley que le impuso el cónsul Lucio Escipión, hermano de Escipión Africano, y fue encerrado en el monte Tauro[145]. Refugiado Aníbal en la corte de Prusias, rey de Bitinia, escapó de los romanos con el veneno. Hácense formidables a todo el mundo, y no quieren sufrir ya otro poder que el suyo. Los reyes estaban obligados a darles sus hijos en prendas de su fe. Antíoco, llamado después el Ilustre, o Epífanes, hijo segundo de Antíoco el gran rey de Siria, estuvo largo tiempo en Roma con este carácter; pero hacia el fin del reinado de Seleuco Filopator, su hermano mayor, fue restituido y quisieron los romanos tener en su lugar a Demetrio Sotero, hijo del rey, de edad entonces de diez años. Murió Seleuco[146] en este contratiempo y Antíoco usurpó el reino a su sobrino. Los romanos estaban aplicados a las cosas de Macedonia, donde Perseo inquietaba a sus vecinos y no quería estar ya a las condiciones impuestas al rey Filipo su padre.

Entonces fue cuando comenzaron las persecuciones del pueblo de Dios. Antíoco el Ilustre reinaba como un furioso: volvió toda su rabia contra los judíos, e intentó arruinar el templo, la ley de Moisés y toda la nación. La autoridad de los romanos le impidió hacerse señor de Egipto. Hacían ellos la guerra a Perseo, que más pronto a los intentos que a las ejecuciones, perdía a sus aliados por su avaricia y sus ejércitos por su cobardía. Vencido del cónsul Paulo Emilio, se vio obligado a ponerse en sus manos. Gencio, rey del Illirio, abatido en treinta días por el pretor Anicio, acababa de experimentar una igual suerte. El reino de Macedonia, que había durado setecientos años, y dado señores, no solo a Grecia, sí también aun a todo Oriente, quedó reducido a provincia romana. Los furores de Antíoco se aumentaban contra el pueblo de Dios[147]. Vese entonces la resistencia de Matatías, sacrificador, de la estirpe de Fineés e imitador de su celo: las órdenes que deja, al morir, para la salud de su pueblo; las victorias de Judas Macabeo, su hijo, a pesar del número infinito de sus enemigos; la elevación de la familia de los Asmoneos o Macabeos; la nueva dedicación del templo, profanado por los gentiles[148]; el pontificado de Judas y la gloria del sacerdocio restablecido; la muerte de Antíoco[149], digna de su impiedad y de su altivez; su falsa conversión en su última enfermedad y el implacable enojo de Dios contra aquel rey soberbio. Su hijo Antíoco Eupator, de edad aun tierna, le sucedió bajo la tutela de Lisias su ayo. Durante su menor edad Demetrio Sotero, que en Roma estaba en rehenes, creyó restablecerse; pero no pudo obtener del senado que le restituyese a su reino, que la política romana quería más en el trono un rey niño. En tiempo de Antíoco Eupalor continúan la persecución del pueblo de Dios y las victorias de Judas Macabeo.[150] Introdúcese la división en el reino de Siria. Demetrio se escapa de Roma; los pueblos le reconocen; el joven Antíoco es muerto con Lisias, su tutor. Pero los judíos no son mejor tratados por Demetrio que por sus predecesores; también él experimenta la misma suerte: sus generales son derrotados por Judas Macabeo, y la mano del soberbio Nicanor, con que había tan frecuentemente amenazado al templo, queda allí clavada; pero poco después, oprimido Judas de la multitud, muere, peleando con un valor asombroso. Su hermano Jonatás sucede en su empleo y mantiene su reputación. Aun reducido al extremo, mantuvo siempre su brío. Regocijados los romanos de humillar a los reyes de Siria, acordaron y concedieron a los judíos su protección: la alianza que había Judas enviado a pedirles, les fue también concedida, aunque sin socorro alguno; pero la gloria del nombre romano no dejaba de ser de un grande apoyo al afligido pueblo[151].

Las turbaciones de Siria crecían cada día. Alejandro Balas, que blasonaba ser hijo de Antíoco el Ilustre, fue por los parciales de éste elevado al trono. Los reyes de Egipto, enemigos perpetuos de

---

145 572 de Roma; 182 a. C.
146 579 de Roma; 175 a. C.
147 587 de Roma; 167 a. C.
148 589 de Roma; 165 a. C.
149 590 de Roma; 164 a. C.
150 592 de Roma; 162 a. C.
151 600 de Roma; 154 a. C.

la Siria, se mezclaban, por aprovecharse de ellas, en sus discordias. Ptolomeo Filometor sostuvo a Balas. La guerra fue sangrienta y murió en ella Demetrio Solero, no dejando otros vengadores de su muerte, que a Demetrio Nicator y Antioco Sidetes, príncipes de edad aun tierna. Así el usurpador quedó sin inquietud y el rey de Egipto le dio a su hija Cleopatra en matrimonio Balas, que se creyó superior a cualquier peligro, se sumergió en los desórdenes y se granjeó el desprecio de todos sus vasallos.

En este tiempo Filometor juzgó el famoso proceso que los samaritanos hicieron a los judíos. Aquellos cismáticos siempre opuestos al pueblo de Dios, jamás dejaban de unirse con sus enemigos; y por complacer a Antíoco el Ilustre, su perseguidor, habían consagrado su templo de Garizim a Júpiter Hospitálico[152]. No obstante esta profanación, no dejaron estos impíos de sostener algún tiempo después de Alejandro, delante de Ptolomeo Filometor, que su templo debía ser preferido al de Jerusalén. Las partes contestaron delante del rey, y se empeñaron una y otra, pena de la vida, a justificar sus pretensiones por los términos de la ley de Moisés. Los judíos ganaron su causa, y fueron los samaritanos castigados con pena de muerte, según el pacto. El mismo rey permitió a Onías de la estirpe sacerdotal, fabricar en Egipto el templo de Heliópolis, según el modelo del de Jerusalén: empresa que fue condenada por todo el consejo de los judíos y juzgada contraría a la ley.

Entretanto Cartago, que con dificultad toleraba las leyes que Escipión Africano le había impuesto, se rebeló[153]. Los romanos resolvieron su total ruina, y se emprendió la tercera guerra púnica. Saliendo de la infancia el joven Demetrio Nicator, pensaba en restablecerse en el trono de sus antepasados, prometiéndoselo todo la vida afeminada del usurpador. Turbóse Balas al verle cerca; su suegro Filometor se declaró contra él por no haberle dejado Balas ocupar su reino; la ambiciosa Cleopatra se apartó de él por casarse con su enemigo; y en fin, pereció a manos de los suyos después de la pérdida de una batalla. Filometor murió pocos días después de las heridas que recibió en ella, y la Siria quedó libre de dos enemigos. Por este mismo tiempo se vio la caída de dos grandes ciudades. Cartago fue tomada y reducida a cenizas por Escipión Emiliano, que con esta victoria confirmó en su casa el renombre de Africano y se mostró digno heredero del grande Escipión su abuelo. Corinto tuvo el mismo destino, y pereció con ella la república de los Aqueos. El cónsul Mummio arruinó del todo esta ciudad, la más deliciosa de la Grecia, como la más adornada; y trasportó a Roma las incomparables estatuas, sin conocer su precio: que los romanos ignoraban las artes de la Grecia, contentándose con saber la guerra, la política y la agricultura.

Fortificáronse los judíos durante las turbaciones de la Siria: Jonatás se vio solicitado de los dos partidos, y Nicator victorioso le trató de hermano, de que tuvo bien presto la recompensa. En una sedición acudieron los judíos y le sacaron de entre las manos de los rebeldes[154]. Jonatás fue colmado, de honores; mas cuando el rey se creyó seguro, abrazó las máximas de sus antepasados y afligió, como ellos, a los judíos. Revivieron las turbaciones de la Siria: Diudoro Trifón elevó a un hijo de Balas, llamándole Antíoco el Dios, y le sirvió de tutor en su menor edad. La soberbia de Demetrio sublevó a los pueblos; toda la Siria ardía; Jonatás supo aprovecharse de la coyuntura, y renovó con los romanos la alianza. Todo le sucedía prósperamente, cuando Trifón, faltándole a la palabra, le hizo perecer con sus hijos[155]. Sucedióle su hermano Simón, el más prudente y feliz de los Macabeos; y los romanos le favorecieron, como habían hecho con sus predecesores. No fue menos infiel Trifón a su pupilo Antíoco que lo había sido a Jonatás. Hizo morir a este niño por medio de los médicos, con el pretexto de hacerle cortar la enfermedad de piedra que no padecía, y se apoderó de una parte del reino. Simón tomó el partido de Demetrio Nicator, rey legítimo; y después de haber obtenido de él la libertad de su provincia, la mantuvo con las armas contra el rebelde Trifón. Fueron

152 587 de Roma; 167 a. C.
153 606 de Roma; 148 a. C.
154 610 de Roma; 144 a. C.
155 611 de Roma; 143 a. C.

echados los sirios de la ciudadela que tenían en Jerusalén y después de todas las plazas de la Judea.[156] Libres así los judíos del yugo de los gentiles por el esfuerzo de Simón, acordaron las preeminencias reales a él y a sus sucesores; y Demetrio Nicator consintió en este nuevo establecimiento. Este principio tuvo el nuevo reino del pueblo de Dios y el principado de los Asmoneos, siempre unido al sumo sacerdocio.

En estos tiempos se extendió el imperio de los partos en la Bactriana y las Indias, por las victorias de Mitrídates, el más valeroso de los Arsácides. Entretanto[157] que se avanzaba hacia el Eufrates, Demetrio Nicator, llamado de los pueblos de aquella región que Mitrídates acababa de sujetar, esperaba reducir a la obediencia a los partos, a quienes los sirios trataban siempre de rebeldes. Consiguió muchas victorias; y estando para volver a la Siria a acabar en ella con Trifón, cayó en el lazo que un general de Mitrídates le había armado y quedó prisionero de los partos[158]. Trifón, que con la desgracia de este príncipe se creía seguro, se vio de improviso abandonado de los suyos, a quienes era ya insufrible su soberbia. Durante la prisión de Demetrio, su rey legítimo, se entregaron a su mujer Cleopatra y a sus hijos; pero fue necesario buscar defensor para estos príncipes de edad aun tierna. Tocaba naturalmente este cuidado a Antíoco Sidetes, hermano de Demetrio: hízole Cleopatra reconocer en todo el reino: más hizo aun: Fraates, hermano y sucesor de Mitrídates, trató a Nicator como a rey y le dio su hija Rodoguna en matrimonio. Cleopatra en odio de esta competidora, que le quitaba la corona y el marido, se casó con Antíoco Sidetes y se resolvió a reinar a costa de cualquier delito[159]. El nuevo rey atacó a Trifón: Simón se le juntó en esta empresa; y forzado el tirano en todas sus plazas, acabó como merecía. Antíoco, dueño ya del reino, olvidó bien presto los servicios que le había hecho Simón en esta guerra y le quitó la vida[160]. Mientras recogía todas las fuerzas de Siria contra los judíos, Juan Hircano, hijo de Simón, sucedió a su padre en el pontificado y se le sometió todo el pueblo. Sostuvo después el sitio dentro de Jerusalén con mucho esfuerzo; y la guerra que Antíoco meditaba contra los partos por libertar a su hermano, le hizo acordar condiciones tolerables a los judíos.

Al mismo tiempo que se concluyó esta paz, los romanos, que comenzaban a ser muy ricos, hallaron unos formidables enemigos en la espantosa multitud de sus esclavos. Euno, uno de ellos, los sublevó en Sicilia[161]; y fue necesario para reducirles todo el poder romano. Poco después la sucesión de Atalo, rey de Pérgamo, que nombró en su testamento heredero suyo al pueblo romano, introdujo la discordia en la ciudad. Empezaron los alborotos de los Gracos. El sedicioso tribunado de Tiberio Graco, uno de los primeros hombres de Roma, fue causa de su ruina: todo el senado le mató por mano de Escipión Nasica; y no halló sino este medio de impedir la perniciosa distribución del dinero con que este elocuente tribuno lisonjeaba al pueblo. Escipión Emiliano restablecía la disciplina militar; y este grande hombre, que había destruido a Cartago, arruinó también en España a Numancia, segundo terror de los romanos.

Halláronse débiles los partos contra Sidetes: sus tropas, aunque estragadas por un lujo prodigioso, tuvieron un maravilloso suceso. Juan Hircano, que le había seguido en esta guerra con sus judíos, dio en ella señas de su valor, e hizo respetar la religión judaica, deteniéndose el ejército por darle lugar a celebrar el día de quietud. Todo cedía, y vio Fraates reducido su imperio a sus antiguos límites; pero tan lejos de desesperar de sus cosas, que creyó que su prisionero le ayudaría a restablecerlas y a invadir a la Siria. En esta coyuntura experimentó Demetrio las extravagancias de su suerte: fue muchas veces suelto y otras tantas retenido, según prevalecían la esperanza o el temor en el espíritu de su suegro. En fin, un punto feliz en que no vio Fraates más recurso que la diversión

156 612 de Roma; 142 a. C.
157 613 de Roma; 141 a. C.
158 614 de Roma; 140 a. C.
159 615 de Roma; 139 a C.
160 619 de Roma; 135 a. C.
161 621 de Roma; 133 a. C.

que por medio de Demetrio quería hacer en la Siria, le puso enteramente en la libertad[162]. Mudóse en este punto la suerte. Sidetes, que no podía sostener sus gastos inmensos sino con robos íntolerables, fue de repente oprimido de una sublevación general de los pueblos, y pereció con su ejército, tantas veces victorioso. Hizo Fraates seguir aceleradamente a Demetrio, pero en vano, por haber entrado ya en su reino. Cleopatra su mujer, en quien sólo prevalecía el deseo de reinar, volvió luego con él y quedó olvidada Rodoguna. Hircano se aprovechó del tiempo; tomó a Sichem de los samaritanos y arruinó enteramente el templo de Garizim, doscientos años después que le fabricó Sanabalat. No impidió su ruina a los samaritanos el continuar su culto sobre aquel monte, y quedaron irreconciliables los dos pueblos. El año siguiente[163], unida toda la Idumea por las victorias de Hircano al reino de Judea, recibió la ley de Moisés con la circuncisión.

Continuaron los romanos su protección a Hircano, e hicieron restituirle las ciudades que los sirios le habían quitado. No dejaron a la Siria mucho tiempo tranquila la soberbia y las violencias de Demetrio Nicator. Los pueblos se rebelaron; y el Egipto enemigo, por mantener su sedición, les dio por rey a Alejandro Zebina, hijo de Balas. Fue Demetrio derrotado[164]; y Cleopatra, que creyó reinar en tiempo de sus hijos más absolutamente que en el de su marido, le hizo morir. No trató mejor a Seleuco su hijo mayor, que a pesar de ella quería reinar. Antíoco su hijo segundo, llamado Gripo, había deshecho a los rebeldes y volvía victorioso. Presentóle Cleopatra, según ceremonia, la copa pero envenenada; y advertido su hijo de sus designios, la obligó a que la bebiese. Dejó ella con su muerte[165] una eterna semilla de discordias entre los hijos que había tenido de los dos hermanos, Demetrio Nicator y Antíoco Sidetes. Agitada así la Siria, no estuvo capaz de perturbar ya más a los judíos. Juan Hircano tomó a Samaria, pero no pudo convertir los samaritanos. Murió cinco años después[166] y quedó la Judea pacíficamente a sus dos hijos, Aristóbulo y Alejandro Janneo, que reinaron sucesivamente sin ser incomodados de los reyes de Siria.

Dejaban los romanos que se consumiese por sí mismo este rico reino y se extendían por el lado del Occidente. Entretanto que duraban las guerras de Demetrio Nicator y de Zebina, comenzaron a dilatar su dominio a la otra parte de los Alpes; y Sextio, vencedor de los galos llamados salienos, estableció[167] en la ciudad de Aix una colonia que aun mantiene su nombre. Defendíanse mal los galos. Fabio domó a los alobroges y a todos los pueblos vecinos: el mismo año que Gripo hizo beber a su madre el veneno que le había ella preparado, reducida a provincia la Galia Narbonense, recibió el nombre de provincia romana. Así el imperio romano se engrandecía, e iba poco a poco ocupando todas las provincias y mares del mundo conocido. Pero cuanto más bello y excelente en lo exterior parecía el semblante de la república por sus conquistas, tanto más estaba interiormente desfigurada por la desordenada ambición de sus ciudadanos y por sus guerras internas. Los más ilustres romanos se hicieron los más perniciosos al bien público. Los dos Gracos lisonjeando al pueblo, comenzaron las discordias que no se terminaron sino con la misma república; Cayo, hermano de Tiberio, no pudo sufrir que se le hubiese hecho morir a tan grande hombre de una manera tan trágica. Animado a la venganza de movimientos que se creyeron inspirados de la sombra de Tiberio, armó unos contra otros a todos los ciudadanos[168]; pero en la víspera de la total ruina, pereció de muerte semejante a la que deseaba vengar.

Todo lo podía en Roma el dinero. Yugurta, rey de Numidia, que había manchado su opinión con la muerte de sus hermanos, a quienes el pueblo romano protegía, más largo tiempo se defendió con sus liberalidades que con sus armas; y Mario, que acabó de vencerle, no pudo llegar al mando sino enfureciendo al pueblo contra la nobleza. Tomaron los esclavos otra vez las armas en Sicilia, y

162 624 de Roma; 130 a. C.
163 625 de Roma; 129 a. C.
164 629 de Roma; 125 a. C.
165 645 de Roma; 109 a. C.
166 650 de Roma; 104 a. C.
167 630 de Roma; 124 a. C.
168 635-640 de Roma; 119-114 a. C.

no costó menos sangre a los romanos su segundo alboroto que el primero. Mario derrotó a los teutones, los cimbrios y otros pueblos del Norte, que penetraban en las Galias, en la España y la Italia. Las victorias que había conseguido, dieron motivo a nuevos repartimientos de tierras: Metelo, que lo contradecía, fue obligado a acomodarse al tiempo; y no quedaron extinguidas estas discordias, sino con la sangre de Saturnino, tribuno del pueblo. Entretanto que Roma dividía a la Capadocia contra Mitrídates, rey de Ponto, y que un tan grande enemigo, juntamente con la Grecia que había abrazado sus intereses, cedía a la fuerza romana[169]; la Italia, hecha a las armas en tantas guerras sostenidas o contra los romanos, o con ellos, arriesgó su imperio por una general revolución. Viose Roma en aquellos mismos tiempos despedazada por los furores de Mario y Sila[170]; famoso el uno por haber hecho temblar al Mediodía y al Norte, y el otro por vencedor de la Grecia y del Asia. Sila, a quien llamaban el Dichoso, lo fue mucho contra su patria y la puso en servidumbre su tiránica dictadura. Bien pudo él renunciar voluntariamente la potestad suprema; pero no pudo impedir los efectos de su mal ejemplo. Cada uno quiso dominar. Sertorio, celoso parcial de Mario, se acantonó en España y se coligó con Mitrídates. Contra tan gran capitán ni fue útil la fuerza, ni Pompeyo pudo reducir su partido, sino sembrando en él la discordia. No hubo quien no creyese, aun hasta Espartaco gladiator, que podía aspirar al mando. No dio este esclavo menos que hacer a los pretores y cónsules que a Lúculo Mitrídates. Hízose formidable a la potencia romana la guerra de los gladiadores; y teniendo Craso dificultad en fenecerla, fue necesario enviar contra ellos al gran Pompeyo[171].

En el Oriente prevalecían las fuerzas de Lúculo. Los romanos pasaron el Eufrates; pero su general, aunque invencible contra sus enemigos, no pudo contener dentro de los límites de su obligación a sus propios soldados. Mitrídates, frecuentemente derrotado y siempre animoso, se restablecía[172]; y también parecía necesaria la felicidad de Pompeyo para terminar esta guerra. Acababa de limpiar los mares de los piratas que desde la Siria hasta las columnas de Hércules los infestaban, cuando fue invadido contra Mitrídates. Pareció entonces su gloria elevada al más alto punto. Acababa de sujetar a este rey valeroso; a la Armenia, en que se había refugiado; a la Iberia y la Albania, que le sostenían; a la Siria despedazada por sus facciones; a la Judea, donde la división de los Asmoneos sólo dejó a Hircan II, hijo de Alejandro, una sombra de poder, y en fin a todo el Oriente; pero no hubiera podido triunfar de tantos enemigos sin el cónsul Cicerón, que salvó a la ciudad del fuego que Catilina, seguido de la más ilustre nobleza de Roma, le preparaba. Más por la elocuencia de este insigne orador que por las armas de su compañero Antonio, fue arruinado este formidable partido. Pero no quedó más segura la libertad del pueblo romano. Pompeyo dominaba en el senado; y su gran fama le hacía árbitro de todas las deliberaciones.

Julio César hizo a su patria, domando a las Galias, la más útil conquista que jamás ella hubiese conseguido. Este tan gran servicio le puso en paraje de establecer en su país su dominación[173]. Quiso al principio ser igual a Pompeyo y después superior. Persuadieron a Craso sus inmensas riquezas que podría tener parte en la honrosa gloria de estos dos grandes hombres como ya la tenía en la autoridad. Emprendió temerariamente la guerra contra los partos[174], funesta a sí y a su patria. Los Arsácides vencedores insultaron con burlas crueles a la ambición de los romanos y a la insaciable avaricia de su general. Pero no fue la ignominia del nombre romano el peor efecto de la derrota de Craso[175]. Contrapesaba a su poder el de Pompeyo y César, a quienes, aunque violentos, tenía unidos. Rompióse con su muerte el dique que los contenía; y los dos competidores decidieron su contienda con una sangrienta batalla en Farsalia. En un momento se dejó ver César victorioso por

169 663 de Roma; 91 a. C.
170 671-675 de Roma; 83-79 a. C.
171 686 de Roma; 68 a. C.
172 687 de Roma; 67 a. C.
173 696 de Roma; 58 a. C.
174 701 de Roma; 53 a. C.
175 705 de Roma; 49 a. C.

todo el mundo[176]: en Egipto, en Asia, en Mauritania, en España. Vencedor en todas partes, fue reconocido como señor en Roma y en todo el imperio.

Creyeron Bruto y Casio libertar a sus ciudadanos, matándole como a tirano, a pesar de su clemencia; pero recayó Roma en el poder de Marco Antonio, de Lépido y del joven César Octaviano, sobrino de Julio César y su hijo adoptivo, tres intolerables tiranos, cuyo triunvirato[177] y proscripciones aun horrorizan al leerlas. Pero fueron muy violentas para ser tan durables. Dividen estos tres hombres el imperio. César se reserva la Italia, y cambiando al instante en benignidad sus primeras crueldades, hace creer haber sido compulso de sus compañeros a ejercitarlas. Perecen los residuos de la república con Bruto y Casio. Después de haber Antonio y César arruinado a Lépido, vuelve uno contra otro el furor de sus armas[178]. Entrégase al mar todo el poder romano. Gana César la batalla de Acio[179], quedando disipadas las fuerzas que del Oriente y Egipto llevaba Antonio consigo: todos sus amigos le abandonan; hasta su Cleopatra, por quien se había perdido. Herodes Idumeo, quien toda su fortuna le debía, se halla obligado a darse al vencedor; y se mantiene por este medio en la posesión del reino de Judea, que la debilidad del viejo Hircan había hecho enteramente perder a los Asmoneos. Todo cede a la fortuna de César: Alejandría le abre sus puertas: el Egipto se convierte en provincia romana[180]: Cleopatra, desesperada de poder conservarle, se mata ella a sí misma después de muerto Antonio: Roma abre los brazos a César, que con el nombre de Augusto y el título de emperador queda único señor de todo el imperio[181]. Doma después hacia los Pirineos a los cántabros y asturianos sublevados. La Etiopía le pide paz. Asombrados los partos, le restituyen los estandartes tomados a Craso con todos los prisioneros romanos; las Indias solicitan su alianza: sus armas se hacen sentir de los retzios o grisones, sin que la aspereza de sus montañas pueda defenderles; la Panonia le reconoce; la Germania le tiembla; y recibe sus leyes el Veser[182]. Vencedor por tierra y mar, cierra el templo de Jano. Vive en paz todo el universo bajo su dominio, y viene Jesucristo al mundo.

ÉPOCA DÉCIMA.
El nacimiento de Jesucristo.—Séptima y última edad del mundo.

Ya, señor, hemos, en fin, llegado a aquellos tiempos[183] tan deseados de nuestros padres, de la venida del Mesías. Este nombre significa el Cristo, o el Ungido del Señor; y se debe a Jesucristo, como a pontífice, como a rey y como a profeta. No concuerdan en el año preciso en que vino el Salvador al mundo; pero convienen en que su nacimiento excede ciertamente en algunos años a nuestra era vulgar, que no obstante seguimos con todos los demás, por mayor comodidad. Y sin disputar ya sobre el año del nacimiento de nuestro Señor, basta sepamos que fue cerca del 4000 del mundo. Unos lo ponen algo antes, otros un poco después y otros precisamente en este año; cuya diversidad nace no menos de la incertidumbre de los años del mundo que de la del nacimiento de nuestro Señor. De cualquier modo que sea, fue cerca de este tiempo; mil años después de la dedicación del templo, y el 754 de Roma, cuando Jesucristo, hijo de Dios en la eternidad, hijo de Abraham y de David en el tiempo, nació de una purísima Virgen. Esta es de todas la más considerable época, no solo por la importancia de tan gran suceso, sino por ser ella también de donde ha tantos siglos que comienzan los cristianos a contar sus años. Tiene asimismo de notable que concurre con poca diferencia con el tiempo en que vuelve Roma al estado monárquico, bajo el

176 707-711 de Roma; 47-43 a. C.
177 712 de Roma; 42 a. C.
178 722 de Roma; 32 a. C.
179 724 de Roma; 30 a. C.
180 727 de Roma; 27 a. C.
181 730 de Roma; 24 a. C.
182 732-753 de Roma; 22-1 a. C.
183 1 de C.

pacífico imperio de Augusto. Todas las artes florecieron a su sombra; y la poesía latina fue elevada a su mayor perfección por Virgilio y Horacio, excitados de este príncipe, no sólo con sus beneficios, sí también con el honor concedido de una libre entrada cerca de su persona. Siguió luego al nacimiento de Jesucristo la muerte de Herodes. Su reino fue dividido entre sus hijos; y no tardó en caer en poder de los romanos de él la principal parte. Acabó Augusto su reinado con mucha honrosa gloria. Sucedióle sin contradicción Tiberio, a quien había adoptado; y fue reconocido el imperio por hereditario en la familia de los Césares. Tuvo mucho Roma que sufrir de la cruel política de Tiberio; pero lo restante de sus dominios gozó de competente tranquilidad. Germánico, sobrino de Tiberio, apaciguó los ejércitos amotinados; rehusó el imperio; derrotó al fiero Arminio; adelantó hasta el Albis sus conquistas; y habiendo con el amor de los pueblos atraído a sí los celos de su tío, este príncipe bárbaro le hizo morir, o de disgusto, o de veneno. En el año décimoquinto de Tiberio se deja ver S. Juan Bautista[184]. Hácese Jesucristo bautizar de este divino precursor. El Padre Eterno reconoce a su muy amado Hijo con una voz que viene de lo alto. El Espíritu Santo desciende sobre el Salvador bajo la forma pacífica de una paloma. Toda la augustísima Trinidad se manifiesta[185]. Allí empieza con la septuagésima semana de Daniel la predicación de Jesucristo. Esta última semana era la más importante y la más señalada. Habíala Daniel separado de las otras, como semana en que la alianza debía confirmarse y los antiguos sacrificios perder su virtud en medio de ella. Nosotros la podemos llamar la semana de los misterios. En ella estableció Jesucristo su misión y su doctrina con innumerables milagros, y después con su muerte[186]. Sucedió esta en el cuarto año de su ministerio, que fue también el cuarto de la última semana de Daniel; y de este modo se halla esta gran semana justamente partida en la mitad con esta santísima muerte.

Así es fácil hacer el cómputo de estas semanas, o por mejor decir, está del todo hecho; pues juntando a los 453 años que se hallarán desde el 300 de Roma y el 20 de Artajerjes hasta el principio de la era vulgar, los 30 años de esta era que se ven confinar con el decimoquinto año de Tiberio y con el bautismo del Señor, de estas dos sumas se formarán 483 años; de los siete que faltan aun para cumplir los 490, el cuarto, que hace la mitad, es en el que murió Jesucristo; y todo lo que profetizó Daniel está visiblemente incluido dentro del término que prescribió. Fuera de que tampoco es necesaria tanta puntualidad, y nada hay que obligue a entender en este extremado rigor aquella mitad notada por Daniel; y los más escrupulosos se satisfarían con hallarla en cualquier punto que estuviese entre los dos extremos: digo esto, a fin de que los que creyeren tener razones para poner algo antes o poco después el principio de Artajerjes, o la muerte de nuestro Señor, no se fatiguen en su cálculo; y que los que intentaren oscurecer una cosa tan clara con cavilaciones de la cronología, depongan sus inútiles sutilezas.

Las tinieblas que cubrieron toda la superficie de la tierra en lleno de mediodía y en el punto que Jesucristo fue crucificado, están recibidas por un eclipse ordinario de los autores paganos, que han notado este memorable suceso. Pero los primeros cristianos, que hablaron de él a los romanos como de un prodigio no solamente señalado por sus autores, sí también por los registros públicos, hicieron ver que ni al tiempo de la luna llena en que Jesucristo murió, ni en todo aquel año, en que se observó este eclipse, podía haber alguno que no fuese sobrenatural. Acerca de esto tenemos las propias palabras de Flegon, liberto de Adriano, citadas en tiempo que estaba su libro entre las manos, de todos; así como las historias siríacas de Thallo que le siguió: y el cuarto año de la 202 olimpíada, notada en los anales de Flegon, es de la muerte de nuestro Señor.

Para cumplir los misterios sale triunfante Jesucristo del sepulcro al tercero día; aparécese a sus discípulos; sube a los cielos en su presencia; envíales el Espíritu Santo; la Iglesia se forma: empieza la persecución; S. Esteban es apedreado; S. Pablo se convierte[187]; poco después Tiberio

184 28 de C.
185 30 de C.
186 33 de C.
187 37

muere. Calígula[188], su sobrino, su hijo adoptivo y su sucesor, pasma al universo con su cruel y brutal locura: hácese adorar, y ordena que sea colocada su estatua en el templo de Jerusalén. Chereas libra de este monstruo al mundo. Claudio reina sin embargo de su estupidez. Es deshonrado por Mesalina su mujer; y después de haberla hecho matar, la vuelve a pedir. Cásase después con Agripina, hija de Germánico. Los apóstoles tienen el concilio de Jerusalén[189], en que S. Pedro habla el primero, como lo hace en todo lo demás. Los gentiles convertidos son allí libertados de las ceremonias de la ley; se pronuncia la sentencia en nombre del Espíritu Santo y de la Iglesia. S. Pablo y S. Bernabé llevan el decreto del concilio a las Iglesias, y enseñan a los fieles a sujetarse a él. Tal fue la forma del primer concilio. El insensato Claudio deshereda a su hijo Británico, y adopta a Nerón, hijo de Agripina. Ella en recompensa envenena a tan fácil marido. Pero el imperio de su hijo[190] no fue menos funesto a sí misma que a todo el resto de la república. Debióse a Carbulon toda la gloria de este reinado, por las victorias que obtuvo contra los partos y los armenios. Nerón principió a un mismo tiempo la guerra contra los judíos y la persecución contra los cristianos. Este es el primer emperador que persiguió a la Iglesia[191]. Hizo morir en Roma a S. Pedro y S. Pablo. Pero como al mismo tiempo perseguía a todo el género humano, se halló rodeado de sublevaciones: supo que el senado le había condenado a muerte, y se mató a sí mismo.[192]

Cada ejército se hizo un emperador: decidióse la contienda cerca de Roma, y en Roma misma, con espantosas batallas en que Galba, Othon y Vitelio perecieron. El afligido imperio reposó bajo el dominio de Vespasiano. Pero los judíos fueron reducidos al extremo, Jerusalén tomada y abrasada[193]. Tito, hijo y sucesor de Vespasiano, dio una breve alegría al mundo, y sus días, que creía perdidos cuando no los señalaba algún beneficio, muy apresuradamente se precipitaron. Viose revivir a Nerón en la persona de Domiciano: renovóse la persecución[194]. Habiendo salido S. Juan de entre los hervores del aceite, fue desterrado a la isla de Patmos, donde escribió su Apocalipsis. Poco después escribió su Evangelio, siendo ya de edad de noventa años, y juntó la calidad de evangelista a la de apóstol y profeta. Desde este tiempo fueron los cristianos siempre perseguidos, tanto bajo de los buenos como de los malos emperadores. Hacíanse estas persecuciones ya de orden suya y por el odio particular de los magistrados, ya por la sublevación de los pueblos, y ya por los decretos auténticamente pronunciados en el senado, según los rescriptos de los príncipes, o en su presencia. Era entonces la persecución más universal y más sangrienta; y así el odio de los infieles, siempre obstinado en arruinar a la Iglesia, se excitaba a sí mismo de tiempo en tiempo a nuevos furores. Estas renovaciones de violencias han dado ocasión a los historiadores eclesiásticos para contar diez persecuciones, en tiempo de diez emperadores. En medio de tan largo padecer, jamás excitaron los cristianos ni aun la más mínima sedición. Entre todos los fieles, eran siempre los obispos los más combatidos. Entre todas las iglesias, la de Roma fue perseguida con mayor violencia; y treinta papas firmaron y confirmaron con su sangre el Evangelio que anunciaban a todo el mundo.

Matan a Domiciano[195]; y comienza el imperio a respirar en tiempo de Nerva. No le permite su grande edad restablecer las cosas; y para asegurar la quietud pública, elige por sucesor a Trajano[196]. Tranquilo el imperio por dentro y triunfante por de fuera, no cesa de admirar un tan buen príncipe; quien tenía por máxima que era necesario que sus ciudadanos le hallasen tal como él hubiera querido hallar un emperador si fuese sólo ciudadano. Domó este príncipe a los dacios y a Decébalo su rey: extendió sus conquistas al Oriente[197]; dio un rey a los partos y les hizo temer el poder

188 40
189 49
190 54
191 66
192 69
193 79
194 93
195 96
196 97
197 106

romano: feliz en que la embriaguez y sus amores infames, vicios tan deplorables en tan gran príncipe, nada le hiciesen intentar contra la justicia. A tiempos tan ventajosos para la república sucedieron los de Adriano, mezclados de bueno y de malo[198]. Mantuvo éste la disciplina militar, vivió él también militarmente y con mucha templanza; alivió a las provincias; hizo florecer las artes y a la Grecia, madre de ellas; tuvo con sus ejércitos y con su autoridad atemorizados a los bárbaros; reedificó a Jerusalén[199] y le dio su nombre, de donde le viene el de Elia; pero desterró a los judíos, siempre rebeldes al imperio, y estos obstinados hallaron en él un desapiadado vengador. Mas deslustró con sus crueldades y con sus amores monstruosos a un reinado tan esclarecido. Su infame Antinous, de quien hizo un Dios, cubre de ignominia a toda su vida. Pareció después que el emperador enmendase sus errores y restableciese su oscurecida gloria, adoptando a Antonino el Piadoso[200], el cual adoptó después a Marco Aurelio[201], el sabio y filósofo. Descúbrense en estos dos príncipes dos admirables calidades: el padre siempre en paz, está siempre pronto, siendo necesaria, a hacer la guerra; el hijo siempre en guerra, siempre está pronto a dar a sus enemigos y al imperio la paz. Habíale enseñado su padre Antonino que importaba más libertar a un solo ciudadano que deshacerse de mil enemigos. Los partos y los marcomanos probaron el valor de Marco Aurelio[202]. Eran los marcomanos alemanes, que este emperador acababa de sujetar cuando murió.

Por las virtudes de estos dos Antoninos se hizo este nombre la delicia del pueblo romano; y no pudo quedar borrada la gloria de tal nombre por la cobarde flojedad de Lucio Vero[203], hermano de Marco Aurelio, ni por las brutalidades de Cómodo su hijo y sucesor. Este, indigno de tener tal padre, olvidó sus documentos y sus ejemplos; se hizo abominable al senado y a los pueblos; su misma dama con los que más le obsequiaban, le hicieron morir. Pertinaz, su sucesor[204], vigoroso defensor de la disciplina militar, se vio sacrificado al furor de los soldados licenciosos, que habían poco antes elevádole a su pesar al supremo poder. Puesto el imperio en almoneda por el ejército encontró un comprador. El jurisconsulto Didio Juliano[205] se arriesgó a esta atrevida compra y le costó la vida: Severo Africano le hizo morir; vengó a Pertinaz; pasó del Oriente al Occidente; triunfó en la Siria, en la Galia y en la Gran Bretaña. Rápido conquistador[206], igualó a César en las victorias, pero no le imitó en la clemencia. No pudo poner paz entre sus hijos. Apenas murió[207], cuando Basano o Caracalla, que era el primogénito, falso imitador de Alejandro, mató a su hermano Geta[208], aun también emperador en el seno de Julia, madre de ambos: pasó después su vida en crueldades y sangrientos estragos, y se buscó una trágica muerte. Habíale Severo ganado el corazón de los soldados y pueblos, dándole el nombre de Antonino; pero él no supo mantener su gloria.

El sirio Heliogábalo[209], o por mejor decir, Halagábalo su hijo, a lo menos reputado por tal, aunque el nombre de Antonino le diese desde luego el corazón de los soldados y la victoria contra Macrino, también se hizo después por sus infamias el horror del género humano y fue causa de su misma perdición. Alejandro Severo[210], hijo de Mamea, su pariente y sucesor, vivió muy poco para el bien del mundo. Lamentábase de tener más dificultad en contener a sus soldados que en vencer a sus enemigos. Su madre, que le gobernaba, fue causa de su ruina, como antes lo había sido de su

198 117
199 123
200 135
201 138
202 169
203 180
204 192
205 195
206 207
207 209
208 212
209 218
210 222

gloria. En su tiempo[211] Artajerjes persiano mató a su señor Artabano, último rey de los partos, y restableció en el Oriente el imperio de los persas.

La Iglesia, aunque recién nacida, llenaba ya en estos tiempos a toda la tierra; y no solo el Oriente en que había empezado, esto es, la Palestina, la Siria, el Egipto, el Asia menor y la Grecia, sí también en el Occidente, a más de la Italia, las diversas naciones de las Galias, todas las provincias de España, la África, la Germania, la Gran Bretaña, en lugares impenetrables a las armas romanas; y también fuera del imperio la Armenia, la Persia, las Indias, los pueblos más bárbaros, los sármatas, los dacios, los escitas, los mauritanos, los getulios y hasta las islas más desconocidas. La sangre de sus mártires la fecundaba. En tiempo de Trajano[212], S. Ignacio, obispo de Antioquía, fue expuesto a las bestias feroces. Marco Aurelio, desgraciadamente preocupado de las calumnias de que cargaban al cristianismo, hizo morir a S. Justino[213] el filósofo y apologista de la religión cristiana. San Policarpo, obispo de Esmirna, discípulo de S. Juan, fue en edad de ochenta años condenado al fuego, imperando el mismo príncipe. Los santos mártires de Lyon y de Vienne[214] sufrieron tormentos inauditos, como S. Fotino su obispo, que en edad de noventa años les dio ejemplo con su constancia. La Iglesia galicana llenó todo el universo de su gloria. S. Ireneo[215], discípulo de S. Policarpo y sucesor de S. Fotino, imitó a su predecesor y murió mártir en tiempo de Severo con un gran número de fieles de su Iglesia. Mitigábase alguna vez la persecución. En una extrema falta de agua que Marco Aurelio padeció en Germania, una legión cristiana obtuvo una lluvia capaz de extinguir la sed de su ejército, acompañada de rayos que atemorizaron a sus enemigos. El. nombre de *Fulminante* fue dado y confirmado a la legión por este milagro; y quedó el emperador tan movido de él, que escribió al senado en favor de los cristianos. En fin, sus adivinos le persuadieron a atribuir a sus dioses y a sus ruegos un milagro, que ni aun desearlo habían advertido los paganos. Otras causas suspendían o moderaban algunas veces la persecución por algún tiempo; pero la superstición, vicio que Marco Aurelio no pudo evitar, el odio público y las calumnias que se imputaban a los cristianos prevalecían bien presto. Revivía el furor de los paganos y corría por todo el imperio la sangre de los mártires.

La doctrina acompañaba a la tolerancia. En tiempo de Severo y poco después, Tertuliano[216], presbítero de Cartago, ilustró a la iglesia con sus escritos, la defendió con una admirable apología, y la dejó después, ciego de una orgullosa severidad y engañado de las visiones del falso profeta Montano. Poco después por el mismo tiempo, el santo presbítero Clemente Alejandrino desenterró las antigüedades del paganismo para confundirlo, convencerlo y extinguirlo enteramente. Orígenes, hijo del santo mártir Leónidas, se hizo célebre por toda la Iglesia desde su juventud primera y enseño grandes verdades que mezclaba con muchos errores. El filósofo Ammonio hizo servir la filosofía platónica a la religión y se ganó hasta el respeto de los paganos. Entretanto los valentinianos, los gnósticos y otras sectas impías confundieron el Evangelio con falsas tradiciones. S. Ireneo les opuso la tradición y la autoridad de las iglesias apostólicas, mayormente la de Roma, fundada por los apóstoles S. Pedro y S. Pablo, que es la principal de todas. Tertuliano hizo lo mismo. Nunca ha vacilado la Iglesia, ni por las herejías, ni por los cismas, ni por la caída de sus más ilustres doctores; y la santidad de sus costumbres es tan esclarecida, que le atrae las alabanzas aun de sus mismos enemigos.

Hallábanse en terrible confusa turbación las cosas del imperio: el tirano Maximino, aunque de estirpe gótica, se hizo dueño de él después de haber quitado la vida a Alejandro. Opúsole el senado cuatro emperadores, que en menos de dos años perecieron. Entre ellos estaban los dos Gordianos[217],

---

211 233
212 107
213 163
214 177
215 202
216 215
217 237

padre e hijo, amados del pueblo romano. El joven Gordiano, aunque en total juventud mostrase una consumada sabiduría, pudo defender difícilmente contra los persas el imperio, debilitado por sus discordias. Había ya recobrado de ellos muchas plazas importantes cuando Felipe Árabe mató a tan buen príncipe; y temiendo ser oprimido de dos emperadores sucesivamente elegidos por el senado, hizo una paz indigna con Sapor, rey de Persia[218]. Éste fue el primero de los romanos que abandonó por tratado tierra del imperio. Dícese que abrazó la religión cristiana en tiempo que de repente se vieron mejoradas sus costumbres; y es cierto que fue favorable a los cristianos. En odio de este emperador, Decio, que le mató, renovó la persecución con más violencia que nunca. Extendióse la Iglesia por todas partes, principalmente en las Galias, y bien presto perdió el imperio a Decio, que vigorosamente le defendía. Gallo y Volusiano pasaron[219] muy aceleradamente. Emiliano no hizo sino dejarse ver. Fue dado a Valeriano el poder supremo, a que ascendió este venerable anciano por todas las dignidades. No fue cruel sino con los cristianos.

En tiempo de él[220] S. Esteban papa y S. Cipriano, obispo de Cartago, sin embargo de sus disputas, que no habían podido romper su comunión, recibieron ambos la misma corona. El error de S. Cipriano, que reprobaba el bautismo dado por los herejes, no fue a él ni a la Iglesia perjudicial. Se mantuvo la tradición de la Santa Sede por su propia fuerza contra los especiosos discursos y contra la autoridad de tan grande hombre, aunque otros también grandes defendiesen la misma doctrina. Mayor daño hizo otra disputa. Confundió Sabelio juntas las tres divinas personas; y no conoció en Dios sino una sola bajo de tres nombres. Pasmó a la Iglesia esta novedad; y S. Dionisio, obispo de Alejandría, descubrió al papa Sixto II los errores de aquel heresiarca. Este santo papa siguió bien presto al mártir S. Esteban, su predecesor: cortáronle la cabeza[221], y dejó otro mayor combate que sostener a su diácono S. Lorenzo.

Vése entonces comenzar la inundación de los bárbaros. Los borgoñones y otros pueblos germanos, los godos llamados antes getas, y otros pueblos que habitaban hacia el Ponto Euxino y de la otra parte del Danubio, entraron en Europa[222]. El Oriente fue invadido por los escitas asiáticos y por los persas. Deshicieron estos a Valeriano: siguióse el prenderle por una infidelidad; y después de haberle hecho terminar su vida en una penosa esclavitud, le quitaron la piel para que sirviese de monumento a su victoria. Galieno, su hijo y compañero, acabó por su flojedad de perderlo todo. Treinta tiranos dividieron el imperio. Odenato, rey de Palmira, ciudad antigua fundada por Salomón, fue el más ilustre de todos: salvó las provincias del Oriente de las manos de los bárbaros y se hizo reconocer en ellas[223]. Marchaba con él su mujer Zenobia a la frente de sus ejércitos, que después de su muerte mandó ella sola; y se hizo célebre en todo el mundo por haber juntado la castidad con la belleza y la sabiduría con el valor. Claudio II y después de él Valeriano restablecieron los asuntos del imperio. Entretanto[224] que ellos abatían a los godos y los germanos con señaladas victorias, conservaba Zenobia a sus hijos las conquistas de su padre. Inclinada esta princesa al judaísmo, Paulo de Samosata, obispo de Antioquía, hombre vano e inquieto, enseñó, por atraerla, su opinión judaica sobre la persona de Jesucristo, a quien hacía solamente un puro hombre. Después de una larga disimulación de doctrina tan nueva, fue convencido y condenado en el concilio de Antioquia. La reina Zenobia sostuvo la guerra contra Aureliano, que no se desdeño de triunfar de una mujer tan célebre. Entre continuos combates supo él hacer observar a los soldados la disciplina romana; y mostró que, siguiendo las órdenes antiguas y la antigua templanza, podían tenerse en operación grandes ejércitos dentro y fuera, sin gravamen del imperio.

Empezaban entonces los francos a hacerse temer. Eran estos una liga de pueblos germanos

218 245
219 249
220 257
221 259
222 260
223 264
224 270

que habitaban a lo largo del Rhin. Su nombre manifiesta que estaban unidos por el amor de la libertad. Aureliano les había derrotado siendo un mero particular, y les tuvo atemorizados siendo emperador. Este gran príncipe se hizo aborrecible por sus acciones sangrientas; y su cólera formidable le causó la muerte, anticipándose a dársela los que se creían en peligro de padecerla; y su secretario, amenazado, se puso a la frente de la conjuración. El ejército, que le vio perecer por la conspiración de tantos cabos, rehusó elegir emperador, temiendo elevar al trono a uno de los asesinos de Aureliano; y el senado, restablecido en su antiguo derecho, eligió a Tácito[225]. Era este nuevo príncipe venerable por su edad y por su virtud; pero las violencias de un pariente a quien dio el mando del ejército, le hicieron odioso, y pereció con él en una sedición el sexto mes de su reinado. Así su exaltación no hizo más que precipitar el curso de su vida. Su hermano Floriano pretendió el imperio por derecho de sucesión, como heredero más próximo. Desestimóse este motivo: Floriano fue muerto, y Probo forzado de los soldados a admitir el imperio, sin embargo de haberles amenazado que les haría vivir en orden. Todo cedió a tan gran capitán[226]: los germanos y francos, que pretendían entrar en las Galias, fueron rechazados; y en el Oriente, no menos que en el Occidente, respetaron todos los bárbaros a las armas romanas[227]. Un guerrero tan formidable aspiraba a la paz; e hizo esperar al imperio que no le sería ya necesaria la milicia Vengóse el ejército de esta palabra, y de la regla severa que le hacía observar su emperador. Asombrado instantáneamente de la violencia que había usado contra tan gran príncipe, honró su memoria, y dióle por sucesor a Caro[228], que no menos que él, era celoso de la disciplina.

Vengó este valeroso príncipe a su predecesor, y reprimió a los bárbaros, a quienes la muerte de Probo había restituido los bríos. Fue a Oriente, con Numeriano su hijo segundo, a atacar a los persas; y opuso a los enemigos del lado del norte a su hijo mayor Carino, a quien hizo césar. Era esta la segunda dignidad y el escalón más próximo para llegar al imperio. Todo el Oriente tembló a vista de Caro: sujetósele la Mesopotamia: los persas, divididos, no pudieron resistirle. Pero cuando todo le cedía, le detuvo el cielo con un rayo. Estuvo Numeriano para cegar a fuerza de su llanto. ¡Qué no puede en los corazones el deseo de reinar! Tan lejos estuvo Apro, su suegro, de compadecerse de sus males, que le quitó la vida; pero Diocleciano vengó su muerte, y en fin llegó al imperio que con tanto ardimiento había deseado.[229]

Despertóse Carino a pesar de su vida perezosa y derrotó a Diocleciano; pero persiguiendo a los fugitivos, fue muerto por uno de los suyos a cuya mujer había violado. Así quedó libre el imperio del más violento y perdido de los hombres. Gobernó Dioclecíano con vigor, pero con una insufrible vanidad. Para resistir a tantos enemigos, que por todas partes dentro y fuera se levantaban, nombró a Maximiano por su compañero en el imperio; pero supo conservarse la principal autoridad. Cada emperador hizo un césar. Constancio Cloro y Galerio fueron elevados a esta alta dignidad. Apenas pudieron sostener los cuatro príncipes el peso de tantas guerras. Huyó Diocleciano de Roma[230], cuya libertad no podía sufrir, y se estableció en Nicomedia, donde se hizo adorar a la moda de los orientales. Entretanto los persas, vencidos por Galerio, abandonaron a los romanos grandes provincias y reinos enteros. Después de tan grandes sucesos no quiere Galerio ser ya súbdito y desdeña el nombre de césar. Comienza intimando a Maximiano. Una larga enfermedad había abatido el espíritu de Diocleciano; y Galerio, aunque yerno suyo, le forzó a renunciarle el imperio. Fue necesario que Maximiano siguiese su ejemplo: así el imperio vino a poder de Constancio Cloro y de Galerio[231]: dos nuevos Césares, Severo y Maximino, fueron creados en su lugar por los emperadores que se deponían. Las Galias, la España y la Gran Bretaña fueron felices,

225 275
226 277
227 280
228 283
229 285
230 291
231 304

aunque por muy poco tiempo, bajo Constancio Cloro. Enemigo de las exacciones y acusado de arruinar por este medio al fisco, mostró que tenía tesoros inmensos en el amor de sus vasallos.

El resto del imperio padecía mucho en el tiempo de tantos emperadores y tantos cesares; los criados se multiplicaban con los príncipes; los gastos y exacciones eran infinitas. Iba haciéndose ilustre el joven Constantino, hijo de Constancio Cloro, pero se hallaba entre las manos de Galeno que, celoso de su gloria, le exponía a nuevos riesgos cada día. Erale preciso combatir con las bestias feroces como por entretenimiento; pero no menos que ellas era Galerio para temido. Escapado Constantino de sus manos, encontró a su padre espirando. En este tiempo Majencio, hijo de Maximiano y yerno de Galerio, se hizo emperador en Roma a pesar de su suegro; y las discordias internas se juntaron a los otros males del estado. La imagen de Constantino, que acababa de suceder a su padre, llevada a Roma según costumbre, fue desechada de orden de Majencio. Era la admisión de las imágenes la forma ordinaria de reconocer a los nuevos príncipes. Hácense por todas partes prevenciones de guerra. El césar Severo, enviado de Galerio contra Majencio, le hizo temblar en Roma. Por darse algún apoyo en su espanto, volvió a llamar a su padre Maximiano. El ambicioso viejo dejó su retiro en que a su pesar se mantenía; y procuró, aunque sin fruto, sacar a Diocleciano del jardín que cultivaba en Salona. Al nombre de Maximiano, segunda vez emperador[232], dejaron a Severo sus soldados. Hace matarle el anciano emperador; y por sostenerse al mismo tiempo contra Galerio, da su hija Fausta a Constantino. Erale también necesario otro apoyo a Galerio después de la muerte de Severo; y así se resolvió a nombrar emperador a Licinio, cuya elección ofendió a Maximino que, como césar, se creía más próximo a este supremo honor. Nada pudo persuadirle a sujetarse a Licinio, y se hizo absoluto en el Oriente. Casi no quedaba a Galerio más que el Illirio, donde se había retirado después de haber sido expelido de Italia. El resto del Occidente obedecía a Maximiano, a su hijo Majencio y a su yerno Constantino. Pero no menos le disgustaban por compañeros en el imperio los hijos que los extraños[233]: procuró echar de Roma a su hijo Majencio; pero fue de él expelido. Constantino, que le recibió en las Galias, no le halló menos pérfido. Después de varios atentados, hizo Maximiano la última conjuración, en que creyó haber empeñado a su hija Fausta contra su marido. Engañábale ella; y Maximiano, que pensaba haber muerto a Constantino matando a su eunuco que se había echado en su cama, se vio precisado a darse él mismo la muerte. Encendióse una nueva guerra[234]: Majencio con pretexto de vengar a su padre, se declara contra Constantino, que marcha a Roma con sus tropas. Hace al mismo tiempo derribar las estatuas de Maximiano; y la misma suerte tuvieron las de Diocleciano, que estaban allí juntas. Turbó este desprecio el reposo de Diocleciano, y murió algún tiempo después no menos de pesar que de vejez.

En este tiempo Roma, siempre enemiga del cristianismo, hizo el último esfuerzo para extinguirlo, y por el contrario, acabó de restablecerlo. Galerio, notado de los historiadores como autor de la postrera persecución, dos años antes que se viese Diocleciano obligado por él a dejar el imperio, le precisó a hacer aquel sangriento edicto que ordenaba perseguir a los cristianos con más violencia que nunca[235]. Maximiano, que les aborrecía y jamás había cesado de atormentarles, excitaba a los magistrados y a los verdugos; pero por más extremada que fuese su violencia, de ningún modo igualaba a la de Maximiano y de Galerio. Inventábanse cada día nuevos castigos. La pureza de las vírgenes cristianas no era menos combatida que su fe. Se buscaban con extraordinaria diligencia los sagrados libros para borrar su memoria, y no se atrevían los cristianos a tenerlos en sus casas ni casi a leerlos. Así después de trescientos años de persecución, se hacía más cruelmente fiero el odio de los perseguidores. La paciencia de los cristianos les dejó cansados. Los pueblos, movidos de su santa vida, se convertían a tropas. Galerio desesperó de vencerles. Asaltado de una enfermedad extraordinaria, revocó sus edictos, y murió de una muerte como la de Antíoco y con un

232 307
233 310
234 312
235 302

igualmente falso arrepentimiento[236]. Maximino continuó la persecución; pero Constantino el Grande, príncipe sabio y victorioso, abrazó pública y solemnemente el cristianismo[237].

ÉPOCA UNDÉCIMA.
Constantino, o la paz de la Iglesia.

Esta célebre, feliz e importantísima declaración de Constantino sucedió en el año 312 de nuestro Señor. Entretanto que este dichoso príncipe sitiaba en Roma a Majencio, se le apareció en el aire, a vista de todos, una cruz resplandeciente con una inscripción que le prometía la victoria: lo mismo le fue confirmado en un sueño. El día siguiente ganó aquella célebre batalla que libró a Roma de un tirano y a la iglesia de un perseguidor. Fue enarbolada la santa cruz, como defensa del pueblo romano y de todo el imperio. Poco después Maximino fue también vencido por Licinio, que estaba de acuerdo con Constantino; teniendo aquel un fin semejante al de Galerio. Consiguientemente fue dada la paz a la Iglesia, Constantino la colmó de honores y de bienes. La victoria le acompañaba por todas partes, y los bárbaros fueron reprimidos así por él como por sus hijos. Entretanto Licinio rompe con él y renueva la persecución: derrotado por mar y tierra, se ve obligado a dejar el imperio y en fin a perder la vida.

En este tiempo[238] juntó Constantino en Nicea de Bitinia el primer concilio general, en que trescientos diez y ocho obispos, que representaban a toda la Iglesia, condenaron al presbítero Arrio, enemigo de la divinidad del Hijo de Dios; y formaron el símbolo en que la consubstancialidad del Padre y del Hijo está establecida. Los sacerdotes de la Iglesia romana, enviados por el papa S. Silvestre, precedieron en él a todos los obispos; y un antiguo autor griego cuenta entre los legados de la Santa Sede al célebre Osio, obispo de Córdoba, que presidió al concilio. Constantino tomó en él su asiento, y recibió sus decisiones como oráculos del cielo. Ocultaron los arrianos sus errores y volvieron con esta disimulación a entrar en su gracia. Entretanto que su valor mantenía el imperio-en suma quietud, se turbó el reposo de su familia por los artificios de su mujer Fausta. Crispo hijo de Constantino, de otro matrimonio, acusado por su madrastra de haber querido violarla, halló inflexible a su padre. Quedó su muerte bien presto vengada, porque convencida Fausta, fue sufocada en el baño; y el deshonor de Constantino, causado por la malicia de su mujer, fue al mismo tiempo recompensado con mucho honor por la piedad de su madre. Descubrió ésta en las ruinas de la antigua Jerusalén la verdadera cruz, fecunda en milagros. El santo sepulcro fue también hallado. La nueva ciudad de Jerusalén que había Adriano mandado fabricar, el portal en que había nacido el Salvador del mundo, y todos los santos lugares fueron adornados de soberbios templos por Elena y Constantino[239]. Cuatro años después el emperador reedificó a Bizancio, le puso el nombre de Constantinopla y la hizo segunda silla del imperio. La Iglesia aunque tranquila, bajo de Constantino, fue en Persia cruelmente afligida. Una infinidad de mártires dieron testimonio de su fe. Fueron inútiles las diligencias del emperador para aplacar a Sapor y atraerle al cristianismo, y la protección de Constantino sólo sirvió a los cristianos perseguidos de un favorable refugio. Murió este príncipe, colmado de bendiciones de toda la Iglesia y lleno de alegría y de esperanza, después de haber dividido el imperio entre sus hijos, Constancio, Constantino y Constante.

Su concordia se turbó bien presto[240]. Murió Constantino en la guerra que tuvo con su hermano Constante, sobre los límites de su imperio. No hubo mucho mayor unión entre Constancio y Constante. Constancio defendió la fe de Nicea, que Constante combatía. Admiró entonces la Iglesia la gran tolerancia de S. Atanasio, patriarca de Alejandría y defensor del concilio de Nicea. Echado

236 311
237 312
238 324-325
239 330
240 340

de su silla por Constancio, fue restablecido por el papa S. Julio I, cuyo decreto apoyó Constante No duró mucho este buen príncipe: matóle alevosamente[241] el tirano Majencio que, vencido poco después por Constancio, se mató a sí mismo. En la batalla que causó su ruina, Valente, obispo arriano, secretamente advertido de sus amigos del estado de ella, aseguró a Constancio que el ejército del tirano estaba en fuga, haciendo creer a este fácil emperador que lo sabía por revelación. Con este falso fundamento se entrega Constancio a los arrianos. Los obispos ortodoxos son echados de sus sillas: toda la Iglesia se llena de confusión y espanto. La constancia del papa Liberio cede a las penalidades del destierro: los tormentos rinden la del anciano Osio, apoyo que había sido de la Iglesia: el concilio de Rimini, tan constante desde el principio, cede al fin por engaño y violencia: nada se hace con formalidad: la autoridad del emperador es la única ley[242]; pero los arrianos, que lo pueden todo con él, no pueden concordarse entre sí y mudan cada día su símbolo: la fe de Nicea subsiste firme y estable: S. Atanasio y S. Hilario, obispo de Poitiers, sus principales defensores, se hacen célebres por todo el mundo.

Mientras que el emperador Constancio, ocupado de las cosas del arrianismo, se descuidaba de las del imperio, consiguieron los persas grandes ventajas. Los alemanes y los francos tentaron por todas partes la entrada en las Galias. Juliano, pariente del emperador, les detuvo y derrotó. El mismo emperador deshizo a los sármatas y marchó contra los persas. Descúbrese allí la rebelión de Juliano contra el emperador, su apostasía, la muerte de Constancio, el reinado de Juliano[243], la equidad de su gobierno, y el nuevo género de persecución que hizo padecer a la Iglesia: él mantuvo sus discordias: excluyó los cristianos, no sólo de los honores, sí también de los estudios; y fingiendo que imitaba la santa disciplina de la Iglesia, creyó convertir contra ella sus propias armas. Usábase con moderación de los castigos, y se imponían con otros pretextos que el de la religión. Los cristianos se mantuvieron fieles al emperador; pero la honra que ansiosamente buscaba, le hizo perecer; y fue muerto en Persia, donde temerariamente se había empeñado. Joviano su sucesor[244], cristiano celoso, halló las cosas incapaces de restablecimiento y sólo vivió para concluir una paz ignominiosa. Después de él hizo Valentiniano la guerra como gran capitán; condujo a ella su hijo Graciano desde su primera juventud; mantuvo la disciplina militar; derrotó a los bárbaros; fortificó las fronteras del imperio; y protegió en Occidente a la fe de Nicea. Valente su hermano[245], a quien hizo su compañero, la perseguía en Oriente; y no pudiendo ganar ni rendir a S. Basilio, ni a S. Gregorio Nacianceno, desesperó de vencerla. Algunos arrianos juntaron nuevos errores a los antiguos dogmas de su secta. Aerio, sacerdote arriano, está notado en los escritos de los santos Padres como autor de una nueva herejía por haber igualado el sacerdocio al carácter de obispo, y juzgado inútiles las oraciones y oblaciones que hacía toda la Iglesia por los difuntos. El tercer error de este heresiarca era contar entre las servidumbres de la ley la observancia de ciertos ayunos señalados y querer que el ayuno fuese siempre libre. Aun vivía Aerio cuando S. Epifanio se hizo célebre por su historia de las herejías, en que está refutado con los demás. S. Martín fue hecho obispo de Tours[246], el cual durante su vida y después de ella ha llenado a todo el universo de la fama de su santidad y de sus milagros. Murió Valentiniano después de un discurso violento que hizo a los enemigos del imperio. Su impetuosa colérica ira, que le hacía formidable a los demás, fue fatal a él mismo.

Su sucesor Graciano vio sin envidia la elevación de Valentiniano II, su hermano menor que, aunque solamente tenía nueve años, fue hecho emperador. Su madre Justina, protectora de los arrianos, gobernó durante su tierna edad. Aquí se ven maravillosos acaecimientos en pocos años: la rebelión de los godos contra Valente: dejar este príncipe a los persas por reprimir a los rebeldes:

---

241 350
242 359
243 360
244 363
245 370
246 375

acudir Graciano para socorrerle, después de haber conseguido una señalada victoria contra los alemanes. La muerte de Valente junto a Andrinópoli[247], por haber precipitado la batalla, queriendo vencer por sí solo; y los godos victoriosos quemarle en una aldea donde se había retirado. Oprimido Graciano de los negocios, elige por compañero en el imperio al gran Teodosio, y le deja el Oriente. Son vencidos los godos; puestos en temor los bárbaros; y lo que Teodosio no menos estimaba, los herejes macedonianos, que negaban la divinidad del Espíritu Santo, condenados en el concilio de Constantinopla[248]. No se halló en él sino la Iglesia griega; pero el consentimiento de todo el Occidente y del papa S. Dámaso, hizo llamarle el segundo concilio general.

Entretanto que Teodosio gobernaba con tanto vigor y acierto, Graciano, que no era menos esforzado y piadoso, abandonado de sus tropas, compuestas de extranjeros, fue sacrificado al tirano Máximo. La Iglesia y el imperio lloraron un príncipe tan bueno. Reinó el tirano en las Galias y pareció que con este repartimiento se contentase. La emperatriz Justina publicó edictos[249] con el nombre de su hijo a favor del arrianismo. No le opuso S. Ambrosio, obispo de Milán, sino la santa doctrina, las oraciones y la paciencia; y supo con estas armas, no sólo conservar a la Iglesia las basílicas que los herejes querían ocupar, sí también ganar a favor de ella al joven emperador. El tirano Máximo se alborota; y no halla Justina otro más fiel que al santo obispo, a quien ella antes trataba de rebelde. Envíale al tirano; pero le hallan inflexible sus discursos. Vése obligado el joven Valentiniano a tomar la fuga con su madre; Máximo se hace señor de Roma, donde restablece el culto de los falsos dioses para complacer al senado, pagano aun casi todo. Después que hubo ocupado todo el Occidente y cuando él se creía más tranquilo, Teodosio, asistido de los francos, le derrotó en la Pannonia[250], le sitió en Aquilea y le dejó matar de sus soldados. Teodosio, hecho dueño absoluto de los dos imperios, restituye el de Occidente a Valentiniano, que no le conservó largo tiempo. Este joven príncipe elevó y abatió mucho a Arbogasto, capitán de los francos, valiente y desinteresado; pero capaz de mantener, a costa de cualquier delito, el poder que se había adquirido sobre las tropas. Exaltó éste al tirano Eugenio, en quien estaba la lengua desacompañada de espíritu, y mató a Valentiniano, que no quería ya estar sujeto al soberbio franco. Hízose esta detestable acción[251] en las Galias, junto a Vienne. S. Ambrosio, a quien el joven emperador había llamado para recibir de su mano el bautismo, lloró su pérdida y tuvo grande esperanza de su salvación. No quedó su muerte sin castigo. Un milagro visible dio la victoria a Teodosio contra Eugenio y contra sus falsos dioses, cuyo culto había restablecido. Fue preso Eugenio, necesario sacrificarle a la venganza pública y extinguir la rebelión con su muerte. El fiero Arbogasto, más quiso matarse que recurrir a la clemencia del vencedor, que todos los demás rebeldes acababan de experimentar.

Teodosio, ya único emperador, fue la alegría y la admiración de todo el mundo. Apoyó y protegió a la religión: hizo enmudecer a los herejes: desterró los sacrificios impuros de los paganos: corrigió el lujo y reprimió los gastos superfluos: confesó humildemente sus culpas e hizo de ellas penitencia. Escuchó a S. Ambrosio[252], celebérrimo doctor de la Iglesia, que le reprendía su ira, único vicio de tan gran príncipe. Siempre victorioso, jamás movió guerra sino precisado. Hizo felices a sus pueblos, y murió en paz, más ilustre por su fe que por sus victorias. En su tiempo[253] S. Jerónimo, sacerdote, retirado en el portal de Belén, emprendió trabajos inmensos para explicar la santa Escritura: leyó todos los intérpretes: desenterró todas las historias sagradas y profanas que podían iluminarle: y compuso según el original hebreo la versión de la Biblia, que toda la Iglesia ha recibido y reconocido bajo el nombre de Vulgata.

El imperio que, dominado de Teodosio, parecía invencible, mudó repentinamente de

247 377
248 382
249 386
250 388
251 392
252 394
253 395

semblante mandado por sus dos hijos[254]. Arcadio tuvo el Oriente, y el Occidente Honorio: ambos gobernaron por sus ministros, los cuales hicieron servir el poder público a los intereses particulares. Rufino y Eutropeo sucesivamente favorecidos de Arcadio, y tan malo el uno como el otro, perecieron bien presto; pero no mejoró la dirección de las cosas en el tiempo de un príncipe tan débil. Su mujer Eudoxia hizo que persiguiese a S. Juan Crisóstomo, patriarca de Constantinopla y luminar del Oriente. El papa S. Inocencio y todo el Occidente sostuvieron a este grande obispo contra Teófilo, patriarca de Alejandría, ministro de las violencias de la emperatriz. Estaba el Occidente turbado por la inundación de los bárbaros[255]. Radagaifo, godo y pagano, taló la Italia. Los vándalos, nación gótica y arriana, ocuparon una parte de la Galia y se derramaron por España. Alarico, rey de los visigodos pueblos arrianos, compelió a Honorio a abandonarle aquellas grandes provincias, ocupadas ya de los vándalos. Embarazado Stilicón con ellos, ya rompe su amistad; y aunque lo sacrifica todo a su interés, mantiene no obstante el imperio, que tenía designio de usurpar. Murió entretanto Arcadio, creyendo tan falto el Oriente de buenos vasallos, que dejó a su hijo Teodosio, de edad de ocho años, bajo la tutela de Isdegerdes rey de Persia; pero se halló a Pulqueria, hermana del niño emperador, capaz de grandes cosas, y se mantuvo el imperio de Teodosio por la prudencia y valor de esta princesa. Parecía el de Honorio próximo a su ruina. Hizo este príncipe morir a Stilicón, pero no pudo llenar el lugar de tan hábil ministro.

La rebelión de Constantino[256], la total pérdida de la Galia y de la España, la toma y saqueo de Roma por las armas de Alarico, fueron las consecuencias de la muerte de Stilicón. Ataúlfo, más furioso que Alarico, saqueó nuevamente a Roma[257] y sólo pensaba en borrar el nombre romano; pero por dicha del imperio, cautivó a Placidia, hermana del emperador. Esta princesa, con quien él casó, templó su saña. Capitularon los godos con los romanos, y se establecieron en España, reservándose en las Galias las provincias que miraban hacia los Pirineos. Su rey Valia condujo sabiamente estos grandes designios. Mostró la España su constancia; y no se alteró su fe bajo la dominación de estos arrianos. Entretanto los borgoñones, pueblos germanos, ocuparon la vecindad del Rhin, desde donde fueron poco a poco ganando el país que aun conserva su nombre. Tampoco fueron omisos los francos: resueltos a hacer nuevos esfuerzos para abrirse la entrada en las Galias, elevaron a la corona a Ferramundo, hijo de Marcomiro[258]; y la monarquía de Francia, una de las más antiguas y más nobles de cuantas hay en el mundo, le debió su principio. La Italia, saqueada de los bárbaros, pierde su libertad. El desgraciado Honorio murió sin hijos y sin dejar providencia alguna al imperio. Teodosio nombró emperador a su primo Valentiniano III[259], hijo de Placidia, y de Constantino, su segundo marido; y le puso durante su menor edad bajo la tutela de su madre, a quien dio el título de emperatriz.

En estos tiempos[260], Celestino y Pelagio negaron el pecado original y la gracia por la cual somos cristianos. A pesar de sus disimulaciones fueron por los concilios de África condenados. Los papas S. Inocencio y S. Zósimo, a quienes después siguió el papa S. Celestino, autorizaron la condenación y la extendieron por todo el universo. S. Agustín confundió a estos perniciosos herejes e ilustró a la Iglesia con sus maravillosos escritos. El mismo santo padre secundado de S. Próspero su discípulo, hizo enmudecer a los semipelagianos, que atribuían el principio de la justificación y de la fe a las fuerzas solas del libre albedrío. Un siglo tan infeliz al imperio y en que se levantaban tantas herejías, no dejó de ser feliz al cristianismo Ninguna turbación le movió; ninguna herejía pudo viciarle. La Iglesia, fecunda en grandes hombres, confundió todos los errores. Después de las persecuciones, quiso Dios hacer resplandecer la gloria de sus mártires. Todas las historias y todos

254 395
255 405
256 409
257 410
258 421
259 424
260 412

los escritos están llenos de los milagros que su implorado socorro y sus sepulcros venerados obraban por todo el mundo. Vigilancio, que se oponía a dictámenes tan recibidos, refutado por S. Jerónimo, quedó sin secuaces: la fe cristiana se afirmaba y todos los días se extendía.

Pero ya no podía más el imperio del Occidente. Atacado de tantos enemigos, fue también debilitado por los celos de sus generales. Bonifacio, conde de África[261], se hizo sospechoso a Placidia por los artificios de Aecio. Maltratado el conde, hizo pasar de España a Genserico, rey de los vándalos, de donde les echaban los godos, y se arrepintió muy tarde de haberles llamado. Fue el África quitada al imperio. Padeció la Iglesia males infinitos por la violencia de estos arrianos, y vio coronar una infinidad de mártires. Levantáronse dos furiosas herejías. Nestorio, patriarca de Constantinopla, dividió la persona de Jesucristo; y veinte años después Eutiques, abad, confundió sus dos naturalezas. S. Cirilo, patriarca de Alejandría, se opuso a Nestorio, el cual fue condenado por el papa S. Celestino[262]. En ejecución de esta sentencia el concilio de Éfeso, tercero general, depuso a Nestorio y confirmó el decreto de S. Celestino, a quien los obispos del concilio llaman en su definición, su padre: fue la Virgen Santísima reconocida por Madre de Dios, y celebrada la doctrina de S. Cirilo por todo el mundo. Teodosio, después de algunos embarazos, se sujetó al concilio y desterró a Nestorio. Eutiques, que no supo impugnar esta herejía sin incurrir en otro exceso, no fue con menor fortaleza repelido. Condenóle el papa S. León el Grande[263], y juntamente le refutó con una carta que fue venerada en todo el mundo. El concilio de Calcedonia[264], cuarto general, en que este gran papa, así por su doctrina, como por la autoridad de su silla, tenía el primer lugar, anatematizó a Eutiques y a Dióscoro, patriarca de Alejandría su protector. La carta del concilio a S. León manifiesta que este papa le presidía por sus legados, como la cabeza a sus miembros. El mismo emperador Marciano asistió a esta gran congregación, a ejemplo de Constantino, y recibió sus decisiones con el propio respeto.

Habíale poco antes Pulqueria elevado al trono, casándose con él; porque reconocida por emperatriz, después de la muerte de su hermano, que falleció sin hijos, fue preciso dar un señor al imperio, y Marciano se granjeó con su virtud este honor. Durante el tiempo de estos dos concilios, se hizo famoso Teodoreto, obispo de Ciro, cuya doctrina estaría sin tacha, si los escritos violentos que publicó contra S. Cirilo no hubiesen necesitado de muy grandes declaraciones. Él los exhibió de buena fe, y así fue contado entre los obispos ortodoxos. Empezaban las Galias a reconocer por señores a los francos. Habíalas Aecio defendido contra Faramondo y contra Clodion el Cabelludo. Pero Meroveo fue más dichoso; y se estableció en ellas con mayor firmeza, casi al mismo tiempo que los ingleses, pueblos sajones, ocuparon la Gran Bretaña. Diéronle estos su nombre, y fundaron en ella muchos reinos.

Entretanto[265] los hunos, pueblos de las lagunas Meótides, asolaron todo el universo bajo la conducta de su rey Atila, el más formidable de todos los hombres. Aecio, que le derrotó en las Galias, no pudo impedirle que talase la Italia. Las islas del mar Adriático sirvieron a muchos de retirada contra su furor; y se erigió Venecia en medio de las aguas. El papa S. León, más poderoso que Aecio y que los ejércitos romanos, se hizo respetar por aquel rey bárbaro y pagano, habiendo librado a Roma del inminente saqueo; pero bien poco después estuvo expuesta por las disoluciones de su emperador Valentiniano. Máximo, a cuya mujer había violado, halló forma de arruinarle, disimulando su dolor y haciendo mérito de su complacencia. Por sus engañosos consejos hizo este ciego emperador morir a Aecio, única columna del imperio. Máximo, autor de la muerte, excitó a los amigos de Aecio a la venganza e hizo matar al emperador. Asciende al trono por estas gradas, y precisa a la emperatriz Eudoxia, hija de Teodosio el Joven, a casarse con él. Por librarse ella de sus manos, no teme ponerse en las de Genserico. Queda Roma hecha presa del bárbaro: sólo S. León

261 427
262 430
263 448
264 451
265 452

papa le impide ponerlo todo a sangre y fuego[266]: el pueblo despedaza a Máximo, y sólo recibe en sus males este funesto consuelo. Túrbase todo el Occidente: vénse muchos emperadores levantarse y caer al mismo tiempo. Majoriano fue el más ilustre. Avito mantuvo mal su reputación y se eximió con un obispado. Las Galias no pudieron defenderse ya más[267] contra Meroveo ni contra Childerico su hijo; pero este último estuvo para perecer por sus desórdenes. Si sus vasallos le echaron, un fiel amigo que le quedó, dispuso que volviesen a llamarle[268]. Su valor le hizo temido de sus enemigos, y sus conquistas se extendieron bien adentro de las Galias.

Estaba tranquilo el imperio de Oriente bajo de León Tracio, sucesor de Marciano, y bajo de Zenón, yerno y sucesor de León. La rebelión de Basilisco[269], bien presto oprimido, sólo causó a este emperador una breve inquietud; pero el imperio de Occidente pereció sin remedio. Augusto, llamado Augústulo, hijo de Orestes, fue el último emperador reconocido en Roma; e inmediatamente desposeído por Odoacro, rey de los hérulos. Estos eran pueblos venidos del Ponto Euxino, cuya dominación no fue larga. El emperador Zenón intentó en Oriente señalarse de una manera inaudita. Fue este el primero de los emperadores que se mezcló en reglar las cuestiones de la fe. En tanto que los semieutiquienos se oponían al concilio Calcedonia, publicó contra el concilio su henótico; esto es, su decreto de unión, detestado por los católicos y condenado por el papa Félix III. Fueron bien presto los hérulos echados de Roma[270] por Teodorico, rey de los ostrogodos, que es lo mismo que godos orientales, el cual fundó el reino de Italia; y, aunque arriano, dejó a la religión católica bastante libertad de ejercitarse. Turbábala en Oriente el emperador Anastasio, que siguió los pasos de Zenón su predecesor, y apoyó a los herejes. Enajenó con esto los ánimos de sus vasallos, y jamás pudo ganarlos, ni aun aliviándoles de pesadas imposiciones. Italia obedecía a Teodorico; y los hérulos fueron precisados a abandonarlo todo. A más de la Italia poseía también Teodorico la Provenza. En su tiempo S. Benito, retirado en un desierto de Italia, empezaba desde sus más tiernos años a practicar las máximas santas, de que compuso aquella regla admirable[271] que los monjes de Occidente recibieron con el mismo respeto que tienen los de Oriente a la de S. Basilio.

Acabaron los romanos de perder las Galias por las victorias de Clodoveo, hijo de Childerico. También ganó contra los alemanes la batalla de Tolbiac, por el voto que hizo de abrazar la religión cristiana, a que con exhortaciones no cesaba de inclinarle su mujer Clotilde. Era esta princesa de la casa de los reyes de Borgoña y celante católica, aunque de familia y de nación arriana. Instruido Clodoveo por S. Vedasto, fue bautizado en Reims con sus franceses por S. Remigio, obispo de aquella antigua metrópoli. Sólo él, entre todos los príncipes del mundo, mantuvo la religión católica, y mereció el título de *Cristianísimo* para sus sucesores. Por la batalla en que por su propia mano mató a Alarico, rey de los visigodos, fueron unidas a su reino Tolosa y Aquitania[272]. Pero la victoria de los ostrogodos le impidió el ocuparlo todo hasta los Pirineos; más el fin de su reinado oscureció la gloria de sus principios. Dividieron el reino en sus cuatro hijos, y no cesaron de inquietarse los unos a los otros.

Anastasio murió herido de un rayo. Justino de bajo nacimiento, pero hábil y muy católico, fue hecho emperador por el senado[273]. Sujetóse con todo el pueblo a los decretos del papa S. Hormisdas, y puso fin a las turbaciones de la Iglesia de Oriente. En su tiempo Boecio, hombre no menos célebre por su doctrina que por su nacimiento, y Símaco su suegro, elevados ambos a los cargos más eminentes, fueron sacrificados a los envidiosos celos de Teodorico, que sospechó sin motivo

266 456
267 458
268 466
269 474
270 483
271 494
272 506
273 510

conspiraban contra el estado. Asombrado el rey de su delito, creyó ver la cabeza de Símaco en un plato que se le servía, y murió algún tiempo después. Ámalasunta, su hija, y madre de Atalarico, que subía al trono por la muerte de su abuelo, fue impedida por los godos de hacer instruir al joven príncipe como su nacimiento merecía; y precisada a abandonarle a gentes de su edad, ve que se pierde sin poder remediarlo. Murió Justino el año siguiente después de haber elegido por compañero en el imperio a Justiniano su sobrino, cuyo largo reinado se ha hecho célebre por las fatigas de Triboniano, compilador del derecho romano, y por las hazañas de Belisario y del eunuco Narses. Estos dos famosos capitanes[274] reprimieron a los persas, deshicieron a los ostrogodos, como también a los vándalos, y restauraron a su señor el África, la Italia y Roma; pero celoso el emperador de sus glorias, sin querer participar de sus fatigas, más les embarazaba que les asistía.

Íbase aumentando el reino de Francia. Después de una larga guerra, Childeberto y Clotario, hijos de Clodoveo, conquistaron el reino de Borgoña[275]; y sacrificaron al mismo tiempo a su ambición los hijos menores de su hermano Clodomiro, cuyo reino partieron entre sí. Algún tiempo después, y en tanto que Belisario atacaba tan vivamente a los ostrogodos, lo que estos poseían en las Galias quedó abandonado a los franceses. Extendíase entonces mucho la Francia de la otra parte del Rhin; pero los repartimientos de los príncipes, que formaban otros tantos reinos, le impedían reunirse bajo una sola dominación. Fueron sus principales partes la Neustria, que es la Francia oriental, y la Austrasia, que es la occidental.

El mismo año en que Roma fue recobrada por Narses, hizo Justiniano tener en Constantinopla el quinto concilio general[276], que confirmó los precedentes y condenó algunos escritos favorables a Nestorio. Llamábanse estos los tres Capítulos, a causa de tres autores, muertos largo tiempo antes, de los cuales entonces se trataba. Fue condenada la memoria y los escritos de Teodoro obispo de Mopsuesto, y una carta de Ibas obispo de Edesa, y de los escritos de Teodoreto, los que había compuesto contra S. Cirilo. Fueron también reprobados los de Orígenes, que turbaban todo el Oriente un siglo había. Este concilio, comenzado con malos designios, tuvo una feliz conclusión; y fue recibido de la Santa Sede, que desde el principio se había opuesto a él. Dos años después del concilio, Narses, que había quitado la Italia a los godos, la defendió de los franceses; y obtuvo una cumplida victoria contra Bucelino, general de las tropas de Austrasia. Con todas estas ventajas no duró mucho la Italia a los emperadores. En tiempo de Justino II, sobrino de Justiniano, y después de la muerte de Narses, fue el reino de Lombardía fundado por Alboino[277]. Tomó a Milán y a Pavía: apenas se salvaron de sus manos Roma y Rávena; y los lombardos hicieron padecer a los romanos los mayores trabajos. Fue Roma mal socorrida de sus emperadores, a quienes los avaros, nación escítica, los sarracenos, pueblos de Arabia, y más que todos los persas, por todos lados les atormentaban en el Oriente. Justino, que sólo a sus dictámenes y a sus pasiones daba crédito, fue siempre derrotado por los persas y por su rey Cosdroas: tal fue su turbación por tantas pérdidas, que le causó también la del juicio. Sofía, su mujer, sostuvo el imperio. El desgraciado príncipe recobró muy tarde su razón[278]; y conoció al morir la malicia de sus lisonjeros. Después de él Tiberio II, a quien había nombrado emperador, reprimió a los enemigos, alivió a los pueblos y se enriqueció con las limosnas que distribuía. Las victorias de Mauricio Capadocio, general de sus ejércitos, hicieron morir de pesar al soberbio Cosdroas[279]; y fueron de Tiberio recompensadas con el imperio y con su hija Constantina, que le dio al morir.

En este tiempo la ambiciosa Fredegunda, mujer del rey Chilperico I, introducía en Francia un general incendio, y no cesaba de excitar guerras crueles entre los reyes franceses. En medio de las desgracias de Italia, y hallándose Roma afligida de una peste espantosa, fue San Gregorio el Grande

274 529-553
275 532
276 553
277 568
278 579
279 580

exaltado a su pesar a la silla de S. Pedro[280]. Aplaca este gran papa la peste con sus oraciones; instruye a los emperadores, y juntamente les hace dar la obediencia que se les debe; consuela a África y la fortifica; confirma en España a los visigodos, convertidos del arrianismo, y al católico Recaredo, que acababa de entrar en el gremio de la Iglesia; convierte a la Inglaterra; reforma la disciplina en la Francia, a cuyos reyes siempre ortodoxos exalta sobre todos los demás de la tierra; templa el furor de los lombardos; salva a Roma, y a Italia, incapaz de ser socorrida de los emperadores; reprime el recién nacido orgullo de los patriarcas de Constantinopla; ilustra a toda la Iglesia con su doctrina; gobierna el Oriente y Occidente con no menos vigor que humildad, y da al mundo un perfecto modelo del gobierno eclesiástico. No tiene la historia de la Iglesia cosa más bella que la entrada del santo monje Agustín[281] en el reino de Canzia con sus cuarenta compañeros que, precedidos de la cruz, hacían votos solemnes por la conversión de Inglaterra. S. Gregorio, que les había enviado, les instruía con cartas verdaderamente apostólicas, y enseñaba al Sto. Agustín a temblar entre los continuos milagros que obraba Dios por su ministerio. Berta, princesa de Francia, atrajo al cristianismo al rey Edilberto su marido. Los reyes de Francia y la reina Brunequilde protegieron a la nueva misión. Los obispos de Francia entraron en esta buena obra y consagraron de orden del papa al Sto. Agustín[282]. El refuerzo que S. Gregorio envió al nuevo obispo, produjo nuevos frutos; y tomó forma la Iglesia anglicana. Habiendo experimentado el emperador Mauricio la fidelidad de S. Gregorio, se corrigió por sus amonestaciones, y recibió de él aquella alabanza, tan digna de un príncipe cristiano, que «en su tiempo los herejes no osaban despegar sus labios.» Este emperador tan piadoso hizo no obstante un gran yerro. Pereció un infinito número de romanos entre las manos de los bárbaros por no haberles rescatado a escudo por cada uno. Vénse después los remordimientos del buen emperador; la súplica que hace a Dios, de castigarle en este y no en el otro mundo; la rebelión de Focas que a su vista mata a toda su familia; Mauricio, muerto el último sin decir más entre todos sus males, que este verso del Salmista: «Vos sois justo, o Señor, y todos vuestros juicios son rectos.» Elevado Focas al imperio por una acción tan detestable, procuró ganar a los pueblos, honrando a la Santa Sede cuyos privilegios confirmó. Pero ya estaba pronunciada su sentencia. Heraclio, proclamado emperador por el ejército de África[283], marchó contra él. Entonces experimentó Focas que ordinariamente las disoluciones dañan más a los príncipes que las crueldades; porque Fotino, cuya mujer había violado, le entregó a Heraclio que hizo matarle. Vio poco después la Francia una mucho más extraordinaria tragedia. Entregada la reina Brunequilde a Clotario II, fue sacrificada a la ambición de este príncipe[284]: abominada su memoria; y su virtud, tan alabada del papa S. Gregorio, aun tiene dificultad en defenderse.

Estaba entretanto asolado el imperio. El rey de Persia Cosdroas II[285], con el pretexto de vengar a Mauricio, había emprendido la ruina de Focas. Adelantó sus conquistas en tiempo de Heraclio. Viose el emperador derrotado y la verdadera Cruz arrebatada de los infieles: después con una maravillosa alternación, Heraclio cinco veces vencedor, la Persia penetrada de los romanos, Cosdroas muerto de su hijo, y recobrada la santa Cruz. En tanto que el poder de los persas estaba tan reprimido, se levantó un mayor mal contra el imperio y contra toda la cristiandad. Elevóse Mahoma a profeta entre los sarracenos; y echado de la Meca por los suyos, comenzó desde su fuga la famosa hégira, desde donde cuentan sus años los mahometanos[286]. El falso profeta dio sus victorias por única señal de su misión. Sujetó en nueve años, o de grado o de fuerza, a toda la Arabia, y echó los fundamentos del imperio de los Califas.

---

280 590
281 595
282 601
283 610
284 614
285 620
286 625

Juntóse a estos males la herejía de los monotelitas[287], que por una extravagancia casi incomprensible, conociendo en nuestro Señor dos naturalezas, no querían conocer en él sino una sola voluntad. El hombre, según ellos, nada quería; y no había en Jesucristo, en sentir de ellos, sino sola la voluntad del Verbo. Ocultaban estos herejes su veneno bajo palabras ambiguas: un falso amor de paz les hizo proponer que no se hablase de una ni de dos voluntades. Engañaron con estos artificios al papa Honorio I, que entró con ellos en un pernicioso temperamento; y consintió en un silencio, en que la mentira y la verdad fueron igualmente suprimidas. Por colmo de la desgracia, el emperador Heraclio intentó algún tiempo después decidir la cuestión de propia autoridad, y propuso su *Ectesis*, o exposición favorable a los monotelitas; pero en fin, fueron descubiertos los artificios de los herejes. El papa Juan IV condenó el *Ectesis*. Constantino[288], nieto de Heraclio, sostuvo el edicto de su abuelo por el suyo llamado *Tipo*. La Santa Sede y el papa Teodoro se oponen a este intento. El papa S. Martín I junta el concilio Lateranense, en que anatematiza al *Tipo* y a las cabezas de los monotelitas. S. Máximo, célebre en todo el Oriente por su piedad y su doctrina, deja la corte infecta de la nueva herejía; reprende descubiertamente a los emperadores[289], que habían osado decir sobre cuestiones de la fe, y padece infinitos trabajos por la religión católica. Arrastrado el papa de destierro en destierro, y siempre rigurosamente tratado por el emperador, muere en fin, entre sus penalidades, sin lamentarse ni aflojar en nada de lo que debe a su ministerio.

Entretanto la nueva iglesia anglicana, fortificada por el desvelo de los papas Bonifacio V y Honorio, se hacía célebre por todo el mundo. Los milagros abundaban en ella con las virtudes, como en tiempo de los Apóstoles; y nada resplandecía tanto como la santidad de sus reyes. Eduino abrazó con todo su pueblo la fe[290], que le había dado la victoria contra sus enemigos, y convirtió a sus vecinos. Owaldo[291] sirvió de intérprete a los predicadores del Evangelio, y famoso por sus conquistas, les prefirió la gloria de ser cristiano. Los mercianos fueron convertidos por Osuino, rey de Nortumberland: sus vecinos y sus sucesores siguieron sus pasos, y fueron inmensas sus buenas obras.

En el Oriente todo se iba arruinando. Mientras los emperadores se consumen entre las disputas de la religión e inventan herejías, los sarracenos penetran el imperio; ocupan la Siria y la Palestina: la santa ciudad se les sujeta[292]: la Persia les está abierta por sus divisiones y toman este gran reino sin resistencia: entran en África en estado de reducirla bien presto a provincia suya: la isla de Chipre les obedece[293]; y en menos de treinta años juntan todas estas conquistas con las de Mahoma. La Italia siempre infeliz y abandonada, gemía bajo de las armas de los lombardos. Constante desesperó de echarlos y se resolvió a talar lo que no podía defender. Mas cruel aunque los lombardos, solamente fue a Roma por saquear sus tesoros: las iglesias no quedaron exentas: arruinó la Cerdeña y la Sicilia; y hecho odioso a todos, pereció a manos de los suyos. En tiempo de su hijo Constantino Pagonato, que significa el Barbudo, se apoderaron los sarracenos de la Cilicia y de la Licia; y a Constantinopla sitiada sólo pudo salvar un milagro[294]. Los bulgarios, pueblos venidos de la embocadura del Volga, se juntaron a los muchos enemigos de que estaba oprimido el imperio, y ocuparon aquella parte de la Tracia, llamada después Bulgaria, que era la antigua Misia.

Nacían de la iglesia anglicana nuevas iglesias; y S. Wilfrido, obispo de York, echado de su silla, convirtió a la Frisia. Recibió toda la Iglesia una nueva luz con el concilio de Constantinopla sexto[295] general, a que el papa S. Agaton presidió por sus legados, y explicó la fe católica por una

---

287 629
288 640
289 650
290 627
291 634
292 636
293 648
294 668
295 680

carta maravillosa. Fulminó el concilio el anatema contra un obispo célebre por su doctrina, contra un patriarca de Alejandría y contra cuatro patriarcas de Constantinopla, que son en suma todos los autores de la secta de los monotelitas, sin eximir al papa Honorio, que les había contemporizado. Después de la muerte de Agaton, que sucedió durante el concilio, confirmó el papa León II sus decisiones y aprobó todos los anatemas. Constantino Pagonato, imitador del gran Constantino y de Marciano, entró a su ejemplo en el concilio, hizo como ellos las mismas sumisiones, y fue allí honrado con los mismos títulos de ortodoxo, de religioso, y de pacífico emperador y de restaurador de la religión. Su hijo Justiniano II le sucedió[296], todavía niño. En su tiempo la fe se extendía y resplandecía hacia el Norte. S. Kiliano, enviado por el papa Conon, predicó el Evangelio en la Franconia[297]. En tiempo del papa Sergio, Ceaudual, uno de los reyes de Inglaterra, fue en persona a prestar la obediencia a la Iglesia romana, de donde la fe había pasado a su isla; y después de haber recibido el bautismo de mano del papa, murió como él mismo había deseado.

La casa de Clodoveo había caído en una lastimosa flaqueza: las frecuentes menoredades habían dado ocasión de habituar a los príncipes a una flojedad de que nunca acertaban a salir siendo mayores. De aquí provino aquella larga serie de reyes perezosos, que no tenían sino el nombre de rey y dejaban todo el poder a los maestres del palacio. Con este título Pepino Heristel[298] lo gobernó todo y elevó a su familia a las más altas esperanzas. Por su autoridad y después del martirio de S. Vigberto, la fe se estableció en la Frisia, que acababa la Francia de añadir a sus conquistas. S. Siviberto, S. Willebrodo y otros varones apostólicos, sembraron el Evangelio en las provincias vecinas.

Había entretanto pasado felizmente la menor edad de Justiniano: las victorias de Leoncio habían abatido a los sarracenos y restablecido en el Oriente la gloria del imperio. Pero preso injustamente este gran capitán y suelto fuera de sazón, cortó a su señor las narices y le expelió. Igual tratamiento recibió este rebelde de Tiberio, llamado Absimaro, que tampoco se mantuvo mucho. Restablecido Justiniano[299], fue ingrato a sus amigos; y vengándose de sus enemigos, se hizo otros más formidables, que le mataron. No fueron en Roma recibidas las imágenes de Filippico su sucesor, porque favorecía a los monotelitas y se declaraba enemigo del concilio sexto: eligieron en Constantinopla a Anastasio II, príncipe católico, y sacaron los ojos a Filippico.

Por este tiempo[300] las disoluciones del rey Rodrigo pusieron a España en manos de los moros, que así nombraban a los sarracenos del África. Llamó el conde D. Julián a estos infieles, por vengar a su hija Florinda, violada de Rodrigo. Ellos pasan con tropas inmensas: el rey perece: la España queda cautiva; y el imperio de los godos extinguido en ella. Fue puesta entonces la Iglesia de España a una nueva prueba; pero enseñada a mantenerse firme bajo de los arrianos, no pudieron los moros abatirla. Dejáronla al principio con bastante libertad, pero fuele preciso en los siglos siguientes sufrir grandes combates; y la castidad tuvo sus mártires, así como la fe, bajo la tiranía de una nación no menos brutal que infiel. No duró mucho el emperador Anastasio. Obligó el ejército a Teodosio III a vestirse la púrpura[301]. Fue forzoso pelear: el nuevo emperador ganó la batalla, y Anastasio fue puesto en un monasterio. Dueños los moros de la España, esperaban extenderse bien presto de la parte de acá de los Pirineos; pero Carlos Martel, destinado a reprimirlos, se había engrandecido en Francia, y sucedido, aunque bastardo, en el poder de su padre Pepino Heristel, que dejó a su casa la Austrasia como especie de principado soberano, y el mando en Neustria por el empleo de maestre del palacio. Todo lo reunió Carlos por su valor.

Las cosas del Oriente estaban muy turbadas. Leon Isauro, prefecto de él, no reconoció por

296 685
297 689
298 693
299 702
300 713
301 715

señor a Teodosio, el cual sin repugnancia dejó el imperio, que con repugnancia había admitido, y retirado a Efeso, solamente se ocupó en las verdaderas grandezas. Los sarracenos recibieron grandes golpes durante el imperio de León. Levantaron ignominiosamente el sitio de Constantinopla. Pelayo[302], que se acantonó en las montañas de Asturias con los godos más resueltos que tenía, después de una señalada victoria, opuso a aquellos infieles un nuevo reino que algún día les echaría de España. A pesar de los esfuerzos y del inmenso ejército de Abderraman su general, ganó contra ellos Carlos Martel la famosa batalla de Tours[303]. Pereció en ella un número infinito de aquellos infieles y el mismo Abderraman quedó en el campo. Fue seguida esta victoria de otras ventajas, con que Carlos Martel detuvo a los moros y extendió el reino hasta los Pirineos. Casi nada tenían ya entonces las Galias que no obedeciese a los franceses, y todos reconocían por señor a Carlos Martel. Poderoso en paz, en guerra, y dueño absoluto de la corona, reinó bajo de muchos reyes que hizo y deshizo a su arbitrio, sin atreverse a tomar este gran título; que los celos de los señores franceses así debían deslumbrarse. En Alemania se restablecía la religión. El sacerdote Bonifacio convirtió aquellos pueblos y fue allí hecho obispo por el papa Gregorio II que le había enviado.

Gozaba el imperio de bastante tranquilidad; pero León introdujo la turbación en él por largo tiempo. Intentó derribar, como a ídolos, las imágenes de Jesucristo y de sus santos; y como no pudiese atraer a sus dictámenes a S. Germano, patriarca de Constantinopla, obró de propia autoridad; y después de una ordenanza del senado, se le vio inmediatamente romper una imagen de Jesucristo que estaba colocada sobre la puerta principal de la iglesia de Constantinopla. Este origen tuvieron las violencias de los iconoclastas, que significa rompe-imágenes. Las demás, que los emperadores, los obispos y todos los fieles habían erigido desde la paz de la Iglesia en lugares públicos y particulares, fueron también abatidas. Alborotóse el pueblo a este espectáculo y fueron en varias partes derribadas las imágenes del emperador. Creyóse ultrajado en su persona. Reconvínosele con el ultraje semejante que hacia a Jesucristo y a sus santos; y que por su propia, confesión, la injuria hecha a la imagen recaía sobre el original. Aun procedió a más la Italia. Negó al emperador por su impiedad los tributos ordinarios.

Luitprando, rey de los lombardos, se sirvió del mismo pretexto para tomar a Rávena, residencia de los exarcas; así llamaban a los gobernadores que los emperadores enviaban a Italia. El papa Gregorio II se opuso justísimamente el abatimiento de las imágenes; pero al mismo tiempo se oponía a los enemigos del imperio y procuraba contener a los pueblos en la obediencia. Hízose la paz con los lombardos[304], y el emperador ejecutó su decreto contra las imágenes con más violencia que antes. Pero el célebre Juan de Damasco le dijo claramente, que en materia de religión él no conocía otros decretos que los de la iglesia; y padeció mucho. El emperador echó de su silla al patriarca S. Germano, que murió en el destierro de edad de noventa años. Volvieron poco después los lombardos a tomar las armas; y en los trabajos que hacían padecer al pueblo romano, sólo les contuvo la autoridad de Carlos Martel, cuya asistencia el papa Gregorio II había implorado. El nuevo reino de España, que se llamaba en aquellos primeros tiempos el reino de Oviedo, se iba aumentando con las conquistas y conducta de Alfonso, yerno de Pelayo, que a ejemplo de Recaredo, de quien descendía, tomó el renombre de Católico.

Murió León[305], y dejó así al imperio como a la iglesia en una grande agitación. Artabaso, pretor de Armenia, se hizo proclamar emperador en lugar de Constantino Coprónimo, hijo de León, y restableció las imágenes. Después de la muerte de Carlos Martel, amenazó Luitprando nuevamente a Roma: el exarcado de Rávena estuvo en peligro; y la Italia debió su liberación a la prudencia del papa Zacarías. Embarazado Constantino en el Oriente, sólo cuidaba restablecerse:

302 719
303 725
304 730
305 741

derrotó a Artabaces, tomó a Constantinopla, y la llenó de castigos. Los dos hijos de Carlos Martel, Carlomano y Pepino, habían sucedido en el poder de su padre; pero disgustado Carlomano del siglo, en medio de sus grandezas y de sus victorias, abrazó la vida monástica. Por este medio reunió Pepino todo el poder en su persona: súpole mantener con su gran mérito, y formó el designio de elevarse al trono. Childerico, el más infeliz de todos los príncipes, le abrió el camino[306], y juntó a la calidad de perezoso la de insensato. Disgustados de ellas los franceses y acostumbrados tanto tiempo había a la casa de Carlos Martel, fecunda en hombres grandes, no tenían otro embarazo que el juramento que habían prestado a Childerico. Con la respuesta del papa Zacarías se creyeron libres, y tanto más desempeñados de él, cuanto había ya doscientos años que su rey y sus antepasados parecía haber renunciado el derecho de mandarles, dejando unir todo el poder al cargo de maestre del palacio. Así, Pepino fue elevado al trono y reunido el nombre de rey con la autoridad.

Halló el papa Esteban en el nuevo rey el mismo celo que Carlos Martel había tenido para la Santa Sede contra los lombardos. Después de haber infructuosamente implorado el socorro del emperador, se echó este papa en los brazos de los franceses. Recibióle el rey en Francia con respeto, y quiso ser consagrado y coronado de su mano. Al mismo tiempo pasó los Alpes, libertó a Roma y al exarcado de Rávena, y redujo a Astolfo, rey de los lombardos, a una paz justa. El emperador entretanto hacía la guerra a las imágenes; y por buscarse el apoyo de la autoridad eclesiástica, juntó un numeroso concilio en Constantinopla. Por tanto no comparecieron, según la costumbre, los legados de la Santa Sede, ni los obispos o legados de las otras sillas patriarcales. En este concilio ilegítimo, no sólo se condenó como idolatría todo el honor dado a las imágenes en memoria de los originales, sí también la escultura y pintura, como artes detestables: opinión que era de los sarracenos, cuyos consejos se decía haber León seguido cuando derribó las imágenes. Con todo eso, nada se dijo contra las reliquias; y así el concilio de Coprónimo no prohibió el honrarlas, antes bien fulminó el anatema contra los que rehusasen recurrir a las oraciones de la Virgen Santísima y de los santos. Los católicos, perseguidos por el honor que daban a las imágenes, respondieron al emperador, que antes sufrirían las más extremadas penalidades que dejar de honrar a Jesucristo, aun en su sombra.

Entretanto Pepino repasó los Alpes[307], y castigó al infiel Astolfo, que rehusaba ejecutar el tratado de paz. No recibió jamás la Iglesia romana don más bello que el que le hizo entonces este piadoso príncipe. Diole las ciudades que había recobrado de los lombardos, burlándose de Coprónimo que pedía su restitución, siendo él quien no había podido defenderlas. Desde este tiempo fueron poco reconocidos en Roma los emperadores: ellos se hicieron allí despreciables por su flaqueza y odiosos por sus errores; y Pepino fue mirado como protector del pueblo y de la Iglesia romana, cuya calidad se hizo como hereditaria en su casa y en los reyes de Francia. Carlomagno, hijo de Pepino, la mantuvo con no menor esfuerzo que piedad[308]. El papa Adriano recurrió a él contra Desiderio, rey de los lombardos, que había tomado muchas ciudades y amenazaba a toda Italia. Pasó Carlomagno los Alpes[309]: todo se le humilló: Desiderio vino a su poder: los reyes lombardos, enemigos de Roma y de los papas, fueron destruidos: Carlomagno se hizo coronar rey de Italia, y tomó el título de rey de los franceses y de los lombardos. Ejercitó al propio tiempo en Roma misma la autoridad suprema con el carácter de patricio, y confirmó a la Santa Sede las donaciones del rey su padre[310].

Los emperadores resistían con dificultad a los bulgarios, y en vano imploraban contra Carlomagno a los lombardos desposeídos. La contienda sobre las imágenes duraba siempre. Pareció al principio que Leon III, hijo de Coprónimo, se hubiese aplacado; pero renovó la persecución al

306 752
307 755
308 772
309 773
310 774

punto que se creyó seguro. Murió bien presto. Sucedióle su hijo Constantino de edad de diez años, y reinó bajo la tutela de la emperatriz Irene su madre. Comenzaron entonces[311] las cosas a mudar de semblante. Paulo, patriarca de Constantinopla, declaró hacia el fin de su vida que había hecho guerra a las imágenes contra su conciencia; y se retiró a un monasterio, donde delante de la emperatriz lloró la infelicidad de la Iglesia de Constantinopla, separada de las cuatro sillas patriarcales, y le propuso la celebración de un concilio general como único remedio de tan gran mal. Su sucesor Tarasio sostuvo que la cuestión no se había juzgado según orden, por haberse principiado por un decreto del emperador seguido de un concilio tenido contra la forma regular, cuando en materias de religión toca al concilio empezar y a los emperadores apoyar el juicio de la Iglesia. Fundado en esta razón, no aceptó el patriarcado sino con la condición de que se tendría un concilio universal. Empezóse este en Constantinopla y continuó en Nicea[312]: el papa envió a él sus legados: fue el concilio de los iconoclastas condenado y ellos detestados como gentes que, a ejemplo de los sarracenos, acusaban de idólatras a los cristianos. Decidióse que fuesen honradas las imágenes en memoria y reverencia de los originales, lo cual se llama en el concilio culto relativo, adoración y salutación honoraria, que se opone al culto supremo y a la adoración de latría, o de entera sujeción, que el concilio reserva solo a Dios. A más de los legados de la Santa Sede y de la presencia del patriarca de Constantinopla, concurrieron allí legados de otras sillas patriarcales, oprimidas entonces de los infieles. Algunos les han disputado su misión; pero lo que no se les ha disputado es, que tan lejos estuvieron de negarla, como que todas aceptaron el concilio, sin que se descubran señas de contradicción; y así fue recibido de toda la Iglesia.

Rodeados los franceses de idólatras o de cristianos nuevos, cuyas ideas temían turbar, y fuera de esto, embarazados del término equívoco de adoración, dudaron largo tiempo. Entre todas las imágenes no querían dar honor sino a la de la cruz, absolutamente diversa de las figuras que creían los paganos llenas de divinidad. Conservaron no obstante en lugar decente y aun en las iglesias, las demás imágenes, y detestaron a los iconoclastas; y la diferencia que en esto quedó, no hizo cisma alguno. Conocieron en fin los franceses que no pedían los padres de Nicea para las imágenes sino el propio género de culto, observada toda la proporción que ellos mismos practicaban con las reliquias, con el libro del Evangelio y con la cruz; en fin, fue venerado este concilio de toda la cristiandad con el nombre de séptimo concilio general.

Así hemos visto los siete concilios generales, recibidos con igual reverencia del Oriente y del Occidente, de la Iglesia griega y de la latina. Convocaban los emperadores estas grandes asambleas por la suprema autoridad que tenían sobre todos los obispos, o a lo menos sobre los más principales, de quienes dependían los demás, y que eran entonces súbditos del imperio. Erales suministrado carruaje público de orden de los príncipes, aunque siempre se hacían estas sagradas juntas con la aprobación y consentimiento de los sumos pontífices. Juntábanse estos concilios en el Oriente, donde hacían su residencia; y ordinariamente enviaban a ellos sus comisarios, por mantener el orden. Congregados así los obispos con los legados de la Sede apostólica, si el pontífice no asistía personalmente, llevaban estos consigo la autoridad del Espíritu Santo y la tradición de las Iglesias. Había desde el origen del cristianismo tres sedes principales, que precedían a las demás, la de Roma, la de Alejandría y la de Antioquía. El concilio Niceno había aprobado que el obispo de la santa ciudad tuviese la misma preeminencia. El segundo y cuarto concilio elevaron la sede de Constantinopla, y quisieron que fuese la segunda. Así se hicieron cinco sedes, que con el curso del tiempo fueron llamadas patriarcales. Erales concedida la preferencia en el concilio. Entre estas sedes, la de Roma era siempre mirada como la primera; y el concilio de Nicea regló las otras sobre el modelo de ella. Había también obispos metropolitanos, que eran las cabezas de las provincias y precedían a los demás obispos. Empezóse bien tarde a llamarles arzobispos; pero no era menos reconocida su autoridad. Cuando estaba formado el concilio, se proponía la sagrada Escritura, y se

311 784
312 787

leían los lugares de los Padres antiguos, testigos de la tradición: que la tradición era la que interpretaba la Escritura: creíase que su sentido verdadero era aquel en que los siglos pasados habían convenido, y ninguno presumía tener autoridad para interpretarla de otro modo. Los que rehusaban sujetarse a las decisiones del concilio eran anatematizados. Después de haber explicado la fe, se reglaba la disciplina eclesiástica y se formaban los cánones, esto es, las reglas de la Iglesia. Creíase que la fe era inalterable; y que, aunque pudiese la disciplina recibir algunas mutaciones según los tiempos y lugares, era necesario aplicarse en todo lo posible a una perfecta imitación de la antigüedad. En cuanto a lo demás, los papas no asistieron a los concilios primeros generales, sino por sus legados; pero expresamente aprobaron la doctrina, y no hubo en la Iglesia sino una sola fe absolutamente.

Hicieron Constantino e Irene ejecutar religiosamente los decretos del séptimo concilio; pero no tuvo igual firmeza el resto de su conducta. El joven príncipe, a quien su madre hizo casar a su disgusto, se entregaba a amores deshonestos; y cansado de obedecer a una madre tan imperiosa, procuraba alejarla de los negocios, en que a su pesar intervenía y se mantenía. Reinaba en España Alfonso el Casto[313]. La continencia perpetua que guardó este príncipe, le mereció este excelente renombre, y le hizo digno de libertar a España del infame tributo de cien doncellas, que había su tío Mauregato concedido a los moros. Setenta mil de aquellos infieles, muertos en una batalla con Magut su general, fueron testigos del valor de Alfonso. También procuraba Constantino señalarse contra los bulgarios[314]; pero no correspondieron los sucesos a sus esperanzas. Destruyó en fin todo el poder de Irene; e incapaz de gobernarse por sí, tanto como de sufrir el mando de otro, repudió a su mujer María por casarse con Teodora, que estaba en servicio de ella. Irritada su madre, fomentó las turbaciones que causaron un tan grande escándalo; e hizo morir a Constantino por sus artificios. Ganó al pueblo moderando los tributos; y con una aparente piedad atrajo los monjes y el clero a sus intereses. Logró finalmente ser reconocida por única emperatriz. Despreciaron los romanos este gobierno, y volvieron los ojos a Carlomagno, que sujetaba a los sajones, reprimía a los sarracenos, destruía las herejías, protegía a los papas, atraía al cristianismo las naciones infieles, restablecía las ciencias y la disciplina eclesiástica, solicitaba que se juntasen famosos concilios, donde era admirada su profunda doctrina, y hacia sentir, no sólo a la Francia y España, sí también a Inglaterra y Alemania, y por todas partes, los efectos de su piedad y de su justicia.

ÉPOCA DUODÉCIMA.
Carlomagno, o el establecimiento del nuevo Imperio.

En fin, el año 800 de nuestro Señor, este gran protector de Roma y de Italia, o para decirlo mejor, de toda la Iglesia y de toda la cristiandad, elegido emperador por los romanos sin que él pensase en esto, y coronado por el papa Leon III, que había inclinado al pueblo romano a esta elección, se hizo Carlomagno fundador del nuevo imperio y de la grandeza temporal de la santa Sede.

Estas son, serenísimo señor, las doce épocas que he seguido en este epítome. A cada una he aplicado los hechos principales que de ella dependen. V. A. podrá ahora sin mucha dificultad disponer, según el orden de los tiempos, los grandes acaecimientos de la historia antigua; y colocarlos, para decirlo así, cada uno bajo de su estandarte.

No he olvidado en este epílogo aquella célebre distinción que hacen los cronologistas, de la duración del mundo en siete edades; y así el principio de cada una nos sirve de época: si con estas mezclo otras, es a fin de que las cosas estén más distinguidas y que con menos confusión vea V. A. seguido el orden de los tiempos. Cuando hablo a V. A. de este orden, no pretendo que

313 793
314 796

escrupulosamente se embarace con todas las datas, ni menos que entre en todas las disputas de los cronologistas, en que por lo común no se trata sino de pocos años de diferencia. La cronología contenciosa que escrupulosamente se para en estas menudencias, tiene sin duda su uso; pero no es muy digno objeto de la atención de V. A. y sirve poco para ilustrar el entendimiento de un príncipe grande. De ningún modo he querido refinar los cálculos sobre este examen de los tiempos; contentándome con seguir entre los ya hechos, el que me ha parecido más verosímil, sin empeñarme en su abono. Que en el cómputo que se hace de los años desde el tiempo de la creación hasta Abraham, sea necesario seguir a los Setenta, que hacen el mundo de más edad, o al Hebreo, que le hace de muchos menos siglos; aunque la autoridad del original hebreo deba prevalecer, es una cosa tan indiferente en sí misma, que la Iglesia, que ha seguido con S. Jerónimo el cómputo del Hebreo en nuestra Vulgata, ha dejado el de los Setenta en su Martirologio. En efecto, ¿qué importa a la historia disminuir, o multiplicar siglos vacíos, de que no hay qué decir? ¿No basta que los tiempos, en que son importantes las datas, tengan señas fijas; y que esté la distribución apoyada sobre fundamentos ciertos? Y aun cuando en estos tiempos se disputase de algunos años, casi nunca serviría esto de embarazo; como por ejemplo, que sea preciso poner algunos años después, o antes, la fundación de Roma o el nacimiento de Jesucristo: V. A. ha podido reconocer que esta diversidad nada hace a la continuación de las historias, ni al cumplimiento de los consejos de Dios. Evite V. A. los anacronismos, que confunden el orden de los tiempos, y deje disputar de las demás cosas a los sabios.

Tampoco quiero embarazar la memoria de V. A. con la cuenta de las olimpiadas, aunque los griegos, que usan de ellas, las hagan necesarias para fijar los tiempos. Importa saber lo que son para recurrir a ellas en la necesidad; pero en cuanto a lo demás bastará que se atenga V. A. a las datas que he propuesto, como las más llanas y las más seguidas, que son las del mundo hasta Roma, las de Roma hasta Jesucristo, y las de Jesucristo enteramente continuadas. Pero el verdadero designio de este epítome no es explicar a V. A. el orden de los tiempos, aunque sea absolutamente necesario para atar todas las historias y mostrar la relación que entre sí tienen. He dicho a V. A. que mi principal objeto es hacerle considerar en el orden de los tiempos, la continuación del pueblo de Dios y la sucesión de los grandes imperios.

Estas dos cosas andan juntasen este grande movimiento de los siglos, en que tienen, para decirlo así, un mismo curso; pero es menester para entenderlas bien, desunir algunas veces la una de la otra y considerar todo lo que conviene a cada una de ellas.

SEGUNDA PARTE.
LA CONTINUACIÓN DE LA RELIGIÓN.

CAPÍTULO PRIMERO.
La Creación, y los primeros tiempos.

Sobre todo la religión, y la continuación del pueblo de Dios, considerada de este modo, es el mayor y más útil de todos los objetos que pueden proponerse a los hombres. ¡Oh, cuán excelente y bella es la representación de los diversos estados de este pueblo! Bajo la ley de la naturaleza y de los patriarcas; en tiempo de Moisés y de la ley escrita; en el de David y de los profetas; después de la vuelta del cautiverio hasta Jesucristo; y finalmente en el de Jesucristo mismo, esto es, bajo la ley de gracia y del Evangelio; en los siglos en que fue el Mesías esperado y en los que vino; en los que el culto de Dios estuvo reducido a un solo pueblo y en los que en conformidad de las antiguas profecías se ha difundido por todo el mundo; en aquellos, en fin, en que los hombres enfermos aun, y toscos, necesitaron de ser sostenidos con recompensas y castigos temporales, y en los que los fieles mejor instruidos deben solamente vivir con la fe, asidos y aplicados íntimamente a los bienes eternos, tolerando, con la esperanza de poseerlos, todos los males que puedan ejercitar su paciencia.

Ciertamente, serenísimo señor, no se puede concebir cosa más digna de Dios, que haber primeramente escogido para sí un pueblo que fuese ejemplo palpable de su eterna Providencia: un pueblo, cuya buena o mala fortuna dependiese de su piedad; y cuyo estado diese auténtico testimonio de la sabiduría y justicia del que le gobernaba. Por aquí empezó Dios, y esto es lo que hizo ver en el pueblo judaico; pero después de haber establecido por tantas bien perceptibles pruebas el incontrastable fundamento de que él solo dirige, según su voluntad, todos los sucesos de la vida presente, era tiempo de elevar a los hombres a más sublimes pensamientos, y de enviar a Jesucristo, a quien estaba reservado descubrir al nuevo pueblo, recogido de todos los pueblos del mundo, los secretos de la vida futura.

Fácilmente podrá V. A. observar la historia de estos dos pueblos; y notar como Jesucristo hace la unión de uno y otro: pues, o esperado, o venido, fue, y es en todos tiempos, el consuelo y la esperanza de los hijos de Dios.

En ella, pues, verá V. A. la religión siempre uniforme, o por mejor decir, siempre la misma desde el origen del mundo, en que el mismo Dios ha sido siempre reconocido como autor, y el mismo Jesucristo como salvador del género humano.u

Así conocerá V. A. que nada hay más antiguo entre los hombres, que la religión que profesa; y que no sin razón sus antepasados y progenitores han puesto su mayor gloria y honra en ser protectores de ella.

¿Qué testimonio no es de su verdad, ver claramente que en los tiempos que las historias profanas sólo tienen fábulas que contarnos, o a lo más hechos confusos y medio olvidados; la Escritura, que sin contradicción puede llamarse libro el más antiguo del mundo, nos conduce y guía por tantos sucesos individuales, y por la misma continuación de las cosas a su verdadero principio, que es a Dios, autor de todas; y nos muestra tan distintamente la creación del universo, particularmente la del primer hombre, la felicidad de su primer estado, las causas de sus miserias y de sus flaquezas, la corrupción del mundo y el diluvio, es origen de las artes y el de las naciones, la distribución de las tierras, en fin la propagación del género humano, y otros hechos de la misma importancia, de que no hablan sino confusamente las historias humanas, obligándonos a buscar fuera de ellas sus orígenes ciertos?

Pues si la antigüedad de la religión ha dado a esta tanta autoridad, su sucesión continuada sin interrupción ni alteración por el curso de tantos siglos, y a pesar de tantos impedimentos sobrevenidos, da a ver manifiestamente ser la mano de Dios quien la sostiene, qué cosa hay más maravillosa que verla subsistir siempre sobre los mismos fundamentos, desde el principio del mundo, sin que la idolatría ni la impiedad, que por todas partes la cercaban, ni los tiranos, que la han perseguido, ni los herejes e infieles, que han procurado adulterarla, ni los cobardes, que la han vendido; ni sus sectarios indignos, que han intentado deshonrarla con sus delitos, ni en fin lo largo del tiempo, que por sí solo basta a abatir todas las cosas humanas, hayan jamás podido, no digo extinguirla, pero ni aun alterarla.

Si queremos considerar ahora la idea que esta religión, cuya antigüedad veneramos, nos da de su objeto, que es el primer Ser, confesaremos que es superior a todos los pensamientos humanos, y digna de ser mirada como venida del mismo Dios.

Este Dios, a quien siempre han servido los hebreos y los cristianos, en nada tiene semejanza con aquellas deidades, llenas, no sólo de imperfección, sino aun de vicio, que del resto del mundo eran adoradas. Nuestro Dios ,es uno, infinito, perfecto, el solo digno de vengar los delitos y de coronar las virtudes, porque él es solo la misma santidad.

Es infinitamente superior a aquella primera causa y a aquel primer móvil conocido de los filósofos, aunque con todo eso no adorado. Los que entre ellos estuvieron más desalumbrados, nos han propuesto un Dios, que hallando una materia eterna y existente de si misma, así como él, se sirvió de ella y la labró, como un artífice vulgar, forzado de sus eternas increadas calidades a acomodarse en la obra a su naturaleza, sin poder jamás comprender que, si la materia era de sí misma, no debió esperar su perfección de mano ajena; y que, si Dios es infinito y perfecto, no necesitó para hacer todo lo que quería, sino de sí mismo y de su voluntad omnipotente. Pero el Dios de nuestros padres; el Dios de Abraham; el Dios cuyas maravillas nos escribió Moisés, no solamente ordenó el inundo, sí que enteramente lo crió e hizo en su materia y su forma. Antes que él hubiese dado el ser, ninguna cosa lo tuvo, sino él solo. Está representado como quien lo hace todo y que todo lo hace con su palabra omnipotente, así porque todo lo hace con suma razón, como porque todo lo hace sin dificultad, y que el ejecutar obras tan grandes, no le cuesta sino una palabra, esto es, que no le cuesta sino el quererlo.

Y para seguir la historia de la creación, ya que la hemos empezado: Moisés nos ha hecho saber, que este Arquitecto poderoso, a quien tan poco y tan nada le cuestan las cosas, quiso hacerlas de muchas veces, y criar el universo en seis días, para mostrarnos que no obraba por necesidad, o por un ciego ímpetu, como lo imaginaron algunos ilusos filósofos. El sol despide de un golpe solo, sin poder contenerse, cuantos rayos tiene; pero Dios, que obra por inteligencia y con una suprema libertad, aplica su virtud adonde quiere, cuanto quiere: y como en hacer el mundo con su palabra, muestra que nada le es difícil; en hacerle de muchas veces manifiesta que es el dueño de su materia, de su acción, de todo su intento, y que no tiene otra regla en el obrar que la de su voluntad, siempre recta por sí misma.

Esta árbitra conducta de Dios nos hace también ver que todo sale inmediatamente de su poderosa mano. Los pueblos y los filósofos, que ilusos creyeron que la tierra mezclada con el agua, y ayudada, si se quiere, del calor del sol, había producido de sí misma, por su propia fecundidad, a las plantas y a los animales, se engañaron muy neciamente; pues la santa Escritura nos ha hecho entender que los elementos son estériles, si la palabra de Dios no los fecunda. Ni la tierra, ni el agua, ni el aire habrían jamás tenido en sí las plantas ni animales que en ellos vemos, si Dios, que había hecho y preparado su materia, no las hubiese también formado por su toda poderosa voluntad, y dado a cada cosa las semillas propias para multiplicarse en todos los siglos.

Los que ven nacer y crecer las plantas por el calor del sol podrían creer ser este su criador; pero la Escritura nos hace ver a la tierra vestida de yerbas y de toda especie de plantas, antes que el

sol fuese criado, a fin de que concibamos que todo depende de Dios solo.

Quiso este grande Artífice criar la luz, aun antes de reducirla a la forma que le dio en el sol y en los astros; porque el mismo Señor quería enseñarnos, que estos grandes y magníficos luminares, a que algunos engañados gentiles han querido hacer deidades, no tenían por sí mismos, ni la materia preciosa y resplandeciente de que han sido compuestos, ni la forma admirable a que los vemos reducidos.

En fin, la relación de la creación, del modo que está hecha por Moisés, nos descubre el gran secreto de la verdadera filosofía, de que en Dios solo reside la fecundidad y el poder absoluto, bienaventurado, sabio, omnipotente, solo suficiente en sí mismo, obra sin precisión, como obra sin necesidad, jamás forzado, ni embarazado por la materia, de la cual hace lo que quiere, porque le ha dado por sola su voluntad el fondo de su ser. Por este supremo derecho la labra, la forma, la mueve sin dificultad: todo depende inmediatamente de él; y si una depende de otra, según el orden establecido en la naturaleza, como por ejemplo el nacimiento y crecimiento de las plantas del calor del sol, es porque este mismo Dios, que ha hecho todas las partes del universo, ha querido enlazar las unas con las otras, y hacer resplandecer su sabiduría por esta maravillosa conexa encadenación.

Pero todo lo que nos enseña la sagrada Escritura sobre la creación del universo es nada en comparación de lo que dice de la creación del hombre.

Hasta aquí todo lo había hecho Dios mandando, con solo decir: *Sea hecha la luz; que se estienda el firmamento en medio de las aguas; que las aguas se retiren; quede la tierra descubierta, y produzca; que haya dos grandes luminares que dividan el día de la noche; que las aves y los peces salgan del seno de las aguas; que la tierra produzca tos animales, según sus diferentes especies*. Pero cuando se trata de criar al hombre, halla Moisés en Dios un nuevo modo de explicarse, diciendo: *Hagamos al hombre, a nuestra imagen y semejanza.*

Ya no es aquella palabra imperiosa y dominante: es una palabra más suavemente dulce, aunque no menos eficaz: pues aquí observamos que Dios tiene consejo en sí mismo: que Dios mismo se excita, como para manifestarnos que la obra que va a emprender excede a cuantas hasta entonces había hecho, con decir después de las demás: *Hagamos al hombre*. Dios habla en sí mismo; habla a alguno que hace, como él; a alguno, cuya criatura e imagen es el hombre: habla a un otro sí mismo; habla a aquel, por quien todas las cosas han sido hechas; aquel, que dice en su Evangelio: *Todo lo que el Padre hace, el Hijo igualmente lo hace.* Hablando a su Hijo, o con su Hijo, habla al mismo tiempo con el Espíritu todo poderoso, igual y coeterno al uno y al otro.

Cosa es inaudita en todo el estilo de la Escritura, que otro que Dios haya hablado de sí mismo en número plural, diciendo: *Hagamos*. Aun Dios mismo no habla así en ella, sino dos o tres veces; y empieza este extraordinario estilo a descubrirse cuando se trata de criar al hombre. Cuando Dios muda de estilo y en alguna manera de conducta, no es que se mude en sí mismo; sí que nos muestra, que en conformidad de sus consejos eternos va a empezar un nuevo orden de cosas.

Así, el hombre tan altamente elevado sobre todas las criaturas, cuya generación nos había descrito Moisés, está producido de un modo todo nuevo. La Beatísima Trinidad empieza a declararse al hacer a la criatura racional, cuyas operaciones intelectuales son una imagen, aunque imperfecta, de aquellas eternas operaciones por quienes Dios es fecundo en sí mismo.

La palabra consejo, con que Dios procede y se explica, denota que la criatura que va a hacer es la única que puede obrar por consejo y por inteligencia. No es menos extraordinario todo lo restante. Ni habíamos hasta allí visto en la historia del Génesis, el dedo de Dios aplicado sobre una materia corruptible. Para formar el cuerpo del hombre él mismo toma la tierra; y esta tierra ordenada bajo de tal mano, recibe la más bella y excelente forma que se haya hasta ahora dejado ver en el mundo.

Esta atención particularmente singular, que se descubre en Dios cuando hace al hombre, nos

muestra la consideración especial que para él tiene, aunque por otra parte todo vaya inmediatamente dirigido de su sabiduría.

Pero el modo con que produce al alma, es mucho más maravilloso; porque no la saca de la materia, sino que desde arriba la inspira: este es un aliento de vida que viene de él mismo; pues el sagrado texto dice: *Et inspiravit in faciem ejus (hominis) spiraculum vitae, et factus est homo in animum viventem.*

Cuando crió los animales, dijo: *Que el agua produzca los peces*, y de esta suerte crió los monstruos marinos, y todas las almas que viven y se mueven, que debían llenar las aguas. También dijo: *Que la tierra produzca toda alma viviente, las bestias de cuatro pies y los reptiles.*

Así debían nacer las almas que viven una vida bruta y bestial, a quienes no da Dios otra acción que unos movimientos dependientes del cuerpo; y a estas las saca del seno de las aguas; pero aquella alma, cuya vida había de ser una imitación de la suya; que debía vivir como él, de razón y de inteligencia; que debía estarle unida por medio de la contemplación y del amor; y que por esto debía ser hecha a su imagen, no podía ser sacada de la materia. Dios bien puede, labrando la materia, formar un bello cuerpo; pero de cualquier modo que la tornee y que la figure o la forme, jamás hallará en ella su imagen y semejanza. El alma hecha a su imagen, y que puede ser bienaventurada poseyéndole, debe ser producida por una nueva creación: debe venir de arriba; y esto es lo que significa aquella respiración de vida, que saca Dios de su boca.

Acordémonos que Moisés propone a los hombres carnales por medio de imágenes sensibles, verdades puras e intelectuales. No creamos que Dios aliente a la manera de los animales. Ni creamos que nuestra alma sea un aire sutil, ni un vapor desleído o suelto. Pues el aliento que Dios inspira, y que en sí mismo lleva la imagen de Dios, no es aire ni vapor. No creamos tampoco que sea nuestra alma una porción de la naturaleza divina, según el delirio de algunos filósofos. Dios no es un todo que se parte: no se divide. Y aun cuando Dios tuviese partes, serian partes increadas: porque el Creador, el Ser increado no estaría compuesto de criaturas. El alma está hecha, y de tal modo hecha, que nada de ella es de la naturaleza divina; pero es una cosa hecha solamente a su imagen y semejanza: una cosa que debe siempre permanecer unida al que la ha formado: esto es lo que significa aquel aliento divino: esto es lo que nos representa aquel espíritu de vida

Ya está el hombre formado. De él forma Dios también la compañera que quiere darle. Todos los hombres nacen de un solo matrimonio, a fin de ser siempre, por esparcidos y multiplicados que estén, de una sola y misma familia.

Formados así nuestros primeros padres se les da, para que lo habiten, aquel delicioso jardín que se llama Paraíso: Dios, pues, se debía a si mismo hacer dichosa y feliz a su imagen, mirándola como suya.

Impone al hombre un precepto, por hacerle conocer que tiene Señor: un precepto aplicado a una cosa sensible, porque el hombre estaba hecho con sentidos: un precepto fácil, porque así quería hacerle la vida cómoda, en tanto que fuese inocente, se mantuviese obediente y sin culpa.

No guarda el hombre un precepto de tan fácil observancia: escucha al espíritu tentador y se escucha a sí mismo, en vez de escuchar únicamente a Dios: su perdición es ya inevitable; pero es menester considerarla así en su origen como en sus consecuencias.

Había Dios hecho al principio a sus ángeles, espíritus puros, sin mezcla de materia. Y como no hace cosa que no sea buena, los había criado a todos en la santidad; y ellos podían asegurar su felicidad con darse voluntariamente a su Creador. Pero todo lo que ha salido de la nada es defectuoso. Una parte de aquellos ángeles se dejó engañar de su amor propio. ¡Ay de la criatura que en sí misma se complace, y no en Dios! que pierde en un momento todos sus bienes! ¡Oh! ¡Extraño efecto del pecado! Aquellos espíritus resplandecientes se mudaron, se trasformaron en espíritus de tinieblas, no hubo luz de cuantas tuvieron que no se convirtiese en maliciosas astucias. Una maligna

envidia ocupó en ellos el lugar de la caridad; su natural grandeza no fue después sino soberbia: su felicidad fue trocada en el triste consuelo de procurarse compañeros en su miseria; y sus bienaventurados ejercicios en el miserable empleo de tentar a los hombres. El más perfecto de todos, que así había sido el más soberbio, se halló el más pernicioso como más infeliz. El hombre a quien Dios había criado de naturaleza un poco inferior a los ángeles, uniéndole a un cuerpo, se hizo a espíritu tan perfecto, un objeto de envidia. Quiso, pues, este arrastrarle a su rebelión para envolverle después en su ruina. Escuchemos como le habla y penetremos el fondo de sus artificios. Encamínase a Eva, como a la más flaca; pero en la persona de Eva, no menos habla a su marido que a ella misma, y le pregunta: ¿Por qué os ha hecho Dios esta prohibición? Si os ha hecho racionales, debéis saber la razón de todo: este fruto no es veneno, no moriréis de él. He aquí por donde empieza el espíritu de la rebelión. Discúrrese en esto sobre el precepto y se pone en duda la obediencia. Vosotros seréis como dioses, libres e independientes; felices en vosotros mismos; sabios por vosotros mismos: Sabréis el bien y el mal, nada os será impenetrable. Por estos motivos, se levanta el espíritu contra el orden de su Creador, y quiere hacerse superior a la regla dada por Dios. Eva, medio ganada, mira el fruto, cuya belleza prometía un gusto excelente. Viendo que Dios había unido el espíritu y el cuerpo en el hombre, creyó que también podría en favor suyo haber aplicado a las plantas virtudes sobrenaturales, y dones intelectuales a los objetos sensibles. Después de haber comido de aquel hermoso fruto, le presentó ella misma a su marido. En peligroso combate está allí puesto. El ejemplo y la complacencia fortifican la tentación: abraza los dictámenes de un tentador tan enteramente asegundado: una engañosa curiosidad; un lisonjero pensamiento de altivez; el gusto secreto de obrar por sí mismo y según sus propios pensamientos le atrae y le ciega: resuélvese a hacer una peligrosa prueba de su libertad; y gusta con el fruto prohibido la perniciosa dulzura de contentar su espíritu: mezclan los sentidos su atracción a este nuevo encanto: síguelos él, sujétase a ellos, y se hace su cautivo el que era su señor.

Todo al mismo tiempo se muda para él. Ya no le es risueña ni obediente la tierra como antes, ni le rendirá nada sin un porfiado trabajo: ya el cielo no tiene aquella serenidad primera: los animales que todos, aun los más horribles y feroces, le servían de un divertimiento inocente, toman para afligirle formas espantosas. Dios, que lo había hecho todo para su felicidad, todo en un punto lo convierte en su castigo: a sí mismo se sirve de tormento el que tanto amor se había tenido a si propio: la rebelión de sus sentidos le hace advertir en sí un no sé qué de vergonzoso. Ya no es esta aquella primera obra del Creador, llena de toda hermosura: el pecado ha hecho otra obra que es preciso encubrirla. No puede el hombre tolerar ya su afrenta; y quisiera poder ocultarla a sus propios ojos. Pero Dios se le hace aun más insufrible. Este gran Dios, que le había criado a su semejanza y dádole los sentidos como un socorro necesario a su espíritu, se dignaba demostrársele bajo de una forma perceptible: no puede el hombre tolerar ya su presencia, y busca lo más oculto de las selvas por robarse al que era antes toda la delicia. Su conciencia le acusa primero que Dios le hable: sus infelices escusas acaban de confundirle. Forzoso es que muera: el remedio de la inmortalidad se le ha quitado; y una muerte más espantosa, que es la del alma, le está figurada en esta corporal a que se le condena.

Pero ve aquí nuestra sentencia pronunciada en la suya. Dios, que había resuelto recompensar su obediencia en toda su posteridad, luego que se le rebela, le condena y castiga, no solo en su persona, sí también en todos sus hijos, como en la más viva y más amada parte de sí mismo: así todos estamos malditos en nuestro principio; así nuestro nacimiento está viciado e infecto en su origen.

No examinemos aquí estas reglas terribles de la justicia divina, por las cuales está maldita en su origen la estirpe humana. Adoremos los juicios de Dios, que mira a todos los hombres como a un hombre solo en aquel de quien quiere que desciendan todos Mirémonos también como degradados en nuestro padre rebelde; como deslustrados para siempre por la sentencia que le condena; como desterrados con él y excluidos del paraíso, que es la patria que había de darnos.

Las reglas de la justicia humana nos podrán ayudar a entrar en las profundidades de la justicia divina, de que son una sombra; pero no son capaces de descubrirnos el fondo de este abismo. Creamos que así la justicia como la misericordia de Dios no pueden ser medidas por las de los hombres, y que ambas tienen efectos mucho más extendidos y mucho más profundos.

Pero en tanto que los rigores de Dios con el género humano nos espantan, admiremos como vuelve nuestra atención a un objeto más agradable. Bajo de la figura de la serpiente, cuyo torcido arrastramiento era una viva imagen de las perniciosas insinuaciones y de los rodeos engañosos del espíritu maligno, hace Dios ver a Eva nuestra madre vencido su enemigo, y le muestra la semilla bendita que había de quebrantar la cabeza a aquel pernicioso vencedor, esto es, que había de humillar su soberbia y abatir su imperio por todo el mundo.

Esta semilla bendita era Jesucristo, hijo de una inmaculada Virgen; el cual en Adán no había pecado, porque descendería de Adán de un modo divino; concebido, no del hombre, sino del Espíritu Santo.

Pero antes de darnos al Salvador, era preciso que por una larga experiencia conociese el género humano la necesidad que tenía de tal socorro. Fue, pues, el hombre dejado a sí mismo: sus inclinaciones se corrompieron, sus desórdenes llegaron al exceso; y la inquietud cubrió toda la superficie de la tierra.

Resolvió Dios entonces una venganza de que quiso se acordasen siempre los hombres; y les envió el diluvio universal, cuya memoria en efecto aun dura entre todas las naciones, así como la de los delitos que lo causaron.

No piensen, pues, ya los hombres que el mundo por sí mismo se rija, y que lo que ha sido será siempre, como de sí mismo; pues Dios, que todo lo ha hecho y por quien todo subsiste, quiere anegar a todos los animales con todos los nombres; esto es, quiere destruir la más hermosa parte de su obra, afeada por el pecado.

No necesitaba el Señor sino de sí mismo para destruir lo que con una palabra había hecho; pero halló por más digno de su grandeza hacer sirviesen sus criaturas de instrumento a su venganza, y llamó las aguas para asolar la tierra cubierta e inundada de abominables delitos.

Hallóse no obstante entre tantos pecadores un hombre justo (Noé), a quien Dios antes de salvarle del diluvio de las aguas, había preservado por su gracia del diluvio de la iniquidad. Fue su familia reservada para volver a poblar la tierra, expuesta a no ser ya más que una soledad inmensa. Por el cuidado de este hombre justo, salva Dios a los animales, a fin de que el hombre entienda que están hechos para él y sujetos a su imperio por su Creador.

El mundo se renueva y sale otra vez la tierra del seno de las aguas; pero queda en esta renovación una impresión eterna de la venganza divina. Era toda la naturaleza hasta el diluvio más fuerte y vigorosa; pero con aquella inmensa cantidad de aguas que Dios condujo sobre la tierra, y por la dilatada mansión que en ella hicieron, las sustancias que en sí encerraba fueron alteradas: el aire cargado de una humedad excesiva, fortificó los principios de la corrupción; y hallándose debilitada la primera constitución del universo, la vida del hombre, que se esforzaba a llegar a cerca de mil años, se disminuyó poco a poco: las yerbas y los frutos no tuvieron ya su primitiva fuerza, y fue preciso dar a los hombres un alimento más sustancioso en la carne de los animales.

Así habían de desaparecer y borrarse poco a poco los residuos de la primera institución, y la naturaleza mudada advertía al hombre que va Dios no le miraba tan propiciamente después que estuvo irritado por tantos delitos.

Aquella larga vida de los primeros padres, notada en los anales del pueblo de Dios, no ha sido desconocida a los demás pueblos, y sus antiguas tradiciones han conservado su memoria. La muerte, que se anticipaba, hizo sentir a los hombres una venganza más pronta; y como cada día se

sumergían más y más en los vicios, era preciso que también fuesen (para decirlo así) más sumergidos cada día en su castigo.

La mutación sola de los manjares podía advertirles cuanto se iba su naturaleza deteriorando; pues al paso que se hacían más débiles, se, volvían más voraces y sangrientos. El alimento que antes del diluvio tomaban sin violencia los hombres en los frutos que por sí mismos caían, y en las yerbas que con tanta presteza sazonada se enjugaban, era sin duda algún vestigio de la primera inocencia y de la dulzura que nuestra formación nos infundía. Ahora para alimentarnos, es preciso derramar sangre, a pesar del horror que naturalmente nos causa; y todos los primores de que nos servimos para cubrir nuestras mesas, apenas bastan a disfrazar los cadáveres que necesitamos comer para satisfacernos y tal vez hartarnos.

Pero solo es esta la menor parte de nuestras desgracias. La vida ya acortada, se abrevia también por las violencias que se introducen en el género humano. El hombre, que en los primeros tiempos se abstenía de ensangrentarse en los animales, se ha acostumbrado a no ser ya piadoso con la vida de sus propios semejantes. En vano, por nuestra causa, fue que Dios prohibiese inmediatamente después del diluvio el cruel acto de verter sangre humana: en vano que por salvar algún vestigio de la primera dulzura de nuestra naturaleza, permitiendo comer la carne de los animales, exceptuase su sangre. Los homicidios se multiplicaron sin medida. Verdad es que Caín, antes del diluvio, había sacrificado a su hermano a su envidia: que Lamech, descendiente de Caín, había hecho el segundo homicidio, y es creíble que se hiciesen otros con estos detestables ejemplares. Pero aun no estaban inventadas las guerras. Después del diluvio fue cuando salieron aquellos asoladores de provincias, a quienes han llamado conquistadores, que impelidos de la falaz honra sola del mundo, exterminaron tantos inocentes. Nembroth, maldito renuevo de Cam, maldito por su padre, empezó a hacer la guerra sólo por establecerse un imperio. Desde entonces ha jugado la ambición sin límite alguno la vida de los hombres; y ellos han llegado al punto de matarse entre sí, aun sin aborrecerse, teniendo por colmo de honrosa gloria y por la más noble de todas las artes el acabarse los unos a los otros.

Estos son los principios del mundo, tales como la historia de Moisés nos los representa: principios en su origen felices; llenos después de infinitos males; y atendiendo a Dios, que todo lo hace, siempre admirables: tales en fin, que con repasarlos por nuestra memoria, aprendemos a considerar al universo y al género humano siempre bajo de la mano del Creador; sacado de la nada por su palabra; conservado por su bondad; gobernado por su sabiduría; castigado por su justicia; librado por su misericordia; y siempre sujeto a su poder.

No es, pues, este universo, como le concibieron los filósofos, formado según algunos por un concurso casual de primeros cuerpos; o que, según los más científicos entre ellos, suministró el mismo su materia a su Autor; y que por consiguiente no depende de él, ni en el fondo de su ser ni en su primer estado, antes bien le sujeta a ciertas leyes que no puede alterar. No es así como ellos imaginaron.

Moisés y nuestros antiguos padres, cuyas tradiciones recogió, nos dan diversos conceptos. El Dios que él nos ha mostrado, tiene muy diferente poder: puede hacer y deshacer como quiere: da leyes a la naturaleza, y las altera, cuando es de su agrado, como autor de ella.

Si por hacerse conocer en el tiempo que la mayor parte de los hombres le había olvidado, obró milagros asombrosos y forzó a la naturaleza a salir de sus leyes más constantes; continuó a mostrar en esto, que él era el dueño absoluto, y que su voluntad es el único lazo y vínculo que mantiene el orden del universo.

Esto es puntualmente lo que habían los hombres olvidado: la estabilidad de un orden tan acorde y. tan hermoso, no servia más que a persuadirles que este orden había siempre sido y era de sí mismo; y eso les inducía a adorar alucinados al mundo en general, o a los astros, a los elementos, y en fin, a todos aquellos grandes cuerpos que le componen. Dios, pues, ha dado testimonio al

género humano de una bondad digna de sí, invirtiendo en ocasiones magníficas este orden que no solamente no les hacía ya impresión, porque estaban a él acostumbrados, sí que aun les llevaba, tan ciegos estaban, a imaginar fuera de Dios la eternidad y la independencia.

La historia del pueblo de Dios, autorizada por su misma continuación y por la religiosidad así de los que la escribieron como de los que tan cuidadosamente la conservaron, ha guardado como en un fiel registro la memoria de aquellos milagros, con que nos da la verdadera idea del supremo imperio de Dios, Señor omnipotente en sus criaturas, ya sea para tenerlas sujetas a las leyes generales que ha establecido, o ya para darles otras cuando juzgare que es necesario despertar con algún golpe asombroso al género humano adormecido.

Éste es el Dios que Moisés nos propuso en sus escritos, como el único a quien debíamos servir. Este es el Dios que adoraron los patriarcas antes de Moisés; en una palabra, el Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob, a quien nuestro padre Abraham quiso sacrificar su hijo único; de quien Melquisedec, figura de Jesucristo, era el pontífice; a quien nuestro padre Noé ofreció el sacrificio al salir del arca; a quien el justo Abel había reconocido, ofreciéndole lo más precioso que tenía; a quien Sem, dado a Adán en lugar de Abel, había hecho conocer a sus hijos, llamados también los hijos de Dios; a quien Adán había asimismo mostrado a sus descendientes, como a aquel de cuyas manos se había visto recientemente salir formado, y como el único que podía poner fin a los males de su desgraciada posteridad.

¡Oh, qué excelente filosofía la que nos da ideas tan puras del Autor de nuestro ser! ¡Qué bella tradición la que nos conserva la memoria de sus obras magníficas! ¡Qué santo el pueblo de Dios, pues por una continuación no interrumpida, desde el origen del mundo hasta nuestros días ha conservado siempre una tradición y una filosofía tan santa!

CAPÍTULO II.
Abraham y los Patriarcas.

Pero como el pueblo de Dios tomó en el tiempo del patriarca Abraham una forma más reglada, es necesario, serenísimo señor, detener un poco a V. A. tocante a este grande hombre, celebérrimo padre de los creyentes.

Nació este santo patriarca cerca de trescientos y cincuenta años después del diluvio, en un tiempo que la vida humana, aunque reducida a límites más estrechos, era aun muy larga. Noé acababa de morir: Sem, su hijo mayor, aun vivía; y Abraham pudo pasar con él casi toda su vida.

Represéntese, pues, V. A. el mundo todavía nuevo, y digámoslo así, todo mojado de las aguas del diluvio, cuando los hombres tan vecinos al origen de las cosas, no necesitaban para conocer la unidad de Dios y el servicio que le era debido, sino de la tradición, que desde Adán hasta Noé se había conservado: tradición, a más de esto, tan conforme a las luces de la razón, que parecía que una verdad tan clara y tan importante no podría jamás oscurecerse ni olvidarse entre los hombres. Este fue el primer estado de la religión, que duró hasta Abraham, en que para conocer las grandezas de Dios, no tenían los hombres que consultar sino con su razón y su memoria.

Pero estaba la razón muy débil y viciada: al paso que se alejaban del origen de las cosas, confundían los hombres las especies que habían recibido de sus antepasados. Los hijos indóciles, o mal enseñados, no querían dar crédito a sus abuelos decrépitos, que después de tantas generaciones apenas conocían: embrutecida la mente humana, no podía elevarse a las cosas intelectuales; y no queriendo ya los hombres adorar sino lo que veían, se iba difundiendo la idolatría por todo el mundo.

Entonces el espíritu, que había engañado al primer hombre, probaba todo el fruto de su seducción y veía el entero efecto de aquellas palabras: *Seréis como dioses*. Desde el punto que las

pronunció, tiraba a confundir en el hombre la idea de Dios con la de la criatura; y dividir un nombre cuya majestad consiste en ser incomunicable. Lograba su designio; porque sepultados los hombres en la carne y sangre, habían por esto conservado una idea oscura del poder divino, que se mantenía por su propia fuerza; pero confundida con las especies introducidas por los materiales sentidos, les hacía adorar a todas las cosas en que se descubría algún poder. Así el sol y los astros, que desde tan lejos ostentaban su fuerza; el fuego y los elementos, cuyos efectos eran tan universales, fueron los primeros objetos de la adoración, pública. Los grandes reyes, los grandes conquistadores, que lo podían todo sobre la tierra; y los autores de las invenciones útiles a la vida humana, tuvieron después bien presto los honores divinos. Los hombres llevaron la pena de haberse sujetado a sus sentidos: fueron los sentidos árbitros de todo, e hicieron, a pesar de la razón, todos los dioses que han sido adorados en la tierra.

¡Oh, cuán alejado pareció entonces el hombre de su primera formación! ¡Y cuán desfigurada estaba en él la imagen de Dios! ¿Podía Dios haberle hecho con aquellas perversas inclinaciones, que cada día se iban más y más declarando? Y aquella extraordinaria propensión que tenía a sujetarse a todo lo que no fuese su señor natural, ¿no mostraba muy visiblemente la mano enemiga que tan profundamente había alterado la obra de Dios en el espíritu humano, que apenas podía reconocerse en él algún vestigio suyo? impelido de aquella ciega pasión que le dominaba, se sumergía en la idolatría, sin que nada pudiese detenerle: y hacia este gran mal extraordinarios progresos. Así, para que la idolatría no infestase a todo el linaje humano y enteramente extinguiese el conocimiento de Dios; este gran Dios llamó desde lo alto a su siervo Abraham, en cuya familia quería establecer su culto, y conservar la antigua creencia, así de la creación del universo, como de la providencia particular con que gobierna a las cosas humanas.

Ha sido siempre Abraham célebre en el Oriente; y no son solos los hebreos los que le miran como a padre. Los idumeos se glorían del mismo origen. Ismael, hijo del mismo Abraham, es conocido entre los árabes como de quien descienden. Hales quedado la circuncisión, como señal de su origen; y ellos la han recibido en todos tiempos, no al octavo día a la manera de los judíos, sino a los trece años, como nos dice la Escritura que fue dada a su padre Ismael: costumbre que aun dura entre los mahometanos. Otros pueblos árabes se acuerdan de Abraham y de Cetura; y estos son los mismos que hace ver la Escritura procedidos de aquel matrimonio. Era caldeo este patriarca; y aquellos pueblos, famosos por sus observaciones astronómicas, colocaron a Abraham entre sus más sabios observadores. Los historiadores de la Siria le han hecho rey de Damasco, aunque extranjero y venido de los contornos de Babilonia; y refieren que dejó el reino de Damasco por establecerse en el país de los cananeos, llamado después Judea. Pero más importa notarlo que la historia del pueblo de Dios nos refiere de este grande hombre. Ya hemos visto que Abraham seguía el mismo modo de vivir que habían los antiguos observado, antes que estuviese reducido a reinos todo el universo. Reinaba él en su familia, con la cual tenía aquella vida pastoril tan famosa por su sinceridad y su inocencia: rico en ganados, en esclavos y en dinero, pero sin tierras y sin dominio, y vivía, no obstante, en un reino extranjero, respetado e independiente como príncipe. Su piedad y rectitud, protegidas de Dios, le concilaban este respeto. Trataba de igual con los reyes, los cuales solicitaban su alianza; de donde nació la antigua opinión que le hace rey. Aunque fuese su vida sincera y pacífica, sabía hacer la guerra, pero sólo para defender a sus aliados oprimidos. Ejecutólo así y les vengó con una señalada victoria: volvióles todas sus riquezas, recobradas de sus enemigos, sin reservar otra cosa que la décima, que ofreció a Dios, y la parte que pertenecía a las tropas auxiliares que había conducido a la batalla. En cuanto a lo demás, después de un tan gran servicio, rehusó los presentes de los reyes con una magnanimidad sin ejemplar; y no pudo sufrir que hombre alguno blasonase de haber enriquecido a Abraham: que él solo a Dios, que le protegía y a quien servía con una fe y obediencia perfecta, quería deberlo todo.

Guiado de esta fe, había dejado su tierra natural por venir al país que Dios le mostraba. Dios, que le había llamado y héchole digno de su alianza, la concluyó con estas condiciones siguientes:

Declaróle que sería su Dios y de sus hijos; esto es, que sería su protector, y que ellos le servirían como al solo Dios, criador del cielo y de la tierra, H ,¡h ¡ ; > ,

Le prometió una tierra (que fue la de Canaán) para que sirviese de mansión fija a su posteridad y de silla a la religión.

Abraham no tenía hijos y Sara su mujer era estéril. Juróle Dios por sí mismo y por su eterna verdad, que de él y de aquella mujer nacería una estirpe, que igualada a las estrellas del cielo y a las arenas del mar.

Pero ve aquí el artículo más memorable de la promesa divina. Todos los pueblos se precipitaban en la idolatría. Dios prometió a este santo patriarca, que en él y en su semilla todas aquellas ciegas naciones, que olvidaban a su Creador, serían benditas; esto es, serían reducidas a su conocimiento en que consiste y se halla la verdadera bendición.

Por esta divina palabra fue hecho Abraham padre de todos los creyentes; y su posteridad escogida para ser la fuente desde donde la bendición había de derramarse y difundirse por toda la tierra.

Estaba incluida en esta celestial promesa la venida del Mesías, tantas veces anunciado a nuestros padres; pero siempre anunciado como quien había de ser el Salvador de todos los gentiles y de todos los pueblos del mundo.

Así aquel vástago bendito, prometido a Eva, se hizo también el vástago y el renuevo de Abraham.

Este fue el fundamento de la alianza y estas sus condiciones. Recibió Abraham la marca en la circuncisión: ceremonia cuyo propio efecto era de señalar que aquel santo hombre era ya de Dios con toda su familia.

Se hallaba Abraham sin hijos cuando empezó Dios a bendecir su estirpe, y le dejó sin ellos muchos años. Tuvo después a Ismael, que había de ser padre de un gran pueblo, pero no de aquel pueblo escogido tan prometido a Abraham. El padre de este pueblo había de descender de él y de su mujer Sara, que era estéril. En fin, trece años después de Ismael le vino aquel deseado hijo: fue nombrado Isaac, que es lo mismo que risa, hijo de alegría, hijo de milagro, hijo de divina promesa, que denota con su nacimiento que los verdaderos hijos de Dios nacen de la gracia.

Era ya grande este hijo bendito, y en edad que podía esperar su padre tener otros por él, cuando de improviso le mandó Dios que le sacrificase. ¡Oh! ¡A qué pruebas está expuesta la fe! Abraham llevó a Isaac al monte que Dios le había mostrado, para sacrificarle aquel hijo en quien únicamente le había prometido hacerle padre, así de su pueblo, como de su Mesías; presentaba Isaac el pecho a la espada con que iba su padre a herirle, cuando Dios, satisfecho de la obediencia de ambos, sólo con esto se contenta Después que estos dos grandes hombres dieron al mundo una imagen tan viva y tan bella de la voluntaria oblación de Jesucristo, y que probaron en el ánimo las amarguras de la Cruz, fueron juzgados verdaderamente dignos de ser sus ascendientes. Merece la fidelidad de Abraham que Dios le confirme todas sus promesas; y bendice nuevamente, no solo a su familia, sí también por su familia a todas las naciones del universo.

En efecto, continuó Dios su protección a Isaac su hijo y a Jacob su nieto: ellos fueron sus imitadores fijos, como él, en la creencia antigua; en el antiguo modo de vida, que era la pastoril, y en el antiguo gobierno del linaje humano, en que cada padre de familias era príncipe de la suya. Así, en medio de las mutaciones que cada día se introducían entre los hombres, revivía la santa antigüedad en la religión, y en la conducta de Abraham y de sus hijos.

Reiteró también Dios a Isaac y a Jacob las mismas promesas que había hecho a Abraham; y como se había llamado el Dios de Abraham, tomó asimismo el nombre de Dios de Isaac y de Dios de Jacob.

Con esta divina protección empezaron estos tres grandes hombres a residir en la tierra de Canaán; pero como extranjeros y sin poseer en ella un pie de tierra, hasta que la hambre atrajo a Jacob a Egipto, donde multiplicados sus hijos se hicieron bien presto un gran pueblo, como lo había Dios prometido.

En cuanto a lo demás, aunque este pueblo que Dios hacía nacer en su alianza hubiese de extenderse por la generación y hubiese la bendición de acompañar a la sangre, no dejó este gran Dios de señalar en él la elección de su gracia. Porque después de haber escogido a Abraham entre las naciones, entre los hijos de Abraham eligió a Isaac, y de los dos mellizos de Isaac escogió a Jacob, a quien dio el nombre de Israel.

Tuvo Jacob doce hijos, que fueron los doce patriarcas, autores de las doce tribus. Todos habían de entrar en la alianza; pero fue Judas escogido entre todos sus hermanos para ser el padre de los reyes de Israel y el padre del Mesías tan prometido a sus progenitores.

Había de venir tiempo en que disminuido el pueblo de Dios de diez tribus castigadas por su infidelidad, solo conservaría la posteridad de Abraham su antigua bendición; esto es, la religión, la tierra de Canaán y la esperanza del Mesías, en la tribu de Judas, la cual daría su nombre al resto de los israelitas, que fueron llamados judíos, y a todo el país, que fue nombrado Judea.

Así la elección divina se descubría siempre en aquel pueblo carnal, que había de conservarse por la propagación ordinaria.

Vio Jacob espiritualmente el secreto de aquella elección Como se hallase próximo a morir, y sus hijos, al rededor de su lecho, pidiesen la bendición de un tan buen padre, le descubrió Dios el estado de las doce tribus cuando estarían en la tierra prometida; y se lo explicó en pocas palabras, pero palabras llenas de innumerables misterios.

Aunque todo lo que dice de los hermanos de Judas esté expresado con una magnificencia extraordinaria, y denote a un hombre elevado por el espíritu de Dios; cuando llega a Judas, aun mucho más se remonta. *Judas*, dice, *tus hermanos te alabarán: tu mano será sobre el cuello de tus enemigos: los hijos de tu padre se postrarán en tu presencia. Judas es un león, joven vigoroso. Hijo mío, tú has ido al despojo. Tú has reposado, como un león y una leona. ¿Quién osará despertarte? El cetro*, esto es, la autoridad, *no saldrá de Judas; y siempre se verán capitanes y magistrados, o jueces nacidos de su estirpe, hasta que venga Aquel que ha de ser enviado, y que será la esperanza de los pueblos*, o como dice otra letra que quizá no sea menos antigua, y que sustancialmente no difiere de esta, *hasta que venga Aquel a quien las cosas están reservadas*, y lo restante como acabamos de referir.

La continuación de la profecía mira literalmente al territorio que había la tribu de Judas de ocupar en la Tierra Santa. Pero las últimas palabras que hemos visto, de cualquier modo que se las quiera entender, no significan otra cosa, que aquel que había de ser el enviado de Dios, el ministro y el intérprete de su voluntad, el cumplimiento de sus promesas y el Rey del nuevo pueblo, esto es, el Mesías, o el Ungido del Señor.

No habla en esto expresamente Jacob, sino a solo Judas, de quien había de descender el Mesías; pero en la suerte de Judas comprende la de toda la nación, que después de dispersa vería los residuos de las otras tribus reunidas bajo de los estandartes de Judas.

Todos los términos de la profecía son claros: solo hay la palabra Cetro, que el uso de nuestra lengua nos podría hacer entender por sola la dignidad real, cuando en el idioma santo significa en general el poder, la autoridad y el magistrado. Hállase el uso de esta palabra Cetro en todas las paginas de la Escritura: déjase asimismo ver manifiestamente en la profecía de Jacob; y quiere este patriarca decir, que en los días del Mesías cesará toda la autoridad en la casa de Judas, lo cual se lleva consigo la ruina de un estado.

Así los tiempos del Mesías están aquí señalados con una duplicada mutación. Por la primera, el reino de Judas y del pueblo judaico está amenazado de su postrera ruina. Por la segunda, ha de levantarse un nuevo reino, no de un pueblo solo, sí de todos los pueblos, cuya cabeza y esperanza ha de ser el Mesías.

Es el pueblo judaico, en el estilo de la Escritura, llamado en nombre singular; y por excelencia *el pueblo*, o *el pueblo de Dios*; y cuando se hallan *los pueblos*, entienden los versados en las Escrituras, *los demás pueblos*, que estaban también prometidos al Mesías en la profecía de Jacob.

Comprende esta gran profecía en pocas palabras toda la historia del pueblo judaico, y del Cristo, que le estaba prometido. Señala toda la continuación del pueblo de Dios, y el efecto manifiestamente dura todavía.

Así, no pretendo hacer a V. A. de ella un comentario de que no necesita; pues notando llanamente la continuación del pueblo de Dios verá descifrarse por sí mismo el sentido del oráculo, y ser solos los sucesos sus intérpretes.

CAPÍTULO III.
Moisés, la ley escrita, y la introducción del pueblo de Dios en la tierra prometida.

Después de la muerte de Jacob, permaneció en Egipto el pueblo de Dios hasta el tiempo de Moisés, que fue casi doscientos años.

Así pasaron cuatrocientos antes que Dios diese a su pueblo la tierra que le había prometido.

Quería acostumbrar a sus escogidos a fiar de su palabra, asegurados de que presto o tarde se cumpliría, y siempre en los tiempos señalados por su eterna Providencia.

Las iniquidades de los amorreos, cuya tierra y despojos quería darles, no habían aun llegado, como lo declara a Abraham, al colmo donde los esperaba, para entregarlos a la dura y desapiadada venganza que por mano de su pueblo escogido quería tomar de ellos.

Era necesario dar a este pueblo tiempo de multiplicarse, a fin de que se hallase en estado de llenar la tierra que le era destinada, y de ocuparla por fuerza, exterminando a sus habitadores malditos de Dios.

Quería que probase en Egipto un duro e intolerable cautiverio, a fin de que estando libertado con prodigios inauditos, amase a su Libertador y eternamente celebrase sus misericordias.

Este es el orden de los consejos de Dios, tales como él mismo nos los ha revelado para enseñarnos a temerle, y esperarle con fe y paciencia.

Habiendo llegado el tiempo, escucha el Señor los clamores de su pueblo, cruelmente afligido por los egipcios; y envía a Moisés para librar a sus hijos de su tiranía.

Dase Dios a conocer a este grande hombre más que lo que hasta entonces ningún otro viviente lo había merecido. Aparécesele en una forma igualmente magnifica y consoladora: declárale, que *él es quien es*. A su vista todo lo que es, no es más que una sombra. *Yo soy*, le dice, *quien soy*: el ser y la perfección pertenecen a mí solo. Toma un nuevo nombre, que denota el ser y la vida en él, como en su origen; y este es el gran nombre de Dios, terrible, misterioso, incomunicable, bajo el cual quiere en adelante ser servido.

No referiré a V. A. en particular las plagas de Egipto, ni la obstinación de Faraón, ni el paso del mar Bermejo, ni el humo, los relámpagos, la trompeta resonante, el ruido espantoso que oyó el pueblo sobre el monte Sinaí. Allí Dios grababa de su mano, sobre dos tablas de piedra, los preceptos fundamentales de la Religión y de la sociedad; y dictaba lo restante a Moisés en alta voz. Para

mantener esta ley en su vigor, diole orden de formar una junta venerable de sesenta consejeros, que podía llamarse el senado del pueblo de Dios y el consejo perpetuo de la nación. Mostróse Dios públicamente; e hizo publicar su ley en su presencia, con una demostración pasmosa de su majestad y de su poder.

Hasta entonces nada había Dios dado por escrito que pudiese servir de regla a los hombres. Los hijos de Abraham tenían solamente la circuncisión, y las ceremonias que la acompañaban, por señal de la alianza que había Dios contraído con aquella familia escogida. Estaban ellos por esta señal separados de los pueblos que adoraban a las falsas deidades: en cuanto a lo demás, conservábanse en la alianza de Dios, para tener en su memoria las promesas hechas a sus padres; y eran conocidos como un pueblo que servía al Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob. Estaba Dios tan profundamente olvidado, que era menester discernirle por el nombre de los que le habían adorado, y de quienes también era declarado protector.

No quiso este gran Dios abandonar más largo tiempo a la memoria sola de los hombres el misterio de la Religión y de su alianza. Era yapreciso poner más fuertes reparos contra la idolatría, que inundaba a todo el género humano y acababa ya de extinguir en él el resto de la luz natural.

Habían la ignorancia y la ceguedad espantosamente crecido desde el tiempo de Abraham. En él y poco después aun se dejaba ver el conocimiento de Dios en Palestina y Egipto. Melquisedec rey de Salem, era el pontífice del Altísimo Dios, que hizo el cielo y la tierra. Abimelec, rey y sucesor, llamado como él, temían a Dios, juraban en su nombre y estaban admirados de su poder. Las amenazas de este gran Dios eran formidables a Faraón, rey de Egipto, pero en el tiempo de Moisés estaban pervertidas estas naciones. El verdadero Dios no era ya conocido en Egipto, como el Dios de todos los pueblos del universo, sino como el Dios de los hebreos. Eran adoradas hasta las bestias, hasta los viles gusanos. Todo era Dios, a excepción del mismo Dios a quien no se conocía. Dios mismo y el mundo que había Dios hecho para manifestar su poder, parecía haberse convertido en un templo de ídolos. Llegó el desalumbramiento del linaje humano hasta adorar y tributar culto a sus vicios y a sus pasiones: no hay que admirarse; porque no había poder más inevitable y tiránico que el de ellas. Acostumbrado el hombre a creer divino todo lo que era poderoso; como se sentía arrastrado al vicio por una fuerza que le dominaba, creyó fácilmente que esta fuese una fuerza externa y le dio bien presto honores de deidad. De allí nació que el amor impúdico tuviese tantos altares; y que impurezas que horrorizan, empezasen a mezclarse en los sacrificios.

La crueldad se introdujo en esto al mismo tiempo. El hombre culpable, que estaba turbado por el conocimiento de su delito y miraba a la Divinidad como a enemiga creyó no poder aplacarla con las víctimas ordinarias; y consideró preciso verter la sangre humana con la de los animales: un ciego espanto y terror impelía a los padres a sacrificar sus hijos, a sus dioses y a abrasarlos en vez de incienso. Eran comunes estos sacrificios desde el tiempo de Moisés; y solo formaban una pequeña parte de las horribles iniquidades de los amorreos, cuya venganza cometió Dios a los israelitas.

Pero no eran solo comunes a estos pueblos. Sábese que en todos los del mundo, sin exceptuar alguno, sacrificaron los hombres sus semejantes; y ningún paraje hay sobre la tierra, donde no hayan servídose de aquellas malignas y espantosas deidades, cuyo odio implacable al género humano exigía victimas semejantes.

Crecieron tanto las ignorancias del hombre, que llegó a adorar hasta la obra de sus propias manos. Creyó poder encerrar el espíritu divino en las estatuas; y olvidó tan profundamente que Dios le había hecho, que también se juzgó capaz de hacer un Dios. ¿Quién podría creer, si la experiencia no lo manifestase, que un error tan craso y tan brutal, fuese, no solamente el más universal, sino aun el más arraigado y el más incorregible entre los hombres? Así es forzoso reconocer, para confusión del género humano. que la primera de las verdades, aquella que el mundo predica, aquella cuya impresión es la más poderosa, era la más distante de la mente humana. La tradición que la conservaba en los ánimos, aunque todavía clara y bastantemente presente, estaba próxima a

desvanecerse: ocupaban su lugar fábulas ridículas, no menos llenas de impiedad que de extravagancia. Había llegado el punto en que mal guardada la verdad entre los hombres, no podía conservarse sin estar escrita; y habiendo fuera de esto, resuelto Dios criar y formar a su pueblo en la virtud por medio de leyes más expresas y en mayor número, resolvió al mismo tiempo dárselas por escrito.

Moisés fue llamado a esta obra. Recogió este grande hombre la historia de los siglos pasados; la de Adán, la de Noé, la de Abraham, la de Isaac, la de Jacob, la de José, o por mejor decir, la de Dios mismo y de sus hechos maravillosos.

No necesito desenterrar desde lejos las tradiciones de estos antepasados; pues él nació cien años después de la muerte de Jacob. Los ancianos de su tiempo habían podido conversar muchos años con aquel santo patriarca: la memoria de José y las maravillas que Dios había obrado por medio de este gran ministro de los reyes de Egipto, estaba aun reciente. La vida de tres o cuatro hombres se remontaba hasta Noé, que había visto a los hijos de Adán, y tocado, para decirlo así, el origen de las cosas.

Así las tradiciones antiguas del género humano y las de la familia de Abraham, no eran difíciles de recogerse: aun estaba viva su memoria; y no hay que admirar que, prescindiendo de divina revelación, Moisés en su Génesis hable de las cosas sucedidas en los primeros siglos, como de cosas constantes, de que aun se veían en los pueblos vecinos y en la tierra de Canaán notables monumentos.

En el tiempo que Abraham, Isaac y Jacob, habitaron aquella tierra, habían erigido por toda ella monumentos de las cosas que les sucedieron. Mostrábanse aun allí los lugares en que habían habitado; los pozos que en aquellos países secos habían cavado para beber su familia y sus ganados; los montes en que habían sacrificado a Dios y en que se les había aparecido; las piedras que habían levantado, u amontonado, para que sirviesen de recuerdo a la posteridad; los sepulcros en que sus cenizas benditas reposaban. Estaba reciente la memoria de aquellos grandes hombres, no solo en todo el país, sino aun en todo el Oriente, donde muchas naciones célebres jamás se han olvidado de que venían de su estirpe.

Así cuando el pueblo hebreo entró en la tierra prometida, no había allí cosa que no celebrase a sus antepasados: no había ciudad, no había monte, no había piedra que no hablase de aquellos hombres maravillosos, y de aquellas pasmosas visiones con que les había Dios confirmado en la antigua y verdadera creencia.

Los que saben algo de las antigüedades, no ignoran cuan curiosos eran los primeros tiempos en erigir y conservar semejantes monumentos, y cuan cuidadosamente retenía la posteridad en su memoria las causas que lo habían motivado. Este era uno de los modos de escribir la historia: más adelante se labraron y pulieron las piedras; y las estatuas después de las columnas, sucedieron a las masas rústicas y sólidas que los primeros tiempos erigían.

Hay también grandes razones para creer que en la línea donde se conservó el conocimiento de Dios, también se conservasen por escrito las memorias de los tiempos antiguos; porque nunca estuvieron los hombres sin este cuidado. A lo menos es seguro que se hacían cánticos que los padres enseñaban a sus hijos. Cánticos que, cantándose en las fiestas y en los concursos, perpetuaban allí la memoria de las acciones más sobresalientes de los siglos pasados.

De allí nació la poesía variada con el curso del tiempo en muchas formas, de las cuales la más antigua todavía se conserva en las odas y en los cánticos, empleados por todos los antiguos y aun presentemente por los pueblos que no tienen el uso de las letras, en alabar a la Divinidad y a los hombres grandes.

El estilo de estos cánticos, animoso, extraordinario, pero natural en su propiedad de representar a la naturaleza en sus trasportamientos; que por esta razón camina por vivas e

impetuosas ocurrencias; libre de las ligaduras ordinarias que piden unido el discurso; encerrado a más de esto en cadencias numerosas que aumentan su fuerza; sorprende el oído, cautiva a la imaginación, mueve al corazón y se imprime con más facilidad en la memoria.

Entre todos los pueblos del mundo, el que más ha usado de tales cánticos fue el pueblo de Dios. Moisés señala un gran número de ellos, que denota en los primeros versos, porque el pueblo sabía lo restante. Él mismo hizo dos de esta naturaleza. El primero nos representa el paso triunfante del mar Bermejo, y los enemigos del pueblo de Dios, los unos ya anegados y los otros medio vencidos del terror. Por el segundo confunde Moisés la ingratitud del pueblo, celebrando las bondades y las maravillas de Dios. Los siglos siguientes le imitaron. Dios era y sus obras maravillosas el objeto de las odas que compusieron: Dios mismo les inspiraba; y no hay propiamente otro que el pueblo de Dios, a donde haya venido la poesía por entusiasmo.

Había Jacob pronunciado en este lenguaje místico los oráculos que contenían la suerte de sus hijos, a fin de que cada tribu retuviese más fácilmente en la memoria lo que le tocaba; y les enseñó a alabar a aquel que no era menos magnifico en sus promesas que fiel en cumplirlas.

Estos fueron tos medios de que Dios se sirvió para conservar hasta Moisés la memoria de las cosas pasadas. Instruido por todos ellos este grande hombre, y más altamente ilustrado por el Espíritu Santo, escribió las obras de Dios con una exactitud y una sinceridad, que atrae la creencia y la admiración, no a sí, sino a Dios mismo.

Juntó a las cosas pasadas, que contenían el origen y las tradiciones antiguas del pueblo de Dios, las maravillas que obraba actualmente para su liberación, de que no cita a los israelitas otros testigos que a sus mismos ojos. No les refiere Moisés cosas sucedidas en retiros impenetrables y en profundas cuevas: no habla sin fundamento: particulariza y circunstancia todas las cosas, como quien no teme ser desmentido. Funda todas sus leyes y toda su república sobre las maravillas que ellos vieron. No eran estas menos que la naturaleza mudada de improviso en diversas ocasiones, por libertarles y por castigar a sus enemigos: el mar dividido en dos partes: la tierra entreabierta: un pan celestial: aguas abundantes sacadas de las peñas a un golpe de vara: el cielo, que le daba una señal visible para mostrarles su marcha, y otros milagros semejantes que vieron durar por cuarenta años.

No era el pueblo de Israel más inteligente ni más sutil que los otros pueblos que, habiéndose entregado a sus sentidos, no podían comprender un Dios invisible. Al contrario, era tosco y rebelde, tanto o más que cualquier otro. Pero este Dios invisible en su naturaleza, se hacia de tal modo sensible por sus continuos milagros, y Moisés los inculcaba con tanta fuerza, que en fin aquel pueblo carnal se dejó persuadir de la idea tan pura de un Dios que todo lo hacía por su palabra; de un Dios que no era sino espíritu, razón e inteligencia.

De este modo, en tanto que la idolatría, tan grandemente aumentada después de Abraham, cubría a toda la superficie de la tierra, sola la posteridad de este patriarca estaba exenta de tan gran mal. Sus enemigos les daban este testimonio; y los pueblos, donde la verdad de la tradición no estaba aun enteramente extinguida, exclamaban con asombro: *No se ve en Jacob ídolo alguno; no se ven presagios supersticiosos: no se ven divinaciones ni sortilegios: este es un pueblo que se fía en el Señor su Dios, cuyo poder es invencible.*

Para imprimir en los ánimos la unidad de Dios y la perfecta uniformidad que pedía en su culto, repite frecuentemente Moisés, que en la tierra prometida, este Dios único escogería un lugar en el cual sólo se harían las fiestas, los sacrificios y todo el servicio público. Entretanto que se esperaba este lugar deseado y que andaba el pueblo errante por el desierto, construyó Moisés el tabernáculo, templo portátil, donde los hijos de Israel presentaban sus votos al Dios que había hecho el cielo y la tierra, y que no se desdeñaba de viajar (digámoslo así) con ellos y de conducirlos.

Sobre este principio de religión; sobre este fundamento sagrado estaba fabricada toda la ley: ley santa, justa, benéfica, honesta, sabia, próvida y sencilla, que ligaba y unía íntimamente a la

sociedad de los hombres entre sí con la santa sociedad del hombre con Dios.

A estas santas instituciones junto ceremonias majestuosas, fiestas, que renovaban la memoria de los milagros con que había el pueblo de Israel sido libertado; y lo que ningún otro legislador había osado hacer, seguridades precisas de un buen suceso en todo mientras viviesen sujetos a la ley; y amenazas ciertas de que su desobediencia sería seguida de una manifiesta e inevitable venganza, así era preciso estar asegurado de Dios para dar este fundamento a sus leyes; y el suceso ha justificado muy bien que habló Moisés lo que dictaba Dios.

En cuanto a aquel gran número de observancias de que cargó a los hebreos, aunque para ahora nos pareciesen superfluas, eran entonces necesarias para separar el pueblo de Dios de los otros pueblos, y servían como de antemural contra la idolatría, para que no arrastrase a este pueblo escogido con todos los demás sumergidos infelizmente en la idolatría.

Para mantener la religión y todas las tradiciones del pueblo de Dios, es entre todas las tribus escogida una, a quien da Dios en el repartimiento con las décimas y las oblaciones, el cuidado de las cosas sagradas. El mismo Leví y sus hijos, son consagrados a Dios como la décima de todo el pueblo. En Leví Aarón es elegido para ser sumo pontífice, y se hace en su familia hereditario el sacerdocio.

Así los altares tienen sus ministros; la ley sus defensores particulares; y la continuación del pueblo se halla justificada por la sucesión de sus pontífices, que viene sin interrupción desde Aarón el primero de todos.

Pero lo mejor que había en esta ley, es que preparaba el camino a otra ley más augusta, menos cargada de ceremonias y más fecunda en virtudes.

Para tener Moisés al pueblo en la esperanza de esta ley, les confirma la venida de aquel gran Profeta, que descendería de Abraham ,de Isaac y de Jacob: *Dios*, dice, *os suscitará de en medio de vuestra nación, y del número de vuestros hermanos, un Profeta semejante a mí. Escuchadle.* Este profeta semejante a Moisés, legislador como él, ¿quién podía ser sino el Mesías, cuya doctrina había algún día de reglar y santificar a todo el universo?

Hasta él no había de verse en todo Israel profeta alguno semejante a Moisés, a quien Dios hablase cara a cara y que diese leyes a su pueblo. Por eso hasta los tiempos del Mesías, siempre y en todas las dificultades no se funda el pueblo sino en Moisés. Como Roma reverenciaba a las leyes de Rómulo, de Numa y de las doce tablas; como Atenas recurría a las de Solón; como Lacedemonia conservaba y respetaba a las de Licurgo, así el pueblo hebreo incesantemente alegaba las de Moisés. En cuanto a lo demás, había el legislador reglado tan bien en ellas todas las cosas, que jamás hubo necesidad de alterar nada. Por esto el cuerpo del derecho judaico no es una recopilación de diversas leyes, hechas en tiempos y en ocasiones distintas. Moisés iluminado del espíritu de Dios, todo lo había previsto. Ninguna ordenanza se ve de David, ni de Salomón, ni de Josafat, o de Ezequías, aunque todos muy celosos por la justicia. No necesitaban los buenos príncipes sino de hacer guardar la ley de Moisés; y así se, contentaban con recomendar la observancia a sus sucesores. Añadirla o disminuirla en un solo artículo, era un atentado que hubiera mirado con horror el pueblo. Cada momento se necesitaba de la ley; no sólo para arreglar las fiestas, los sacrificios y las ceremonias, sí también todas las demás acciones públicas y particulares: los juicios, los contratos, los matrimonios, las sucesiones, los funerales, aun hasta la forma de los vestidos y generalmente todo lo que mira a las costumbres. Ningún otro libro había en que se estudiasen los preceptos del vivir bien. Era necesario ojearle y meditarle noche y día, entresacar de él sentencias y tenerlas siempre presentes. En él era donde los niños aprendían a leer. La única regla de educación que estaba dada a sus padres, era enseñarles, imprimirles, hacerles observar esta santa ley, que podía por si sola hacerles sabios desde la infancia. Así debía estar entre las manos de todos. A más de la lectura continua que cada uno debía hacer de ella en particular, se hacia cada siete años, en el año solemne de la remisión y del reposo, una lectura pública y como una nueva publicación en la fiesta de los tabernáculos, en

que ocho días estaba congregado todo el pueblo. Hizo Moisés depositar junio al arca el original del Deuteronomio, que era un epítome de toda la ley. Pero temiendo que con el curso del tiempo fuese alterado por la malicia o negligencia de los hombres, a más de las copias que corrían entre el pueblo, se hacían ejemplares auténticos, que cuidadosamente revistos y guardados por los sacerdotes y por los levitas, tenían veces de originales. Los reyes (porque Moisés había bien previsto que aquel pueblo llegaría en fin a tener reyes como todos los demás); los reyes, digo, estaban obligados, por una ley expresa del Deuteronomio a recibir de mano de tos sacerdotes uno de aquellos ejemplares, tan religiosamente corregidos, a fin de copiarle y leerlo toda su vida. Los ejemplares así revistos por autoridad pública estaban en singular veneración en todo el pueblo, y eran mirados como inmediatamente salidos de las manos de Moisés, tan puros y enteros como Dios se los había dictado. Habiéndose hallado un antiguo volumen de esta severa y religiosa corrección en la casa del Señor, reinando Josías, que puede ser fuese el original mismo que había Moisés hecho poner junto al arca, excitó la piedad de aquel santo rey; y le dio ocasión de mover al pueblo a penitencia. Los grandes efectos que produjo en todos tiempos la lectura pública de esta ley son innumerables. En una palabra, era un libro perfecto, que estando unido por Moisés con la historia del pueblo de Dios, todo se lo enseñaba junto, su origen, su religión, su policía, sus costumbres, su filosofía, todo lo que sirve a reglar la vida; todo lo que une y forma la sociedad; los buenos y los malos ejemplos; la recompensa de los unos, y los rigurosos castigos que habían seguido a los otros.

Por esta admirable disciplina, un pueblo libertado, ya fuera del cautiverio y tenido cuarenta años en un desierto, llega todo formado a la tierra que ha de ocupar. Condúcele Moisés hasta la puerta; y advertido de su próximo fin, comete a Josué todo lo restante. Pero antes de morir compone aquel largo y admirable cántico que empieza por estas palabras: *Oh cielos, escuchad mi voz: dé la tierra oídos a las palabras de mi boca.* En este silencio de toda la naturaleza, habla luego al pueblo con una fuerza inimitable; y previendo sus infidelidades, le descubre el horror de ellas. Arrebátase de repente, como hallando todo discurso humano inferior a un motivo tan grande: refiere lo que Dios dice, y le hace hablar con tanta grandeza y tanta bondad, que no se sabe qué es lo que más inspira, si el temor y la confusión, o el amor y la confianza.

Aprendió todo el pueblo de memoria este divino cántico de orden de Dios y de Moisés. Después de esto murió contento este grande hombre, como quien no había perdonado ni omitido diligencia alguna para conservar entre los suyos la memoria de los beneficios y de los preceptos de Dios. Dejó a sus hijos entre sus ciudadanos sin distinción alguna y sin ningún establecimiento extraordinario ha sido admirado, no solo de su pueblo, sí también de todos los del mundo; y nunca legislador alguno ha tenido nombre tan grande entre los hombres.

Créese que escribió el libro de Job. Lo sublime de los pensamientos y la majestad del estilo hacen esta historia digna de Moisés. De temor que los hebreos se ensoberbeciesen, atribuyéndose a sí solos la gracia de Dios, era conveniente hacerles entender que este gran Dios tenía también sus escogidos en la estirpe de Esaú. ¿Qué doctrina había más importante? ¿Y qué recreación más útil podía dar Moisés al pueblo, afligido en el desierto, que el de la paciencia de Job, que dejado entre las manos de Satanás, para que le ejercitase con todo género de penas, se ve privado de sus bienes, de sus hijos y de todo consuelo sobre la tierra; inmediatamente después infecto de una horrible enfermedad, y agitado en lo interior de la tentación de la blasfemia y de la desesperación; que no obstante, permaneciendo firme, hace ver que una alma fiel, sostenida del socorro divino, en medio de las pruebas más espantosas, y a pesar de los más abominables pensamientos que el espíritu maligno pueda sugerir, sabe no solamente conservar una confianza invencible, sí también elevarse por sus propios trabajos a la más alta contemplación; y reconocer en las penas que sufre con la nada del hombre, el supremo imperio de Dios y su sabiduría infinita? Esto es lo que enseña el libro de Job. Y como lo pedía la condición de aquel tiempo, se ve la fe del santo varón coronada de prosperidades temporales; pero el pueblo de Dios aprende juntamente a conocer cual es la virtud de la tolerancia y a probar la gracia que había algún día de estar unida a la cruz.

Había la Moisés probado, cuando prefirió las penalidades y la ignominia que le era preciso padecer con su pueblo, en las delicias y en la abundancia de la casa del rey de Egipto. Desde entonces le hizo Dios probar los oprobios de Jesucristo. Aun más los probó en su precipitada fuga y en su destierro de cuarenta años. Pero entonces apuro basta el fondo el cáliz de Jesucristo, cuando escogido para salvar el pueblo, le fue forzoso tolerar continuas rebeliones con riesgo de su vida. Entonces aprendió lo que cuesta salvar a los hijos de Dios, e hizo ver desde lejos lo que una más alta liberación costaría algún día al Salvador del mundo.

Tampoco tuvo este grande hombre el consuelo de entrar en la tierra prometida: viola solamente desde la cumbre de un monte; y no se avergonzó de escribir que estaba excluido de ella por un pecado, que por leve que pareciese, mereció ser tan severamente castigado en un hombre cuya gracia era tan eminente. Fue Moisés ejemplo de los severos celos de Dios, y del juicio que ejerce con tan terrible exactitud en los que se hallan obligados de sus dones a una más perfecta fidelidad.

Pero un más alto misterio se nos muestra en la exclusión de Moisés. Este sabio legislador, que con tantas maravillas no hace sino conducir los hijos de Dios a la vecindad de su tierra, nos sirve él mismo de prueba de que su ley nada lleva a la perfección; y que sin poder darnos el cumplimiento de las promesas, nos las hace saludar desde lejos, o cuando más, nos conduce como a la puerta de nuestra heredad. Un Josué es, un Jesús es; que este era el verdadero nombre de Josué, quien por este nombre y por su oficio, representaba al Salvador del mundo: este es aquel hombre tan altamente elevado sobre Moisés en todo, y aun superior solo por el nombre; este es aquel, repito, que ha de introducir al pueblo en la Tierra Santa.

Por las victorias de este grande héroe, a cuya vista el Jordán retrocede su curso, los muros de Jericó caen por sí mismos y el sol se detiene en la mitad del cielo; Dios establece a sus hijos en la tierra de Canaán, de donde arroja por su medio pueblos abominables. Con el odio que infundía contra ellos a sus fieles, les inspiraba un extremo desvío de su impiedad: así quedaron al mismo tiempo llenos de temor a la justicia divina, de cuyos decretos eran ejecutores, por el castigo que contra los otros ejercitaba por su ministerio. Una parte de aquellos pueblos que echó Josué de su tierra, se estableció en el África, donde largo tiempo después se halló en una inscripción antigua el monumento de su fuga y de las victorias de Josué.

Después que estas milagrosas victorias pusieron a los israelitas en posesión de la mayor parte de la tierra prometida a sus padres, Josué y Eleázaro, sumo pontífice, con las cabezas de las doce tribus, les hicieron el repartimiento, según la ley de Moisés; y asignaron a la tribu de Judá la primera y mayor suerte. Habíase ésta desde el tiempo de Moisés engrandecido sobre las demás en número, en esfuerzo y en dignidad. Murió Josué, y el pueblo continuó la conquista de la Tierra Santa: quiso Dios que la tribu de Judá marchase a la frente, y declaró que le había entregado aquel país.

En efecto, ella deshizo a los cananeos y tomó a Jerusalén, que había de ser la ciudad santa y la capital del pueblo de Dios. Esta era la antigua Salem, donde había Melquisedec reinado en tiempo de Abraham: Melquisedec, aquel rey de justicia (que esto es lo que significa su nombre) y al mismo tiempo rey de paz, pues Salem significa paz, a quien había Abraham reconocido por el mayor pontífice que había en el mundo; como si desde entonces hubiese Jerusalén sido destinada a ser una ciudad santa y cabeza de la Religión. Fue desde luego dada esta ciudad a los hijos de Benjamín, que débiles y en pequeño número, no pudieron echar de ella a los jebuseos, antiguos habitadores del país, y se quedaron entre ellos. En tiempo de los Jueces es el pueblo de Dios diversamente tratado, según sus buenas o malas obras. Después de la muerte de los ancianos, que habían sido testigos de los milagros de la mano de Dios, se debilitó la memoria de aquellas grandes obras; y la universal propensión del género humano arrastró al pueblo a la idolatría. Cuantas veces cae en ella, es castigado; y libertado también, cuantas se arrepiente. La fe de la Providencia, y la verdad de las

promesas y de las amenazas hechas a Moisés, se confirma más y más en el corazón de los verdaderos fieles. Pero aun preparaba Dios mayores ejemplos de ellas. Pidió el pueblo un rey, y Dios le dio a Saúl, bien presto reprobado por sus pecados. Resolvió en fin establecer una familia real de donde saliese el Mesías, y la escogió en Judá. David, un joven pastor descendiente de esta tribu, el último de los hijos de Jessé, cuyo mérito ni su padre ni su familia conocían, pero Dios le halló a medida de su corazón, fue consagrado por Samuel en Belén su patria, para que ejerciese la real dignidad.

CAPÍTULO IV.
David, Salomón, los demás reyes y los profetas.

Aquí toma el pueblo una forma más augusta. Queda la corona asegurada en la casa de David. Esta casa empieza por dos reyes de condición,diversa, pero admirables ambos. David, belicoso y conquistador, sujeta a los enemigos del pueblo de Dios, cuyas armas hace temidas por todo el Oriente; y Salomón, famoso dentro y fuera de él por su sabiduría, hace feliz al pueblo con una paz profunda. Pero la continuación de la religión nos pide aquí algunas observaciones particulares sobre la vida de estos grandes reyes.

Desde luego reinó David en Judá, poderoso y vencedor; después fue reconocido por todo Israel. Tomó de los jebuseos la fortaleza de Sion, que era la ciudadela de Jerusalén. Dueño de esta ciudad, estableció allí de orden de Dios el trono de la majestad y la silla de la religión. Fue Sion su residencia: llenó de edificios su contorno, y la nombró la ciudad de David. Joab, hijo de su hermana, fabricó lo restante de ella, y tomó Jerusalén una nueva forma. Los de Judá ocuparon todo el país; y Benjamín, pequeño en número, quedó mezclado con ellos.

El arca de la alianza, fabricada por Moisés, en que Dios reposaba sobre los querubines y en que las dos tablas del Decálogo estaban guardadas, no tenía lugar fijo. Llevóla David en triunfo a Sion, cuya conquista había hecho con el socorro todopoderoso de Dios, a fin de que Dios reinase en Sion y fuese reconocido como el protector de David, de Jerusalén y de todo el reino. Pero el tabernáculo donde había el pueblo servido a Dios en el desierto, aun estaba en Gabaon, y allí era donde se ofrecían los sacrificios sobre el altar que había Moisés erigido. Era esto solo para entretanto que se esperaba hubiese un templo en que el altar fuese reunido con el Arca y en que se hiciese todo el servicio. Cuando hubo David deshecho a todos sus enemigos y dilatado las conquistas del pueblo de Dios hasta el Eufrates; pacífico y. victorioso, volvió todos sus pensamientos al establecimiento del culto divino; y sobre el mismo monte en que Abraham yendo a sacrificar a su hijo único fue detenido por la mano de un ángel, delineó de orden de Dios el lugar del templo.

Hizo todos los diseños; recogió los ricos y preciosos materiales; destinó a este fin los despojos de los pueblos y reyes vencidos. Pero este templo, que debía ser dispuesto por el conquistador, había de ser construido por el pacífico. Salomón lo fabricó según el modelo del tabernáculo. El altar de los holocaustos, el altar de los perfumes, el candelera de oro, las tablas de los panes de proposición, todos los demás muebles sagrados del templo, todos fueron formados según piezas semejantes que había hecho Moisés labrar en el desierto; y Salomón no añadió más que la magnificencia y la grandeza. El Arca que el hombre de Dios había construido, fue puesta en el Santo de los Santos: lugar inaccesible; símbolo de la impenetrable majestad de Dios, y del cielo, suspendido a los hombres hasta que Jesucristo les abriese la entrada con su preciosísima sangre. El día de la dedicación del templo, se dejó Dios ver allí en su majestad. Escogió este lugar para establecer en él su nombre y culto. Prohibióse el sacrificar fuera de él; y se mostró la unidad de Dios por la unidad de su templo. Jerusalén se hizo y vino a ser una ciudad santa, imagen de la Iglesía, donde Dios había de habitar como en su verdadero templo; y del cielo, donde nos hará

eternamente felices con la manifestación de su gloria.

Después de haber Salomón fabricado el templo, edificó también el palacio de los reyes, de una arquitectura digna de tan gran príncipe. Su casa de campo, que se llamó el Bosque del Líbano, era igualmente soberbia, magnífica y deliciosa. El palacio que levantó para la reina, fue un nuevo ornamento para Jerusalén. Todo era grande en aquellos edificios; los patios, los corredores, las salas, las galerías, el trono del rey, y el tribunal donde administraba justicia: e! cedro fue la única madera que empleó en estas obras. En todo resplandecían el oro y 1as piedras. Los ciudadanos y los extranjeros admiraban la majestad de los reyes de Israel. Lo demás correspondía a esta magnificencia; las villas inmediatas, los arsenales, los caballos, los carros, la guardia del príncipe. El comercio, la navegación y el buen orden, con una paz profunda, habían hecho a Jerusalén la más rica ciudad de todo el Oriente. El reino estaba tranquilo y abundante: todo representaba allí la gloria celestial. En los combates de David se veían los trabajos que eran necesarios para merecerla; y se experimentaba en el reinado de Salomón cuan apacible y sumamente precioso era el goce de ella.

En cuanto a lo demás, la elevación de estos dos grandes reyes y de la familia real fue efecto de una elección particular. El mismo David celebra la maravilla de ella con estas palabras: *Dios ha escogido los príncipes en la tribu de Judá. En la casa de Judá ha elegido la casa de mi padre. Entre los hijos de mi padre, ha sido de su agrado elegirme rey sobre todo su pueblo de Israel; y entre mis hijos (porque el Señor me ha dado muchos) ha escogido a Salomón, pura que se siente en el trono del Señor y reine en Israel.*

Tenía esta divina elección un objeto más alto que el que desde luego se descubre. El Mesías tantas veces prometido, como hijo de Abraham, había también de ser hijo de David y de todos los reyes de Judá. En atención al Mesías y a su reino eterno fue el haber Dios prometido a David, que su trono eternamente subsistiría: Salomón escogido para sucederle, estaba destinado a representar la persona del Mesías. Por eso Dios dice de él: *Yo seré su Padre, y él será mi Hijo*. Cosa que no dijo jamás con esta fuerza, de rey ni de hombre alguno.

En tiempo de David también, y en el de los reyes sus hijos, el misterio del Mesías se manifiesta más que nunca con profecías magníficas y más claras que el sol.

Violo David desde lejos, y lo cantó en sus Salmos con un esplendor que jamás tendrá igual. Muchas veces pensaba solamente en celebrar la gloria de Salomón su hijo, y de repente arrebatado de sí mismo y trasportado a mucho mayor altura, vio a aquel, que es más que Salomón en gloria, así como en sabiduría. Apareciósele el Mesías sentado sobre un trono más permanente que el sol y que la luna. Vio a sus pies todas las naciones vencidas, y juntamente benditas en él, según la promesa hecha a Abraham. Remontó más la vista: viole en los resplandores de los santos, y antes de la aurora, saliendo eternamente del seno de su Padre, pontífice eterno, y sin sucesor: no pudiendo tenerle persona criada extraordinariamente, no según el orden de Aarón, sino según el orden de Melquisedec, orden nuevo, no conocido de la ley. Viole sentado a la diestra de Dios, mirando desde lo más alto de los cielos a sus enemigos abatidos. Queda atónito de tan grande espectáculo; y absorto de la gloria de su Hijo, le llama su Señor.

Vio que era Dios, a quien Dios había ungido, para hacerle reinar sobre toda la tierra por su mansedumbre, por su verdad y por su justicia. Asistió en espíritu al consejo de Dios, y oyó de la propia boca del Eterno Padre esta palabra que dirige a su Hijo único: *Yo te he engendrado el día de hoy*, a que junta Dios la promesa de un imperio perpetuo, *que se extenderá sobre todos los gentiles, y no tendrá otros limites que los del mundo. Los pueblos murmuran en vano: los reyes y los príncipes hacen conspiraciones inútiles.* El Señor desde lo más alto de los cielos se ríe de sus insensatos proyectos y establece a su pesar el imperio de Jesucristo. Establécele sobre ellos mismos; y es preciso que sean los primeros súbditos de este Cristo, cuyo yugo querían sacudir. Pero aunque, el reino de este gran Mesías esté frecuentemente profetizado en las Escrituras bajo de ideas magníficas, no encubrió Dios a David las ignominias de este bendito fruto de sus entrañas. Era esta

instrucción necesaria al pueblo de Dios. Porque si este pueblo todavía débil de espíritu, necesitaba de ser atraído con promesas temporales; era por lo mismo preciso no dejarle mirar las grandezas humanas como su felicidad suma y como su única recompensa. Por eso Dios muestra desde lejos este Mesías tan prometido y tan deseado, el modelo de la perfección y el objeto de sus complacencias, sumergido en el dolor. Aparecésele la cruz a David como el trono verdadero de este nuevo Rey. Ve sus manos y sus pies traspasados, todos sus huesos que podían contársele, por el peso de su cuerpo, violentamente suspendido: sus vestidos repartidos; su túnica sorteada; su lengua abrevada con hiel y vinagre; sus enemigos blasfemando al rededor de él y saciándose de su sangre. Pero ve al mismo tiempo las gloriosas consecuencias de sus humillaciones. Todos los pueblos de la tierra acordarse de su Dios, olvidado en tantos siglos, los pobres venir los primeros a la mesa del Mesías, y después los ricos y los poderosos; todos a adorarle y bendecirle; presidiendo él en la grande y numerosa Iglesia, esto es, en la congregación de las naciones convertidas; *y anunciando en ella a sus hermanos el nombre de Dios*, y sus verdades eternas. Al ver David estas cosas conoció que el reino de su Hijo no era de este mundo: y no se maravilla; porque no ignora que el mundo pasa; y un príncipe tan humilde siempre sobre el trono, bien sabía que no era el trono una felicidad en que debiesen terminarse sus esperanzas.

Los demás profetas no vieron menos el misterio del Mesías. No hay cosa grande, ni gloriosa, que no hayan dicho de su reinado. El uno ve a Belén *la más pequeña villa de Judá*, ilustrada por su nacimiento; y al mismo tiempo más altamente elevado, ve otro nacimiento, por el cual sale *ab eterno* del seno de su Padre: el otro ve la virginidad de su Madre; un *Emmanuel, un Dios con nosotros*, salir de aquel seno virginal, y un hijo admirable a quien llama Dios. Éste le ve entrar en su templo: aquel le ve glorioso en su sepulcro, en que la muerte ha sido vencida. Pero al publicar sus magnificencias, no callan sus oprobios. Hanle visto vendido a su pueblo: han sabido el número y el empleo de las treinta monedas de plata, en que fue comprado. Al mismo tiempo que le han visto grande y elevado le han visto despreciado, y desconocido en medio de los hombres: el asombro del mundo, tanto por su bajeza, como por su altura: el último de los hombres; el varón de dolores; cargado de todos nuestros pecados; bienhechor, y desconocido; desfigurado por sus llagas, y sanando con ellas las nuestras; tratado como un delincuente; llevado al suplicio con malhechores; y entregándose como un cordero inocente, pacíficamente, a la muerte: nacer de él una larga posteridad por este medio; y desplomada la venganza sobre su pueblo incrédulo. Y a fin de que nada faltase a la profecía, contaron los años hasta su venida; de modo, que si no es queriendo estar ciego, nadie puede dejar ya de conocerle, reconocerle y confesarle.

No solamente los profetas veían a Jesucristo, si que también eran su figura y representaban sus misterios, principalmente el de la cruz. Casi todos padecieron persecución por la justicia; y nos figuraron en sus penas la inocencia y la verdad perseguida en nuestro Señor. Se ve a Elías y Eliseo siempre amenazados. ¿Cuántas veces fue Isaías la risa del pueblo y de los reyes, que, como trae la tradición constante de los judíos, en fin le sacrificaron a sus furores? Zacarías, hijo de Joíada, es apedreado: Ezequiel siempre aparece entre aflicciones: los males de Jeremías son continuos e inexplicables. Daniel se ve dos veces en medio de los leones. Todos fueron impugnados y maltratados; y todos nos han hecho ver con su ejemplo, que si la flaqueza del antiguo pueblo necesitaba en lo general de ser sostenida con bendiciones temporales; no obstante, los fuertes de Israel y los hombres de una santidad extraordinaria, se alimentaban del pan de la aflicción, y bebían anticipadamente, para santificarse, en el cáliz preparado al Hijo de Dios: cáliz tanto más lleno de amargura, cuanto la persona de Jesucristo era más santa.

Pero lo que vieron más claramente los profetas, y lo que también declararon con términos más magníficos, es la bendición difundida por el Mesías sobre los gentiles: Este renuevo de Jessé y de David se apareció al profeta Isaías, como una señal dada de Dios a los pueblos y a los gentiles, a fin de que le invocasen. El varón de dolor, cuyas llagas habían de ser nuestra medicina, estaba escogido para lavar a los gentiles con un santo rocío, que se reconoce en su sangre y en el bautismo. Los

reyes ocupados del respeto en su presencia, no osan despegar sus labios a su vista. Los que jamás han oído hablar de él, le ven, y los que no le han conocido, son llamados para contemplarle. Éste es el testigo dado a los pueblos, esta es la Cabeza y el Maestro de los gentiles. Debajo de él un pueblo no conocido, se juntará al pueblo de Dios, y los gentiles acudirán a él de todas partes. Éste es el Justo de Sion, que se elevará como una luz; este es su Salvador, que estará encendido como una antorcha. Los gentiles verán a este Justo; y todos los reyes conocerán a este Hombre tan celebrado en las profecías de Sion.

Aun está aquí mejor descrito, y con unas señas particulares. Un hombre de una mansedumbre admirable, singularmente escogido de Dios y el objeto de sus complacencias, declara a los gentiles el juicio de ellos; las Islas esperan sw ley: que así llaman los hebreos a la Europa y los países distantes. No hará rumor alguno: apenas se oirá su voz; tan dulce será y apacible. No pisará una caña quebrada, ni apagará una mínima parte de lienzo quemado que humee. Tan lejos estará de oprimir a los débiles y pecadores, que antes bien, su voz caritativa les llamará y su mano benéfica será su apoyo. Abrirá los ojos a los ciegos y sacará de la prisión los cautivos. Su poder no será menor que su bondad. Es su carácter esencial el tener junta la dulzura con la eficacia: por eso aquella voz tan dulce pasará en un momento de un extremo del mundo al otro; y sin causar sedición alguna entre los hombres, excitará a toda la tierra. No es áspero ni impetuoso; y aquel que apenas era conocido cuando estaba en la Judea, no solo será el fundamento de la alianza del pueblo, sí también la luz de todos los gentiles En su reinado admirable los asirios y los egipcios ya no formarán con los israelitas, sino un mismo pueblo de Dios. Todo se vuelve Israel: todo se vuelve santo. Ya no es Jerusalén una ciudad particular: es la imagen de una nueva congregación, en que todos los pueblos se juntan: la Europa, el África y el Asia reciben predicadores, en que Dios ha puesto su señal, a fin de que descubran su gloria a los gentiles. Los elegidos, llamados hasta entonces con el nombre de Israel, tendrán otro nombre, en que estará señalado el cumplimiento de las promesas y un amen bienaventurado. Los sacerdotes y los levitas, que descendían hasta entonces de Aarón, saldrán en adelante de entre la gentilidad. Un nuevo sacrificio más puro y agradable que los antiguos, será sustituido en su lugar6; y se sabrá por qué David había celebrado un pontífice de un nuevo orden. El Justo descenderá del cielo como un rocío, la tierra producirá su pimpollo, y éste será el Salvador, con el cual se verá nacer la justicia. El cielo y la tierra se unirán para producir, como de un común parto, a aquel que será celestial y juntamente terrestre: descubriránse al punto nuevos modelos de virtudes en sus ejemplos y en su doctrina; y la gracia que derramará, las imprimirá en los corazones, y Dios jura por sí mismo, que no habrá rodilla que en su presencia no se doble, ni lengua que su poder supremo no reconozca.

Esta es una parte de las maravillas que Dios ha mostrado a los profetas en tiempo de los Reyes, hijos de David, y a David antes que a los demás. Todos anticipadamente han escrito la historia del Hijo de Dios, que había también de ser hijo de Abraham y de David. Así todo ha sido consiguiente en el orden de los consejos de Dios. Aquel Mesías mostrado desde lejos como hijo de Abraham, ha sido después mostrado desde más cerca como hijo de David. Un imperio eterno le está prometido: el conocimiento de Dios, difundido por todo el universo, está notado como la señal cierta y como el fruto de su venida: la conversión de los gentiles y la bendición de todos los pueblos del mundo, prometida tanto tiempo antes a Abraham, a Isaac y a Jacob, es nuevamente confirmada, y todo el pueblo de Dios vive en esta esperanza.

Entretanto continúa Dios en gobernarle de un modo admirable. Hace un nuevo pacto con David, y se obliga a proteger a él y a los reyes, sus descendientes, si se arreglaren a los preceptos que Moisés les hadado; y si no, les anuncia rigurosos castigos. David, que se olvida por poco tiempo, es el primero que los prueba, pero habiendo reparado su culpa con su penitencia, es colmado de bienes y propuesto como modelo de un rey perfecto. El trono se afirma en su casa. En tanto que Salomón su hijo imita su piedad, es dichoso: descamínase en la vejez; y Dios, que le sufre por su siervo David, le anuncia que le castigará en la persona de su hijo. Así manifiesta a los padres,

que. según el orden secreto de sus juicios, hace durar después de su muerte, o sus recompensas, o sus castigos; y los tiene sujetos a sus leyes por su más apreciado interés, que es el interés de su familia. En ejecución de sus decretos, Roboan, naturalmente temerario, es abandonado a un consejo insensato; y su reino queda disminuido de diez tribus. Pero al paso que éstas rebeldes y cismáticas se apartan de su Dios y de su rey, los hijos de Judá, fieles a Dios y a David su escogido, permanecen en la alianza y en la fe de Abraham. Los levitas se les juntan con Benjamín: subsiste por su unión el reino del pueblo de Dios, bajo el nombre del reino de Judá, y se mantiene allí enteramente la ley de Moisés. Sin embargo de las idolatrías y de la espantosa corrupción de las diez tribus separadas, se acuerda Dios de su alianza con Abraham, Isaac y Jacob. No se extingue su ley entre aquellos rebeldes, ni cesa él de llamarles a penitencia con milagros innumerables, y continuas advertencias que por sus profetas les envía; pero obstinados en su delito, no puede ya sufrirles y les arroja de la tierra prometida sin esperanza de restablecimiento.

Con todo eso, la historia de Tobías, sucedida en aquel mismo tiempo y en los principios del cautiverio de los israelitas, nos hace ver la conducta de los escogidos de Dios que en las diez tribus separadas quedaron. Residiendo este santo varón entre ellas antes del cautiverio, no solo supo conservarse puro de las idolatrías de sus hermanos, sí también practicar la ley y adorar públicamente a Dios en el templo de Jerusalén, sin que el mal ejemplo ni el temor se lo impidiesen. Cautivo y perseguido en Nínive, persistió en la piedad con su familias; y la manera admirable de que su fe y la de su hijo fueron recompensadas, aun en la tierra, maestra que sin embargo del cautiverio y de la persecución, tenía Dios medios secretos de hacer alcanzar a sus siervos las bendiciones de fe ley; pero siempre elevándolos por los males que habían de sufrir a más sublimes pensamientos. Por los ejemplos de Tobías y por sus santos consejos eran excitados los israelitas a reconocer, a lo menos por el azote, la mano de Dios que les castigaba; pero casi todos permanecían en su obstinación. Los de Judá, en vez de escarmentar con los castigos de Israel, imitan sus malos ejemplos. Dios no deja de advertirles por los profetas que sucesivamente les envía, desvelándose por la noche, y madrugando por la mañana, como él mismo dice, para expresar su paternal cuidado. Desechados ya por su ingratitud, se irrita contra ellos, y les amenaza con tratarles como a sus hermanos rebeldes.

CAPÍTULO V.
La vida y el ministerio profético: los juicios de Dios declarados por los profetas.

No hay cosa más notable en la historia del pueblo de Dios, que este ministerio de los profetas. Vénse hombres separados de lo restante del pueblo por una vida retirada y por un traje particular. Tienen habitaciones en que se les ve vivir en una especie de comunidad bajo un superior que Dios les ordena. Su vida pobre y penitente era figura de la mortificación que se anunciaría bajo del Evangelio. Comunicábase Dios con ellos de un modo particular, y hacia brillar a los ojos del pueblo esta maravillosa correspondencia; pero jamás resplandeció con tanta fuerza como durante los tiempos de mayor relajación en que parecía que la idolatría estuviese ya para borrar la ley de Dios. En estas infelices ocasiones hacían los profetas resonar por todas partes, así a viva voz como por escrito, las amenazas de Dios y el testimonio que daban de su verdad. Los escritos que hacían, andaban entre las manos de todo el pueblo y eran cuidadosamente guardados. Los que perseveraban fieles a Dios, se unían con ellos: y así vemos también que en Israel, donde la idolatría reinaba, los fieles que allí había, celebraban con los profetas el sábado y las fiestas establecidas por la ley de Moisés. Ellos eran los que esforzaban a los buenos a persistir firmes en la alianza. Muchos padecieron la muerte; y se vio a su ejemplo en los peores tiempos, quiero decir, en el reinado de Manasés, una infinidad de fieles que vertieron su sangre por la verdad; de modo, que no hubo momento en que le faltase testimonio.

Así la congregación del pueblo de Dios siempre subsistía: los profetas vivían en ella: un gran

número de fieles perseveraba altamente en la ley de Dios, con ellos y con los sacerdotes, hijos de Sadoc, que, como dice Ezequiel, en los tiempos en que andaban los hijos de Israel descaminados, habían siempre observado las ceremonias del santuario.

Con todo eso, a pesar de los profetas y a pesar de los sacerdotes fieles, y del pueblo, unido con ellos en la observancia de la ley; la idolatría, que había arruinado a Israel, arrastraba también en Judá frecuentemente, así a los príncipes como a lo más del pueblo. Aunque los reyes olvidasen al Dios de sus padres, sufrió largo tiempo sus iniquidades por su siervo David. Siempre David está presente a sus ojos. Cuando los reyes, hijos de David, siguen los buenos ejemplos de su padre, hace Dios milagros asombrosos en favor suyo; pero cuando degeneran, sienten la fuerza invencible de su mano que sobre ellos se sienta. Los reyes de Egipto, los reyes de Siria, y sobre todo los de Asiria y de Babilonia, sirven de instrumento a la venganza. La impiedad se aumenta; y Dios suscita en Oriente un rey más soberbio y formidable que los que hasta entonces se habían visto: este es Nabucodonosor rey de Babilonia, el más terrible de los conquistadores. Muéstrale desde lejos a los pueblos y a los reyes, como el vengador destinado a castigarles. Acércase, y delante de él marcha el terror. Toma por primera vez a Jerusalén, y trasporta a Babilonia una parte de sus habitadores. Ni estos ni los que quedan en el país, aunque advertidos los unos por Jeremías y los otros por Ezequiel, hacen penitencia. Prefieren a estos santos profetas otros que les predicaban ilusiones, y les lisonjeaban en sus delitos. Vuelve el vengador a Judea, y el yugo de Jerusalén se agrava; pero no queda enteramente destruida. En fin, la iniquidad llega a lo sumo: la soberbia crece con la flaqueza; y Nabucodonosor lo reduce todo a ceniza.

No reserva Dios su santuario. Aquel célebre hermoso templo, ornamento del mundo, que había de eternizarse si los hijos de Israel hubiesen perseverado en la piedad, fue consumido por el fuego de los asirios. En vano decían los judíos sin cesar: El templo de Dios, el templo de Dios, el templo de Dios está entre nosotros. Había Dios resuelto hacerles entender, que no tenía su voluntad fijada en un edificio de piedra, sí que principalmente quería hallar corazones fieles, que son los verdaderos y vivos templos en que habita de asiento. Así destruyó el templo de Jerusalén y dio sus tesoros al pillaje; tantos ricos vasos consagrados por reyes piadosos fueron abandonados a un rey impío.

Pero la caída del pueblo de Dios había de ser la instrucción de todo el universo. En la persona de aquel rey impío y juntamente victorioso, vemos claramente lo que son los conquistadores. No son estos por lo común sino instrumentos de la divina venganza. Dios ejerce por su medio su justicia, empleándoles a la administración de la misma como tales instrumentos de su justa ira, y después la ejecuta sobre ellos mismos. Armado Nabucodonosor del poder divino y hecho invencible por este ministerio, castiga a todos los enemigos del pueblo de Dios. Destruye a los idumeos, a los ammonitas y los moabitas; abale a los reyes de Siria; el Egipto, bajo cuyo poder había tantas veces gemido la Judea, es despojo de este soberbio vencedor y queda su tributario: no es menos fatal su potencia a la Judea misma, que no sabe aprovecharse de las esperas que Dios le da. Todo cae; todo es abatido por la justicia divina, cuyo ministro es Nabucodonosor: él caerá a su tiempo; y Dios, que para castigar a sus hijos y abatir a sus enemigos emplea la mano de este príncipe, le deja reservado a so propia mano omnipotente.

CAPÍTULO VI.
Juicios de Dios sobre Nabucodonosor, sobre los reyes sus sucesores y contra todo el imperio de Babilonia.

No quiso el Señor que ignorasen sus hijos la suerte de aquel rey que les castigaba, y del imperio de los caldeos, cuyos cautivos habían de ser. Así, temiendo que fuesen sorprendidos de la falsa gloria de los impíos y de su soberbio reinado, les anunciaban los profetas su corta duración.

Isaías, que viola gloria de Nabucodonosor y su insensata altivez mucho tiempo antes de su nacimiento, profetizó su repentina caída y la de su imperio. Casi nada era Babilonia, cuando vio aquel profeta su potencia y poco después su ruina. Así las revoluciones de las ciudades y de los imperios, que atormentaban al pueblo de Dios, o se utilizaban de su perdición, estaban escritas en sus profecías. Eran estos oráculos seguidos de una pronta ejecución; y los judíos tan ásperamente castigados, vieron caer, o antes, o con ellos, o poco después, según las predicciones de sus profetas, no solamente a Samaria, Idumea, Gaza, Ascalón, Damasco, las ciudades de los ammonitas, y de los moabitas, sus perpetuos enemigos, sí también las capitales de los grandes imperios, Tiro, la señora del mar, Tanis, Memfis, Tebas, la de las cien puertas, con todas las riquezas de su Sesostris, la misma Nínive, sillada los reyes de Asiria sus perseguidores, la soberbia Babilonia, vencedora de todas las demás y enriquecida de sus despojos.

Es verdad que Jerusalén pereció al mismo tiempo por sus pecados; pero no la dejó Dios sin esperanza. Isaías, que profetizó su ruina, había también visto su glorioso restablecimiento, y nombrádole a Ciro su libertador, doscientos años antes que naciese. Jeremías, cuyas profecías habían sido tan individuales, para advertir a aquel pueblo ingrato de su cierta ruina, le había prometido su vuelta después de setenta años de cautiverio Duraute este término era aquel abatido pueblo respetado en sus profetas: aquellos cautivos pronunciaban a los reyes y a los pueblos sus terribles destinos. Nabucodonosor, el cual quería hacerse adorar, adora él mismo a Daniel, atónito de los secretos divinos que le descubría: sabe de él su sentencia, y ve luego la ejecución 3. Triunfaba este príncipe victorioso en Babilonia, a la cual hizo la mayor, la más fuerte y la más hermosa ciudad que jamás el sol hubiese visto. Este punto esperaba Dios para aniquilar su soberbia. Feliz e invulnerable, para decirlo así, a la frente de sus ejércitos y durante todo el curso de sus conquistas, había de perecer en su casa, según el oráculo de Ezcquiel. Cuando admirando su grandeza y la hermosura de Babilonia, se quiere hacer masque humano, descarga Dios el golpe, le degrada de racional y le pone entre los brutos Vuelve en sí al tiempo señalado por Daniel9, y reconoce a Dios del cielo, cuyo poder había probado; pero sus sucesores no escarmentaron con su ejemplo. Túrbanse las cosas de Babilonia; y el tiempo señalado por los profetas para el restablecimiento de Judá, llega entre estas alteraciones. Aparece Ciro a la frente de los medos y de los persas: todo cede a este formidable conquistador. Avánzase lentamente hacia los caldeos con una marcha frecuentemente interrumpida. Vienen las noticias de tarde en tarde, como había profetizado Jeremías: determinase en fin: Babilonia frecuentemente amenazada por los profetas, y siempre soberbia e impenitente, ve llegar su vencedor y le desprecia. Sus riquezas, sus altos muros, su pueblo innumerable, su prodigioso recinto, que comprendía un gran país, como lo testifican todos los antiguos, y sus provisiones infinitas, la llenan de vanidad. Asediada largo tiempo sin sentir incomodidad alguna, se ríe de sus enemigos, y de los fosos que al rededor de ella cavaba Ciro: no se habla allí sino de bailes y regocijos. Su rey Baltasar, nieto de Nabucodonosor, tan soberbio como él, pero no tan hábil, hace una solemne fiesta a todos los señores. Celébrase con excesos inauditos esta función. Baltasar hace llevar los sagrados vasos, robados del templo de Jerusalén, y mezcla la profanación con el lujo: el enojo de Dios se declara: una mano celestial escribe palabras terribles sobre la pared del salón regio en que se hacía el baile. Daniel interpreta el sentido de aquellas tremendas palabras; y este profeta, que había predicho la caída funesta del abuelo, hace también ver al nieto el rayo que se despide para consumirle. En ejecución de este divino decreto abre Ciro de improviso una entrada en Babilonia. Divertido el Eufrates en los fosos que preparaba tanto tiempo había, le descubre su inmenso lecho y entra por este paso inopinado. Así quedó por la justicia divina hecha despojo de los medos, de los persas, de Ciro, como habían dicho los profetas, aquella soberbia Babilonia. Así pereció con ella el reino de los caldeos, que había destruido a tantos otros reinos; y el martillo que había quebrantado todo el universo, fue también roto. Bien lo había profetizado Jeremías. El Señor rompió la vara con que había golpeado a tantas naciones. Isaías lo había previsto Los pueblos acostumbrados al yugo de los reyes caldeos, les miran también a ellos bajo del yugo: Ahí estáis, les dijeron, heridos como nosotros: nuestros semejantes os habeis vuelto:

vosotros, que decíais en vuestro corazón: Yo elevaré mi trono sobre las estrellas, y yo seré semejante al Altísimo. Esto es lo que había el mismo Isaías pronunciado: Cae, cae, como lo había dicho el profeta, esta gran Babilonia, y sus ídolos son rotos. Bel es derribado, y Nabon, su gran dios, de quien los reyes tomaban su nombre, cae a tierra: porque los persas, sus enemigos, que adoraban al sol, no sufrían ídolos ni reyes a quienes se diese el culto de deidades. Pero ¿cómo pereció aquella Babilonia? Como lo habían declarado los profetas. Sus aguas fueron desecadas, como Jeremías había profetizado, para dar paso a su vencedor: embriagada, adormecida, vendida por su propia alegría, según el mismo profeta, se halló en poder de sus enemigos, y presa como en un lazo, sin saberlo. Todos sus habitadores son pasados a filo de espada; porque los medos sus vencedores, como había dicho Isaías, no buscaban el oro ni la plata, sino la venganza, y saciar su odio con la ruina de un pueblo cruel al cual hacia su soberbia enemigo de todos los pueblos del mundo. Venían los correos uno sobre otro a anunciar al rey que el enemigo entraba en la ciudad. Así lo había Jeremías prevenido. Sus astrólogos, en quienes ella creía y que le prometían un imperio eterno, no la pudieron salvar de su vencedor. Isaías y Jeremías son los que de común acuerdo se lo anuncian,. En aquel espantoso estrago, los judíos, muy anticipadamente advertidos, se escaparon solos de la espada del vencedor !. Hecho Ciro con esta conquista dueño de todo el Oriente, reconoce en aquel pueblo, tantas veces vencido, una inexplicable cualidad de divino. Absorto de los oráculos que habían profetizado sus victorias, confiesa que debe su imperio al Dios del cielo, a quien los judíos servían; y señala el primer año de su reinado para el restablecimiento de su templo y su pueblo.

CAPÍTULO VII.
Diversidad de los juicios de Dios: juicio de rigor contra Babilonia, y juicio de misericordia sobre Jerusalén.

¿Quién no se admirará aquí de la Providencia divina, tan evidentemente declarada sobre los judíos y sobre los caldeos, sobre Jerusalén y sobre Babilonia? Dios quiere castigar a entrambas; y para que no se ignore que él solo es quien lo hace, se digna declararlo por tantas profecías. Jerusalén y Babilonia, ambas amenazadas a un mismo tiempo y por unos mismos profetas, caen sucesivamente al tiempo señalado. Pero Dios descubre aquí el grande arcano de los dos castigos de que se sirve: un castigo riguroso sobre los caldeos: un castigo paternal sobre los judíos, que son sus hijos. La soberbia de los caldeos (que este era el genio de la nación y el espíritu de todo el imperio) queda para siempre abatida. El pueblo ha caído, y no volverá a levantarse, decía el profeta Jeremías; y antes que él Isaías: Babilonia la gloriosa, cuyos caldeos insolentes se ensoberbecían, ha quedado semejante a Sodoma y Gomorra, a quien Dios no ha dejado remedio alguno. No ha sucedido así a los judíos. Dios les ha castigado, como a hijos desobedientes que reduce a su obligación con el castigo; y movido después de sus lágrimas, olvida sus culpas. Nada temas, Jacob, dice el Señor, porque yo estoy contigo: yo te castigaré con justicia, y no te perdonaré, como si estuvieses inocente; pero no te destruiré como a las naciones entre quienes te he esparcido. Así Babilonia, quitada para siempre a los caldeos, es entregada a otro pueblo; y Jerusalén, restablecida por una mudanza maravillosa, ve volver sus hijos de todas partes.

CAPÍTULO VIII.
Regreso del pueblo en tiempo de Zorobabel, Esdrás y Nehemías.

Zorobabel de la tribu de Judá y de la sangre de los reyes, fue quien los restituyó del cautiverio. Los de Judá vuelven a tropas y llenan todo el país. Las diez tribus dispersas, se pierden entre los gentiles, fuera de aquellos que con el nombre de Judá y reunidos bajo de sus estandartes, vuelven a entrar en la tierra de sus padres.

Entretanto, el altar nuevamente se erige, el templo se reedifica y los muros de Jerusalén vuelven a levantarse. Los celos de los pueblos vecinos son reprimidos por los reyes de Persia, hechos protectores del pueblo de Dios. El pontífice se restituye a su ejercicio con todos los sacerdotes que probaron su descendencia por los registros públicos, y quedaron excluidos los demás. Esdrás, sacerdote y doctor de la ley, y Nehemías gobernador, reforman todos los abusos que había introducido el cautiverio, y hacen guardar la ley tan pura como era. El pueblo llora con ellos las transgresiones que les habían causado aquellos grandes castigos, y reconoce que Moisés los había profetizado. Leen todos juntos en los santos libros las amenazas del hombre de Dios: reconocen su exacto cumplimiento: el oráculo de Jeremías, y la vuelta tan prometida después de setenta años de cautiverio les pasma y les consuela al mismo tiempo, adoran los terribles juicios de Dios, y reconciliados con él, viven en paz.

CAPÍTULO IX.
Dispuesto y pronto Dios a hacer cesasen las profecías, derrama luego oportunamente sus luces con más abundancia que jamás. Y cómo todo lo hace a su tiempo.

Había el Señor escogido aquel tiempo para hacer cesar los caminos extraordinarios; esto es, las profecías en su pueblo, desde entonces bastantemente instruido. Faltaban cerca de quinientos años hasta los días del Mesías. Quiso Dios que por la majestad de su Hijo callasen los profetas todo este tiempo, para tener a su pueblo en la expectación del que había de ser el cumplimiento de todos sus misteriosos oráculos.

Pero hacia el fin de los tiempos en que había Dios resuelto poner término a las profecías, parecía que quisiese difundir abundantísimamente todas sus luces y descubrir todos los consejos de su providencia: tanta fue la claridad con que expresó los secretos de los tiempos futuros.

Durante el cautiverio, y principalmente hacia los tiempos en que estaba para terminarse; Daniel, venerado por su piedad hasta de los reyes infieles, y empleado por su prudencia en las materias más graves de su estado vio por orden en diversas veces y bajo de figuras diferentes, cuatro monarquías, bajo de las cuales habían de vivir los israelitas Denótalas por sus propias señas. Se mira, y admira pasar como un torrente el imperio de un rey de los griegos: este era el de Alejandro. Por su raída se ve con pasmo levantarse otro imperio, menor que el suyo y enflaquecido por sus divisiones: este era el de sus sucesores, entre los cuales hay cuatro, Antípatro, Seleuco, Ptolomeo y Antígono, visiblemente señalados en la profecía. Es constante por la historia, que fueron estos más poderosos que los otros, y los únicos cuyo poder pasase a sus hijos. Se registran sus guerras, sus celos y sus engañosas alianzas: la aspereza y la ambición de los reyes de Siria; la soberbia y las demás señas que denotan a Antíoco el Ilustre, implacable enemigo del pneblo de Dios: la brevedad de su reinado, y el pronto castigo de sus excesos. Por último se ve nacer hacia el fin, y como en el seno de estas monarquías, el reinado del Hijo del hombre. Ya conoce V. A. por este nombre a Jesucristo; pero este reinado del Hijo del hombre también se llama el reinado de los santos del Altísimo. Todos los pueblos están sujetos a este grande y pacífico reino: la eternidad le está prometida; y ha de ser el único, cuyo poder no pasará a otro imperio.

Cuando vendría este Hijo del hombre y este Cristo tan deseado; y como cumplirá la obra que le está cometida, que es la redención del género humano, Dios lo descubre manifiestamente a Daniel. Ocupado todo su espíritu del cautiverio de su pueblo en Babilonia, y de los setenta años a que Dios había querido limitarle; en lo más ardiente de sus ruegos por la liberación de sus hermanos, es de repente elevado a más altos misterios. Ve otro número de años y otra liberación mucho más importante. En vez de los setenta años profetizados por Jeremías, mira setenta semanas, que con el curso del tiempo empezarían desde el decreto de Artajerjes, dado el año vigésimo de su reinado, para reedificar la ciudad de Jerusalén. Así está en términos precisos señalada, hacia el fin

de aquellas semanas, la remisión de los pecados, el reinado eterno de la justicia, el entero cumplimiento de las profecías y la unción del Santo de los santos. Cristo ha de ejercer su cargo, y dejarse ver como conductor del pueblo, después de sesenta y nueve semanas. Después de sesenta y nueve semanas (que el profeta también lo repite) se hará morir al Cristo: de muerte violenta ha de morir: es preciso que sea sacrificado para cumplir los misterios. Una semana está entre las otras notada, y es la postrera de las setenta: esta es aquella en que Cristo será sacrificado, en que será la alianza confirmada, y en cuya mitad la hostia y los sacrificios serán cancelados, sin duda por la muerte de Cristo; porque en consecuencia de ella se halla expresada esta mudanza. Después de la muerte de Cristo y de la extinción de tos sacrificios, solamente se ve horror y confusión: se ve la ruina de la santa ciudad y del santuario: un pueblo y un capitán que vienen a destruirlo todo: la abominación en el templo: la última irremediable desolacion6 del pueblo, ingrato a su Salvador.

Ya hemos visto que estas semanas reducidas a semanas de años, según el estilo de la Escritura, suman cuatrocientos y noventa años, y nos conducen precisamente desde el vigésimo de Artajerjes a la postrera semana; semana llena de misterios, en que Jesucristo sacrificado da fin por su muerte a los sacrificios de la ley y cumplimiento a sus figuras. Hacen los doctos diversos cómputos por ajustar puntualmente este tiempo; pero no tiene dificultad el que propuse a V. A., y tan lejos está de oscurecer la continuación de la historia de los reyes de Persia, que antes bien la aclara: aunque no sería digno de maravilla que se hallase alguna incertidumbre en las datas de aquellos príncipes; y ocho o nueve años a lo simio, de que se podría disputar, jamás fueran asunto de una cuestión importante. Pero ¿por qué me detengo en esto? Dios ha cortado la dificultad, si alguna había, con una decisión que no tiene réplica. Un suceso tan manifiesto nos da la superioridad sobre los más refinados cálculos de los cronologistas; y la ruina total de los judíos, que tan inmediatamente siguió a la muerte de nuestro Señor, hace ver a los menos perspicaces el cumplimiento de la profecía.

No resta ya más que hacer observar a V. A. una circunstancia. Daniel nos descubre un nuevo misterio. El oráculo de Jacob nos había enseñado que el reino de Judá había de cesar con la venida del Mesías; pero no nos decía que su muerte sería la causa de la caída de aquel reino. Dios reveló a Daniel este importante secreto, y él lo declara, como ve V. A., que la ruina de los judíos será la consecuencia de la muerte de Cristo y de haberle desconocido. Note V. A., si gusta, este paso: que la continuación de los sucesos le hará bien presto de él un excelente comentario.

CAPÍTULO X.
Profecías de Zacarías y de Aggeo.

Vuestra alteza conoce lo que Dios manifestó al profeta Daniel un poco antes de las victorias de Ciro y del restablecimiento del templo. Durante su reedificación suscitó a los profetas Aggeo y Zacarías, e inmediatamente después envió a Malaquías, que había de cerrar las profecías del antiguo pueblo.

¿Qué no vio Zacarías? Podría decirse que estuvo abierto a este profeta el libro de los decretos divinos, y que leyó en ellos toda la historia del pueblo de Dios desde su cautividad.

Fuéronle descubiertas las persecuciones de los reyes de Siria y las guerras que hacen a Judá, desde que empiezan hasta que fenecen. Ve a Jerusalén presa y saqueada: un pillaje espantoso: desórdenes infinitos:el pueblo fugitivo por el desierto; dudoso de su condición; entre la muerte y la vida; en vísperas de su postrera desolación aparecérsele de repente una nueva luz; y ve a los enemigos vencidos; los ídolos derribados en toda la Tierra Santa: la paz y la abundancia en la ciudad y en el país, y reverenciado el templo en todo el Oriente.

Una circunstancia memorable de estas guerras fue revelada a este profeta; y es, que Jerusalén

había de ser vendida por sus hijos y que se hallarían muchos judíos entre sus enemigos.

Alguna vez registra una larga serie de felicidades: a Judá lleno de fuerza: los reinos que le han oprimido humillados; castigados los vecinos que no han cesado de atormentarle: algunos convertidos e incorporados al pueblo de Dios. Mira el profeta a este pueblo colmado de beneficios divinos, entre los cuales le pone el triunfo, no menos modesto que glorioso, del Rey pobre, del Rey pacifico, del Rey salvador, que entra montado sobre un jumento en su ciudad de Jerusalén.

Después de haber referido las prosperidades, vuelve a tomar desde su origen toda la serie de las desgracias r. Ve de repente el fuego en el templo: todo el país arruinado con la ciudad capital: homicidios, violencias: un rey que las autoriza. Advierte, que Dios tiene piedad de su pueblo abandonado: que él mismo se hace su pastor, y su protección le sostiene; y que al fin se encienden guerras civiles y las cosas van en decadencia. ñ1 tiempo de esta mudanza, denotado con señas ciertas; y tres príncipes depuestos en un mismo mes, muestran su principio.

Entre estas infelicidades, aun se descubre otra mayor desgracia. Un poco después de estas divisiones y en los tiempos de la decadencia, Dios es comprado en treinta dineros por su pueblo ingrato; y lo ve todo el profeta, hasta el campo del Alfarero en que se emplea el dinero. Síguense de allí extremos desórdenes entre los pastores del pueblo: en fin continúa su ceguedad y queda destruido su poder.

¿Qué diré de la maravillosa visión de Zacarías, que mira herido al Pastor y sus ovejas esparcidas? ¿Qué diré de la atención con que mira el pueblo a su Dios, a quien ha traspasado? ¿Y de lágrimas que le hace verter una muerte más lamentable que la de un hijo único, y que la de Josías? Todo esto vio Zacarías, pero lo mayor que vio, es el Señor enviado por el Señor, a habitar en Jerusalén, desde donde llama a los gentiles para agregarles a su pueblo y morar entre ellos.

Menos dice Aggeo, pero es asombroso lo que dice. En tanto que se fabrica el segundo templo, y que los ancianos que han visto el primero se deshacen en lágrimas, comparando la pobreza de este último edificio con la magnificencia del otro; el profeta, que a mayor distancia extiende su vista, publica la gloria del segundo templo y le prefiere al primero. Explica de donde vendrá la gloria a esta nueva casa: es, dice, que llegará el deseado de las gentes: este Mesías prometido dos mil años ha, y desde el origen del mundo, como salvador de los gentiles, aparecerá en este nuevo templo. La paz se establecerá en él: mondo todo el universo dará testimonio de la verdad de su Redentor; poco tiempo se le ha de esperar ya, porque todo el destinado a esta espectación se halla en el último período.

CAPÍTULO XI.
Profecía de Malaquías, que es el último de los profetas, y la conclusión del segundo templo.

En fin, el templo se acaba, las víctimas se sacrifican; pero los judíosavaros ofrecen hostias defectuosas. Malaquías es elevado a una más alta consideración; y en la ocasión de las ofrendas inmundas de los judíos, ve la ofrenda siempre pura, y nunca manchada, no ya solamente en el templo de Jerusalén como antes, sino desde donde el sol nace liasta donde se pone; no ya por los judíos, sino por los gentiles, entre los cuales, predice, que el nombre de Dios será grande.

También ve, como Aggeo, la gloria del segundo templo, y al Mesías, que le honra con su presencia; pero mira al mismo tiempo, que el Mesías es el Dios a quien este templo está dedicado. Yo envío mi ángel, dice el Señor, pura prepararme los caminos, e inmediatamente veréis llegar a su santo templo el Señor que buscáis, y el Angel de la alianza que deseáis.

Un ángel es un enviado; pero aquí hay un enviado de una dignidad maravillosa: un enviado

que tiene un templo: un enviado que es Dios; y que entra en el templo como en su propia morada: un enviado deseado de todo el pueblo, que viene a hacer una nueva alianza, y que por eso es llamado el Angel de la alianza o del testamento.

En este, pues, segundo templo era donde este Dios enviado de Dios había de aparecerse; pero otro enviado le precede y le prepara los caminos: aquí vemos al Mesías precedido de su precursor. El carácter de este precursor también se muestra al profeta. Este sería un nuevo Elías, notable por su santidad, por la austeridad de su vida, por so autoridad y por su celo.

Así, el último profeta del antiguo pueblo señala el primer profeta que vendría después de él, que es aquel nuevo Elías, precursor del Señor, que había de manifestarse. Hasta aquel tiempo no tenía el pueblo de Dios que esperar profeta alguno: la ley de Moisés debía bastarle; por eso Malaquías acaba con estas palabras: Acordaos de la ley que he dado sobre el monte Horeb a Moisés mi siervo, para todo Israel. Yo os enviaré el profeta Elías, que unirá los corazones de los padres con los corazones de los hijos, que mostrará a estos lo que esperaron aquellos.

A esta ley de Moisés había Dios juntado los profetas, que hablaron en conformidad de ella; y la historia del pueblo de Dios, hecha por ellos mismos, en que estaban continuadas por experiencias visibles las promesas y las amenazas de la ley. Todo estaba cuidadosamente escrito, todo ordenado según el curso de los tiempos; y esto es lo que Dios dejó para la instrucción de su pueblo cuando hizo cesar las profecías.

CAPÍTULO XII.
Los tiempos del segundo templo. Frutos de los castigos y de las profecías precedentes: cesación de la idolatría y de los falsos profetas.

Hicieron estas instrucciones una gran mudanza en las costumbres de los israelitas. Ya no necesitaban de aparición, ni de predicción manifiesta, ni de aquellos prodigios inauditos que Dios hacia tan frecuentemente para su liberación. Bastábanles los testimonios que habían recibido; y su incredulidad, no solamente convencida por el suceso, sí también tan frecuentemente castigada, les había en fin hecho dóciles.

Por eso desde aquel tiempo no se les nota ya reincidir más en la idolatría, a que eran extrañamente inclinados. Habíales sido muy costoso el haber desechado al Dios de sus padres. Acordábanse siempre de Nabucodonosor y de su ruina, tan frecuentemente profetizada con todas sus circunstancias; y siempre sucedida más presto que lo que habían creído. No estaban menos admirados de su restablecimiento, hecho contra toda apariencia, en el tiempo y por aquel que se les había mostrado.

Jamás veían el segundo templo, sin acordarse de lo que causó la ruina del primero y de qué manera había sido restablecido: así se confirmaban en la fe de sus Escrituras, de que todo su estado daba testimonio.

Ya no había entre ellos profetas falsos. De una vez se habían desapegado de la propensión que tenían a creerles y de la que les arrastraba a la idolatría. Zacarías había predicho por un mismo oráculo, que estas dos cosas les sucederían: su profecía tuvo un manifiesto cumplimiento. Cesaron los profetas falsos en el tiempo del segundo templo: escarmentado el pueblo de sus engaños, no quería ya darles oídos. Los verdaderos profetas de Dios eran leídos y releídos incesantemente; y no necesitaban de comentario: porque las cosas que cada día sucedían en ejecución de sus profecías, eran sus más fieles intérpretes.

CAPÍTULO XIII.
La dilatada paz que gozaban, por quienes fue predicha.

En efecto, todos los profetas les habían prometido una paz profunda. Aun se lee con gusto la bella pintura que hacen Isaías y Ezequiel de aquellos felicísimos tiempos, que llegarían acabado el cautiverio de Babilonia. Todas las ruinas se reparan: las ciudades y los lugares magníficamente se reedifican: el pueblo es innumerable: los enemigos son humillados: florece la abundancia en las ciudades y en el campo: allí se ven la alegría, el reposo y en fin todos los frutos de una paz dilatada. Dios promete tener a su pueblo en una durable y perfecta tranquilidad. Gozáronla ellos durante el dominio de los reyes de Persia; y en tanto que se mantuvo este imperio, los favorables decretos de Ciro aseguraron a los judíos el reposo. Aunque estuvieron amenazados de su postrera ruina bajo de Asuero, sea este quien fuere, aplacado Dios con sus lágrimas, mudó repentinamente el corazón del rey e hizo darles una famosa venganza de su enemigo Aman. Fuera de esta coyuntura, que pasó tan presto, vivieron siempre sin temor. Instruidos por sus profetas a obedecer a los reyes, a quienes les había Dios sujetado, fue inviolable su fidelidad. Así fueron siempre benignamente tratados. A costa de un tributo muy ligero que pagaban a sus soberanos, que más eran sus protectores que sus dueños, vivían según sus propias leyes: el poder sacerdotal se conservó en su total entereza: los pontífices dirigían al pueblo: el consejo público primeramente establecido por Moisés, tenía toda su autoridad; y ellos ejercían entre sí el derecho de la vida y de la muerte, sin que nadie se mezclase en su conducta: así lo ordenaban los reyes. La ruina del imperio de los persas nada alteró sus cosas. Alejandro respetó a su templo, admiró sus profecías y aumentó sus privilegios. Algo padecieron en tiempo de sus primeros sucesores. Ptolomeo, hijo de Lago, sorprendió a Jerusalén y se llevo a Egipto cien mil cautivos; pero bien presto dejó de aborrecerles. El mismo les hizo ciudadanos de Alejandría, capital de su reino, o por mejor decirlo, les confirmó el derecho que ya Alejandro les había dado; y no hallando en todo su reino quien le fuese más fiel que los judíos, llenó de ellos sus ejércitos y les confió las plazas más importantes. Si los Lagos les atendieron, aun fueron mejor tratados de los Seleucos, bajo cuyo imperio vivían. Seleuco Nicator, cabeza de esta familia, les estableció en Antioquía; y habiendo Antíoco, llamado el Dios, su nieto, hecho recibirles en todas las ciudades del Asia menor, les hemos visto esparcirse por toda la Grecia, vivir allí según su ley, y gozar de los mismos derechos que los demás ciudadanos, como hacían en Alejandría y en Antioquía. Entretanto, su ley es traducida en griego por el cuidado de Ptolomeo Filadelfo, rey de Egipto: la religión de los judíos es conocida entre los gentiles: el templo de Jerusalén es enriquecido con los dones de los reyes y de los pueblos: los judíos viven en paz y con libertad, bajo el poder de los reyes de Siria; y no habían gozado mucho de semejante tranquilidad en tiempo de sus propios reyes.

CAPÍTULO XIV.
Interrupción y restablecimiento de la paz; disensión en este pueblo santo; persecución de Antíoco, todo ello predicho.

Eterna parecía que debiese ser, si ellos mismos no la hubiesen turbado con sus disensiones. Trescientos años había que gozaban de esta quietud tan anticipadamente anunciada por sus profetas , cuando la ambición y los celos que se introdujeron en ellos, estuvieron para perderles. Algunos de los más poderosos fueron traidores a su pueblo por lisonjear a los reyes, queriendo hacerse ilustres a la manera de los griegos; y prefirieron esta vana pompa a la gloria sólida que les adquiría entre sus ciudadanos la observancia de las leyes de sus predecesores. Celebraron juegos como los gentiles. Esta novedad deslumbró los ojos del pueblo; y la idolatría revestida de esta magnificencia pareció bien a muchos judíos. Con estas mutaciones se mezclaron las disputas por el sumo sacerdocio, que era la principal dignidad de la nación. Los ambiciosos procuraban ganar la

benevolencia de los reyes de Siria para llegar a ella; y esta dignidad sagrada fue el precio de la lisonja de aquellos cortesanos. No tardaron los celos y las divisiones de los particulares en causar, como suelen, grandes desventuras a todo el pueblo. Antíoco el Ilustre, rey de Siria, formó el designio de destruir este pueblo dividido y por aprovecharse de sus riquezas. Pareció entonces aquel príncipe con todas las señas que había Daniel expresado. Ambicioso, avaro, artificioso, cruel, insolente, impío, insensato, desvanecido de sus victorias y después irritado de sus pérdidas: entra en Jerusalén capaz de intentarlo todo. dándole osadía las facciones de los judíos y no sus propias fuerzas: así lo había previsto Daniel. Practica crueldades inauditas: su soberbia le arrebata a los mayores excesos, y vomita blasfemias contra el Altísimo, como el mismo profeta había predicho. En ejecución de estas profecías^se le hadado, por los pecados del pueblo, la fuerza contra el sacrificio perpetuo. Profana el templa de Dios, que los reyes sus antepasados habían reverenciado: saquéalo; y con las riquezas que halla, repara las ruinas de su tesoro exhausto. Con el pretexto de conformar las costumbres de sus vasallos, y en la realidad por saciar su avaricia con los despojos de toda la Judea, ordena a los judíos que adoren a los mismos dioses que los griegos: sobre todo quiere que sea adorado Júpiter Olímpico, cuyo ídolo coloca en el templo mismo; y más impío que Nabucodonosor, intenta destruir las fiestas, la ley de Moisés, los sacrificios, la religión y a todo el pueblo. Pero los sucesos de este príncipe también tenían sus límites, señalados por las profecías. Matatías se opone a sus violencias, y reúne la gente en quien florecía la piedad. Judas Macabeo con una pequeña tropa obra hazañas inauditas, y purifica el templo de Dios, tres años y medio después de su profanación, como había profetizado Daniel. Persigue a los idumeos y a todos los demás gentiles que se juntaban con Antíoco; y habiéndoles tomado sus mejores plazas, vuelve Judas victorioso y humilde, tal como le había visto Isaías cantando las alabanzas de Dios, que había puesto en sus manos los enemigos de su pueblo y teñido aun todo de la sangre de ellos. Continúa sus victorias a pesar de los ejércitos prodigiosos de los capitanes de Antíoco. No había Daniel8 dado sino seis años a aquel rey impío para atormentar al pueblo de Dios; y véase como al término prefinido sabe en Ecbátanes los heroicos hechos de Judas: cae luego Antíoco en una profunda melancolía; y muere, como el santo profeta había predicho, infeliz, pero no de mano de hombre, después de haber reconocido, aunque muy tarde, el poder del Dios de Israel.

No es ya necesario referir a V. A. de qué manera sus sucesores prosiguieron la guerra contra la Judea, ni la muerte de Judas su libertador, ni las victorias de sus dos hermanos Jonatás y Simón, sucesivamente sumos pontífices, cuyo valor restableció la antigua gloria del pueblo de Dios, Estos tres grandes héroes vieron a los reyes de Siria y a todos los pueblos vecinos conjurados contra ellos; y lo que era más lamentable, vieron diversas veces a los del mismo Judá armados contra su patria y contra Jerusalén, cosa hasta entonces inaudita; pero expresamente notada por los profetas. En medio de tantos males, la confianza que en Dios tuvieron les hizo intrépidos e invencibles. Fue siempre el pueblo feliz bajo de su conducta; y en fin, libertado en tiempo de Simón del yugo de los gentiles, se sujetó a él y a sus hijos con beneplácito de los reyes de Siria.

Pero el acto por el cual el pueblo de Dios transfiere en Simón toda la pública potestad, le acuerda y concede las preeminencias reales, es notable. El decreto contiene: que le gozará él y su posteridad, hasta que venga un fiel y verdadero profeta.

Acostumbrado el pueblo desde su origen a un gobierno divino; y sabiendo que desde el tiempo que David había sido de orden de Dios elevado al trono, pertenecía a su casa el poder supremo, a la cual debía al fin ser restituido en tiempo del Mesías, puso expresamente esta restricción al poder que dio a sus pontífices, y continuó en vivir bajo ellos esperando a Cristo, tantas veces prometido.

En esta forma, pues, aquel reino, absolutamente libre, usó de su derecho y proveyó a su gobierno; y la posteridad de Jacob, por la tribu de Judá y por los residuos de las otras que se alistaron bajo de sus estandartes, se conservó en cuerpo de estado; gozó independiente y pacíficamente de. la tierra que se le había señalado.

En virtud de este decreto del pueblo de que acabamos de hablar, Juan Hircan, hijo de Simón, sucedió a su padre. Bajo de su mano los judíos se engrandecen por sus conquistas considerables. Sujetan a Sainaría (Ezequiel y Jeremías lo habían profetizado), doman a los idumeos, los filisteos y los amonitas, sus perpetuos enemigos; y estos pueblos abrazan su religión: habíalo notado Zacarías. En fin, a pesar del odio y de los celos de los pueblos que les rodean, gobernados por sus pontífices, que por último se hacen sus reyes, fundan el nuevo reino de los Asmoneos, o Macabeos, más extendido que nunca, si se exceptúan los tiempos de David y de Salomón.

De esta manera subsistió siempre el pueblo entre tantas mutaciones: y ya castigado, ya consolado en sus desgracias con las penas o favores que según sus méritos recibe, da un público testimonio de la Providencia divina que rige al mundo.

CAPÍTULO XV.
Expectación de la venida del Mesías sobre que estaba fundada; preparación a su reinado y a la conversión de los gentiles.

Pero en cualquier estado que se hallase, vivía siempre en expectación de los tiempos del Mesíasr en que esperaba nuevas gracias, mayores que cuantas había recibido; y nadie puede dejar de conocer que esta fe del Mesías y de sus maravillas, que aun dura el día de hoy entre los judíos, les ha venido de sus patriarcas y de sus profetas desde el origen de su nación Porque en aquella larga serie de años en que ellos mismos reconocían que por un consejo de la Providencia no se descubría allí profeta alguno, ni Dios les hacía nuevas predicciones ni nuevas promesas: esta fe del Mesías, que había de venir, era más viva que nunca. Tan bien establecida estuvo cuando se fabricó el segundo templo, que no hubo necesidad de más profetas para confirmar al pueblo en ella. Vivían bajo de la fe de las antiguas profecías, que habían visto cumplirse tan precisamente a sus ojos en tantos puntos: después de cuyo tiempo no les pareció dudoso lo restante, ni tuvieron dificultad en creer que Dios, tan fiel en todo, cumpliría también a su tiempo lo que miraba al Mesías, esto es, la principal de sus promesas y el fundamento de todas las demás.

En efecto, toda su historia, todo lo que les sucedía de día en día, no era sino un perpetuo descifrarse los oráculos que el Espíritu Santo les había dejado. Si restablecidos en su tierra después del cautiverio, gozaron trescientos años de una paz profunda; si su templo fue venerado, y respetada su religión en todo el Oriente; si en fin, se turbó su paz por sus disensiones; si aquel soberbio rey de Siria hizo esfuerzos inauditos por destruirles; si prevaleció algún tiempo; si poco después fue castigado; si la religión judaica y todo el pueblo de Dios volvieron a levantarse con un esplendor más admirable que nunca, y el reino de Judá fue aumentado hacia el fin de los tiempos con nuevas conquistas, V. A. ha visto que todo esto se hallaba escrito en sus profecías. Sí; todo estaba en ellas prevenido: hasta los lugares en que se darían las batallas; hasta las tierras que habían de conquistarse.

He referido por mayor a V. A. alguna cosa de estas profecías: que el particularizarlas sería asunto de más largo discurso. No pretendo dar aquí a V. A. sino una primera tintura de aquellas verdades importantes, que tanto más se conocen cuanto más se individualizan. Notaré solamente, que las profecías del pueblo de Dios tuvieron en todos aquellos tiempos un cumplimiento tan manifiesto, que después, cuando los paganos mismos, cuando un Porfirio, cuando un Juliano Apóstata, enemigos por otra parte de las Escrituras, han querido dar ejemplares de predicciones proféticas, las han buscado entre los judíos.

Y yo puedo también decir a V. A. con verdad, que si en el curso de quinientos años el pueblo de Dios estuvo sin profeta, todo el estado de aquellos tiempos era profético: la obra de Dios se adelantaba, y los caminos se preparaban insensiblemente al entero cumplimiento de los antiguos oráculos.

La vuelta del cautiverio de Babilonia no era sino una sombra de aquella libertad, mayor y más necesaria, que había el Mesías de traer a los hombres cautivos del pecado. El pueblo esparcido en diversas partes, en el Asia mayor, en el Asia menor, en el Egipto y en la Grecia misma, empezaba a hacer resplandecer entre los gentiles el nombre y la gloria del Dios de Israel. Las Escrituras, que habían algún día de ser la luz del mundo, fueron traducidas en lengua la más conocida del universo: su antigüedad está reconocida. Al paso que el templo es reverenciado y las Escrituras están esparcidas entre los gentiles, da Dios alguna idea de su futura conversión y va desde lejos echando los fundamentos de ella.

Lo que también pasaba entre los griegos, era una especie de preparación al conocimiento de la verdad. Sus filósofos conocieron que el mundo era regido por un Dios, muy diferente de los que el vulgo adoraba y a que ellos mismos servían con el vulgo. Las historias griegas dan fe que aquella admirable filosofía venía del Oriente, y de los territorios en que habían estado derramados los judíos; pero de cualquier parte que hubiese Tenido una verdad tan importante, esparcida entre los gentiles, aunque impugnada, aunque mal seguida, aun de los mismos que la enseñaban, empezaba a dispertar al género humano, y proveía anticipadamente de pruebas ciertas a las que algún día habían de sacarle de su ignorancia.

CAPÍTULO XVI.
Monstruosa ceguedad de la idolatría antes de la venida del Mesías, que había de disipar todas las tinieblas de la gentilidad.

Con todo eso, como la conversión de la gentilidad debía ser una obra reservada al Mesías y el propio carácter de su venida; el error y la impiedad universalmente prevalecían. Las naciones más perspicaces y más sabias, los caldeos, los egipcios, los fenicios, los griegos, los romanos, eran los más ignorantes y los más ciegos en la religión: tan cierto es, que para elevarse a ella se necesita de una gracia particular y de una sabiduría más que humana. ¿Quién osaría referir las ceremonias de sus falsos dioses, llamados inmortales, y sus misterios impuros? Sus amores, sus crueldades, sus celos y todos sus otros excesos eran el asunto de sus fiestas, de sus sacrificios, de los himnos que les cantaban, y de las pinturas que les consagraban en sus templos. Así el delito era adorado y tenido por necesario al culto de los dioses. El más grave de los filósofos prohíbe beber con exceso, sino era en las fiestas de Baco y en honor de este dios. Otro, después de haber severamente vituperado todas las imágenes deshonestas, exceptúa las de los dioses que querían ser honrados por aquellas infamias. No se pueden leer sin asombro los honores que era preciso rendir a Venus, y las prostituciones que estaban establecidas para adorarla. La Grecia con toda su policía y sabiduría había recibido aquellos misterios abominables. En sus aprietos, los particulares y las repúblicas votaban a Venus damas cortesanas; y no se avergonzaba la Grecia de atribuir su salud a las rogativas que hacían a su diosa. Después de la derrota de Jerjes y de sus formidables ejércitos, se puso en el templo una pintura en que estaban representados sus votos y sus procesiones, con esta inscripción de Simonides, poeta famoso: Estas han rogado a la diosa Venus, la cual por su intercesión ha salvado a la Grecia.

Si creían preciso adorar al amor, solo el amor honesto debería haber sido objeto de su culto; pero no era así. Solón, ¿quién podría creerlo, y quién esperaría de tan célebre hombre una grande infamia? Solón, digo, estableció en Atenas el templo de Venus la prostituida, o del amor impúdico. Toda la Grecia estaba llena de templos consagrados a esta deidad; y el amor conyugal ni aun uno tenía en todo el país.

Con todo eso, detestaban en los hombres y en las mujeres el adulterio: la sociedad conyugal era entre ellos sagrada. Pero cuando se aplicaban a la religión, parecían como poseídos de otro espíritu y su luz natural les abandonaba.

No trató la gravedad romana más seriamente a la religión; pues consagraba en honor de los dioses las impurezas del teatro y los sangrientos espectáculos de los gladiadores: que es en suma todo lo más torpe y bárbaro que podía imaginarse.

Pero yo no sé si las locuras ridículas que se mezclaban en la religión, eran aun más perniciosas, pues tanto desprecio la adquirían. ¿Podía acaso guardarse el respeto que se debe a las cosas divinas, entre las impertinencias que contaban las fábulas, cuya representación o memoria hacía una tan gran parte del culto divino? No era todo el servicio público sino una continua profanación o una irrisión del nombre de Dios, a que era forzoso concurriese alguna potencia enemiga de este nombre sagrado, que solicitando envilecerle impelía a los hombres a emplearle en cosas tan despreciables y aun a desperdiciarle en sujetos tan indignos.

Verdad es que los filósofos habían al fin reconocido que había otro Dios que los que el vulgo adoraba; pero no osaban confesarlo. Al contrario, Sócrates daba por máxima, que era preciso que cada uno siguiese la religión de su país. Platón su discípulo, que veía a la Grecia y a todos los países del mundo llenos de un culto necio y escandaloso, no deja de poner como uno de los fundamentos de su república: que jamás se altere en nada la religión que se hallare establecida; y que el pensar en esto es haber perdido el juicio. Filósofos tan graves y que dijeron tan admirables cosas de la naturaleza divina, no osaron oponerse al error público y desesperaron de poder vencerlo. Cuando Sócrates fue acusado de negar los dioses que el público adoraba, se defendió como si fuese delito el que le imputaban; y Platón, hablando del Dios que había formado el universo, dice que es difícil hallarle, y que está prohibido declararle al pueblo; y protesta, que no hablará de él jamás sino en enigma, temiendo que se haga burla de una verdad tan grande y refulgente.

¿En qué abismo estaba el género humano, que se le hacía insufrible la menor idea del verdadero Dios? Atenas, la más culta y la más sabia de todas las ciudades de la Grecia, tenía por ateístas a los que hablaban de cosas intelectuales; y esta fue una de las razones que habían hecho condenar a Sócrates. Si algunos filósofos se atrevían a enseñar que las estatuas no eran dioses, como lo entendía el vulgo, se veían forzados a desdecirse; y aun después de esto eran desterrados como impíos, por sentencia del Areópago. Toda la tierra estaba poseída del mismo error y no se osaba descubrir la verdad. Este gran Dios, criador del universo, no tenía templo ni culto, sino en Jerusalén. Cuando los gentiles presentaban en él sus ofrendas, no hacían otro honor al Dios de Israel que el de juntarle a las demás deidades. Sola la Judea conoció sus santos y severos celos; y sabía que partir la religión entre él y los otros dioses, era destruirla.

CAPÍTULO XVII.
Corrupciones y supersticiones entre los judíos: falsas doctrinas de los fariseos.

Con todo eso, al fin de los tiempos, los mismos judíos que le conocían y que eran los depositarios de la religión, empezaron (que tanto van siempre los hombres desfigurando la verdad) no a olvidar el Dios de sus padres, sino a mezclar en la religión supersticiones indignas de su grandeza. En el reinado de los Asmoneos, y desde el tiempo de Jonatás comenzó entre los judíos la seda de los fariseos. Adquiriéronse desde luego un gran crédito por la pureza de su doctrina y por la exacta observancia de la ley; juntándose a esto que su conducta era suave, bien que arreglada, y que vivian entre sí con grande unión. Las recompensas y los castigos de la vida futura, que celosamente predicaban, les atraían mucho hpnor. Al fin, se introdujo en ellos la ambición: quisieron gobernar y en efecto se tomaron un poder absoluto sobre el pueblo. Hiciéronse los árbitros de la doctrina y de la religión, que insensiblemente torcieron a prácticas supersticiosas: útiles a su interés y a la dominación que procuraban establecer sobre las conciencias; el verdadero espíritu de la ley estaba para perderse.

Juntóse a estos males otro mayor mal: la soberbia y la presunción; pero una presunción que se

dirigía a atribuirse a sí misma el don de Dios. Los judíos, acostumbrados a sus beneficios e ilustrados por tantos siglos de su conocimiento, olvidaron que sola su bondad les había separado de los otros pueblos, y miraron su gracia como deuda.

Estirpe escogida y bendita siempre, dos mil años había, se juzgaron los solos dignos de conocer a Dios, y se creyeron de otra especie que los demás hombres, que veían privados de su conocimiento. Sobre este fundamento miraban a los gentiles con un desprecio insufrible. El descender de Abraham según la carne, les parecía una distinción que les hacía naturalmente superiores a todos los demás; y desvanecidos de tan alto origen, se creían santos por naturaleza y no por gracia: error que aun dura entre ellos. Los fariseos fueron los que solicitando hacerse gloriosos por más ilustrados y por la exacta observancia de las ceremonias de la ley, introdujeron esta opinión hacia el fin de los tiempos. Como sólo cuidaban de distinguirse de los demás hombres, multiplicaron sin límite los ejercicios exteriores; y vendieron todos sus pensamientos, por más contrarios que fuesen a la ley de Dios, como tradiciones auténticas.

CAPÍTULO XVIII.
Continuación de las depravaciones entre los judíos: señal de su decadencia, conforme Zacarías lo había predicho.

Aunque estos dictámenes no hubiesen pasado por decreto público a dogmas de la Sinagoga, se iban insensiblemente derramando y difundiendo entre el pueblo, el cual se hacia inquieto, turbulento y sedicioso. En fin, las divisiones que habían, según sus profetas, de ser el principio de su decadencia, prorrumpieron en la ocasión de las alteraciones sobrevenidas a la casa de los Asmoneos. Apenas faltaban setenta años hasta Jesucristo, cuando Hircan y Aristóbulo, hijos de Alejandro Janeo, tuvieron guerra por el sacerdocio a que la dignidad real estaba anexa. Este es el punto fatal en que nota la historia la primera causa de la ruina de los judíos. Pompeyo, llamado de dos hermanos para arreglarles, sujeto a entrambos, al mismo tiempo que desposeyó a Antíoco, llamado el Asiático, último rey de Siria. Estos tres príncipes degradados juntos y como de un solo golpe, fueron la señal de la decadencia, profetizada en términos precisos por Zacarías. Es cierto por la historia, que esta mudanza de las cosas de Siria y de Judea, fue hecha a un mismo tiempo por Pompeyo, cuando después de haber acabado la guerra de Mitrídates y estando para volver a Roma, arregló las cosas del Oriente. Previno solamente el profeta lo que miraba a la ruina de los judíos, los cuales de dos hermanos que habían conocido reyes, vieron al uno servir prisionero ai triunfo de Pompeyo; y al otro (que es el débil Hircan) a quien el mismo Pompeyo quitó con la diadema una gran parte de sus dominios, no retener más que un vano título de autoridad que perdió bien presto. Quedaron entonces los judíos tributarios de los romanos, y la ruina de la Siria les atrajo la suya; porque reducidos en su vecindad a provincia aquel gran reino, aumentó de tal modo el poder romano, que solo en obedecerles consistía la única salud que les quedaba. Pero no cesaron los gobernadores de la Siria de molestar continuamente a la Judea, hasta que los romanos se hicieron en ella dueños absolutos y debilitaron el gobierno en muchas cosas. En fin, porque así lo quisieron, pasó el reino de Judá de las manos de los Asmoneos, a quienes se había sometido, a las de Herodes, extranjero e idumeo. La política cruel y ambiciosa de este rey que solo en la apariencia profesaba la religión judaica, mudó las máximas del gobierno antiguo. Ya se acabaron aquellos judíos, dueños de su suerte en el dilatado imperio de los persas y de los primeros Seleucos, donde tenían asegurada una vida apacible. Herodes, que les tiene inmediatamente sujetos a su poder, turba todas las cosas; confunde a su arbitrio la sucesión de los pontífices; debilita el pontificado y lo hace arbitrario; enerva la autoridad del consejo de la nación sin dejarle facultad alguna: toda la potestad pública esta en las manos de Herodes y de los romanos, cuyo esclavo es; y él desquicia así los principales, los fundamentos de la república judaica.

Los soberbios fariseos y el pueblo obcecado, que solo a sus propios sentimientos o mociones sensitivas daban oídos, llevaban este estado con impaciencia, sin reconocer la mano de Dios, que para su enmienda les corregía y castigaba. Cuanto más se sentían oprimidos del yugo de los gentiles, tanto mayor era el desprecio y mortal odio que concebían contra ellos. Ya no quisieron Mesías, que no fuese osado, guerrero y formidable a las humanas potencias que les tenían cautivos. Así olvidando tantas profecías divinas, que les hablaban tan expresamente de sus humillaciones, no tuvieron ya ojos ni oídos, sí solo para las que les anunciaban triunfos, aunque bien diferentes de los que ellos querían.

CAPÍTULO XIX.
Jesucristo, su celestial doctrina y su divina moral.

En esta ya notada decadencia de la religión y de las cosas de los judíos, al fin del reinado de Herodes y en los tiempos que los fariseos introducían tantos abusos, fue Jesucristo enviado al mundo a fin de restablecer el reino en la excelsa casa de David, de una manera más alta que la que los judíos carnales entendían; como también para predicar la celestial doctrina, que había Dios resuelto hacer anunciara todo el mundo Este admirable divino Infante, llamado por Isaías el Dios fuerte, el padre del siglo futuro, el brazo del Señor y el autor de la paz, nace de una purísima Virgen en Belén, y allí reconoce el real origen de su linaje. Concebido del Espíritu Santo, santo por su nacimiento, el solo digno de reparar el vicio del nuestro, recibe el nombre de Salvador, porque viene a salvarnos de nuestros pecados. Luego que nació, una nueva estrella, figura de la luz que había de iluminar a los gentiles, se deja ver en Oriente, y conduce al Salvador, aunque recién nacido, las primicias de la gentilidad convertida. Un poco después este Señor, tan deseado, va a su santo templo, donde Simeón le mira, no solamente como la gloria de Israel, sí también como la luz de las naciones infieles. Cuando se acercó el tiempo de predicar su Evangelio, San Juan Bautista, que había de preparar los rectos caminos a su predicación divina, llamó los pecadores a penitencia, e hizo resonar sus clamores en todo el desierto, en que desde sus primeros años había vivido con tanta austeridad como inocencia. El pueblo, que por espacio de quinientos no había visto profetas, reconoció a este nuevo Elías, enteramente dispuesto a recibirle por el Salvador; tan grande parecía su santidad; pero él mismo mostraba al pueblo a aquel, cuyos calzados él no era digno de desatar. En fin, Jesucristo empieza a predicar su Evangelio, y a revelar los altísimos secretos que veía ab eterno en el seno de su eterno Padre. Pone los sólidos fundamentos de su dilecta Iglesia con la vocación de los doce pescadores, y coloca a S. Pedro a la frente de todo el amado rebaño, con una prerrogativa tan manifiesta, que los evangelistas, los cuales, en la enumeración que hacen de los apóstoles, no observan orden alguno cierto, concuerdan en nombrar a S. Pedro antes que a-los demás, como al primero. Recorre Jesucristo toda la Judea, a la cual llena de sus beneficios, socorriendo y sanando a los enfermos, apiadándose de los pecadores, cuyo verdadero médico se muestra en la benignísima franqueza con que les admite cerca de sí; y haciendo experimentar a los hombres una suma autoridad, y al mismo tiempo una suavísima mansedumbre, que jamás se había visto sino en su persona. Anuncia grandes misterios; pero los confirma con grandes milagros: manda grandes virtudes; pero da al mismo tiempo grandes luces, grandes ejemplos y grandes gracias. Muéstrase también por esto lleno de gracia y de verdad; y nosotros lo recibimos todo de su plenitud.

Todo se sostiene en su divina Persona; su vida, su doctrina, sus milagros. En ella la misma verdad resplandece en todo: todo concurre a hacer ver allí el maestro del género humano y el modelo de la suma perfección.

Él solo, viviendo entre los hombres y a vista de todo el mundo, pudo decir sin temor de ser desmentido: ¿Quién de vosotros me argüirá ni reprenderá de pecado? Y también: Yo soy la luz del mundo: mi alimento, es hacer la voluntad de mi Padre; aquel que me ha enviado está conmigo, y

jamás me deja solo: porque siempre hago lo que es de su agrado.

Sus milagros son de una clase particular y de un nuevo carácter. No son señales en el cielo, como pedían los judíos. Casi todos los obra en los hombres mismos y por curar sus enfermedades. Mas tienen todos de bondad que de poder; y no es tanto lo que sorprende a los que los ven, como lo que en lo íntimo de sus corazones les penetran. Hácelos con imperio: los demonios y las enfermedades le obedecen: a su voz los ciegos de nacimiento reciben la vista: los muertos salen del sepulcro y los pecados son perdonados: el origen de sus milagros está en sí mismo. Salen del manantial. Yo siento, dice, que una virtud ha salido de mí. Así, nadie los había hecho, ni tan grandes ni en tanto número; y promete no obstante, que sus discípulos aun harán en su nombre mayores cosas: tan fecunda e inagotable es la virtud que en sí mismo tiene.

¿Quién no se admiraría de la condescendencia con que templa la dulzura de su celestial doctrina? Leche es para los niños y juntamente pan para los fuertes. Vésele lleno de los secretos de Dios; pero se ve que no está admirado de ellos, como los demás mortales a quienes Dios se comunica: de todos habla naturalmente, como nacido en este secreto y en esta gloría; lo que él tiene sin medida, lo reparte con medida, a fin de que nuestra debilidad pueda llevarlo. Aunque es enviado para todo el mundo, solo se encamina desde luego a las ovejas perdidas de la casa de Israel, a las cuales era también principalmente enviado; pero prepara el camino a la conversión de los samaritanos y de los gentiles. Una mujer samaritana le reconoce por el Cristo que su nación esperaba, no menos que los judíos; y sabe de él mismo el misterio del nuevo culto, que no estaría ya limitado a un lugar cierto. Una mujer cananea e idólatra, aunque desechada, le arranca, para decirlo así, la salud de su hija. Reconoce en diversos parajes a hijos de Abraham dentro del gentilismo; y habla de su doctrina, como que había de ser predicada, impugnada y recibida de toda la tierra. Jamás el mundo había visto cosa semejante, y quedan de esto pasmados sus apóstoles. No encubre a los suyos las tristes pruebas y tribulaciones que habían de pasar. Háceles ver empleadas contra ellos las violencias y la seducción, las persecuciones, las falsas doctrinas, los falsos hermanos, la guerra por dentro y por de fuera, la fe acrisolada por estas pruebas, al fin de los tiempos, la debilidad de esta fe y la suma tibieza de la caridad entre sus discípulos; en medio de tantos peligros su Iglesia y la verdad siempre invencibles.

Aquí tenemos ya una nueva conducta y un nuevo orden de cosas: ya no se habla a los hijos de Dios de recompensas temporales: Jesucristo les muestra una vida futura; y teniéndoles pendientes de esta esperanza, les enseña a desasirse de todas las cosas terrenas: la cruz y la paciencia han de ser en el mundo su patrimonio; y se les propone el cielo, como que ha de ser alcanzado por fuerza. Jesucristo, que muestra a las gentes este nuevo camino, es el primero que entra en él: predica verdades puras que asombran a los hombres, soberbios, aunque ignorantes: descubre la altivez encubierta, la hipocresía de los fariseos y de los doctores de la ley, que con sus interpretaciones la adulteraban. Sin embargo de estas reprensiones, honra a su ministerio, y la cátedra de Moisés en que están sentados. Frecuenta el templo, cuya santidad hace respetar, y envía a los sacerdotes los leprosos que había sanado. Enseña con esto a los hombres, como deben reprender y reprimir los abusos, sin perjuicio del ministerio establecido por Dios; y muestra, que no dejaba de subsistir el cuerpo de la Sinagoga por la corrupción de los particulares. Pero visiblemente declinaba esta a su ruina. Los pontífices y los fariseos irritaban contra Jesucristo al pueblo judaico, cuya religión se convertía en superstición. No puede sufrir este pueblo al Salvador del mundo, que le llama a prácticas sólidas, pero difíciles. Lo más santo y lo mejor de todos los hombres, la misma santidad y bondad se hace lo más envidiado y lo más aborrecido. No por eso se ofende ni deja de hacer bien a sus ciudadanos; pero ve su ingratitud. Profetízales con lágrimas su castigo, y anuncia a Jerusalén su próxima mayor ruina. Profetiza también, que los judíos, enemigos de la verdad que les anunciaba, serían entregados al error y se harían el juguete de los profetas falsos. Con todo eso los envidiosos celos de los fariseos y de los sacerdotes le conducen a un infame suplicio: sus discípulos le abandonan: uno de ellos pérfidamente le vende: el primero y más celoso de todos, tres veces le

niega. Acusado delante del consejo, honra, hasta el fin, el ministerio de los sacerdotes, y responde en términos precisos al pontífice que jurídicamente le preguntaba. Pero había llegado el punto en que debía ser reprobada la Sinagoga. El pontífice y todo el consejo condena a Jesucristo, porque se llama Cristo, hijo de Dios. Es entregado a Poncio Pilato, presidente romano: su inocencia es reconocida por su juez; pero la política y el interés le hacen proceder contra su conciencia: el justo es condenado a muerte: el mayor de todos los delitos da lugar a la más perfecta obediencia que jamás hubo: Jesús, dueño de su vida y de todas las cosas, se abandona voluntariamente al furor de los impíos, y ofrece el sacrificio que había de ser la expiación del género humano. Crucificado mira en las profecías lo que le falta que hacer, acábalo, y dice en fin: Todo está consumado. A esta palabra todo se muda en el mundo: la ley cesa: sus figuras pasan: sus sacrificios son cancelados por una oblación más perfecta. Hecho esto, Jesucristo espira, dando una gran voz, la cual solo podía proferir en tal constitución de moribundo un hombre Dios. Toda la naturaleza se estremece: el centurión que le guardaba, asombrado de tal muerte, exclama, que aquel es verdaderamente el Hijo de Dios, y los circunstantes se retiran dándose golpes en los pechos. Al tercero día resucita: aparécese a los suyos, que le habían abandonado y se obstinaban en no creer su resurrección. Le ven, le hablan, le tocan, quedan convencidos. Para confirmar la fe de su resurrección, se muestra diversas veces y en diversas circunstancias. Sus discípulos le ven en particular y le ven también todos en común. Una vez se aparece a más de quinientos hombres juntos. Un apóstol, que lo ha escrito, asegura, que la mayor parte de ellos vivía aun cuando él escribía. Resucitado Jesucristo, da a sus apóstoles todo el tiempo que desean para reconocerle bien; y después de haberse puesto a este fin en sus manos, como han querido, de suerte que no pueda quedarles ni aun la menor duda, les ordena que lleven testimonio de lo que han visto, de lo que han oído y de lo que han tocado. Para que ni de su buena fe ni de su persuasión pueda dudarse, les obliga a rubricar con la sangre de ellos su testimonio. Así su predicación es incontrastable, su fundamento un hecho positivo, testificado uniformemente de los que le vieron. Su sinceridad está justificada con la más fuerte prueba que pueda imaginarse, que es la de los tormentos, y de la muerte misma. Estas son las instrucciones que recibieron los apóstoles. Sobre este fundamento emprenden doce pescadores la conversión del mundo entero, que veían tan opuesto a las leyes que iban a prescribirle, y a las verdades que iban a anunciarle. Tienen orden de empezar por Jerusalén, y esparcirse desde allí por toda la tierra, para instruir a todas las naciones, y bautizarlas en nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Jesucristo les promete estar con ellos hasta la consumación de los siglos, y asegura por esta gran palabra la perpetua duración del ministerio eclesiástico: dicho esto asciende a los cielos en presencia de ellos.

Ya llegó el término de que se cumplan las promesas y tengan su postrera declaración las profecías. Los gentiles son llamados al conocimiento de Dios de orden de Jesucristo resucitado: una nueva ceremonia queda instituida para la regeneración del nuevo pueblo; y los fieles aprenden, que el verdadero Dios, el Dios de Israel, este Dios uno e indivisible, a quien están consagrados por el bautismo, es juntamente Padre, Hijo y Espíritu Santo.

Aquí, pues, se nos proponen las profundidades del Ser divino, la grandeza inefable de su unidad, y las riquezas infinitas de aquella naturaleza, aun más fecunda dentro de sí misma que fuera de ella, como capaz de comunicarse, sin dividirse, a tres personas iguales.

Se hallan aquí explicados los misterios que estaban envueltos y como sellados en las antiguas Escrituras. Con esto entendemos el secreto y misterio de aquellas palabras: hagamos al hombre a nuestra imagen. Y la augustísima Trinidad señalada en la creación del hombre está expresamente declarada en su regeneración. Con esto aprendemos, qué es aquella Sabiduría concebida, según Salomón, antes de todos los tiempos en el seno de Dios: Sabiduría que es toda su delicia, y por quien están ordenadas todas sus obras. Con esto sabemos quien es aquel a quien David ha visto engendrado antes de la Aurora; el nuevo Testamento nos enseña que este es el Verbo, la palabra interior de Dios, engendrado por su pensamiento eterno, que está siempre en su seno y por quien

todas las cosas han sido hechas.

Con esto respondemos a la misteriosa cuestión que está propuesta en los Proverbios: Dime el nombre de Dios y el nombre de su Hijo, si lo sabes. Porque sabemos que este excelso nombre, tan misterioso y tan oculto, es el nombre de Padre, entendido en este sentido profundo, que le hace concebir en la eternidad Padre de un Hijo igual a sí; y que el nombre de su Hijo es el nombre de Verbo, Verbo que él engendra eternamente, contemplándose a sí mismo, el cual es la expresión perfecta de su verdad, su imagen, su Hijo único, el resplandor de su claridad y la impresión de su sustancia.

Con el Padre y el Hijo, conocemos también al Espíritu Santo, el amor del uno y del otro, y su eterna unión. Este es aquel Espíritu que hace los profetas y que asiste en ellos, para descubrirles los consejos de Dios y los secretos del porvenir. Espíritu de quien esta escrito: El Señor me ha enviado, y su Espíritu, que está distinguido del Señor y que también es el Señor mismo; pues envía los profetas y les descubre las cosas futuras. Este Espíritu, que habla a los profetas y por los profetas, está unido al Padre y al Hijo, e interviene con ellos a la consagración del nuevo Hombre.

Así el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, un solo Dios en tres Personas, mostrado más oscuramente a nuestros padres, está claramente revelado en el nuevo Testamento. Instruidos de tan alto misterio, y atónitos de su profundidad incomprensible, cubrimos nuestro rostro delante de Dios con los querubines que vio Isaías, y adoramos con ellos a aquel que es tres veces Santo, y Santísimo.

Tocaba al Hijo único, que estaba en el seno del Padre y que sin salir de él venía a nosotros; a él tocaba el descubrirnos llenamente estos, admirables secretos de la naturaleza divina, que Moisés y los profetas solo superficialmente habían sabido.

A él tocaba hacernos comprender de que nace que el Mesías, prometido como un hombre que había de salvar a los demás hombres, fuese al mismo tiempo mostrado como Dios en número singular, y absolutamente, al modo con que nos h,a sido manifestado Creador nuestro: y esto es también lo que ha ejecutado, enseñándonos que, aunque hijo de Abraham, era antes que Abraham tuviese ser: que ha bajado del cielo, y que al mismo tiempo está en el cielo: que es Dios, hijo de Dios, y juntamente hombre, hijo del hombre: el verdadero Emmanuel; esto es, Dios con nosotros: en una palabra, el Verbo hecho carne, uniendo en su persona la naturaleza humana con la divina, a fin de reconciliar en sí mismo todas las cosas.

Así se nos han revelado los dos principales misterios, el de la beatísima Trinidad y el de la Encarnación. Pero el que nos los ha revelado, nos hizo hallar la imagen de ellos en nosotros mismos, a fin de que los tengamos siempre presentes y reconozcamos la dignidad de nuestra naturaleza.

En efecto, si imponemos silencio a nuestros sentidos y nos retiramos por un poco de tiempo ,a lo interior de nuestra alma, esto es, a aquella parte donde la verdad se hoce entender, allí veremos alguna imagen de la Trinidad que adoramos. El pensamiento, que sentimos nacer como fruto de nuestra mente, como hijo de nuestra inteligencia, nos da alguna idea del Hijo de Dios, concebido eternamente en la inteligencia del Padre celestial. Por eso el Hijo de Dios toma el nombre de Verbo, a fin de que entendamos que nace en el seno, del Padre, no como nace en los cuerpos, sí como nace en nuestra alma esta palabra interior, que allí sentimos cuando contemplamos la verdad.

Pero la fecundidad de nuestro espíritu no se termina en esta palabra interior, en este pensamiento intelectual, en esta imagen de la verdad que en nosotros se forma. Nosotros amamos así a esta palabra interior, como a la mente de que nace; y amándoles sentimos en nosotros cierta cosa, que no apreciamos menos que a nuestra mente, y a nuestro pensamiento, que es el fruto de ambos, que les une y se une a ellos, y no hace con ambos sino una misma vida.

Así, en cuanto puede hallarse alguna relación entre Dios y el hombre, así digo, se produce en

Dios el amor eterno, que sale del Padre, que conoce, y del Hijo, que es engendrado, por este conocimiento, para ser con los dos una misma naturaleza igualmente bienaventurada y perfecta.

En una palabra, Dios es perfecto; y su Verbo, imagen viva de una verdad infinita, no es menos perfecto que él: y su amor, que saliendo del manantial inagotable del bien, tiene de él toda la plenitud, no puede dejar de tener una infinita perfección; y siendo la idea de lo infinitamente perfecto, la única que tenemos de Dios, cada una de estas tres cosas, considerada en sí misma.merece ser llamada Dios: pero porque todas tres convienen necesariamente a una misma naturaleza, hacen todas tres un solo verdadero Dios.

Nada, pues, debe concebirse de desigual o separado en esta Trinidad adorable; y por incomprensible que sea esta igualdad, nuestra alma, si la escuchamos, nos dirá de ella alguna cosa njen importante para nosotros.

Criada el alma, y cuando sabe perfectamente lo que ella es, no es menor su inteligencia que la verdad de su ser. Amando ella su ser-con su inteligencia todo cuanto merecen ser amados, es su amor igual a uno y a otro en la perfección que tienen. Nunca estas tres cosas se separan, antes bien, en cada una se incluyen las demás. Nosotros entendemos que somos y que amamos, e igualmente amamos este ser y esta inteligencia que tenemos. ¿Quién lo podrá negar, si a sí mismo se supiere entender? Y no solamente cada una de estas cosas no es mejor que la otra, sí que todas tres juntas no son mejores que cada una en particular; porque cada una lo incluye todo, y en las tres consiste la felicidad y la dignidad de la naturaleza racional. Así, y con infinita superioridad, es perfecta c inseparable una en su esencia; y en fin, igual en todo sentido, la Trinidad, a la cual servimos y a quien estamos consagrados por el bautismo.

Pero nosotros mismos, que somos la imagen de la Trinidad, somos también, mirados a otra luz, la imagen de la Encarnación. Nuestra alma de naturaleza espiritual e incorruptible, tiene a sí unido un cuerpo corruptible, de cuya unión resulta un todo, que es el hombre, espíritu y cuerpo todo junto, incorruptible y corruptible, inteligente y puramente animal. Estos atributos convienen al todo, por relacionar cada una de sus dos partes: así el Verbo divino, cuya virtud todo lo sostiene, se une de un modo particular, o por mejor decir, él mismo se hace por una perfecta unión hijo de María, por lo cual es Dios y nombre juntamente engendrado en la eternidad y engendrado en tiempo: siempre vivo en el seno de su Padre, y muerto en la cruz por salvarnos y darnos la vida eterna.

Pero donde entra Dios, las comparaciones sacadas de cosas humanas siempre son imperfectas. Nuestra alma no tiene ser antes de nuestro cuerpo; y cuando esta de él separada, ya le falta algo de lo que tenía. El Verbo perfecto en si mismo desde la eternidad, solo se une a nuestra naturaleza por honrarla. Esta alma, que preside al cuerpo y causa en él diversas mudanzas, también tiene que padecer por causa suya; Si el cuerpo está alterado, obedeciendo al alma, queda ella turbada, queda afligida, queda agitada de mil maneras, o molestas o agradables, según las varias disposiciones del cuerpo; de suerte, que como el alma eleva el cuerpo a si, gobernándolo queda inferior a él en lo que por su causa padece. Pero en Jesucristo, el Verbo preside a todo, el Verbo lo tiene todo debajo de su mano. Así el hombre en él está elevado, y el Verbo de ningún modo llega a estar abatido. Inmóvil e inalterable, domina en todo y por todo a la naturaleza que le está unida.

De aquí nace que en Jesucristo el hombre absolutamente sujeto a la dirección íntima del Verbo, que le eleva a sí, no tiene pensamiento ni movimientos que no sean divinos, sin dejar de ser humanos. Todo lo que piensa, todo lo que quiere, todo lo que dice, todo lo que en lo interior oculta, todo lo que en lo exterior manifiesta, es animado por el Verbo, conducido por el Verbo, digno del Verbo, esto es digno de la razón misma, de la sabiduría misma y de la verdad misma. Todo es por esto luz en Jesucristo: su conducta es rectísima regla; sus milagros son divinas instrucciones; y sus palabras son espíritu y vida.

No es dado a todos entender bien estas sublimes verdades, ni ver perfectamente en sí esta maravillosa imagen de las cosas divinas, que S. Agustín y los demás Padres han creído tan ciertas.

Dejámonos gobernar mucho de los sentidos; y nuestra imaginación, que en todos nuestros pensamientos quiere mezclarse, no siempre nos permite detenernos en una luz tan pura y refulgente. No nos conocemos a nosotros mismos: ignoramos las riquezas que traemos en el fondo de nuestra naturaleza, y solamente los ojos más puros pueden percibirlas. Pero por poco que penetremos este secreto y que sepamos observar en nosotros la imagen de estos dos misterios, que son el fundamento de nuestra fe, es lo bastante para elevarnos sobre todo, sin que haya cosa mortal que pueda más inclinarnos a sí.

También nos llama Jesucristo a una gloria inmortal; y este es el fruto de la fe que tenemos por los misterios.

Este Dios Hombre, esta Verdad y esta Sabiduría encarnada, que nos hace y facilita creer cosas tan grandes sobre su autoridad sola, nos promete en la eternidad la clara y beatífica visión, como recompensa cierta y segurísima de nuestra fe.

De esta suerte, la misión de Jesucristo tiene una infinita superioridad a la de Moisés.

Moisés era enviado para despertar con temporales recompensas a los hombres sensuales y embrutecidos. Porque habiéndose hecho todo cuerpo y todo, carne, era preciso desde luego atraerles por los sentidos, e imprimir en ellos por este medio el conocimiento de Dios y el horror a la idolatría, a que estaba el género humano tan espantosamente inclinado.

Este era el ministerio de Moisés: a Jesucristo estaba reservado inspirar al hombre pensamientos más altos, y hacerle conocer con total evidencia la dignidad, la inmortalidad y la felicidad eterna de su alma.

En tanto que reinaba la ignorancia, esto es, durante los tiempos que precedieron a Jesucristo, lo que el alma conocía de su dignidad y de su inmortalidad, la inducía de ordinario al error. El culto a los hombres muertos era casi todo el fondo de la idolatría: casi todos los hombres sacrificaban a los manes, esto es, a las almas de los difuntos. Tan antiguos errores verdaderamente nos manifiestan cuan anciana era la creencia de la inmortalidad del alma; y nos muestran, que sin duda estaba colocada entre las primeras tradiciones del linaje humano. Pero el hombre, que lo viciaba todo, había tan extrañamente abusado de ella, que le inducía a sacrificar a los difuntos. Llegábase hasta el extremo de sacrificarles hombres vivos: daban la muerte a sus propios esclavos, y aun a sus propias mujeres, para que fuesen a servirles en el otro mundo. Los galos lo practicaban con otros muchos pueblos: y los indios, notados por los autores paganos entre los primeros defensores de la inmortalidad del alma, fueron también los primeros en introducir en la tierra, con el pretexto de religión, estos abominables homicidios. Los mismos indios se mataban a si mismos por adelantarse la felicidad de la vida futura; y esta lamentable ceguedad aun permanece el día de hoy entre aquellos pueblos: tan dañoso es enseñar la verdad en otro orden que el que Dios ha seguido; y explicar claramente al hombre todo lo que él es, antes que haya perfectamente conocido a Dios.

Falta fue de este conocimiento, que la mayor parte de los filósofos no pudiese creer inmortal el alma sin creerla parte de la divinidad, una divinidad ella misma, un ser eterno, tan increada como incorruptible, y sin principio como sin fin. ¿Qué diré de los que creían la transmigración de las almas, que las hacían girar desde los cielos a la tierra, después desde la tierra a los cielos, desde los animales a los hombres y desde los hombres a los animales; desde la felicidad a la miseria y desde la miseria a la felicidad: sin que estas revoluciones jamás tuviesen término ni orden cierto? ¡Oh, qué oscurecida estaba la justicia, la providencia y la bondad divina entre tantos errores! ¡Y cuán necesario era conocer a Dios y las reglas de su sabiduría, antes de conocer al alma y su naturaleza inmortal!

Por eso la ley de Moisés daba solamente a los hombres una primera demostración de la naturaleza del alma y de su felicidad. Hemos visto el alma hecha al principio por el poder de Dios, así como las demás criaturas; pero con este carácter particular, que fue hecha a su imagen y por su

divino aliento, a fin de que entendiese a quien pertenecía ella por su ser, y no se creyese jamás ser de la misma naturaleza que los cuerpos, ni formada del concurso de ellos. Pero las consecuencias de esta doctrina y las maravillas de la vida futura no fueron por entonces universalmente declaradas; tocaba al día del Mesías, que esta gran luz debiese del todo descubrirse y manifestarse al mundo.

Había Dios esparcido algunos rayos de esta luz en las antiguas Escrituras. Salomón había dicho ya, que Como el cuerpo vuelve a la tierra, de que ha salido, el espíritu vuelve a Dios, que lo ha dado. Los patriarcas vivieron en esta esperanza; y Daniel había profetizado que vendría tiempo En que los que duermen en el polvo, se despertarían; unos para la vida eterna; y otros para una eterna confusión, o fin de ver siempre. Pero al mismo tiempo que se le revelan estas cosas, ordénasele que selle el libro, y le tenga cerrado hasta el tiempo ordenado por Dios, para darnos a entender, que estaba reservado para otra sazón y para otro siglo el entero descubrimiento de aquellas verdades.

Pues aunque los judíos tuviesen en sus Escrituras algunas promesas de felicidades eternas; y hacia los tiempos del Mesías, en que habían de declararse, hablasen mucho más de ellas, como parece por los libros de la Sabiduría y de los Macabeos: tenía, con todo eso, esta verdad tan poca fuerza para hacer un dogma universal del antiguo pueblo, que los saduceos sin conocerla, no solo eran admitidos en la Sinagoga, sino elevados también al sacerdocio: que el poner por fundamento de la religión la fe de la vida futura, es uno de los caracteres del nuevo pueblo; y éste había de ser el fruto de la venida del Mesías.

No quiso el Señor por eso contentarse con decirnos que estaba reservada a los hijos de Dios una vida eternamente bienaventurada, sí que nos explicó también en que consistía. La vida bienaventurada es estar con él en la gloria de Dios, su Padre: es ver la gloria que tiene en el seno de su Padre, desde el origen del mundo: es que Jesucristo esté en nosotros, como en sus miembros; y que el amor eterno que el Padre tiene a su Hijo, extendiéndose sobre nosotros, nos colme de los mismos dones: la vida bienaventurada es, en una palabra, conocer al solo verdadero Dios, y a Jesucristo enviado por él; pero conocerle de aquel modo, que se llama la visión clara, la visión cara a cara, y descubiertamente: la visión, que reforma en nosotros y perfecciona la imagen de Dios, como dice S. Juan: Que le seremos semejantes, porque le veremos como él es. Esta visión será seguida de un amor inmenso, de un regocijo inexplicable, de un triunfo sin fin. Un aleluya eterno y un eterno amen, que se oyen resonar en toda la Jerusalén celestial, hacen ver desterradas todas las miserias y satisfechos todos los deseos: no hay allí, sino alabanzas de la Bondad divina.

Con tan nuevas recompensas era necesario que Jesucristo propusiese también nuevas ideas de virtudes: ejercicios más perfectos y más acendrados, el fin de la religión, el alma de las virtudes, y el compendio de la ley que es la caridad. Pero hasta Jesucristo, se puede decir, que la perfección y los efectos de esta virtud no eran enteramente conocidos. Jesucristo es propiamente quien nos enseña a contentarnos con Dios solo. Para establecer el reinado de la caridad y descubrirnos todas sus obligaciones, nos propone el amor de Dios basta aborrecernos a nosotros mismos, y perseguir con incesante ardor el principio de corrupción que en nuestro corazón tenemos todos. Nos, propone el amor del prójimo, hasta extender sobre todos los hombres esta inclinación benéfica, sin exceptuar a nuestros enemigos: nos propone la moderación de los deseos sensuales, hasta trancar nuestros propios miembros, esto es, lo que más viva y más íntimamente esta asido a nuestro corazón: nos propone la sumisión a las órdenes de Dios, hasta regocijarnos de las penalidades que nos envía: nos propone la humildad, hasta amar los oprobios por la gloria de Dios; y creer que ninguna injuria puede abatirnos tanto a vista de los hombres, que no estemos aun más abatidos en la presencia de Dios por nuestros pecados.

Sobre este fundamento de la caridad perfecciona él todos los estados de la vida humana. De allí nace que el matrimonio esté reducido a su forma primitiva: ya no se divide el amor conyugal, ni una tan santa sociedad tiene otro término que el de la vida, ni ven los hijos expeler a su madre para

poner en su lugar una madrastra. El celibato está mostrado como una imitación de la vida de los ángeles, únicamente ocupada de Dios y de las castas delicias de su amor. Los señores aprenden que deben servir a los demás y dedicarse a su bien: los inferiores reconocen el orden del cielo en las potestades legitimas, aun cuando abusan de su autoridad: esta consideración suaviza las penas de la sujeción y ya no le es molesta al verdadero cristiano la obediencia bajo de un dueño molesto.

A estos preceptos junta consejos de perfección eminente: renunciar todos los gustos: vivir en el cuerpo, como si se estuviese sin cuerpo: dejarlo todo: darlo todo a los pobres, para no poseer sino a Dios solo: vivir de poco y casi de nada; y esperar ese poco de la Providencia divina.

Pero la ley más ajustada al Evangelio es la de llevar cada uno su cruz. La cruz es la verdadera prueba de la fe, el verdadero fundamento de la esperanza, el perfecto acrisolamiento de la caridad: en una palabra el camino del cielo; y a este precio pone la vida eterna. El primero a quien promete nuestro Salvador en particular el reposo del siglo futuro es un compañero de su cruz: Tú serás hoy, dice, conmigo en el Paraíso. Así que estuvo en la cruz, el velo que cubría el santuario se rasgó de arriba abajo y se abrió a las almas santas el cielo. Al salir de los tormentos de la cruz y de los horrores de su suplicio, fue cuando se apareció a sus Apóstoles glorioso y vencedor de la muerte, a fin de que comprendiesen que la cruz era la puerta por donde había de entrar en su gloria, y que no mostraba a sus hijos otro camino.

Así fue dada al mundo en la persona de Jesucristo la imagen de una virtud cumplida, que nada tiene y nada espera sobre la tierra: que no halla en los hombres otra recompensa que persecuciones continuas: que no cesa de hacerles bien y se atrae con sus propios beneficios el último suplicio. Muere Jesucristo, sin hallar ni reconocimiento en los que obliga con inefables beneficios, ni fidelidad en sus amigos, ni equidad en sus jueces. Su inocencia, aunque reconocida, no le libra: su mismo Padre, en quien solo tenía puesta su esperanza, retira todas las señales de su protección. El Justo es entregado a sus enemigos, y muere en cuanto a la humanidad abandonado de Dios y de los hombres.

Pero era necesario hacer ver al hombre que sirve a Dios, que en los mayores extremos, no necesita de consuelo humano, ni aun de señal alguna sensible de socorro divino: que ame solamente y confíe; asegurado de que Dios cuida de él, aunque no se lo manifieste, y que le está reservada una eterna felicidad.

Buscando el más sabio de los filósofos la idea de la virtud, halló que como de todos los malos, aquel sería el peor, que sabiendo diestramente encubrir su malicia, fuese tenido por bueno y gozase con este arte de todo crédito que puede granjear la virtud; así había sin duda, de ser el más virtuoso, aquel a quein su virtud atrajese por su perfección la envidia de todos los hombres, de suerte que no tuviese en su favor sino su propia conciencia, y se viese expuesto a todo género de injurias, hasta ser clavado en una cruz, sin que puediese darle su virtud el débil socorro de eximirle de tal castigo. No parece que Dios puso esta maravillosa idea de la virtud en el entendimiento de un filósofo, sino para hacerla efectiva en la divina persona de su Hijo; y manifestar que el justo tiene otra gloria, otro reposo, en fin, otra felicidad, que la que puede gozarse en la tierra.

El logro de establecer esta verdad y mostrarla tan visiblemente cumplida en sí mismo a costa de su propia vida, era la mayor obra que pudiese hacer un hombre; y Dios la consideró tan grande, que la reservó a este Mesías tan prometido, a este hombre a quien ha hecho una misma persona con su único Hijo.

En efecto, ¿qué mayor cosa podía reservarse a un Dios, viniendo al mundo? ¿Y qué podía él hacer más digno de sí, que mostrar la virtud en toda su pureza; y la bienaventuranza eterna, a donde la conducen los mayores males del mundo?

Pero si llegamos a considerar lo más alto e íntimo que hay en el misterio de la cruz, ¿qué delicado y lince entendimiento humano podrá comprenderlo? Allí se nos muestran virtudes que sólo

un Hombre Dios era capaz de practicar. ¿Quién sino él podía ponerse en lugar de todas las víctimas antiguas, y anularlas, sustituyéndolas una víctima de dignidad y mérito infinito; y hacer que en adelante sólo él fuese ofrecido a Dios? Éste es el acto de religión que ejerce Jesucristo en la cruz. ¿Podía el Eterno Padre hallar entre los ángeles o entre los hombres una obediencia igual a la que encuentra en su muy amado Hijo, cuando, no habiendo poder para quitarle la vida, él voluntariamente la da por complacerle? ¿Qué diré de la perfecta unión de todos sus deseos con la divina voluntad, y del amor con que se mantiene unido a Dios, que estaba en él, reconciliándose con el mundo? En esta unión incomprensible abraza a todo el género humano; pacifica el cielo y la tierra; se sumerge con ardor inmenso en aquel diluvio de sangre, en que había de ser bautizado con todos los suyos; y hace salir de sus llagas aquel fuego del amor divino, que había de abrazar a toda la tierra. Pero lo que excede a toda la inteligencia es la justicia practicada por este Dios Hombre, que se deja condenar por el mundo, a fin de que el mundo quede eternamente condenado por la enorme iniquidad de esta sentencia. Ahora el mundo es juzgado, y el príncipe de este mundo está para ser expelido, como el mismo Jesucristo pronuncia. El infierno, que había avasallado al mundo, está a punto de perderle: insultando al inocente será forzado a dejar los culpados que tenía cautivos: la infeliz obligación que nos tenía en las manos de los ángeles rebeldes, es anulada: Jesucristo la ba fijado a su cruz, a ella la ha clavado, para borrarla con su sangre: el infierno despojado gime: la cruz es lugar de triunfo a nuestro Salvador: las potencias enemigas siguen, temblando, al carro del vencedor. Pero otro mayor triunfo se descubre a nuestra vista: la misma justicia divina queda también vencida: el pecador, que le era debido como su víctima, es arrancado de sus manos: ha hallado una caucion capaz de pagar por él un precio infinito. Jesucristo une a sí eternamente los escogidos, por quienes se da: sus miembros son y su cuerpo: ya el Eterno Padre no puede mirarles, sino en la cabeza de ellos: así extiende el Padre sobre todos el infinito amor que tiene a su Hijo. Su mismo Hijo es quien se lo pide: que no quiere estar separado de los hombres que ha redimido: Oh Padre mío, yo quiero, dice, que estén conmigo: llenos estarán de mi espíritu: gozarán de mi gloria: yo partiré con ellos hasta mi mismo trono. ¡Oh bondad infinita!

Después de tan gran beneficio ya no hay, ni debe haber, sino voces de alegría que puedan expresar nuestro reconocimiento. ¡Oh maravilla, exclama un gran filósofo y un gran mártir, oh trueque incomprensible y pasmoso artificio de la sabiduría divina! Uno solo padece y todos quedan libres. Deja Dios condenar a su Hijo inocente en atención a los hombres culpados, y perdona a los hombres culpados en atención a su Hijo inocente. El justo paga lo que no debe y libra a los pecadores de lo que deben: porque, ¿quién podía mejor encubrir nuestros pecados que su justicia? ¿Cómo podía quedar mejor espiada la rebelión de sus siervos, que por la obediencia de su Hijo? La iniquidad de muchos está ocultada dentro de un solo justo; y- la justicia de uno solo hace que muchos sean justificados. ¿Qué no podremos, pues, pretender? Aquel que nos ha amado siendo pecadores, hasta dar la vida por nosotros, ¿qué nos negará después que nos ha reconciliado y justificado por su sangre? Todo es para nosotros por Jesucristo, la gracia, la santidad, la vida, la gloria, la bienaventuranza: el reino del Hijo de Dios es nuestra herencia: nada hay que nos sea desproporcionado, como nosotros mismos no nos envilezcamos.

Al paso que Jesucristo colma nuestros deseos y excede a nuestras esperanzas, consuma la obra de Dios, empezada en tiempo de los patriarcas y en la ley de Moisés.

Entonces quería Dios hacerse conocer por experiencias sensibles: mostrábase magnífico en promesas temporales; bueno, colmando a sus hijos de bienes que lisonjean a los sentidos: poderoso, en librarles de las manos de sus enemigos: fiel en mantenerles en la tierra prometida a sus padres: justo, por las recompensas y los castigos que manifiestamente les enviaba según sus méritos.

Todas estas maravillas preparaban el camino a las verdades que Jesucristo venía a enseñar. Si Dios es tan bueno, que nos da hasta lo que desean nuestros sentidos, ¿cuánto mejor nos dará lo que apetece nuestro espíritu, hecho a su imagen? Si es tan tierno y benéfico con sus hijos, ¿incluirá acaso su amor y sus liberalidades solamente en estos pocos años que componen nuestra vida? ¿Dará

a los que ama con tan paternal e inefable cariño únicamente una sombra de felicidad, y una tierra fértil en trigo y en aceite? ¿No habrá otro país, en que con abundancia reparta los verdaderos e interminables bienes?

Sin duda que lo habrá, y Jesucristo nos le viene a mostrar. Porque en fin, el Omnipotente no habría hecho sino obras poco dignas de sí, cuando toda su magnificencia se terminase en grandezas expuestas a nuestros débiles sentidos. Todo lo que no es eterno, no corresponde a la majestad de un Dios eterno, ni a las insaciables esperanzas del hombre, a quien ha hecho conocer su eternidad: y aquella inalterable fidelidad que guarda a sus siervos, jamás tendría un objeto proporcionado, sino se extendiese a lo inmortal y subsistente.

Era, pues, necesario, que al fin Jesucristo nos abriese los cíelos, para descubrir a nuestra fe aquella ciudad permanente, en que todos hemos de reposar después de esta vida. Hácenos ver, que si Dios toma por su título eterno el nombre del Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob, es porque siempre están vivos a sus ojos aquellos santos hombres, pues leemos: Dios no es el Dios de los muertos: no es digno de él obrar como los hombres, que acompañan a sus amigos hasta el sepulcro, sin dejarles para más allá esperanza alguna; ni le sería decoroso llamarse con tanta fuerza el Dios de Abraham, si no hubiese fundado en el cielo una ciudad eterna, en que Abraham y sus hijos pudiesen vivir felices.

En esta forma nos ha declarado Jesucristo las verdades de la vida futura. También nos las muestra en la ley. La verdadera tierra prometida es el reino celestial. Esta es la bienaventurada patria, por la cual suspiraban Abraham, Isaac y Jacob: la Palestina no merecía que en ella se terminasen todos sus deseos, ni ser el único objeto de tan larga esperanza, como era la de nuestros primeros padres.

El Egipto, de que es necesario salir; el desierto, por el cual es preciso pasar; la Babilonia, cuyas cadenas es forzoso romper para entrar o para volver a nuestra patria, es el mundo con sus placeres y vanidades: en él es donde estamos verdaderamente cautivos y errantes, engañados por el pecado y por sus apetitos: es forzoso que sacudamos este yugo, para bailar en Jerusalén y en la ciudad de nuestro Dios la verdadera libertad y un santuario, no hecho de mano de hombre, donde la gloria del Dios de Israel se nos manifieste para nuestra suma felicidad.

Esta doctrina de Jesucristo nos ha descubierto el secreto de Dios: la ley es toda espiritual: sus promesas nos introducen en las del Evangelio y sirven allí de fundamento: una misma luz nos alumbra siempre: en tiempo de los patriarcas se levanta: crece en el de Moisés y de los profetas: Jesucristo, mayor que los patriarcas, más autorizado que Moisés y más ilustrado que todos los profetas, nos la muestra en su plenitud.

A este Cristo, a este Hombre Dios, a este Hombre, que ocupa sobre la tierra, como dice S. Agustín, el lugar de la verdad y la hace ver en persona residente entre nosotros; a este, digo, estaba reservado el mostrarnos toda la verdad, quiero decir, la de los misterios, la de las virtudes, y la de las recompensas que Dios ha destinado a los que ama y le aman.

Estas eran las grandezas que debían los judíos buscar en su Mesías: que no hay cosa tan grande, como llevar en sí mismo y descubrir entera a los hombres toda la verdad que les alimenta, que les dirige, y que purifica sus ojos hasta hacerles capaces de ver a Dios.

En el tiempo que la verdad había de mostrarse a los hombres con esta plenitud, estaba también ordenado que fuese anunciada por toda la tierra y en todos los tiempos. Dios no dio a Moisés sino un solo pueblo y un tiempo determinado: todos los siglos y todos los pueblos del mundo están dados a Jesucristo: en todas partes tiene sus escogidos; y su Iglesia, difundida por todo el universo, no cesa jamás de producirlos. Así dice: Id, enseñad a todas las naciones, bautizándolas en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo, e instruyéndolas en guardar todo lo que os he mandado; y mirad que yo estoy con vosotros hasta el fin de los siglos.

CAPÍTULO XX.
La venida del Espíritu Santo, el firmísimo establecimiento de la Iglesia, los justísimos juicios de Dios sobre los judíos y sobre los gentiles.

Para difundir en todos los lugares y en todos los siglos verdades tan altas, y poner en vigor prácticas tan acendradas en medio de la corrupción, era necesaria una virtud más que humana. Por eso promete Jesucristo enviar el Espíritu Santo, para fortificar a sus apóstoles y animar eternamente el cuerpo de la Iglesia.

Para hacerse manifiesta la fuerza del Espíritu Santo, habla de aparecer durante la enfermedad: Yo os enviaré, dice Jesucristo a sus apóstoles, lo que mi Padre ha prometido, que es el Espíritu Santo: entretanto reposad en Jerusalén: y nada intentéis hasta que estéis revestidos de la virtud del cielo.

Para conformarse con este orden, se mantienen encerrados los apóstoles ciertos días. El Espíritu Santo desciende en el tiempo señalado: las lenguas de fuego asentadas sobre ellos, denotan la eficacia de su divina palabra: la predicación empieza: los apóstoles dan testimonio de Jesucristo; dispuestos a padecerlo todo por sostener que le han visto resucitado: los milagros acompañan a sus palabras: en dos sermones de S. Pedro ocho mil judíos se convierten; y llorando su error se lavan en la sangre que cruelmente habían vertido.

Así fue la Iglesia fundada en Jerusalén y entre los judíos, a pesar de la incredulidad de casi toda la nación. Los discípulos de Jesucristo hacen ver al mundo una caridad, una fuerza y una dulzura que jamás compañía alguna había tenido. La persecución se levanta; la fe se aumenta; los hijos de Dios aprenden, más y más a no desear sino el cielo: los judíos con su obstinada malicia se atraen la venganza de Dios, y se anticipan las extremas calamidades de que estaban amenazados; su estado y sus cosas empeoran. En tanto que Dios continúa en separar de ellos un grande número, que coloca entre sus escogidos, es S. Pedro enviado a bautizar a Cornelio, centurión romano. Sabe primeramente por una visión celestial, y después por experiencia, que los gentiles son llamados al conocimiento de Dios. Jesucristo, quien quería convertirles, habla desde lo alto a S. Pablo, que había de ser el doctor de ellos; y coa un milagro inaudito hasta entonces, le hace de perseguidor, no solo defensor, sino celoso predicador de la fe: descúbrele el secreto profundo de la vocación de los gentiles por la reprobación de los judíos ingratos, que cada día se hacen más indignos del Evangelio. S. Pablo abre sus brazos a los gentiles: trata con una fuerza maravillosa estas importantes cuestiones siguientes: Si Cristo debía padecer; y si era el primero que debía anunciar su verdad al pueblo y a los gentiles, después de haber resucitado de entre los muertos: prueba la afirmativa con Moisés y con los profetas; y llama a los idólatras al conocimiento de Dios en nombre de Jesucristo resucitado. Conviértense ellos a tropas; y S. Pablo hace ver, que su vocación es un efecto de la gracia, que ya no distingue judíos ni gentiles. El furor y la envidia enajenan a los judíos: hacen terribles conjuraciones contra S. Pablo, irritados principalmente de que predique a los gentiles y les conduzca al verdadero Dios, entréganle en fin a los romanos, como habían hecho con Jesucristo. Conmuévese todo el imperio contra la recién nacida Iglesia; y Nerón, perseguidor de todo el género humano, fue el primer perseguidor de los fieles. Hace este tirano morir en Roma a San Pedro y S. Pablo. Roma queda consagrada con su sangre; y el martirio de S. Pedro, príncipe de los apóstoles, establece en la capital del imperio la silla principal de la religión. Acercábase entretanto el tiempo en que la venganza divina había de manifestarse contra los judíos impenitentes: el desorden se introduce en ellos; un falso celo les ciega y les hace odiosos a todos los hombres; sus falsos profetas les embelesan con promesas de su reino imaginario. Seducidos de sus engaños, no pueden sufrir ya más imperio alguno que sea legítimo, ni ponen límites algunos a sus atentados. Déjales Dios en manos del sentido reprobado. Tito mismo, que les arruina, reconoce que solo sirve de instrumento a Dios irritado contra ellos. Adriano acaba de exterminarles; y perecen con todas las señas de la venganza divina: echados de su tierra y esclavos por todo el universo, no tienen ya ni

templo, ni altar, ni sacrificio, ni provincia, ni se ve en Judá forma alguna de pueblo.

Dios entretanto había proveído lo conveniente a la eternidad de su culto: los gentiles abren los ojos y se unen espiritualmente con los judíos convertidos. Entran por este medio en la estirpe de Abraham; y hechos sus hijos por la fe, heredan las promesas que le habían sido hechas. Fórmase un nuevo pueblo; y el nuevo sacrificio, tan celebrado por los profetas, empieza a ofrecerse por toda la tierra.

Así se cumplió puntualmente el antiguo oráculo de Jacob. Judas se multiplica desde el principio más que todos sus hermanos; y habiendo siempre conservado una cierta preeminencia, recibe en fin el reino, como hereditario. Es más adelante reducido el pueblo de Dios a sola su estirpe; y contenido en su tribu, toma su nombre. Continúase en Judá este gran pueblo, prometido a Abrubam, a Isaac y a Jacob: en él se perpetúan las demás promesas, el culto de Dios, el templo, los sacrificios y la posesión de la tierra prometida, que ya no se llama sino la Judea. No obstante sus diversos estados, permanecen siempre los judíos en forma de pueblo reglado, y de reino, usando de sus leyes. Reconócese siempre nacer allí, o reyes, o magistrados y jueces hasta que el Mesías viene: viene, y poco a poco se va arruinando el reino de Judá. Queda enteramente destruido, y el pueblo judaico es echado, sin esperanza, de la tierra de sus padres. El Mesías se hace el único objeto de la esperanza de las naciones y reina sobre un nuevo pueblo.

Mas para guardar la sucesión y la continuidad, era preciso que este nuevo pueblo fuese ingerido, para decirlo así, en el primero; y como dice S. Pablo: El acebnche en el olivo, a fin de participar de su buena sustancia. Así, pues, ha sucedido, que la Iglesia establecida primeramente entre los judíos, recibió al fin a los gentiles, para formar con ellos un mismo árbol, un mismo cuerpo, un mismo pueblo; y hacerles participantes de sus gracias y de sus promesas. Lo que después de esto sucede a los judíos incrédulos en tiempo de Vespasiano y de Tito, no mira ya a la continuación del pueblo de Dios. Este es un castigo de rebeldes, que por su infidelidad a la semilla prometida a Abraham y a David, no son ya judíos ni hijos de Abraham sino solo según la carne; y renuncian la promesa que aseguraba la bendición a las naciones.

Así, esta última y espantosa desolación de los judíos, no es ya una transmigración, como la de Babilonia; no es una suspensión del gobierno, ni del estado del pueblo de Dios, ni del servicio solemne de la religión: el nuevo pueblo ya formado y continuado con el antiguo en Jesucristo, no es trasportado: se extiende y se dilata sin interrupción desde Jerusalén, donde debía nacer, hasta las extremidades de la tierra. Los gentiles, agregados a los judíos, se convierten de aquí adelante en los verdaderos judíos, en el verdadero reino de Judá, opuesto a aquel cismático y separado del pueblo de Dios; y en el verdadero reino de David, por la obediencia que rinden a las leyes y al Evangelio de Jesucristo, hijo de David.

Después del establecimiento de este nuevo reino, no es maravilla que todo pereciese en la Judea. El segundo templo de nada servia ya, después que el Mesías había cumplido en él lo que estaba notado por las profecías. Había este templo tenido la gloria que se le prometió, cuando el deseado de las naciones vino a él. La Jerusalén visible había obrado lo que le restaba que hacer; pues la Iglesia había tomado allí su nacimiento, y todos los días extendía desde allí sus ramas por toda la tierra. De nada sirven ya a Dios ni a la religión, la Judea ni los judíos; y es justo que en castigo de su obstinada dureza estén esparcidas sus ruinas por todo el mundo.

Esto es lo que les había de suceder en tiempo del Mesías, según Jacob, según Daniel, según Zacarías y según todos sus profetas; pero como han de volver algún día a este Mesías que desconocieron, y el Dios de Abraham aun no ha agotado sus misericordias sobre la estirpe, aunque infiel, de este patriarca, ha encontrado un medio, de que solo este ejemplar hay en el mundo, de conservar los judíos fuera de su provincia, y siempre dentro de su ruina, aun más largo tiempo que las naciones que les han vencido. Ya no se ve residuo alguno de los antiguos medos, ni de los antiguos persas, ni de los antiguos griegos, ni aun de los antiguos romanos. Sus vestigios se han

perdido, y están confundidos con los demás pueblos. Los judíos, que fueron el despojo de estas naciones antiguas, tan célebres en las historias, les han sobrevivido; y conservándoles Dios, nos tiene en expectación de lo que todavía quiere hacer de estos infelices residuos de un pueblo en otio tiempo tan favorecido. Entretanto, su obstinación sirve a la salud de los gentiles, y les da la ventaja de hallar en manos no sospechosas, las Escrituras, donde están profetizados Jesucristo y sus misterios. Entre otras cosas vemos en estas Escrituras, que tan cuidadosamente conservan los judíos, su ceguedad y sus calamidades. Así nos utilizamos de su desgracia: su infidelidad es uno de los fundamentos de nuestra fe: ellos nos enseñan a temer a Dios; y nos sirven de un espectáculo eterno de los juicios que ejerce sobre sus hijos ingratos, a fin de que aprendamos a no gloriarnos de las gracias hechas a nuestros padres.

Un misterio tan maravilloso y tan útil a la instrucción del género humano, es muy digno de consideración. Pero no necesitamos de discursos humanos para entenderlo. El Espíritu Santo ha cuidado de explicárnosle por boca de S. Pablo; y yo ruego a V. A. escuche lo que este apóstol escribió a los romanos.

Después de haber hablado del pequeño número de judíos que había recibido el bautismo, y de la ceguedad de los demás, entra en una profunda consideración del destino que ha de tener un pueblo favorecido con tantas gracias, y juntamente nos descubre el provecho que sacamos de su caída, y los frutos que producirá algún día su conversión. ¿Han caído, pues, dice, los judíos, para no volver jamás a levantarse? No lo quiera Dios. Pero su caída ha ocasionado la salud de los gentiles, a fin de que esta les cause una emulación, que les haga volver en sí. Que si su caída ha sido la riqueza de los gentiles, que se han convertido en tan gran número, ¡qué gracia no veremos resplandecer, cuando volverán ellos con plenitud! Si su reprobación ha sido la reconciliación del mundo, su nueva vocación ¿no será una resurrección de muerte a vida? Que si las primicias sacadas de este pueblo son santas, la masa lo es también; si la raíz es santa, las ramas asimismo lo son; y si algunas ramas han sido cortadas, y tú, gentil, que no eras sino un acebuche, has sido ingerido entre las ramas que han quedado en el olivo, de modo que participas de la sustancia que fluye de su raíz, cuida de no levantarte contra las ramas naturales. Que si te levantas, advierte, que no eres tú quien sostiene la raíz, sino que la raíz es la que te sostiene a ti. Puede ser que digas: las ramas naturales han sido cortadas, a fin de que yo fuese ingerido en su lugar. Es verdad: la incredulidad ha causado este tallo, y tu fe es la que te sostiene. Pero ten cuidado de no desvanecerte, y vive siempre temeroso: porque si Dios no ha reservado las ramas naturales, debes recelar, que aun menos te reservará a ti.

¿Quién no temblaría al escuchar estas palabras del Apóstol? ¿Podemos mirar sin espanto la venganza que tantos siglos ha se manifiesta contra los judíos, cuando S. Pablo de parte de Dios nos advierte, que nuestra ingratitud nos atraerá un semejante tratamiento? Pero escuchemos la continuación de este gran misterio. Prosigue el Apóstol en hablar a los judíos convertidos: Considerad, les dice, la clemencia y la severidad de Dios: su severidad con los que han decaído de su gracia; y su clemencia con vosotros, si permanecéis siempre firmes en el estado en que su bondad os ha puesto: de otro modo seréis, como ellos, cortados. Que si cesare su incredulidad serán nuevamente ingeridos; pues Dios, que los ha cortado, es bastantemente poderoso para volver a unirlos. Porque si vosotros habéis sido desunidos del acebuche, donde la naturaleza os había hecho nacer, para ser ingeridos en el olivo contra el orden natural; ¿cuanto más fácilmente las ramas naturales del mismo olivo, serán ingeridas en su propio tronco? Aquí se remonta el Apóstol sobre todo lo que acaba de decir; y entrando en las profundidades de los consejos de Dios, prosigue así su discurso: No quiero, hermanos míos, que ignoréis este misterio, a fin de que aprendáis a no presumir de vosotros mismos. Una parte de los judíos es la que ha caído en la ceguedad, a fin de que entretanto la multitud de los gentiles entrase en la Iglesia, y que así todo Israel se salvase, según está escrito: Saldrá de Sion un libertador, que desterrará la impiedad de Jacob: y he aquí la alianza: que yo seré con ellos, cuando habré borrado sus pecados.

Este lugar de Isaías, que cita aquí S. Pablo según los Setenta, como acostumbraba, por ser su

versión conocida por toda la tierra, es aun más fuerte en su original, y atendida su continuación. Porque ante todas cosas predice el profeta la conversión de los gentiles con estas palabras: Los de Occidente temerán el nombre del Señor, y los de Oriente verán su gloria. Después bajo de la figura de un río rápido, impelido de un viento impetuoso, ve Isaías desde lejos las persecuciones que harán crecer la Iglesia. En fin, el Espíritu Santo le descubre el destino de los judíos, y le declara: Que el Salvador vendrá a Sion, y se acercará a los de Jacob, que entonces se convertirán de sus pecados, y he aquí la alianza que haré con ellos. Mi espíritu que está en ti, o profeta, y las palabras que en tu boca he puesto, permanecerán eternamente, no solo en tu boca, sí también en la de tus hijos, ahora y siempre, dice el Señor.

Hácenos, pues, ver claramente, que después de la conversión de los gentiles, el Salvador, a quien Sion había desconocido y los hijos de Jacob habían desechado, se apiadará de ellos, borrará sus pecados, y les restituirá la inteligencia de las profecías, que durante un largo tiempo habrán perdido, para que pase sucesivamente y de mano en mano a toda la posteridad, y no esté ya olvidada.

Así, los judíos volverán algún día, y volverán para no extraviarse jamás; pero no volverán, sino después que el Oriente y el Occidente, esto es, todo el universo, estarán llenos del temor y del conocimiento de Dios.

El Espíritu Santo hace ver a S. Pablo, que esta bienaventurada restitución de los judíos será efecto del amor que Dios ha tenido a sus padres. Por eso acaba así su razonamiento: En cuanto al Evangelio, dice, que ahora os predicamos, los judíos son enemigos por causa vuestra: si Dios los ha reprobado, esto ha sido, o gentiles, por llamaros; pero en cuanto a la elección, por la cual eran escogidos desde el tiempo de la alianza jurada con Abraham, siempre permanecen en su amor, por causa de sus padres: porque los dones y la vocación de Dios son sin arrepentimiento. Y como vosotros nada creíais en otro tiempo, y habéis ahora alcanzado misericordia por la incredulidad de los judíos, habiendo Dios querido escogeros para que ocupéis su lugar; así los judíos no han creído que Dios haya querido tener misericordia de vosotros, a fin de que algún día ellos la reciban: porque todo lo ha incluido Dios en la incredulidad para tener de todos misericordia, y que todos conozcan la necesidad que tienen de su gracia.

¡Oh profundidad de los tesoros de la sabiduría y de la ciencia de Dios! ¡Cuán incomprensibles son sus juicios y cuán impenetrables sus caminos! Porque, ¿quién ha conocido los designios de Dios o ha penetrado sus consejos? ¿Quién ha sido el primero que se lo ha dado, para merecerle la recompensa, siendo de él, por el y en él todas las cosas? Séale, pues, tributada la gloria por el curso de todos los siglos.

Esto es lo que dice S. Pablo sobre la elección de los judíos, sobre su caída, sobre su vuelta, regreso o restitución, y en fin, sobre la conversión de los gentiles, que son llamados para ocupar su lugar y para restituirles al fin de los siglos a la bendición prometida a sus padres, esto es, a Cristo, a quien desconocieron. Hácenos ver este grande Apóstol la gracia, que pasa de pueblo a pueblo, para tener a todos en el temor de perderla; y nos muestra su invencible eficaz fuerza en que después de haber convertido los idólatras, se reserva por última obra el efecto de convencerla dureza y la perfidia judaica.

Por este profundo consejo de Dios subsisten aun los judíos entre las naciones en que están esparcidos y cautivos, pero subsisten con el carácter de su reprobación; decaídos visiblemente por su infidelidad de las promesas hechas a sus padres; desterrados de la tierra prometida, sin tener ni aun tierra que cultivar; esclavos en cualquiera parte que se hallan; sin honor, sin libertad, sjn figura alguna de pueblo, hi carácter alguno de estimación.

En este lamentable estado cayeron treinta y ocho años después que crucificaron a Jesucristo, y después de haber empleado en perseguir a sus discípulos el tiempo que se les dejó para arrepentirse. Pero en tanto que el antiguo pueblo está reprobado por su infidelidad, se aumenta el nuevo todos los

días entre los gentiles; la alianza hecha en otro tiempo con Abraham, su extiende, según la promesa, a todos los pueblos del mundo que habían olvidado a Dios: la Iglesia cristiana llama a él a todos los hombres; y durando tranquila muchos siglos entre persecuciones inauditas, les enseña a no esperar su felicidad sobre la tierra, pues solo la hallarán en el cielo.

Este era, serenísimo señor, el más digno fruto del conocimiento de Dios, y el efecto de aquella gran bendición que debía el mundo esperar por Jesucristo. Iba esta difundiéndose cada día de familia en familia y de pueblo en pueblo: y cada día los hombres abrían más los ojos, para conocer la ceguedad en que los había sumergido la idolatría; y a pesar de todo el poder romano, se veía a los cristianos, sin rebelión, sin causar alboroto alguno, y sufriendo solamente todo género de inhumanidades, mudar el semblante del mundo y extenderse por todo el universo.

La prontitud inaudita con que se hizo esta gran mutación, es un milagro visible. Jesucristo había profetizado que su Evangelio sería bien presto predicado por toda la tierra: esta maravilla había de suceder inmediatamente después de su muerte; y este Señor había dicho, que después que le habrían elevado de la tierra, esto es, que le habrían clavado en la cruz, atraería a sí todas las cosas. Aun no habían sus apóstoles acabado su curso, y ya S. Pablo decía a los romanos: Que su fe estaba anunciada a todo el mundo. Decía a los colosenses, que el Evangelio estaba oído de toda criatura, que se hallaba debajo del cielo; que estaba predicado; que fructificaba; y que crecía por todo el universo. Una tradición constante nos asegura que Santo Tomás le llevó a las Indias, y los demás a otros países remotos. Pero no se necesita ya de historiadores para confirmar esta constante verdad: el efecto habla, y bastantemente se ve con cuanta razón S. Pablo aplica a los apóstoles estas palabras del Salmista: Sus voces han hecho oir por toda la tierra, y su palabra ha sido conducida hasta las extremidades del mundo Â«. Casi no había país tan desconocido, donde bajo de sus discípulos no hubiese penetrado el Evangelio. Cien años después de Jesucristo contaba ya S. Justino5 entre los fieles a muchas naciones salvajes, y hasta aquellos pueblos vagabundos, errantes sobre carros. de una parte a otra, sin tener mansión fija. No era esta una vana exageración: era un hecho constante y notorio, que exponía en presencia de los emperadores y a vista de todo el universo. Viene poco después S. Irineo, y se ve crecer la numeración que se hacía de las Iglesias. Su concordia era admirable: lo que se creía en las Galias, en las Españas, en la Germania, se creía en Egipto y en el Oriente; y como no había sino un mismo sol en todo el universo, así se veía en toda la Iglesia desde la una hasta la otra extremidad del mundo la misma luz de la verdad.

Por poco que se pase adelante, pasman los progresos que se ven en medio del tercer siglo: Tertuliano y Orígenes hacen ver dentro de la Iglesia pueblos enteros, que poco antes no estaban. Los que Orígenes exceptuaba, que eran los más distantes del mundo conocido, son puestos un poco después por Arnobio. ¿Qué podía el mundo haber visto, para rendirse con tanta prontitud a Jesucristo? Si vio milagros, visiblemente se manifestó en ellos la mano de Dios. Y si fuera posible que no los hubiese visto: ¿No sería un nuevo milagro, mayor y más increíble que los que no son creídos, haber convertido al mundo sin milagro? ¿Haber hecho penetrar a tantos ignorantes tan altos misterios? ¿Haber inspirado a tantos sabios una humilde sumisión? ¿Y haber persuadido tantas cosas increíbles a los incrédulos? ¿Qué mayor portento, repito?

Pero el milagro de los milagros, si me es lícito hablar así, es que con la fe de los misterios, las virtudes más eminentes y las prácticas más penosas y pías al mismo tiempo se han esparcido e infundido por toda la tierra. Por los caminos más difíciles han seguido a Jesucristo sus discípulos. El sufrirlo todo por la verdad ha sido entre sus hijos un ejercicio ordinario; y por imitar a su Salvador, han corrido con más vehemente ardor a los tormentos, que los demás a las delicias. No se pueden numerar los ejemplos de los ricos que se han empobrecido por ayudar a los pobres, ni de los pobres que han preferido la pobreza a las riquezas, ni de las vírgenes que han imitado en la tierra la vida de los ángeles, ni de los pastores o prelados caritativos que se han reducido a todo por todos, siempre prontos a dar a su rebaño, no solo sus desvelos y sus trabajos, sí también sus propias vidas. ¿Qué diré de la penitencia y mortificación? No administran los jueces más severamente la justicia contra

los reos, que los pecadores penitentes la han ejercitado consigo mismos por satisfacer a la divina. Mucho más: los inocentes han castigado en sí con rigor increíble esta espantosa inclinación que tenemos nosotros al pecado. La vida de S. Juan Bautista, que tan asombrosa pareció a los judíos, se ha hecho común entre los fieles: los desiertos han estado poblados de sus imitadores; y ha habido allí tantos solitarios, que algunos más perfectos se han visto precisados a buscar soledades más profundas: tanto se ha huido del mundo y tanto se ha apetecido la vida solitaria, para lograr la angélica, tratando solo con Dios.

Tales eran los frutos preciosos que había de producir el Evangelio. Que no es menos rica la Iglesia en ejemplos que en preceptos; y su doctrina ha parecido santa, produciendo una infinidad de santos Dios, quien sabe que las más robustas virtudes nacen entre las penalidades, la fundó con el martirio; y por el curso de trescientos años la luvo en este estado, sin que un solo momento tuviese de reposo. Después que el mismo Señor hizo ver por tan larga experiencia, que no necesitaba de socorro humano ni de las potencias de la tierra para establecer su Iglesia, llamó en fin a ella a los emperadores e hizo del gran Constantino un protector declarado del cristianismo. Después de este tiempo, los reyes han acudido a la Iglesia de todas partes; y cuanto estaba escrito en las profecías, tocante a su gloria futura, se ha cumplido a vista de todo el mundo.

Pues si ella ha sido invencible contra los esfuerzos de afuera, no menos lo ha sido contra las divisiones intestinas. Llegaron aquellas herejías tan profetizadas por Jesucristo y por sus apóstoles;, y la fe perseguida de los emperadores, padecía al mismo tiempo una persecución más dañosa de los herejes. Pero nunca fue esta más violenta, que cuando se vio cesar la de los paganos. Hizo el infierno entonces sus mayores esfuerzos para destruir por sí misma esta Iglesia, a quien los combates de sus enemigos declarados habían dado mayor firmeza. Apenas empezaba a respirar con la paz que le dio Constantino, cuando he aquí que Arrio, aquel infeliz sacerdote, le suscitó mayores turbaciones que las que antes había padecido. Constancio, hijo de Constantino, seducido por los arrianos, cuyo dogma autoriza, atormenta a los católicos por toda la tierra: nuevo perseguidor del cristianismo. y tanto más espantoso, cuanto debajo del nombre de Jesucristo hace la guerra a Jesucristo mismo. Por colmo de las desgracias, dividida así la Iglesia, cae en las manos de Juliano Apóstata, que nada hay que no practique para destruir el cristianismo, y no halla medio más a propósito que el de fomentar las facciones que le tenían despedazado. Sucédele un Valente, tan afecto a los arrianos como Constancio, pero más violento. Otros emperadores protegen a otras herejías con igual furor. La Iglesia aprende por tantas experiencias, que no tiene menos que sufrir bajo de los emperadores cristianos, que lo que había tolerado en tiempo de los emperadores infieles, y que debe verter su sangre por defender, no solo el todo de su doctrina, sí aun también cada artículo particular de ella. En efecto, ninguno ha habido que no le haya visto impugnado, aun por sus mismos hijos. Mil sectas y mil herejías, apóstatas de su doctrina, se han levantado contra ella. Pero si ha visto su nacimiento, según las predicciones de Jesucristo, también ha visto la caída de ellas según sus promesas, tan indefectibles como divinas; aunque frecuentemente sostenidas aquellas por los emperadores y por los reyes. Sus verdaderos hijos han sido, como dice S. Pablo, reconocidos por esta prueba: la verdad ha quedado más justificada cuanto más ha sido combatida, y la Iglesia ha permanecido incontrastable.

CAPÍTULO XXI.
Reflexiones particulares sobre el castigo de los judíos, y sobre las profecías de Jesucristo, quien lo había predicho y expresado bien claramente.

En tanto que he trabajado en manifestar y demostrar a V. A. sin interrupción la continuación de los consejos de Dios en la perpetuidad de su pueblo, he pasado aceleradamente por muchos sucesos que merecen reflexiones profundas. Séame, pues, permitido retroceder a ellos, para no dejar perder a V. A. cosas tan grandes.

Y primeramente le suplico, que considere con una atención más particular la caída de los judíos, cuyas circunstancias todas dan testimonio del Evangelio. Tenemos las explicadas por los autores infieles, por judíos y por paganos, que sin entender ellos la continuación de los consejos de Dios, nos han contado y referido claramente los hechos importantes con que el mismo Señor ha querido declararla.

Tenemos a Josefo, autor judío, historiador muy fiel y muy instruido de las cosas de su nación, cuyas antigüedades también ilustró con una obra admirable. Este describió la última guerra que causó su ruina, después de haberse hallado presente a todo y servido a su provincia con un comando considerable.

También nos suministran lo necesario los judíos autores muy ancianos, cuyos testimonios verá V. A., tienen comentarios antiguos sobre los libros de la Escritura, y entre otros las Parafrases caldaicas, que imprimen con sus Biblias. Tienen el libro que llaman Talmud, esto es, doctrina que no respetan menos que la misma Escritura. Este es una recopilación de los tratados y de las sentencias de sus antiguos maestros; y aunque las partes de que esta grande obra está compuesta no sean todas de una misma antigüedad, los últimos autores que en ella se citan, vivieron en los primeros tiempos de la Iglesia. Allí entre una infinidad de fábulas impertinentes, que por la mayor parte se ven empezar después de los tiempos de nuestro Señor, se hallan admirables residuos de las tradiciones antiguas del pueblo judaico y de las pruebas para convencerle.

Y desde luego es cierto por confesión de los mismos judíos, que jamás la venganza divina se ha declarado más terrible ni más visiblemente que en esta postrera desolación.

Es tradición constante, testificada en su Talmud y confirmada por todos sus rabinos, que cuarenta años antes de la ruina de Jerusalén, que con poca diferencia conviene con el tiempo de la muerte de Jesucristo, se veían incesantemente en el templo cosas extrañas. Todos los días se dejaban allí ver nuevos prodigios; de suerte que un famoso rabino exclamó un día: *Oh templo, oh templo, ¿quién es el que te mueve, y por qué tú a ti mismo te atemorizas?*

¿Qué cosa hay más notada que aquel ruido espantoso que fue oído por el sacerdote en el santuario el día de Pentecostés; y aquella voz clara que salió de lo interior de aquel lugar sagrado: *Salgamos de aquí, salgamos de aquí*? Los santos ángeles protectores del templo altamente declararon que le abandonaban, porque Dios, que había establecido su mansión en él por tantos siglos, lo había reprobado.

Josefo y Tácito refirieron también este prodigio, el cual fue solamente advertido de los sacerdotes; pero aquí hay otro que resaltó a vista de todo el pueblo y tal que ninguno jamás había visto cosa semejante. *Cuatro años antes de la declaración de la guerra, un paisano,* dice Josefo, empezó a gritar: *Una voz ha salido de hacia el Oriente: una voz ha salido de hacia el Occidente: una voz ha salido de hacia los cuatro vientos: voz contra Jerusalén y contra el templo: voz contra los recién casados y recién casadas: voz contra todo el pueblo.* Y desde entonces no cesó día ni noche de gritar*: Ay de ti, Jerusalén! Ay de ti, Jerusalén!* Redoblaba sus clamores los días de fiesta, y ninguna otra palabra salió jamás de su boca: los que le compadecían, los que le maldecían, los que le socorrían en sus necesidades, jamás le oyeron sino esta terrible palabra: *Ay de ti, Jerusalén.* Fue

preso, preguntado y condenado a azotes por los magistrados: a cada pregunta y a cada golpe respondía sin lamentarse nunca: *Ay de ti, Jerusalén.* Echado de allí como un insensato, corría todo el país, repitiendo sin cesar su triste predicción; y continuó siete años en gritar de aquel modo, sin descansar y sin que se le debilitase la voz. Al tiempo del último sitio de Jerusalén, se encerró en la ciudad, dando vueltas infatigablemente por las murallas y gritando con toda su fuerza: *Ay del templo: Ay de la ciudad: Ay de todo el pueblo:* al fin añadió: *Ay de mí mismo,* y a este tiempo fue arrebatado de una piedra lanzada de una máquina.

¿Podía, señor, haber aliento para negar que la venganza divina se había hecho como visible en aquel hombre, que no subsistía sino para pronunciar sus sentencias? Que le había llenado de su fuerza, a fin de que sus gritos igualasen a las desventuras de su pueblo? Y por último, que debía él perecer por un efecto de aquella misma venganza que tan largo tiempo había anunciado, a fin de hacerla más palpable y más presente, cuando fuese no solamente el profeta y el testigo, sino también la víctima?

Este profeta de las calamidades de Jerusalén se llamaba Jesús. Parecía que el nombre de Jesús, nombre de salud y de paz, debía convertirse en los judíos, que le despreciaban en la persona de nuestro Salvador, en un funesto presagio; y que habiendo aquellos ingratos desechado a un Jesús que les anunciaba la gracia, la misericordia y la vida, Dios les enviase otro Jesús, que no tenía que anunciarles sino males irremediables y el inevitable decreto de su próxima ruina.

Penetremos más en lo interior de los juicios de Dios, debajo de la luz de sus Escrituras. Jerusalén y su templo han sido dos veces destruidos: la una por Nabucodonosor; la otra por Tito. Pero en cada uno de estos dos tiempos, la justicia de Dios se ha declarado por unos mismos medios, aunque más descubiertamente en la postrera.

Para entender mejor este orden de los consejos de Dios, supongamos primero esta verdad, tan frecuentemente establecida en las sagradas letras: esto es, que uno de los más terribles efectos de la venganza divina, es cuando en castigo de nuestros pecados precedentes, nos abandona a nuestro sentido reprobado, de suerte, que estamos sordos a todas las sabias advertencias, ciegos a los caminos de la salud que se nos muestran - prontos a creer todo lo que nos pierde, como nos lisonjee; y atrevidos a intentarlo todo, sin medir jamás nuestras fuerzas con las de los enemigos, a quienes irritamos.

Así perecieron la primera vez bajo la mano de Nabucodonosor, rey de Babilonia, Jerusalén y sus príncipes. Débiles y siempre derrotados por aquel príncipe victorioso, habían frecuentemente esperimentado, que todos los esfuerzos que contra él hacían, eran siempre infructuosos; y así se vieron precisados a jurarle fidelidad. El profeta Jeremías les declaraba de parte de Dios, que Dios mismo les había puesto en manos de aquel príncipe, y que no había para ellos otra salud que sujetarse al yugo. Decía a Sedecías, rey de Judea, y todo su pueblo: Sujetaos a Nabucodonosor, rey de Babilonia, a fin de que viváis ¿por qué queréis perecer y hacer de esta ciudad un desierto? Ellos no le creyeron, y teniéndoles Nabucodonosor estrechamente cerrados con los prodigiosos trabajos de que había circunvalado a su ciudad, se dejaban encantar de sus falsos profetas, que les llenaban el espíritu de victorias imaginarias, y les decían en nombre de Dios, aunque no eran enviados de él: Yo he roto el yugo del rey de Babilonia: dos años solos os faltan que llevarle; y después veréis a este príncipe forzado a volveros los vasos sagrados que ha robado al templo. Engañado el pueblo por estas promesas, sufría la hambre, la sed y los males más extremos; y tanto hizo con su audacia insensata, que ya no hubo para él más misericordia. La ciudad fue arruinada, el templo quemado y todo perdido.

Por estas señas conocieron los judíos que la mano de Dios estaba sobre ellos. Pero a fin de que la venganza divina les fuese tan manifiesta en la última ruina de Jerusalén, como lo había sido en la primera, se vio en una y en otra la misma seducción, la misma temeridad y la misma obstinación.

Aunque su rebelión hubiese atraído sobre sí las armas romanas, y sacudiesen temerariamente un yugo bajo del cual había doblado la cerviz todo el universo, no quería Tito arruinarles: antes bien hizo frecuentemente ofrecerles el perdón, no sólo al principio de la guerra, sino aun cuando no podían librarse ya de sus manos. Había ya levantado al rededor de Jerusalén una larga y gruesa muralla, fortificada de torres y reductos tan fuertes como la ciudad misma, cuando les envió a Josefo su conciudadano, uno de sus capitanes y uno de sus sacerdotes, que había quedado prisionero, defendiendo su país en esta guerra. ¿Qué no les dijo éste para moverles? ¿De qué fuertes razones no se valió para convidarles a reducirse a la obediencia? Hízoles ver el cielo y la tierra conjurados contra ellos: su ruina inevitable en la resistencia; y juntamente su salud en la clemencia de Tito. Salvad, les decía, la Ciudad Santa: salvaos a vosotros mismos: salvad este templo, maravilla del mundo, que los romanos respetan; y que no sin su pesar le ve Tito perecer. Pero, ¿cómo se habían de salvar gentes tan obstinadas en quererse perder? Seducidos de sus falsos profetas, no escuchaban estos sabios discursos. Estaban reducidos al extremo: la hambre mataba más que la guerra; y los hijos eran alimento de las madres. Compadecido Tito de sus calamidades, ponía a sus dioses por testigos de no ser él la causa de su ruina. Durante estas desventuras, daban más fe alas falsas predicciones que les prometían el imperio del universo. Aun mucho más: estaba ya tomada la ciudad y el fuego dado a ella por todos lados; y aquellos insensatos creían todavía a los falsos profetas, que les aseguraban haber llegado el día de su salud, a fin de que siempre resistiesen y no hubiese para ellos más misericordia. En efecto, todo fue mortandad, la ciudad fue totalmente arruinada; y fuera de algunos fragmentos de torres, que dejó Tito para que sirviese de monumento a la posteridad, no quedó allí piedra sobre piedra.

Ya ve, pues, V. A. manifestarse sobre Jerusalén la misma venganza que otra vez se dejó ver en tiempo de Sedecias. Tito es también enviado de Dios como Nabucodonosor; los judíos pereceo del mismo modo; en Jerusalén se ve la misma rebelión, la misma hambre, los mismos extremos, las mismas tragedias, los mismos caminos de salud abiertos, la misma seducción, la misma obstinación, la misma caída; y a fin de que todo sea semejante, el segundo templo es abrasado por Tito el mismo mes y el mismo día que lo había sido el primero, bajo de Nabucodonosor: preciso era que todo estuviese denotado, y que el pueblo no pudiese dudar de la venganza divina.

Hay, con todo eso, entre estas dos caídas de Jerusalén y de los judíos notables diferencias; pero todas se dirigen a evidenciar en la última una justicia más rigurosa y más declarada. Nabucodonosor hizo poner fuego al templo: Tito nada omitió por salvarlo; aunque sus capitanes le representasen que en tanto que subsistiese éste, los judíos, que creían dependiente de él su destino, no cesarían jamás de ser rebeldes. Pero el día fatal había llegado: era éste el décimo de agosto que ya se había visto abrasar el templo de Salomón, cuando sin embargo de las prohibiciones de Tito, pronunciadas delante de los romanos y de los judíos, y a pesar de la natural inclinación de los soldados, que había de moverles más a saquear que a consumir tantas riquezas, un soldado impelido, dice Josefo, de inspiración divina, se hizo levantar por sus compañeros a una ventana, e introdujo el fuego en aquel augusto templo. Tito acude, Tito manda que apresuradamente se extinga la llama que nacía; pero prende por todas partes en un instante y el admirable edificio queda reducido a cenizas.

Y si la obstinación de los judíos en tiempo de Sedecías era el efecto más terrible y la señal más segura de la venganza divina, ¿qué diremos de la ceguedad que mostraron en el de Tito?

En la primera ruina de Jerusalén había a lo menos concordia entre los judíos; en la última, sitiada Jerusalén por los romanos, estaba despedazada por tres facciones enemigas. Si el odio que tenían contra los romanos tocaba ya en el furor, no estaban menos encarnizadas las unas contra las otras: los combates de afuera costaban menos sangre a los judíos que los de adentro: un momento después de resistidos los asaltos del extranjero, renovaban los ciudadanos su interna guerra: la violencia y el latrocinio reinaban en toda la ciudad: parecía ella, y no parecía, sino un gran campo cubierto de cadáveres, y las cabezas de las facciones peleaban matándose por la preferencia en el

mando. ¿No sería esto una imagen del infierno, donde los condenados, no menos se aborrecen unos a otros que aborrecen a los demonios, que son sus enemigos comunes; y donde todo está lleno de soberbia, de horrible confusión y de furiosa rabia?

Confesemos, pues, serenísimo señor, que la justicia que Dios hizo de los judíos por Nabucodonosor, no era más que una sombra de la que Tito fue ministro. ¿Qué ciudad vio jamás perecer un millón y cien mil hombres en siete meses de tiempo y en un solo sitio? Esto es lo que vieron los judíos en el último de Jerusalén. Nada semejante habían padecido con los caldeos. Bajo de ellos solo duró setenta años su cautiverio: mil y seiscientos ha que son esclavos por todo el universo, y aun no hallan alivio alguno en so esclavitud y desolación

No hay, pues, de que admirarse de que Tito victorioso después de la toma de Jerusalén, rehusase las enhorabuenas de los pueblos vecinos y las coronas que le enviaban para honrar su victoria. Tantas memorables circunstancias; la ira de Dios tan manifiesta; y su omnipotente mano, que aun estaba tan presente a su vista, le tenían en un profundo pasmo, y esto es lo que le hizo decir lo que V. A. ha oído: que él no era el vencedor: que no era sino un débil instrumento de la divina venganza.

Y no sabía él todo el secreto; pues no había llegado la hora en que los emperadores debiesen reconocer a Jesucristo. Este era el tiempo de las humillaciones y de las persecuciones de la Iglesia. Por eso Tito, aunque bastantemente ilustrado para conocer que perecía la Judea por un efecto manifiesto de la justicia divina, no comprendió qué delito había Dios querido castigar tan terriblemente: y era el delito mayor de todos los delitos; delito hasta entouces no oído: era el Deicidio, que también mereció una venganza de que aun no había el mundo visto ejemplo alguno.

Pero si abrimos un poco los ojos y consideramos la continuación de las cosas, ni este delito de los judíos ni su castigo puede ocultársenos.

Acordémonos solamente de lo que Jesucristo les había profetizado. Había profetizado la total ruina de Jerusalén y del templo: No quedará, dijo, piedra sobre piedra. Había profetizado el modo de que esta ciudad ingrata sería sitiada; y aquella espantosa circunvalación que había de ceñirla: había profetizado aquella horrible hambre que atormentaría a sus ciudadanos; y no había olvidado los falsos profetas, de quienes se dejarían seducir. Había advertido a los judíos que el tiempo de su desventura estaba cerca: había dado señales ciertas que denotasen la hora precisa: habíales explicado la larga continuación de delitos que les atraería este castigo: en una palabra, les había hecho visible toda la historia del sitio y de la desolación de Jerusalén, sin omitir circunstancia alguna.

Y observe V. A. que el Señor les hizo estas predicciones hacia el tiempo de su pasión, a fin de que conociesen mejor la causa de todos sus males e infelicidades. Acercábase su pasión, cuando les dijo: La Sabiduría divina os ha enviado profetas, sabios y doctores: vosotros mataréis a los unos, crucificaréis a los otros; les azotaréis en vuestras sinagogas; les perseguiréis de pueblo en pueblo, a fin de que toda la sangre inocente que ha sido derramada sobre la tierra, recaiga sobre vosotros desde la sangre de Abel, el Justo, hasta la sangre de Zacarías, hijo de Baraquías, que habéis muerto entre el templo y el altar. En verdad os digo, que todas estas cosas vendrán sobre la generación presente. Jerusalén, Jerusalén, que matas a los profetas y apedreas a los que te son enviados, ¡cuántas veces he querido recoger tus hijos, como una gallina recoge a sus polluelos debajo de sus alas, y tú lo has rehusado! El tiempo se acerca en que vuestras casas quedarán desiertas.

Esta es la historia de los judíos. Ellos han perseguido a su Mesías, en su persona y en la de los suyos: han conmovido a todo el universo contra sus discípulos y no les han dejado reposar en parte alguna: han armado a los romanos y a los emperadores contra la recién nacida Iglesia: ellos han apedreado a S. Esteban; han quitado la vida a los dos Santiagos, a quienes su santidad hacia venerables entre ellos mismos; han sacrificado a S. Pedro y S. Pablo con la espada y con las manos de los gentiles, a quienes irritaban. Preciso es que perezcan. Tanta sangre mezclada con la de los

profetas, a quienes han muerto, clama por la venganza delante de Dios: Sus casas y su ciudad están próximas a quedar desiertas: su desolación no será menor que su delito: Jesucristo se lo ha advertido: el tiempo se acerca: Todas estas cosas sucederán sobre la generación presente. Y también: Esta generación no pasará,.sin que estas cosas sucedan; como si dijese, que los hombres que vivían entonces, debían ser testigos de todas ellas.

Pero escuchemos la continuación de las profecías de nuestro Salvador. Al hacer su entrada en Jerusalén algunos días antes de su acerbísima muerte, compadecido el Señor de los males que esta muerte debía atraer a aquella ciudad infeliz, la mira llorando: Ah, dice, ciudad desgraciada, si tú a lo menos conocieses en este día que aun se te ha dado, para arrepentirte, lo que podría atraerte la paz pero todo esto es ahora oculto a tus ojos. Vendrá el tiempo en que tus enemigos te circunvalarán de trincheras: te cerrarán y estrecharán por todas partes, y te destruirán enteramente a ti y a tus hijos, y no dejarán en ti piedra sobre piedra, porque no has conocido el tiempo en que Dios te ha visitado.

Esto era demostrarles bastantemente claro, así el modo del sitio, como los últimos efectos de la venganza. Pero era también preciso que no fuese Jesucristo al suplicio, sin anunciar a Jerusalén cuanto sería algún día castigada, por haberle tratado con tanta indignidad. Cuando iba al Calvario, llevando la cruz sobre sus hombros, era seguido de una gran multitud de pueblo y de mujeres, que se daban golpes en los pechos, y lloraban su muerte. Detúvose, volvióse hacia ellas, y les dijo estas palabras: Hijas de Jerusalén, no lloréis por mí; pero llorad por vosotras mismas y por vuestros hijos; porque se acerca el tiempo en que se dirá: ¡Dichosas los estériles! ¡Felices las entrañas que no han traído hijos, y los pechos que no los han alimentado! Entonces empezarán a decir a los montes: caed sobre nosotros; y a los collados: cubridnos, porque si la leña verde es tratada así, ¿qué le sucederá a la seca? Si el inocente, si el justo padece tan riguroso castigo, ¿qué deben esperar los culpados?

¿Lloró nunca Jeremías más amargamente la horrible ruina de los judíos? ¿De qué palabras más fuertes podía usar nuestro Salvador, para hacerles entender sus calamidades, su desesperación, y aquella horrible hambre, funesta a los hijos y funesta a las madres, que veían secarse sus pechos; que no tenían sino lágrimas que dar a sus hijos; y que comieron el fruto de sus entrañas?

CAPÍTULO XXII.
Explícanse dos memorables profecías de nuestro Señor y se justifica su cumplimiento por la Historia.

Tales son las profecías que hizo Jesucristo a todo el pueblo. Las que hizo en particular a sus discípulos, aun son dignas de mayor atención. Hállanse comprendidas en aquel largo y maravilloso discurso, en que junta lamina de Jerusalén con la del universo: enlace que no carece de misterio; he aquí su diseño.

Jerusalén, ciudad bienaventurada, escogida del Señor, fue, en tanto que se mantuvo en la alianza y en la fe de las promesas, figura de la Iglesia y figura del cielo, donde Dios se deja ver de sus hijos. Por eso vemos frecuentemente que juntan los profetas, en la continuación de un mismo discurso, lo que mira a Jerusalén con lo que mira a la Iglesia y con lo que mira a la gloria celestial. Este es uno de los arcanos de las profecías y una de las llaves que abren su inteligencia; pero Jerusalén, reprobada e ingrata a su Señor, había de ser también la imagen del infierno. Sus pérfidos ciudadanos habían de representar a los condenados; y el juicio terrible que Dios ejercería sobre ellos, era la figura del que ejercerá sobre todo el universo, cuándo vendrá al fin de los siglos en su majestad a juzgar los vivos y los muertos. Es estilo de la Escritura, y uno de los medios de que se sirve para imprimir los misterios en los entendimientos, mezclar para nuestra instrucción, la figura con la verdad. Así, nuestro Señor juntó la historia de Jerusalén desolada con la del fin de los siglos, y esto es lo que se deja ver en el discurso de que hablamos.

No creamos con todo eso, que se hallen estas cosas de tal modo confusas, que no podamos discernir lo que pertenece a la una de lo que mira a la otra. Pues Jesucristo las distinguió con caracteres ciertos, que yo podría fácilmente señalar si esto se disputase. Pero me basta ahora hacer entender a V. A. lo que mira a la desolación de Jerusalén y de los judíos.

Juntos los apóstoles (esto era aun en el tiempo de la Pasión) al lado de su Maestro, le mostraban el templo y los edificios del contorno: admirábanse de las piedras, del orden, de la belleza, de la solidez; y el Señor les dijo: ¿Veis estas grandes fábricas? No quedará piedra sobre piedra en ellas. Atónitos de oír estas palabras, le preguntaron el tiempo de un suceso tan terrible; y Jesucristo, que no quería fuesen sorprendidos en Jerusalén al tiempo de su saqueo (porque sin duda quería que en el de aquella ciudad hubiese una imagen de la postrera separación de los buenos y de los malos), empezó a referirles todas las calamidades, conforme habían de suceder una después de otra.

Primeramente, les señala las pestes, hambres y terremotos; y las historias dan fe, de que jamás estas cosas habían sido ni más frecuentes, ni más notables que durante este tiempo. Añade, que habría por todo el universo alborotos, rumores de guerra, guerras sangrientas; que todas las naciones se sublevarían unas contra otras, y que se vería toda la tierra en grande agitación. ¿Podía representarnos mejor los últimos años de Nerón, cuando todo el imperio romano, esto es, todo el universo, tan tranquilo desde la victoria de Augusto y bajo el poder de los emperadores, comenzó a vacilar; y que se vieron las Galias, las Españas y todos los reinos de que estaba el imperio compuesto, moverse de improviso; levantarse cuatro emperadores casi al mismo tiempo contra Nerón; y los unos contra los otros; las cohortes pretorianas, los ejércitos de Siria, de Germania, y todos los demás, que estaban repartidos en Oriente y Occidente recíprocamente combatirse, y atravesar bajo de la conducta de los emperadores desde la una a la otra extremidad del mundo para decidir su contienda con sangrientas batallas? Grandes males son estos, dijo nuestro Salvador, pero aun no se terminarán aquí. Los judíos padecerán como los demás en esta conmoción universal del mundo; pero después bien presto les sobrevendrán calamidades más particulares, y solo será esto el principio de sus dolores.

Añade el Señor a esto, que su Iglesia, siempre afligida desde su primer establecimiento, vería encenderse contra ella la persecución durante estos tiempos con más violencia que nunca. V. A. ha visto, que Nerón en sus primeros años intentó la ruina de los cristianos, e hizo morir a S. Pedro y S. Pablo. Esta persecución excitada por la celosa envidia y por las violencias de los judíos, adelantaba su perdición; pero no denotaba todavía su término preciso. La venida de los falsos Cristos y de los profetas fementidos parecía ser una senda más próxima a su última ruina; porque la suerte ordinaria de los que rehúsan dar oídos a la verdad, es dejarse llevar de engañosos profetas a su perdición. No ocultó Jesucristo a sus apóstoles que sucedería esta desgracia a los judíos. Se levantará, les dijo, un gran número de falsos profetas, que engaitarán a muchas gentes Y también: Guardaos de los falsos profetas.

No se diga que esto era una cosa fácil de adivinar a quien conocía el genio de la nación; porque al contrario, yo he hecho ver a V. A. que enfadados los judíos de estos seductores, que habían causado tan frecuentemente su ruina, principalmente en tiempo de Sedecías, de tal modo se desengañaron ya de ellos, que no les dieron más oídos. Mas de quinientos años pasaron sin que profeta alguno pareciese en Israel. Pero el infierno, que los excita, se despertó a la venida de Jesucristo; y Dios que tiene sujetos, en tanto que es de su agrado, los espíritus engañosos, les soltó la rienda a fin de enviar al mismo tiempo este castigo a los judíos y esta prueba a sus fieles. Jamás aparecieron tantos profetas falsos como en los tiempos siguientes a la muerte de nuestro Señor. Sobre todo, hacia los de la guerra judaica y bajo el reinado de Nerón, que la empezó, nos da a ver Josefo5 una infinidad de aquellos impostores, que atraían al pueblo al desierto con vanos prestigios y secretos de magia, prometiéndoles una pronta y milagrosa liberación. Esta es también la razón de estar señalado el desierto en las profecías de nuestro Señor4, como uno de los lugares donde

estarían encubiertos aquellos falsos libertadores, que ha visto V. A. que en fin arrastraron al pueblo a su postrera ruina. Y bien puede V. A. creer que el nombre de Jesucristo, sin el cual ninguna liberación perfecta podían alcanzar los judíos, estaría mezclado en aquellas promesas imaginarias; y V. A. verá en la continuación de este discurso motivos que de esto le convenzan.

No fue la Judea la única provincia expuesta a estas ilusiones. Comunes fueron en todo el imperio; y no hay tiempo alguno en que las historias no nos hagan ver mayor número de estos impostores, se jactan de predecir lo futuro y engañan a los pueblos con sus prestigios. Un Simón el Mago, un Elimas, un Apolonio Tianeo, un número infinito de otros encantadores, notados en las historias sagradas y profanas, se levantaron durante este siglo, en que parecía hiciese el infierno sus mayores esfuerzos para sostener su desquiciado imperio. Por eso Jesucristo señala en este tiempo, principalmente entre los judíos, aquel número espantoso de falsos profetas. Quien considerare atentamente sus palabras, verá que estos habían de multiplicarse antes y después de la ruina de Jerusalén, pero principalmente hacia estos tiempos; y que entonces sería cuando fortificada la seducción con falsos milagros y con falsas doctrinas, sería tan sutil y juntamente tan poderosa, que los escogidos mismos, si fuese posible, serían engañados.

No digo que al fin de los siglos no haya asimismo de suceder alguna cosa semejante y aun más perjudicial, pues también acabamos de ver, que cuanto acaece en Jerusalén, es figura manifiesta de aquellos últimos tiempos; pero es cierto que Jesucristo nos ha predicho esta seducción, como uno de los efectos palpables del enojo de Dios contra los judíos y como una de las señales de su ruina ñ1 suceso ha justificado su profecía; y todo está autorizado por testimonios irrefragables. En el Evangelio leemos la predicción de sus errores, y en sus historias, principalmente en la de Josefo, vemos su exacto cumplimiento.

Después que Jesucristo predijo esto, como era de su agrado preservar a los suyos de las calamidades de que estaba Jerusalén amenazada, procede a las señales próximas a la última desolación de esta ciudad.

No siempre da Dios a sus escogidos señas semejantes. En aquellos terribles castigos que hacen sentir su poder a naciones enteras, hiere frecuentemente al justo con el culpado; porque tiene mejores medios de separarles, que los que se descubren a nuestros sentidos. Los mismos golpes que quebrantan la paja, separan el buen trigo: el oro se acrisola en el mismo fuego en que la paja se consume; y los mismos castigos que exterminan a los malos purifican a los buenos. Pero en la desolación de Jerusalén, a fin de que la imagen del juicio final fuese más expresa y la venganza divina más manifiesta sobre los incrédulos, no quiso que los judíos que habían recibido el Evangelio, fuesen confundidos con los otros; y Jesucristo dio a sus discípulos señales ciertas, que les hiciesen conocer cuando sería tiempo de salir de aquella ciudad reprobada. Fundóse, según su costumbre, en las antiguas profecías, de que era así el intérprete como el fin; y repasando el lugar en que la última ruina de Jerusalén fue demostrada tan claramente a Daniel, dijo estas palabras: Cuando viereis la abominación de la desolación, que Daniel profetizó: el que lee entienda, cuando la viereis establecida en el lugar santos, o como está en S. Marcos, en el lugar donde no debe estar: Entonces los que se hallen en la Judea huyan a las montañas. San Lucas refiere lo mismo en otros términos: Cuando viereis los ejércitos circundar a Jerusalén, sabed que su desolación está próxima: entonces los que estén en la Judea, retírense a los montes.

Un evangelista explica al otro; y combinando estos pasos, es fácil comprender que esta abominación predicha por Daniel es lo mismo que los ejércitos al rededor de Jerusalén. Los Santos Padres lo han entendido así, y la razón nos convence totalmente.

La palabra abominación en el estilo de la lengua santa, significa ídolo; y ¿quién ignora que los ejércitos romanos llevaban en sus banderas las imágenes de sus dioses y de sus cesares, que eran los más respetados de todos sus dioses? Eran estas banderas un objeto de culto en los soldados; y porque los ídolos, según los órdenes de Dios, no debían jamás parecer en la Tierra Santa, estaban de

ella desterradas las banderas romanas. Así vemos en las historias, que en tanto que conservaron los romanos alguna atención a los judíos, jamás hicieron parecer en la Judea sus banderas. Por eso Vitelio, cuando pasó por aquella provincia para llevar la guerra a la Arabia, hizo marchar sin ellas a sus tropas, porque todavía era entonces respetada la religión judaica, y no querían violentar a aquel pueblo a sufrir cosas tan contrarias a su ley. Pero al tiempo de la última guerra, bien se puede creer que los romanos no contemplarían a un pueblo que intentaban exterminar. Así cuando fue Jerusalén sitiada, estaba cercada de no menos ídolos que banderas romanas había allí; y la abominación nunca estuvo tanto como entonces, donde no debía estar, esto es, en la Tierra Santa y al rededor del templo.

¿Es esta pues, se dirá, aquella gran señal que había de dar Jesucristo? ¿Era el tiempo de huir cuando Tito sitió a Jerusalén, y le cerró tan de cerca los pasos, que ya no había forma de escapar? Aquí es donde está la maravilla de la profecía. Jerusalén fue dos veces sitiada en aquellos tiempos: la primera por Cestio, gobernador de Siria, el año de sesenta y ocho de nuestro Señor: la segunda por Tito cuatro años después, que fue en el de setenta y dos. En el último sitio ya no había modo de libertarse. Hacía Tito la guerra con mucho ardimiento, sorprendió toda la nación encerrada en Jerusalén durante la fiesta de la Pascua, sin que nadie escapase; y aquella formidable circunvalación que hizo al rededor de la ciudad, cerró también del todo a sus habitadores la puerta de la esperanza. Pero nada hubo a esto semejante en el sitio de Cestio: estaba acampado a cincuenta estadios, que es a seis millas de Jerusalén. Su ejército se extendía por su contorno, pero sin hacer trincheras; y él hacia la guerra con tal negligencia, que malogró la ocasión de tomar la ciudad, cuyo terror, sediciones y aun inteligencias le abrían las puertas. En este tiempo, tan lejos estuvo de ser imposible la fuga, que la historia expresamente reliere, haberse retirado muchos judíos. Entonces, pues, era cuando se debía salir: esta era la señal que el Hijo de Dios daba a los suyos. Así distinguió muy claramente los dos sitios: el uno en que la ciudad hería cercada de fosos y de fuertes; entonces no habría sino muerte para todos los que se hallasen dentro: el otro en que solo sería ceñida del ejército; y más propiamente embestida que formalmente sitiada: entonces es cuando era preciso huir y retirarse a las montañas.

Obedecieron los cristianos a la palabra de su Maestro; y, aunque hubiese millares de ellos en Jerusalén y en la Judea, no leemos en Josefo ni en las demás historias, que se hallase alguno en la ciudad cuando fue tomada. Al contrario es constante por la historia eclesiástica y por todos los monumentos de nuestros antepasados, que se retiraron a la pequeña ciudad de Pella, en un país montuoso, vecino al desierto, en los confines de la Judea y de la Arabia.

De aquí se puede conocer cuan individualmente habían sido advertidos; y nada hay más notable, que esta separación de los judíos incrédulos de entre los judíos convertidos al cristianismo: los unos quedados en Jerusalén para padecer allí la pena de su infidelidad, y los otros retirados, como los de Sodoma, a una pequeña ciudad, donde temblando consideraban los efectos de la divina venganza, de que Dios había claramente querido preservarles.

A más de las profecías de Jesucristo, hubo otras de muchos discípulos suyos, y entre ellas las de S. Pedro y S. Pablo. Cuando iban al suplicio aquellos dos fieles testigos de Jesucristo crucificado, anunciaron a los judíos, que les entregaban a los gentiles, su próxima ruina. Dijéronles: Que Jerusalén sería enteramente arruinada: que ellos perecerían de hambre y desesperación: que serían desterrados para siempre de la tierra de sus padres, y enviados cautivos por todo el mundo: que el término no estaba distante: y que todos estos males les sobrevendrían por haber insultado con tan crueles irrisiones al muy amado Hijo de Dios, que con tantos milagros se les había manifestado \ La piadosa antigüedad nos ha conservado esta profecía de los apóstoles, cuyo cumplimiento había de ser tan inmediato. San Pedro había hecho otras muchas, sea por inspiración particular, sea explicando las palabras de su divino Maestro; y Fegon, autor pagano, cuyo testimonio produce Orígenes, dejó escrito, que todo lo que aquel apóstol había predicho se cumplió puntualmente

Así, nada sucede a los judíos que no les haya sido profetizado. La causa de sus calamidades está claramente señalada en el desprecio que hicieron de Jesucristo y de sus discípulos: el tiempo de las gracias había pasado, y su ruina era inevitable.

En vano, pues, serenísimo señor, quería Tito salvar a Jerusalén y al Templo. La sentencia había bajado de arriba: no debía quedar allí piedra sobre piedra. Que si un emperador romano intentó inútilmente impedir la ruina del templo, aun más inútilmente otro emperador romano intentó su restablecimiento.

Después de haber Juliano Apóstata declarado la guerra a Jesucristo, se creyó con bastantes fuerzas para desvanecer sus profecías. Deseoso de suscitar en todas partes enemigos a los cristianos, se humilló hasta solicitar a los judíos, que eran la escoria del mundo. Excitóles a reedificar su templo: dióles sumas inmensas y les asistió con toda la fuerza del imperio. Escuche V. A. el suceso, y vea como Dios confunde a los príncipes soberbios. Los santos Padres y las historias eclesiásticas lo refieren uniformemente, y lo justifican con monumentos que todavía duraban en su tiempo. Pero era necesario que el caso fuese atestiguado aun por los mismos paganos. Ammiano Marcelino, gentil de religión y celoso defensor de Juliano, lo refirió en estos términos: En tanto que Alipio, ayudado del gobernador de la provincia, adelantaba la obra cuanto podía, salieron de los fundamentos terribles globos de fuego, después de haberlos desquiciado con vaivenes violentos: los obreros, que volvieron muchas veces a empezar su labor, fueron en varias de ellas abrasados; el lugar se hizo inaccesible, y la empresa cesó.

Los autores eclesiásticos más exactos en representar un suceso tan memorable, juntan el fuego del cielo con el fuego de la tierra. Pero en fin, la palabra de Jesucristo permaneció firme. San Juan Crisóstomo exclama, diciendo: Él ha fabricado su Iglesia sobre la piedra; nadie ha podido derribarla: él ha derribado el templo; nadie ha podido volver a levantarlo: ninguno puede abatir lo que Dios levanta; ninguno puede levantar lo que Dios abate.

No hablemos ya de Jerusalén ni del templo. Pongamos los ojos en el pueblo mismo, otras veces templo vivo del Dios de los ejércitos y ahora objeto de su aborrecimiento.

Los judíos están visiblemente más abatidos que su templo y que su ciudad. El espíritu de verdad no se halla ya entre ellos: la profecía está allí extinguida: las promesas, sobre que apoyaban su esperanza, se han desvanecido: todo ha caído en este infeliz pueblo, y no ha quedado en él piedra sobre piedra.

Y vea V. A. hasta qué punto se han abandonado a su error. Jesucristo les había dicho: Yo he venido a vosotros en nombre de mi Padre, y no me habéis recibido; otro vendrá en su nombre, y le recibireis. Desde aquel tiempo reina de tal suerte entre ellos el espíritu de seducción, que aun están prontos cada momento a dejarse llevar de él. No bastaba que los falsos profetas hubiesen puesto a Jerusalén en las manos de Tito: no estaban aun los judíos desterrados de la Judea; y el amor que tenían a Jerusalén había obligado a muchos a escoger su morada entre aquellas ruinas. Pues véase como un falso Cristo va a acabar de perderles. Cincuenta años después de la toma de Jerusalén, en el siglo de la muerte de nuestro Señor, el infame Barchochevas, un ladrón, un hombre depravado, por significar su nombre el hijo de la Estrella, se llamaba la Estrella de Jacob, predicha en el libro de los Números, y se fingió el Cristo. Akibas, el más autorizado de todos los rabinos, y a su ejemplo todos aquellos que los judíos llaman sus sabios, entraron en su partido, sin que el impostor les diese otra señal de su misión, que decir Akibas que ya el Cristo no podía tardar mucho. Subleváronse los judíos por todo el imperio romano, bajo la conducta de Barchochevas, que les prometía no menos que el imperio del mundo. Adriano mató seiscientos mil de ellos: el yugo de aquellos infelices se hizo más gravoso, y fueron para siempre desterrados de la Judea.

¿Quién no ve que el espíritu de seducción se ha apoderado de su corazón? El amor de la verdad, que les traía la salud, se ha extinguido en ellos. Dios les ha permitido una fuerza de error, que les hace creer la mentira. No hay impostura por necia que sea, que no crean. En nuestros días un

impostor se llamó el Cristo en Oriente. Todos los judíos empezaban a juntarse en tropas a su lado. Vímosles en Holanda, en Alemania y en Metz, disponerse a venderlo todo y a dejarlo todo por seguirle. Ya se imaginaban dueños del mundo, cuando supieron que su Cristo se había hecho turco, abandonando la ley de Moisés.

CAPÍTULO XXIII.
Continuación de los errores de los judíos, y el siniestro abusivo modo con que explicaban las profecías.

No hay que pasmarse de que hayan caído en tales desvaríos, ni de que la tempestad les haya disipado, después que han dejado su derrota. Este rumbo les está mostrado en sus profecías, principalmente en las que señalaban el tiempo de Cristo. Dejaron pasar, sin aprovecharse, aquellos preciosos momentos, y por eso se les ve desde entonces entregados a la mentira, sin que sepan ya en que fijarse.

Permítame V. A. todavía un instante, para referirle la continuación de sus errores y todos los pasos que han dado para sumergirse en el abismo. Las sendas para perderse dependen siempre del camino real; y en considerando donde comenzó el extravío, se marcha más seguramente por la vía derecha.

Hemos visto, señor, que dos profecías señalan a los judíos el tiempo de Cristo; la de Jacob y la de Daniel. Ambas denotan la ruina del reino de Judá, en el tiempo que Cristo vendría; pero Daniel explicaba, que la total destrucción de aquel reino sería una consecuencia de la muerte de Cristo: y Jacob decía claramente, que en la decadencia del reino de Judá, Cristo, que vendría entonces, sería la Espectación de los pueblos; esto es, que sería su libertador; y que se haría un nuevo reino, no ya compuesto de un solo pueblo, sino de todos los pueblos del mundo. Las palabras de la profecía no pueden tener otro sentido. y era constante tradición de los judíos, que debían entenderse de este modo.

De allí viene la opinión difundida entre los antiguos rabinos, que aun se ve en su Talmud, esto es, que en el tiempo que Cristo vendría, habría ya cesado toda la autoridad de sus tribunales; de modo, que nada les importaba más, para conocer el tiempo de su Mesías, que el cuidado de observar cuando caían en aquel estado miserable.

En efecto, bien habían ellos empezado; y si no hubiesen tenido el espíritu ocupado de las grandezas humanas, que anhelaban y querían hallar en el Mesías, para tener parte en ellas debajo de su imperio, no habrían podido desconocer a Jesucristo. El fundamento que habían puesto, era cierto; porque luego que la tiranía del primer Herodes y la mudanza de la república judaica, que sucedió en su tiempo, les hizo ver el punto de la decadencia notada en la profecía, no dudaron que Cristo debiese venir, y que bien presto se vería aquel nuevo reino en que habían de reunirse todos los pueblos.

Una de las cosas que observaron, es que les fue quitado el derecho de la vida y de la muerte: que era una grande novedad; porque en cualquier dominación a que hubiesen estado sujetos, y aun dentro de Babilonia durante su cautiverio, siempre se les había conservado hasta entonces.

La historia de Susana bastantemente lo manifiesta; y es entre ellos tradición constante. Los reyes de Persia, que los restablecieron, les dejaron esta regalía, por un decreto expreso que notamos en su lugar: y también hemos visto, que los primeros Seleucos más habían aumentado que restringido sus privilegios.

No necesito hablar aquí otra vez del reinado de los Macabeos, en que no solo fueron libertados, sino poderosos y formidables a sus enemigos, Pompeyo, que los debilitó del modo que

hemos visto; contento con el tributo que les impuso, y con reducirles a estado que pudiese el pueblo romano, necesitándolo, disponer de ellos, ies dejó su príncipe con toda la jurisdicción. No se ignora que así lo estilaban los romanos; y que no se mezclaban en el gobierno interior de los países a quienes dejaban sus naturales reyes.

Los judíos en fin, están conformes en que perdieron este derecho de la vida y de la muerte, sólo cuarenta años antes de la desolación del segundo templo; y no se puede dudar, que fuese el primer Herodes quien empezó a violar su libertad. Porque después que por vengarse del Sanedrín, que le había obligado a comparecer en él antes de ser rey; y en su consecuencia por arrogarse toda la autoridad, se opuso a aquel tribunal, que era como el senado fundado por Moisés, y el consejo perpetuo de la nación, donde la suprema jurisdicción se ejercía; aquel gran cuerpo perdió lentamente su poder, y le quedaba muy poco cuando vino al mundo Jesucristo. Empeoraron las cosas en tiempo de los hijos de Herodes, cuando el reino de Arquelao, cuya capital era Jerusalén, reducido a provincia romana, fue gobernado por los presidentes que enviaban los emperadores. En este infeliz estado conservaron tan mal los judíos el derecho de la vida y de la muerte, que para hacer morir a Jesucristo, a quien a cualquier costa querían quitar la vida, les fue necesario recurrir a Pilatos; y habiéndoles dicho aquel tímido gobernador, que le hiciesen ellos morir, respondieron todos a una voz: No tenemos nosotros el poder de hacer morir a nadie. Así por mano de Herodes quitaron también la vida a Santiago, hermano de S. Juan, y prendieron a S. Pedro. Cuando tuvieron resuelta la muerte de S. Pablo, le entregaron a los romanos, como habían hecho coa Jesucristo; y el voto sacrílego de sus falsos celos, que juraron no comer ni beber hasta que hubiesen muerto a aquel santo apóstol, muestra claramente que se creían decaídos del poder de hacerle morir jurídicamente. Cuando apedrearon a S. Esteban , fue tumultuariamente, y como efecto de aquellos furores sediciosos que no siempre los romanos podían reprimir en los que se llamaban entonces los celadores. Se debe, pues, tener por cierto, así por las historias como por el consentimiento de los judíos y por el estado de sus cosas, que hacia los tiempos de nuestro Señor, y principalmente en los que empezó a ejercer su ministerio, perdieron enteramente la autoridad temporal. Ni pudieron ver ellos esta perdida, sin acordarse del antiguo oráculo de Jacob, que les predecía que en tiempo del Mesías no habría ya entre ellos, ni poder, ni autoridad, ni jurisdicción Uno de sus más antiguos autores lo observa; y confiesa con razón, que el cetro no estaba ya entonces en Judá, ni la autoridad en las cabezas del pueblo, pues todo el poder público se le había quitado; y que estando degradado el Sanedrín, no eran ya considerados los miembros de aquel gran cuerpo como jueces, sino solo como simples doctores. Así, según ellos mismos, era tiempo de que viniese Cristo. Como veían aquella señal cierta del próximo arribo de aquel nuevo Rey, cuyo imperio había de extenderse sobre todos los pueblos, creyeron que en efecto estaba para manifestarse. Esparcióse la voz por los contornos; y se persuadieron er todo Oriente, que no pasaría mucho tiempo sin ver salir de Judea los que reinarían sobre toda la tierra.

Tácito y Suetonio refieren esta voz, como establecida por una opinión constante y por un antiguo oráculo que se hallaba en los libros sagrados del pueblo judaico. Josefo cuenta esta profecía en los mismos términos, y dice, como ellos, que se hallaba en los santos libros. La autoridad de estos libros, cuyas predicciones se habían visto tan visiblemente cumplidas en tantas ocasiones, era grande en todo el Oriente; y los judíos más atentos que los demás a observar las circunstancias que estaban principalmente escritas para su instrucción, reconocieron en su decadencia el tiempo del Mesías, señalado por Jacob. Así fueron justas las reflexiones que hicieron sobre su estado; y sin engañarse en los tiempos de Cristo, conocieron que había de venir, cuando en efecto vino. Pero,¡oh flaqueza del entendimiento humano! ¡Oh vanidad, origen inevitable de la ceguedad! La humildad del Salvador encubrió a aquellos soberbios las verdaderas grandezas que debían buscar en su Mesías. Querían ellos que fuese un rey semejante a los de la tierra. Por eso los lisonjeros del rey Herodes, deslumbrados de la grandeza y magnificencia de aquel príncipe, que, aunque tirano, no dejó de enriquecer la Judea, dijeron que él era aquel rey tan prometido. De ahí vino la secta de los herodianos, de que tanto se habla en el Evangelio, y que los paganos han conocido, pues Persio y su

escoliador nos informan de que, aun en tiempo de Neron era celebrado el nacimiento del rey Herodes por sus sectarios, con la misma solemnidad que el sábado. Josefo cayó también en otro semejante desvarío. Este hombre, instruido, como él mismo dice, en las profecías judaicas, por ser sacerdote y descendiente de estirpe sacerdotal, reconoció en la verdad, que la venida de aquel rey prometido por Jacob convenía a los tiempos de Herodes, en que él mismo nos muestra con tanto cuidado un principio manifiesto de la ruina de los judíos; pero como no vio en su nación cosa que llenase aquellas ambiciosas ideas que había ella concebido de su Cristo, estiró un poco más adelante el tiempo de la profecía; y aplicándola a Vespasiano, aseguro que aquel oráculo de la Escritura significaba a este príncipe, declarado emperador en la Judea.

Así torcía la sagrada Escritura para autorizar su lisonja: ciego, que transfería a los extranjeros la esperanza de Jacob y de Judá, que buscaba en Vespasiano al hijo de Abraham y de David; y atribuía a un príncipe idólatra el titulo de aquel, cuyas luces habían de sacar a los gentiles de las tinieblas de la idolatría.

La coyuntura del tiempo le favorecía. Pero entretanto que atribuía él a Vespasiano lo que Jacob había dicho de Cristo, los celosos que defendían a Jerusalén, se lo aplicaban a si mismos. Sobre este solo fundamento se prometían el imperio del mundo, como refiere Josefo: más racionales que él en que, a lo menos, no salían de su nación para buscar el cumplimiento de las promesas hechas a sus padres.

Pero, ¿cómo no abrían los ojos al gran fruto que hacia desde entonces entre los gentiles la predicación del Evangelio; y a aquel nuevo imperio que establecía Jesucristo en toda la tierra? ¿Podía haber cosa tan admirable como un imperio donde la piedad reinaba; donde el verdadero Dios triunfaba de la idolatría; donde la vida eterna se predicaba a las naciones infieles; y que en su comparación el imperio mismo de los Césares era solamente una sombra vana? Pero no era aun este imperio bastantemente brillante a los ojos del mundo.

¡Oh cuán necesario es estar desengañado de las grandezas humanas para conocer a Jesucristo! Los judíos conocieron los tiempos; los judíos veían a los pueblos llamados al Dios de Abraham, según el oráculo de Jacob, por Jesucristo y por sus discípulos; y con todo eso, desconocieron a este Jesús que les estaba declarado con tantas señas. Y aunque en el curso de su vida y después de su muerte confirmó su misión con tantos milagros, le desecharon aquellos ciegos, porque solamente tenía en si la sólida verdadera grandeza, destituida de todo aquel vanísimo aparato que llena a los materiales sentidos; y que más venía para condenar, que para coronar la ciega e ilusa ambición de ellos.

Y con todo eso, forzados de las coyunturas y circunstancias del tiempo, y a pesar de su ceguedad, daban alguna vez señas de salir de sus engaños Todo se disponía de tal suerte en tiempo de nuestro Señor para la manifestación del Mesías, que sospecharon que S. Juan Bautista podía serlo. La manera de su vida austera, extraordinaria y pasmosa les aturdió; y en defecto de las grandezas humanas, parecía que desde luego querían contentarse con el resplandor de una vida tan prodigiosa. La de Jesucristo sencilla y común, era enfadosa a aquellos espíritus tan necios como soberbios, que, incapaces de ser ganados sino solo por los sentidos, y fuera de esto distantes de una conversión sincera, nada querían admirar sino lo que miraban como inimitable. Así S. Juan Bautista, a quien juzgaron digno de ser el Cristo, no fue creído cuando mostró el Cristo verdadero; y Jesucristo, a quien era necesario imitar cuando se le creyese, pareció muy humilde a los judíos para seguirle.

Con todo eso, la impresión que habían concebido de que Cristo debía venir en aquel tiempo era tan fuerte, que permaneció entre ellos casi un siglo. Creyeron que el cumplimiento de sus profecías podía terner una cierta extensión, y que no siempre estaba todo él reducido a un punto preciso; de modo, que cerca de cien años no se hallaban entre ellos sino falsos Cristos que se hacían seguir, y falsos profetas que los anunciaban. Los siglos precedentes no habían visto cosa semejante;

ni los judíos fueron pródigos del nombre de Cristo, ni cuando Judas Macabeo obtuvo contra su tirano tantas victorias, ni cuando su hermano Simón les liberto del yugo de los gentiles, ni cuando el primer Hircan hizo tantas conquistas. Los tiempos y las demás señas no convenían; y solamente en el siglo de Jesucristo se comenzó a hablar de todos aquellos Mesías. Los samaritanos, que leían en el Pentateuco la profecía de Jacob, igualmente se fabricaron sus Cristos, como los judíos; y poco después de Jesucristo reconocieron a su Dositheo. Simón el Mago, del mismo país, también blasonaba de ser el Hijo de Dios; y Menandro su discípulo, se llamaba el Salvador del mundo. Desde que Jesucristo vivía, la Samaritana había creído que estaba próximo a venir el Mesías: tan constante era en la nación y entre todos los que leían el antiguo oráculo de Jacob, de que se manifestaría Cristo en aquella coyuntura.

Cuando el término hubo de tal modo pasado, que no había ya que esperar; y hubieron los judíos visto por experiencia, que todos los Mesías que habían seguido, en vez de sacarles de sus males no habían hecho sino sumergirles más en ellos, estuvieron entonces largo tiempo sin que pareciesen nuevos Mesías; y Barchochevas fue el último que reconocieron en aquellos primeros tiempos del cristianismo. Pero su antigua impresión no pudo enteramente quedar borrada. En vez de creer que se había Cristo manifestado, como aun se persuadieron en tiempo de Adriano, dieron en decir en el de tos Antoninos, sus sucesores, que su Mesías estaba en el mundo, aunque no se hubiese aun dejado ver; porque este Mesías esperaba al profeta Elías, que había de venir a consagrarle. Era entre ellos común este discurso en tiempo de San Justino; y hallamos también en su Talmud la doctrina de uno de sus más antiguos maestros, que decía: Que Cristo había venido, según las predicciones de los profetas; pero que se mantenía oculto en Roma entre los pobres mendigos.

No pudo tal desvarío introducirse totalmente en los ánimos; y en fin, forzados los judíos a confesar que el Mesías no había venido, cuando tenían, según sus antiguas profecías, razón justa de esperarle, cayeron en otro abismo. Casi estuvieron para renunciar la esperanza de su Mesías, que les faltaba en el tiempo conceptuado; y muchos siguieron a un famoso rabino, cuyas palabras se conservan en su Talmud, que viendo pasado el término tanto tiempo había, concluyó, que tos israelitas no tenían ya otro Mesías que esperar, porque se les había dado en la persona del rey Ezequías.

Disgustó tanto esta opinión, que no sólo no fue recibida, sino detestada de los judíos. Pero como no se extiende a más su conocimiento en los tiempos señalados por sus profetas, y no saben como salir de este laberinto, han hecho un artículo de fe de estas palabras, que leemos en el Talmud: Todos los términos que estaban señalados para la venida del Mesías han pasado: y han pronunciado de común acuerdo: Malditos sean los que computarán los tiempos del Mesías: como se ve en una tempestad que ha desviado el bajel muy lejos de su rumbo, desesperado al piloto, abandonar su cálculo y dejarse ir a donde le lleva la fortuna.

Desde este tiempo todo su estudio ha sido eludir las profecías en que el tiempo de Cristo estaba señalado; y no reparando en trastornar todas las tradiciones de sus padres, como pudiesen quitar a los cristianos aquellas admirables profecías, han llegado hasta decir que no miraba a Cristo la de Jacob.

Pero sus mismos libros antiguos les desmienten. Esta profecía está en su Talmud, entendida del Mesías; y el modo de que la explicamos, se encuentra en sus Paráfrases, que son los comentarios más auténticos y respetados que tienen.

Allí hallamos en propios términos, que la casa y el reino de Judas, a que había algún día de reducirse toda la posteridad de Jacob y todo el pueblo de Israel, produciría jueces y tribunales, hasta la venida del Mesías, bajo el cual se formaría un reino compuesto de todos los pueblos.

Este es el testimonio que aun daban a los judíos en los primeros tiempos del cristianismo sus más célebres y más recibidos doctores. Una tradición antigua, tan firme y tan establecida, no podía

borrarse de repente; y aunque los judíos no aplicasen a Jesucristo la profecía de Jacob, no se habían aun atrevido a negar que no conviniese al Mesías, ni llegaron a este exceso hasta mucho tiempo después, cuando estrechados por los cristianos, han en fin advertido que su propia tradición militaba contra ellos.

En cuanto a la profecía de Daniel, en que la venida de Cristo estaba incluida en el término de cuatrocientos y noventa años, contando su tiempo desde el vigésimo de Artajerjes; como este plazo llegaba al fin de los cuatro mil años del mundo, era asimismo tradición muy antigua en los judíos, que el Mesías se manifestaría hacia el fin de estos cuatro milanos y cerca de dos mil después de Abraham. Un Elías; cuyo nombre, aunque no es el profeta, es grande entre los judíos, lo había así enseñado antes del nacimiento de Jesucristo; y la tradición se ha conservado en el libro del Talmud. V. A. ha visto cumplido este término a la venida de nuestro Señor; pues en efecto vino cerca de dos mil años después de Abraham y hacia el cuatro mil del mundo. Los judíos con todo eso, no le han conocido; y frustrados de su expectación, han dicho que sus pecados habían retardado el Mesías, que debía venir. Nuestras datas, no obstante, están aseguradas por su propia confesión; y es muy grande ceguedad, querer que dependa del arbitrio de los hombres un término que Dios señaló tan precisamente en Daniel.

Cáusales también un grande embarazo ver que este profeta ponga el tiempo de Cristo antes de la ruina de Jerusalén: de suerte, que cumplido este último tiempo, debe estarlo también el que le precede.

Aquí se engaño muy neciamente Josefo. Bien contó él las semanas que debían ser seguidas de la desolación del pueblo judaico; y viéndolas cumplidas en el tiempo que Tito puso el sitio a Jerusalén, no dudo que el punto fatal de la ruina de aquella ciudad hubiese llegado; pero no consideró, que esta desolación debía ser precedida de la venida de Cristo y de su muerte; de suerte, que no entendió sino la mitad de la profecía.

Los judíos, que vinieron después de él, quisieron suplir este defecto; y nos forjaron nn Agrippa, descendiente de Herodes, a quien los romanos, dicen ellos, hicieron morir poco antes de la ruina de Jerusalén; y quieren que este Agrippa, Cristo por su título de rey, sea el Cristo de quien se habló en Daniel: nueva prueba de su ceguedad. Porque fuera de que Agrippa no pudo ser el Justo, ni el Santo de los santos, ni el fin de las profecías, como había de serlo el Cristo que Daniel señalaba en aquel lugar; y que la muerte de este Agrippa, de que los judíos estaban inocentes, no podía ser la causa de su desolación, como lo sería la muerte del Cristo de Daniel; lo que dicen sobre esto los judíos es una fábula. Pues este Agrippa, descendiente de Herodes, fue siempre del partido de los romanos: siempre bien tratado de los emperadores; y reino en un ángulo de la Judea, largo tiempo después de la toma de Jerusalén, como lo testifica Josefo y los demás contemporáneos.

Así, todo cuanto los judíos inventan para eludir las profecías, les confunde enteramente. Ellos mismos no se fían en invenciones tan necias, y su mejor defensa está en la ley que han establecido, de no computar ya más los días del Mesías. Con eso cierran voluntariamente los ojos a la verdad, y renuncian las profecías en que el mismo Espíritu Santo ha contado los años; pero las cumplen al paso que las renuncian, y hacen ver la verdad de lo que dicen de su ceguedad y de su caída; así se contradicen, condenándose a sí mismos.

Respondan lo que quisieren y como quisieren a las profecías: es innegable, que la desolación que predecían, les ha llegado en el tiempo señalado: el suceso es más poderoso que todas sus sutilezas; y si Cristo no vino en aquella fatal coyuntura, los profetas en quienes esperan les lían engañado miserablemente.

CAPÍTULO XXIV.
Circunstancias memorables de la manifiesta caía delos judíos.
Continuación de sus falsas interpretaciones.

Y para acabar de convencerles; note V. A. dos circunstancias, que han acompañado a su caída y a la venida del Salvador del mundo: la una, que la sucesión de los pontífices, perpetua e inalterable desde Aarón, feneció entonces; la otra, que la distinción de las tribus y de las familias, siempre conservada hasta aquel tiempo, pereció en él, según ellos mismos confiesan, con que se confirma lo dicho.

Esta distinción era necesaria hasta los tiempos del Mesías. De Leví habían de nacer los ministros de las cosas sagradas. De Aarón habían de salir los sacerdotes y pontífices. De Judas había de descender el Mesías mismo. Si la distinción de las familias no hubiese subsistido hasta la ruina de Jerusalén y hasta la venida de Jesucristo, en tal caso hubieran los sacrificios judaicos terminado antes de tiempo y se le habría frustrado a David la gloria de ser reconocido por padre del Mesías. Pero, pregunto, ¿ha llegado el Mesías? ¿El nuevo sacerdocio, según el orden de Melquisedec, ha tenido principio en su persona, y el nuevo reino, que no era de este mundo, se ha dejado ver? Es evidente ya, pues no se necesita de Aarón, ni de Leví, ni de Judas, ni de David, ni de sus familias. Ya no es Aarón necesario, cuándo deben, según Daniel, cesar los sacrificios. La casa de David y de Judas dio cumplimiento, a su destino desde el punto que el Cristo de Dios nació de ella; y como si los mismos judíos renunciasen su esperanza, olvidan precisamente en este tiempo la sucesión de las familias, hasta entonces tan cuidadosa y religiosamente retenida y conservada.

No omitamos una de las señales de la venida del Mesías; y quizá puede ser la principal, si la sabemos entender bien; aunque sea el escándalo y el horror de los judíos. Esta es la remisión de los pecados eo nombre de un Salvador paciente, de un Salvador humillado y obediente hasta la muerte. Daniel entre sus semanas había notado la semana misteriosa que hemos observado en que sería Cristo sacrificado, la alianza continuada con su muerte y extinguida la virtud de los sacrificios antiguos. Juntemos a Daniel con Isaías, y hallaremos todo el fondo de tan grande misterio: veremos el Hombre de dolores, que está cargado de las iniquidades de todo el pueblo: que da su vida por el pecado, y le sana con sus llagas. Abrid, incrédulos, los ojos; ¿no es verdad que se os ha predicado la remisión de los pecados en nombre de Jesucristo crucificado? ¿Se había jamás pensado en tal misterio? ¿Algún otro que Jesucristo, antes o después de él, se ha gloriado de lavar los pecados con su sangre? ¿Se habrá hecho acaso crucificar expresamente por adquirir un vano honor y cumplir en sí mismo una tan funesta profecía? Pero ¿quién tal pronuncia? Callemos, y adoremos en el Evangelio una doctrina, que, ni aun al pensamiento de hombre alguno podía ofrecerse, no siendo verdadera.

Es sumo en este punto el embarazo de los judíos: hallan en sus Escrituras muchos lugares en que se hablar de 1as humillaciones de su Mesías. ¿Qué, pues, vendrán a ser, y a qué se reducirán aquellos otros pasajes en que se habla de su gloria y de sus triunfos? El modo natural de conciliarlos, es que vendrá a los triunfos por los combates, y a la gloria por las tolerancias. ¡Cosa increíble! Pero han querido más los judíos admitir dos Mesías. En su Talmud vemos, y en otros libros de igual antigüedad, que esperan un Mesías paciente y un Mesías lleno de gloria: el uno muerto y resucitado; el otro siempre feliz y siempre vencedor: el uno, a quien convienen todos -los lugares en que se ha hablado de abatimiento; el otro, a quien se ajustan todos los que hablando grandeza: el uno, en fin, hijo de José; porque no se le ha podido negar uno de los caracteres de Jesucristo, que fue entre ellos reputado por hijo de José, y el otro hijo de David, sin querer jamás entender, que este Mesías, hijo de David, había según el mismo David, de beber del torrente, antes de levantar la cabeza, esto es, ser afligido, antes de ser triunfante, como lo dice el mismo Hijo de David: Oh insensatos, y tardos de corazón, que no podéis creer lo que han dicho los profetas. Mas ¿no era preciso que Cristo padeciese todo esto, y que entrase en su gloria por este medio?

En cuanto a lo demás, si entendemos del Mesías aquel gran lugar en que Isaías tan vivamente nos representa el Hombre de dolores, herido por nuestros pecados, y desfigurado como un leproso, también nos hallamos apoyados en esta explicación como en las demás de la antigua tradición de los judís; y a pesar de cuántas impresiones tenían concebidas, el capítulo tantas veces citado de su Talmud nos enseña, que este leprosocargado de los pecados del pueblo será el Mesías. Los dolores del Mesías, que le serán causados por nuestros crímenes, son célebres en el mismo lugar y en los demás libros de los judíos. Allí se habla frecuentemente de la entrada, no menos gloriosa que humilde, que había de hacer en Jerusalén, montado sobre un jumento, y se le aplica aquella célebre profecía de Zacarías. Pues ¿de qué se lamentan los judíos? Todo les estaba prevenido en términos precisos por sus profetas: su antigua tradición había conservado la explicación natural de aquellas célebres profecías; y no hay cosa más justa que esta reprensión, que les dio el Salvador del mundo: Hipócritas, vosotros sabéis juzgar por los vientos y por lo que aparece en el cielo, si el tiempo será sereno o lluvioso; ¡y no sabéis conocer por tantas señales y milagros, que se os han dado, el tiempo que estáis!

Concluyamos, pues, que los judíos han tenido razón en decir, que todos los términos de la venida del. Mesías han pasado. Ya no es Judá reino ni pueblo: otros pueblos han reconocido al Mesías que había de ser enviado. Jesucristo ha sido mostrado a los gentiles: a esta señal han acudido al Dios de Abraham; y la bendición de este patriarca se ha difundido por toda la tierra. El Hombre de dolores ha sido predicado, y la remisión de los pecados anunciada por su muerte. Todas las semanas han pasado; la desolación del pueblo y del santuario, justo castigo de la muerte de Cristo, ha tenido su último cumplimiento; en fin, Cristo ha venido con todos los caracteres que la tradición de los judíos reconocía en él, y su incredulidad no tiene ya escusa ni disculpa alguna absolutamente.

Así vemos desde aquel tiempo señales indubitables de su reprobación. Después de Jesucristo no han hecho sino sumergirse más y más en la ignorancia y en la miseria, de donde sola la extremidad de sus males y la ignominia de haber sido tan frecuentemente esclavos de su error, les hará salir: o por mejor decir, la bondad de Dios, cuando se haya cumplido el tiempo decretado por su Providencia para castigar su soberbia.

Entretanto son la risa de los pueblos y el objeto de su aversión, sin que un tan largo cautiverio les haga volver en sí, aunque debía bastar para convencerles. Porque en fin, como les dice S. Jerónimo: ¿Qué esperas, oh incrédulo judío? Tú has cometido muchos delitos durante el tiempo de tus Jueces: tu idolatría te ha hecho esclavo de todas las naciones vecinas; pero Dios bien presto ha tenido piedad ae ti, y no ha tardado en enviarle quien te salease. Tú has multiplicad tus idolatrías debajo de tus Reyes; pero las abominaciones en que has caído en los tiempos de Achaz y de Manasses, solo se le han castigado con setenta años de cautiverio. Ciro ha venido, y le ha vuelto tu patria, tu templo y los sacrificios. Al fin has sido arruinado por Vespasiano y por Tito. Cincuenta años después, Adriano ha acabado de exterminarle, y ha cuatrocientos que permaneces oprimido. ¡Oh desesperada esperanza!

Esto es lo q|ue decía S. Jerónimo. El argumento se ha fortificado después, y mil y doscientos años se han añadido a la desolación del pueblo judaico. Digámosle, pues, ahora en vez de cuatrocientos años, que diez y seis siglos han visto durar su cautiverio sin que se aligere su yugo. ¿Qué has hecho, oh pueblo ingrato? Esclavo en todos los países y de todos los príncipes; pues tú no sirves a dioses extranjeros. ¿Como Dios, que le había elegido, le ha olvidado, y qué se han hecho sus antiguas misericordias? ¿Qué delito, qué atentado mayor que la idolatría te hace sentir un castigo que jamás tus idolatrías le habían causado? ¿Enmudeces? ¿No puedes comprender lo que hace a Dios tan inexorable? Acuérdate de aquella palabra de tus padres: Su sangre sea sobre nosotros, y sobre nuestros hijos; y también: Nosotros no tenemos otro rey, que al César. El Mesías, pues, no será tu rey: mira bien lo que has escogido: quédate esclavo de César, y de los reyes, hasta que la plenitud de los gentiles haya entrado, y que en fin, todo Israel sea salvo.

CAPÍTULO XXV.
Reflexiones particulares sobre la conversión de los gentiles. Profundo consejo de Dios, quien quería convertirles por medio de la cruz de Jesucristo. Razonamiento de S. Pablo sobre este medio de conversión.

Esta conversión de los gentiles era la segunda cosa que había de suceder en tiempo del Mesías, y la señal más segura de su venida. Ya hemos visto como la habían claramente predicho los profetas, y como se han verificado sus promesas en los tiempos de nuestro Señor.

Es cierto que solo entonces, y no antes ni después, lo que los filósofos no osaron intentar, lo que los profetas ni el pueblo judaico, cuando estaba más protegido ymás fiel, no pudieron hacer; doce pescadores, enviados por Jesucristo y testigos de su resurrección, lo han cumplido. Esto es, que la conversión del mundo no había de ser obra de filósofos ni aún de profetas; a Jesucristo estaba reservada; y este era el fruto de su cruz.

Era en la verdad necesario, que Cristo y sus apóstoles fuesen de la estirpe judaica; y que la predicación del Evangelio empezase en Jerusalén. Un monte elevado había de aparecer en los últimos tiempos, según Isaías: este era la Iglesia cristiana. Todas las gentes habían de venir a él, y muchos pueblos congregarse allí. En este día, solo el Señor debía ser elevado, y quedar los ídolos totalmente rotos. Pero Isaías, que vio estas cosas, también vio al mismo tiempo, que la ley, que había de juzgar a todas las gentes, saldría de Sion; y que la palabra de Dios, que había de corregir a los pueblos, saldría de Jerusalén, lo cual hizo decir al Salvador: Que la salud había de venir de los judíos. Y era conveniente, que la nueva luz, con que los pueblos sumergidos en la idolatría habían algún día de ser iluminados, se derramase y difundiese por todo el universo desde el lugar en que siempre había estado. Jesucristo, hijo de David y de Abraham, era en quien habían de ser benditas y santificadas todas las naciones. Frecuentemente lo hemos notado; pero no hemos aun observado la causa, por que este Jesús paciente, este Jesús crucificado y anonadado, había de ser el único autor de la conversión de los gentiles y el único vencedor de la idolatría.

San Pablo nos explica este grande misterio en el primer capítulo de la epístola primera a los Corintios, cuyo admirable lugar es bien que enteramente se considere. El Señor, dice, me ha enviado a predicar el Evangelio, no con la sabiduría ni con el discurso humano, para no hacer inútil la cruz de Jesucristo: porque la predicación del misterio de la cruz es locura para los que perecen; y no parece efecto del poder divino, sino a los que se salvan, esto es, a nosotros. En efecto, está escrito: Yo destruiré la sabiduría de los sabios, y desecharé la ciencia de los doctos. ¿Dónde están ahora los sabios, dónde están los doctos? ¿Qué se han hecho los que indagaban las ciencias de este siglo? ¿No ha convencido Dios de locura la sabiduría de este mundo? Sin duda: pues esta no ha podido sacar a los hombres de su ignorancia. Pero ve aquí la razón que da S. Pablo, es a saber, que viendo Dios que el mundo con la sabiduría humana no le había reconocido por las obras de su sabiduría, que son las criaturas, que tan maravillosamente había ordenado, ha tomado otro medio, y ha resuelto salvar a sus fieles con la locura de la predicación, esto es, con el misterio de la cruz, en que nada puede comprender la humana sabiduría.

¡Nueva y admirable idea de la divina Providencia! Había Dios puesto al hombre en el mundo, donde a cualquiera parte que volviese los ojos, resplandecía la sabiduría del Creador, en la grandeza, en la riqueza y en la disposición de tan maravillosa obra. Con todo eso, le desconoció el hombre: las criaturas, que se le ofrecían a la vista para elevar más altamente su espíritu, sirvieron sólo de detenerle: sirviólas él a ellas, ciego y embrutecido; y no contento con adorar a la obra de las manos de Dios, llegó al sumo delirio y error de adorar la material y frágil obra de sus propias manos. De fábulas más ridículas que las que se cuentan a los niños, compuso el hombre su religión: olvidóse de su razón enteramente: pues Dios quiere ahora hacérsela olvidar de otro modo. Una obra, cuya sabiduría entendía, no le hizo fuerza: hásele presentado otra obra, en que su discurso se pierde y en que todo le parece locura: esta es la cruz de Jesucristo. No es raciocinando como se entiende

este misterio, porque es cautivando la propia inteligencia debajo de la obediencia da la fe; es destruyendo los discursos humanos, y toda la altivez que se eleva contra la ciencia de Dios.

En efecto, ¿qué comprendemos nosotros de este misterio. en que el Señor de la gloria está cargado de oprobios; en que la sabiduría divina es tratada de locura; en que aquel, que asegurado en sí mismo de su natural grandeza, no ha creído atribuirse mucho, cuando se ha declarado igual a Dios, se ha anonadado él mismo, hasta tomar la forma de esclavo y padecer la muerte de la cruz? Todos nuestros pensamientos se confunden al considerar este adorable misterio; y, como decía S. Pablo, nada hay que parezca más insensato a los que no están ilustrados del cielo.

Este era el remedio que Dios preparaba, a la idolatría. Conocía este Señor a la mente humana; j sabia, que no se había de destruir con discurso un error que no había establecido el recto discurso. Hay errores en que caemos discurriendo, porque a fuerza de discurrir, se confunde frecuentemente nuestra razón; pero la idolatría había venido por el extremo contrario: esto es, extinguiendo a nuestro discurso y dejando dominar los sentidos, los que les querían revestirlo todo de las calidades de que estaban prendados los mismos sentidos. Por eso se había hecho para ellos visible y material la Divinidad. Los hombres le dieron su. figura; y lo que era aun más vergonzoso, sus vicios y sus pasiones. No tenía parte el discurso en un error tan brutal: esto era un monstruoso desorden de la razón, un delirio, un frenesí. Discurra V. A. o hable con un frenético, o con un hombre a quien una fiebre ardiente obliga a delirar; no hará más que irritarle y hacer irremediable el mal: por eso es forzoso ir a la causa, reparar el temperamento., y calmar los humores cuya violencia causa tan extraños arrebatamientos. Así, no ha de ser el discurso quien cure el delirio de la idolatría. ¿Qué han ganado los filósofos con sus discursos pomposos, con su estilo sublime, con sus arengas tan artificiosamente ordenadas? ¿Qué han adelantado? Platón con su elocuencia, creída divina, ¿ha derribado un solo altar en que aquellas monstruosas deidades eran adoradas? Al contrario, él, sus discípulos y todos los sabios del siglo han sacrificado a la mentira: Se han perdido en sus pensamientos: su corazón insensato se ha llenado de tinieblas; y bajo el nombre de sabios, que se dieron a si mismos, se han hecho más locos que los demás: pues han adorado a las criaturas contra lo que su propia razón les dictaba.

¿No la ha tenido, pues, S. Pablo para exclamar en nuestro texto: ¿Dónde están los sabios, dónde están los doctores? ¿Qué han obrado los que indagaban las ciencias de este siglo? ¿Han podido destruir solamente las fábulas de la idolatría? ¿Han sospechado a lo menos, que era necesario oponerse descubiertamente a tantas blasfemias, y padecer, no digo el último suplicio, pero ni aun la menor afrenta por la verdad? Tan lejos estuvieron de hacerlo, que la han retenido cautivo \ y han puesto por máxima, que en materia de religión era preciso seguir al pueblo: el pueblo, al que tanto despreciaban, ha sido su regia en la materia más importante de todas y donde las luces del entendimiento parecían más necesarias. ¿De qué, pues, has servido, o filosofía? ¿No le ha convencido Dios de que es locura la sabiduría de este inundo, como nos decía S. Pablo? ¿No ha destruido la sabiduría de los sabios y mostrado la inutilidad de la ciencia de los doctos?

Así hizo Dios ver por experiencia, que la ruina de la idolatría no podía ser obra de solo el discurso humano. Pues en vez de cometerle a él la curación de esta enfermedad, Dios ha acallado de confundirle con el misterio de la cruz, y juntamente ha traído y aplicado el remedio hasta el origen del mal para sanarle.

La idolatría, si sabemos entenderlo, traía su nacimiento de este profundo apego que tenemos a nosotros mismos. Esto nos había hecho inventar dioses semejantes a nosotros. Dioses que en efecto no eran sino hombres, sujetos a nuestras pasiones, a nuestras flaquezas y a nuestros vicios; de suerte, que bajo el nombre de falsas deidades, eran en realidad sus propios pensamientos, sus propios placeres y sus fantasías lo que adoraban los gentiles.

Jesucristo nos dirige por otras sendas. Su pobreza, sus ignominias y su cruz le hacen objeto horrible ¿nuestros sentidos. Es menester salir de sí mismo, renunciarlo todo, crucificarse todo para

seguirle. El hombre, arrancado de sí mismo y de todo lo que su corrupción le obligaba a amar, se hace capaz de adorar a Dios y a su verdad eterna, cuyas reglas quiere en adelante seguir.

Con esto acaban y se desvanecen todos los ídolos, así los que eran adorados en los altares como los que cada uno servía en su corazón. Estos habían elevado a aquellos. Adoraban los hombres a Venus, porque se dejaban dominar del amor impuro y amaban a su poder. Baco, el más placentero de todos los dioses, tenía sus altares; porque se abandonaban y sacrificaban, para decirlo así, al gusto de los sentidos, más dulce y eficaz en embriagar que el vino, Jesucristo con el misterio de la cruz viene a imprimir en nuestros corazones el amor a los trabajos, en vez del amor a los gustos. Los ídolos, a quienes el culto exterior se dedicaba, fueron disipados, porque los que interiormente se adoraban ya no subsistían: el corazón, purificado, como dice Jesucristo, se ha hecho capaz de ver a Dios; y el hombre está ya tan lejos de querer hacer a Dios semejante a si, que antes bien procura, en cuanto lo permite su miseria, hacerse él mismo semejante a Dios.

El misterio de Jesucristo nos ha hecho ver, como podía la Divinidad sin envilecerse, estar unida a nuestra naturaleza y revestirse de nuestras flaquezas. El Verbo se ha encarnado: aquel, que tenía la forma y la naturaleza de Dios, sin perder lo que era, ha tomado la forma de esclavo. Inalterable en sí mismo, se une y se apropia una naturaleza extranjera. ¡Oh hombres! vosotros queríais dioses, que no fuesen ni existiesen, a decir verdad, sino hombres y aun hombres viciosos. Gran ceguedad era esta. Pero veis aquí un nuevo objeto de adoración, que se os propone; éste es un Dios y juntamente un hombre; pero un hombre, que nada ha perdido de lo que era, tomando lo que somos. La Divinidad permanece en él inmutable, con que no siendo capaz de abatirse, no puede dejar de elevar sumamente lo que une consigo.

Pero ¿qué ha tomado Dios de nosotros? ¿Ha tomado acaso nuestros vicios y nuestros pecados? ¿Quién tal pronuncia? No ha tomado del hombre, sino lo que en el hombre había hecho el mismo Dios: y bien cierto es, que no había hecho ni el pecado, ni el vicio: había hecho la naturaleza; tomóla. Puede decirse que había hecho la mortalidad con la enfermedad, que la acompaña, porque aunque no fuese parte del primer diseño, era justo castigo del pecado y en esta calidad obra de la justicia divina. Tampoco se desdeño Dios de tomarla; y tomando la pena del pecado, sin el pecado mismo, mostró que no era él un culpado a quien se castigaba, sino el justo, que expiaba los pecados de los delincuentes.

De modo, que en lugar de los vicios que atribuían los hombres a sus dioses, se han descubierto todas las virtudes en este Dios hombre; y a fin de que se manifestasen en las mayores pruebas, han resplandecido entre los más horribles tormentos. No busquemos, pues, otro Dios visible después de este: él es solo el digno de abatir todos los dioses; y la victoria, que había de obtener contra ellos, está fijada a su cruz.

Esto es, está fijada a una aparente locura: Porque los judíos, prosigue S. Pablo, piden milagros, con los cuales desquiciando Dios, con ostentación de su poder, a toda la naturaleza, como hizo a la salida de Egipto, les haga visiblemente superiores a sus enemigos: y los griegos, o los gentiles buscan la sabiduría, y oraciones artificiosas, como las de su Platón o su Sócrates. Pero nosotros, continua el Apóstol, predicamos a Jesucristo crucificado, escándalo para los judíos, no milagro; locura para los gentiles, no sabiduría; mas es para los judíos y para los gentiles, llamados al conocimiento de la verdad, el poder y la sabiduría de Dios: porque lo que en Dios parece locura, es más sabiduría que toda la sabiduría humana; y lo que parece debilidad, es mayor fortaleza que toda la fortaleza humana. Este es el postrero golpe que era forzoso dar a nuestra soberbia ignorancia. La sabiduría a que nos conduce es tan sublime, que parece locura a nuestra sabiduría; y sus reglas son tan altas, que todo ello nos parece un extravío.

Pero si esta divina sabiduría nos es impenetrable en sí misma, se nos hace por sus efectos manifiesta. Una virtud sale de la cruz, y no hay ídolo que no vacile: los vemos caer todos a tierra, aunque apoyados del poder romano. No son los sabios, no son los nobles, no son los poderosos los

que han hecho tan grande milagro. La obra de Dios ha tenido un mismo curso; y lo que él empezó por las humillaciones de Jesucristo lo ha consumado con las humillaciones de sus discípulos. Considerad, hermanos míos: que así acaba S. Pablo su admirable discurso, considerad los que Dios ha llamado entre nosotros, y de qué ha compuesto esta Iglesia, vencedora del mundo: pocos sabios hay en ella, de los que el mundo admira: pocos poderosos y pocos nobles; pero Dios ha elegido lo que es loco según el mundo, para confundir a los sabios: ha escogido lo que era débil, para confundir a los poderosos: ha elegido lo más despreciable, lo más vil, y en fin, lo que nada era, para destruir lo que era; a fin de que ningún hombre se glorifique a su vista. Los apóstoles y los discípulos, la escoria del mundo, y la misma nada, a mirarlos con los ojos humanos, han prevalecido a todos los emperadores y a todo el imperio. Habían los nombres olvidado la creación; y Dios la ha renovado, sacando de esta nada su amada Iglesia, a la cual ha hecho todo poderosa contra el error. Ha confundido juntamente con los ídolos toda la grandeza humana, que se interesaba en defenderlos; y ha hecho una tan grande obra del mismo modo que la del universo, con sola la fuerza de su palabra omnipotente.

CAPÍTULO XXVI.
Diversas formas de idolatría: los sentidos, el interés, la ignorancia, falso respeto de la antigüedad, la política, la filosofía y las herejías vienen a socorrer a la misma idolatría; pero la Iglesia triunfa de todo.

Parécenos la idolatría la misma flaqueza, y al mismo tiempo nos es difícil comprender, como ha sido necesaria tanta fuerza para poderla destruir. Pero su extravagancia hace conocer la dificultad que había para vencerla; y unían gran desconcierto de la razón, muestra bastantemente cuan viciado estaba el principio. Había el mundo envejecido en la idolatría; y encantado por sus ídolos, se había hecho sordo a toda la naturaleza, que clamaba contra ellos. ¿Qué poder no sería necesario, para renovar en la memoria de los hombres el verdadero Dios, tan profundamente olvidado, y dispertar al género humano de tan espantoso letargo?

Todos los sentidos, todas las pasiones, todos los intereses militaban por la idolatría. Ella estaba hecha para el gusto: los divertimientos, los espectáculos, y en fin, delincuente la licencia misma, formaban una parte del culto que se conceptuaba divino. Las fiestas no eran sino juegos: no había ejercicio de la vida humana de donde estuviese más cuidadosamente desterrado el pudor, que de los misterios de la religión supersticiosa. ¿Cómo, pues, se podrían acostumbrar espíritus tan corrompidos a la regularidad de la religión verdadera, casta, sencilla, enemiga de los sentidos, y únicamente fijada en los bienes invisibles? S. Pablo hablaba a Félix, gobernador de Judea, de la justicia, de la castidad, y del juicio futuro. Atemorizado este hombre le dijo: En cuanto a eso, vete por ahora, que mandaré llamarte cuando sea necesario. Ya se conoce, que esta era una conversación para muy diferida por un hombre que deseaba gozar sin escrúpulo y a cualquier precio de los aparentes bienes de la tierra.

¿Quiere V. A. ver cómo se mezcla el interés, aquel prodigioso ingenio, digo, que da movimiento a las cosas humanas? En aquel gran bando contra la idolatría, que comenzaban a causar en toda el Asia las predicaciones de S. Pablo, los plateros, que ganaban su sustento haciendo pequeños templos de plata de la diosa de Éfeso, se juntaron; y el más acreditado entre ellos, representó que estaba para cesar su ganancia. Y no solamente, dijo, corremos riesgo de perderlo todo, sí también que el templo de la gran Diana está expuesto a un próximo desprecio; y la majestad de la que es adorada en toda el Asia, y aun en todo el universo, se aniquilará poco a poco.

¡Qué poderoso es el interés, qué atrevido, y más, cuando puede cubrirse con el velo de la religión! No se necesitó más para conmover a aquellos artífices. Salieron todos juntos, gritando como furiosos: La gran Diana de los efesios; y arrastrando a los compañeros de S. Pablo al teatro,

donde toda la ciudad estaba junta, redoblaron entonces los gritos, y por espacio de dos horas resonaron en la plaza estas palabras: La gran Diana de los efesios. S. Pablo y sus compañeros fueron con dificultad arrancados de las manos del pueblo por los magistrados, que temieron sucediesen mayores desórdenes en aquel tumulto. Junte V. A. al interés de los particulares, el interés de los sacerdotes, próximos a caer con sus mismos dioses: junte a todo esto el interés de las ciudades, a que su falsa religión hacia ilustres, como la ciudad de Éfeso, que debía a su templo sus privilegios y al concurso de los forasteros sus riquezas. ¡Qué tempestad se levantaría contra la Iglesia, que iba naciendo! ¿Y causará, maravilla ver a los apóstoles, tan frecuentemente maltratados, apedreados y dejados por muertos en medio del furioso vulgo? Pero otro más grande interés va a mover otra mayor máquina: el interés del estado va a dar impulso al senado, al pueblo romano y a los emperadores, para que hagan suya propia esta causa y la defiendan con todas sus fuerzas.

Había ya largo tiempo, que las ordenanzas del senado prohibían las religiones extranjeras. Los emperadores habían abrazado la misma política; y en aquella prudente deliberación, en qué se trataba de reformar los abusos del gobierno, uno de los principales reglamentos que Mecenas propuso a Augusto, fue impedir las novedades en la religión, que siempre causaban peligrosas alteraciones en los estados. La máxima era verdadera; pues, ¿qué cosa hay que más violentamente mueva los ánimos y los conduzca a los más extraños excesos? Pero quería Dios manifestar, que el establecimiento de la religión verdadera no excitaba semejantes turbaciones; y esta es una de las maravillas, que muestran, que él era el que dirigía esta grande obra. Porque, ¿quién no se pasmará de ver, que en el espacio de trescientos años, que la Iglesia tuvo que padecer todo lo más cruel que la rabia de sus perseguidores podía inventar; entre tantas sediciones y guerras civiles, y entre tantas conjuraciones contra la persona de los emperadores, jamás se mezclase en ellas un solo cristiano, ni bueno ni malo? Los cristianos desafían a sus mayores enemigos a que les nombren uno sol: jamás le hubo: tanta veneración inspiraba la doctrina cristiana por la autoridad pública; y tan profunda fue la impresión que hizo en todos los ánimos esta palabra del Hijo de Dios: Dad al César lo que es del César, y a Dios lo que es de Dios.

Esta gran distinción ilustró a los ánimos con una luz tan clara, que jamás los cristianos dejaron de respetar a la imagen de Dios, en los príncipes perseguidores de la verdad. Brilla de tal modo este carácter de sumisión en todas sus apologías, que aun el día de hoy inspiran a quien las lee, el amor del estado público; y manifiestan, que sólo esperaban de Dios el establecimiento del cristianismo. Ni una vez sola, en tantos siglos de padecer, se desviaron de este precepto del Señor, unos hombres tan determinados a padecer la muerte, siendo tantos, que llenaban todo el imperio y todos los ejércitos: a sí mismos se prohibían ellos, no solamente las acciones sediciosas, sí aun también las murmuraciones. Luego el dedo de Dios estaba en esta obra; y ninguna otra mano que la suya, hubiera podido contener a unos ánimos extremadamente violentados con tantas injusticias.

Duro les era, a la verdad, ser tratados de enemigos públicos y de enemigos de los emperadores: ellos eran los que no respiraban sino obediencia, y cuyos votos más ardientes tenían por objeto la salud de los príncipes y la felicidad del estado. Pero la política romana se creía combatida en sus fundamentos, cuando se despreciaban sus dioses. Gloriábase Roma de ser una ciudad santa por su fundación; consagrada desde su origen con auspicios divinos, y dedicada por su autor al dios de la guerra. Poco faltó para que no creyese a Júpiter más presente en el capitolio, que en el cielo. Creía deber sus victorias a su religión; por eso había sujetado a las naciones y a sus dioses: que así se discurría en aquel tiempo; de suerte, que los dioses romanos debían ser señores de los otros dioses, como los romanos lo eran de los demás hombres. Luego que Roma sujetó a la Judea, había contado el Dios de los judíos entre los que había vencido: querer hacerle reinar, era desquiciar los fundamentos de la república; era aborrecer las victorias y el poder romano. Así, los cristianos enemigos de los dioses, eran mirados al mismo tiempo como enemigos de la república. Mas cuidado ponían los emperadores en exterminarlos, que en aniquilar los partos, los turcomanos y los dados: con tanta pompa se dejaba ver en sus inscripciones el cristianismo abatido, como los

sármatas deshechos. Pero sin razón alguna se jactaban de haber destruido una religión, que, cuanto más la oprimían, más se dilataba. Las calumnias se juntaron sin fruto a la crueldad. Eran los cristianos acusados de vicios que horrorizan a la naturaleza, siendo unos hombres que practicaban virtudes superiores at hombre. Eran acusados de incestuosos,. aquellos cuyas delicias eran la castidad. Eran acusados de comer sus propios hijos, aquellos que eran benéficos con quien les perseguía. Pera a pesar del odio público, la fuerza de la verdad sacaba favorables testimonios de la boca de sus enemigos. Todos saben lo que Plinio el Menor escribió a Trajano de las costumbres de los cristianos. Ellos fueron justificados, pero no fueron eximidos del capital suplicio; porque aun necesitaban de esta última mano para perfeccionar en ellos la imagen de Jesucristo, y debían, como él, ir a la cruz con una declaración, pública de su acrisolada inocencia.

No puso la idolatría toda su fuerza en el rigor; porque, aunque fuese su fondo una ignorancia brutal y una entera depravación del sentido humano, quería adornarse de forjadas razones. ¿Cuántas veces procuró disfrazarse y en cuántos modos se trasformo para cubrir su ignominia? Mostrábase alguna vez respetuosa hacia la divinidad: todo lo que es divino, decía, es desconocido; y sola la divinidad es la que a sí misma se conoce: no es para nuestro corto entendimiento discurrir de cosas tan altas; y así, es preciso creer a los antiguos, y seguir cada uno la religión que halla establecida en su país o provincia. Con estas máximas, aquellos errores tan crasos como impíos, que llenaban a toda la tierra, eran irremediables; y la voz de ia naturaleza, que anunciaba al verdadero Dios, estaba ahogada y como enmudecida.

Motivo había para pensar, que la flaqueza de nuestra razón descaminada, necesita de una autoridad que la restituya al principio; y que la antigüedad es de quien se debe aprender la religión verdadera. Ya ha visto V. A. su continuación inmutable desde el principio del mundo. Pero ¿de qué antigüedad había de gloriarse el paganismo, que no podía leer sus propias historias sin hallar el origen, no sólo de su religión, sí también de sus dioses? Varrón, Cicerón y otros autores, lo han dado a ver bien claramente. ¿Qué se inferirá si recurriéramos a aquellos millares infinitos de años que llenaban los egipcios de fábulas confusas e impertinentes, para establecer la antigüedad de que vanamente blasonaban? Pero allí se veían nacer y morir las deidades de Egipto; y este pueblo no podía hacerse antiguo, sin señalar el principio de sus dioses.

Véase aquí otra forma de idolatría. Quería ella, que se diese culto a todo lo que se reputaba por divino. La política romana, que tan severamente prohibía las religiones extranjeras, permitía que fuesen adorados los dioses de los bárbaros, como los hubiese ella adoptado: queriendo mostrar así su equidad, no menos con los dioses, que con los hombres. Alguna vez ofrecía inciensos al Dios de los judíos, con todos los otros. Una carta hallamos de Juliano Apóstata, en que promete a los judíos restablecer la santa ciudad, y sacrificar con ellos a Dios, Creador del universo. Aquel era un error común. Hemos visto que los paganos querían adorar al verdadero Dios, pero no a él totalmente solo; y no consistió en los emperadores, que también Jesucristo, a cuyos discípulos perseguían, tuviese altares entre los romanos.

¿Pues qué? ¿Acaso pudieron los romanos pensar en honrar como a Dios a aquel a quien sus magistrados habían condenado al último suplicio, y que muchos de sus autores le cargaron de oprobios? Mas no hay que pasmarse de esto: el hecho es incontestable, no admite disputa.

Distingamos primeramente lo que hace decir en general un odio ciego, de los hechos positivos, cuya prueba se alega. Es cierto que los romanos, aunque condenasen a Jesucristo, jamás le imputaron algún delito particular: así, Pilatos le condenó ron repugnancia, violentado de los gritos y de las amenazas de los judíos. Pero lo que es mucho más maravilloso, los judíos mismos, a cuya instancia fue el Señor crucificado, no han conservado en sus libros antiguos memoria de alguna acción que manchase su vida, y mucho menos, que le hiciese merecer el último suplicio; por donde manifiestamente se confirma lo que leemos en el Evangelio, que todo el crimen de nuestro Señor fue el haberse nombrado el Cristo, Hijo de Dios.

En efecto, Tácito nos refiere bien el suplicio de Jesucristo bajo de Poncio Pilatos y durante el imperio de Tiberio; pero no cuenta otro delito que le hiciese merecer la muerte, que ser autor de una nueva secta, convencida de aborrecer el género humano, o de serle odiosa. Este es el delito de Jesucristo y de los cristianos, y sus mayores enemigos nunca han podido acusarles sino en términos vagos, sin alegar jamás un hecho positivo que se les haya podido imputar.

Es verdad que en la última persecución, trescientos años después de Jesucristo, los paganos, que no sabían ya qué reprender en él ni en sus discípulos, publicaron unos autos falsos de Pilatos, pretendiendo que se verían en ellos los delitos porque había sido crucificado. Pero como no hay memoria de estos autos en todos los siglos precedentes; y que ni bajo de Nerón ni de Domiciano, que reinaban en el origen del cristianismo y eran de él tan enemigos, nada de todo eso se encuentra; parece que los fabricaron a su gusto, y que como veían a los romanos sin prueba alguna constante contra Jesucristo, se hallaron sus contrarios reducidos a inventarlas para tenerlas.

Éste es, pues, el primer hecho: la inocencia irreprensible de Jesucristo. Juntámosle el segundo: la santidad de su vida y de su doctrina reconocida. Uno de los mayores emperadores romanos, quiero decir, Alejandro Severo, estaba admirado de nuestro Señor, y hacía escribir, así en las obras públicas, como en su palacio, algunas sentencias de su Evangelio. El mismo emperador alababa y proponía por ejemplo las santas precauciones con que los cristianos ordenaban a los ministros de las cosas sagradas. No es esto todo: se veía en palacio una especie de capilla en que sacrificaba desde la mañana. Allí había consagrado las imágenes de las almas santas, entre las cuales colocaba con Orfeo a Jesucristo y Abraham. Tenía otra capilla, o como se quiera traducir la palabra latina lararium, de menor dignidad que la primera, en que se veía la imagen de Aquiles y de otros hombres grandes; pero Jesucristo estaba puesto en la primera clase. Un pagano es quien lo ha escrito, y cita por testigo a un autor del tiempo de Alejandro. Ve ahí dos testigos de un mismo hecho, y mira aquí otro hecho que no es menos pasmoso.

Aunque en abjurar Porfirio el cristianismo, se declaró su enemigo, no dejó de confesar en su libro intitulado: La filosofía por los oráculos, que los hubo muy favorables a la santidad de Jesucristo.

Mas no quiera Dios que sepamos por oráculos engañosos la gloria de su Hijo, que los hizo enmudecer con su nacimiento. Pero bueno es saber lo que los paganos hacían decir a sus dioses sobre nuestro Señor. El mismo Porfirio, pues, nos asegura, que ha habido oráculos, en que Jesucristo es llamado un hombre piadoso y digno de la inmortalidad, y los cristianos, al contrario, hombres impíos y seducidos. Después refiere el oráculo de la diosa Hecate, en que habla de Jesucristo como un hombre ilustre por su piedad, cuyo cuerpo cedió a los tormentos; pero cuya alma está en el cielo entre las bienaventuradas. Esta alma, decía la diosa de Porfirio, por una especie de fatalidad ha inspirado el error a las almas a quien el destino no ha asegurado los dones de los dioses y el conocimiento del gran Júpiter; y que por eso son sus enemigas. Pero tened cuidado de no blasfemar de él. Prosigue, hablando Jesucristo, y compadeced solamente el error de aquellos cuyo infeliz destino os he contado. Palabras pomposas y enteramente vacías de sentido; pero muestran que la gloria de nuestro Señor ha forzado a sus enemigos a tributarle elogios.

A más de la inocencia y santidad de Jesucristo, aun hay un tercer punto no menos importante, que es el de sus milagros. Es cierto que los judíos jamás los han negado; y en su Talmud hallamos algunos de los que sus discípulos hicieron en su nombre. Solamente han dicho por oscurecerlos, que los hizo por los encantamientos que había aprendido en Egipto, o por el nombre de Dios; aquel nombre desconocido e inefable, cuya virtud todo lo puede, y que Jesucristo había descubierto, no se sabia cómo, en el santuario; o en fin, porque era uno de aquellos profetas notados por Moisés, cuyos milagros engañosos habían de llevar al pueblo a la idolatría. Jesucristo, vencedor de los ídolos, cuyo Evangelio ha hecho reconocer un solo Dios por todo el mundo, no necesita de ser justificado de esta calumnia: los verdaderos profetas no han predicado su divinidad menos que él; y lo que debe

resultar del testimonio de los judíos, es, que Jesucristo hizo milagros para justificar su misión.

En cuanto a lo demás, cuando le calumnian de haberlos hecho por magia, deben advertir, que Moisés fue acusado del mismo delito. Esta era opinión antigua en los egipcios, que atónitos de las maravillas que había Dios obrado en su país por medio de aquel grande hombre, le habían puesto en el número de sus principales magos. Puede también verse esta opinión en Plinio y Apuleyo, donde Moisés se halla nombrado con Jannes y Marbré, aquellos célebres encantadores de Egipto de quienes habla S. Pablo, y a quienes había Moisés confundido con sus milagros. Las ilusiones de los magos jamás tienen un efecto durable, ni se dirigen a establecer, como hizo Moisés, el culto del Dios verdadero y la santidad de la vida: además, que bien sabe Dios mostrarse el omnipotente y hacer obras que sea incapaz el poder enemigo de imitarlas. Las mismas razones hacen a Jesucristo superior a una tan vana acusación, que desde su origen solo sirve para justificar, como hemos notado, que son incontestables sus milagros.

En efecto, lo son tanto, que ha sido igualmente imposible a los gentiles como a los judíos desconvenir en ellos. Celso, el grande enemigo de los cristianos, y que desde los primeros tiempos les hace guerra con toda la habilidad imaginable, inquiriendo con infinita diligencia cuanto podía dañarles, no negó todos los milagros de nuestro Señor: defiéndese solo de ellos, diciendo con los judíos, que Jesucristo había aprendido los secretos de los egipcios, esto es, la magia, y que quiso atribuirse la divinidad con las maravillas que obró en virtud de este arte detestable. Por eso pasaban por mágicos los cristianos; y tenemos un lugar de Juliano Apóstata, que desprecia los milagros de nuestro Señor; pero sin ponerlos en duda. Volusiano en su carta a S. Agustín hace lo mismo, y este discurso era común entre los paganos.

No es, pues, maravilla, que acostumbrados los paganos a hacer dioses de todos los hombres en quienes alguna cosa extraordinaria resplandecía, quisiesen colocar a Jesucristo entre sus deidades. Tiberio, por los informes que le iban de Judea, propuso al senado acordar a Jesucristo los honores divinos. Ni es éste un hecho que sin fundamento se expone: Tertuliano lo refiere como público y notorio en su Apología, que presenta al senado en nombre de la Iglesia, y no querría desacreditar una tan buena causa como la suya, con cosas en que fácilmente se le podía confundir, no siendo verdaderas. Y si se quisiere el testimonio de un autor pagano, Lampridio nos dirá: Que Adriano había erigido y levantado a Jesucristo templos que aun duraban y se veían cuando él escribía; y que Alejandro Severo, después de haberle venerado como particular, quería erigirle públicamente altares, y ponerle en el número de los dioses siendo emperador.

Mucha injusticia es verdaderamente no querer dar crédito en lo tocante a Jesucristo, sino a lo que escriben los que no han estado alistados entre sus discípulos; porque esto es buscar la fe en los incrédulos, o el cuidado y la diligencia en los que ocupados de todas las demás cosas, miraban a la religión como indiferente. Pero no obstante, es cierto., que la gloria de Jesucristo ha tenido tan grande lustre, que no ha podido el mundo resistirse a darle algún testimonio; y yo no puedo referir a V. A. otro más auténtico que el de tantos emperadores.

No dejo con todo eso de reconocer, que también tenían otro designio. Mezclábase algo de política en los honores que tributaban a Jesucristo. Pretendían que al fin todas las religiones se unirían y los dioses de todas las sectas se harían comunes. Los cristianos, que no conocían este culto mixto, no menos despreciaron las condescendencias que los rigores de la política romana. Pero quiso Dios que otro principio hiciese desechar a los paganos los templos que destinaban los emperadores a Jesucristo. Les sacerdotes de los ídolos, según refiere el autor pagano tantas veces citado, declararon al emperador: Que, si para el uso de los cristianos consagraba aquellos templos, todos los demás serian abandonados y todo el mundo abrazaría la religión cristiana. Con que aun la misma idolatría, herida de muerte, sentía ya en nuestra Religión una fuerza invencible a que no podían resistir los falsos dioses; y ella misma justificaba la verdad de esta sentencia del Apóstol; ¿Qué convención puede haber entre Jesucristo y Belial? Y ¿cómo puede concordar el templo de

Dios con los ídolos?

Así, por la virtud de la cruz, la religión pagana, confundida por sí misma, se iba arruinando; y la unidad de Dios de tal modo se establecía, que al fin la idolatría no se mostró distante de reconocerla. Decía que la naturaleza divina, tan grande y tan extendida, no podía exprimirse con un nombre solo, ni bajo una sola forma; pero que Júpiter, Marte, Juno y los demás dioses no eran en sustancia sino un mismo Dios, cuyas virtudes infinitas se explicaban y representaban con tantos nombres diferentes. Cuando después se llegaba a las impuras historias de los dioses, a sus infames genealogías, a sus amores deshonestos, a sus fiestas y a sus misterios, que no tenían otro fundamento que aquellas espantosas fábulas, toda aquella religión se convertía en alegorías. El mundo o el sol era a quien reconocían por único Dios: las estrellas eran, el aire, el fuego, el agua, la tierra y sus diversas conjunciones eran, repito, las que estaban ocultas bajo de los nombres de los dioses y en sus torpes amores. Débil y miserable recurso; porque a más de que las fábulas eran escandalosas, y todas las alegorías, frías y violentas, ¿qué se hallaba al fin, sino que este Dios único era el universo con todas sus partes? De suerte, que el fondo de la religión venía a ser sola la naturaleza,, y siempre era la criatura adorada en lugar de su Creador.

Estas flacas escusas de la idolatría, aunque sacadas de la filosofía de los estoicos, no contentaban mucho a los filósofos. Celso y Porfirio buscaron nuevos socorros en la doctrina de Platón y de Pitágoras; y ve aquí como conciliaban la unidad de Dios con la multiplicidad de los dioses vulgares. No había, decían ellos, sino un Dios supremo; pero era tan grande, que no se mezclaba en las cosas pequeñas. Contento con haber hecho el cielo y los astros, según su errado sentir, no se había dignado de poner la mano en este mundo inferior, el cual había dejado formar a sus subalternos dioses; y el hombre, aunque nacido para conocerle, no era, por ser mortal, obra digna de tales manos. Que era asimismo inaccesible a nuestra naturaleza: habitaba una región muy elevada para nosotros: los espíritus celestiales, que nos habían hecho, nos servían de mediadores para con él; y esto es lo que precisaba a adorarles: ese era su necio sentir e ilusión.

No trato de refutar estos sueños de los platónicos y que por sí mismos ellos se desvanecen. El misterio de Jesucristo los destruía de raíz por el fundamento. Enseñaba este misterio a los hombres, que no les había hecho Dios a su imagen para despreciarles: que, si tenían necesidad de mediador, no era por defecto de su naturaleza, la cual, como todas las otras, había debido el ser a su poderosa mano, sino por causa de su pecado, de que ellos eran los únicos autores: y en cuanto a lo demás, que su naturaleza les alejaba tan poco de Dios, que este Señor no se desdeñaba de unirse a ellos, haciéndose hombre; y les daba por mediador, no a aquellos espíritus celestiales, que los filósofos llaman demonios y la Escritura ángeles, sino un Hombre, que juntando la fuerza de Dios con nuestra naturaleza enferma, nos hizo un remedio de nuestra misma flaqueza.

Y si la soberbia de los platónicos no podía abatirse hasta las humillaciones del eterno Verbo hecho carne, ¿no debía a lo menos comprender, que no por ser el hombre de menos excelente naturaleza que el ángel, deja de ser capaz, como él, de gozar de Dios; y que así, más es su compañero que su súbdito: no obligado a adorarle a él solo, sino a adorar con él en espíritu de sociedad, al que crió a ambos a su semejanza? Era, pues, no solo mucha bajeza e indignidad en el género humano, sino aun mucha ingratitud detestable tributar sacrificios a quien no fuese Dios; ni podía haber igual ceguedad a la del paganismo, que en vez de reservarle este supremo culto, le rendía y tributaba a tantos demonios.

Mas aquí es donde la idolatría, que parecía reducida al mayor aprieto, descubrió enteramente su flaqueza. Al fin de las persecuciones, estrechado Porfirio por los cristianos, se vio precisado a decir que el sacrificio no era el culto supremo., Vea V. A. a qué punto llegó su extravagancia. Este altísimo Dios, decía, no recibe sacrificios: todo lo que es material es para él impuro y no puede ofrecérsele. Aun la palabra no debe emplearse en su culto, porque la voz es cosa corporal: es necesario adorarle en silencio y con simples pensamientos: que todo otro culto es indigno de

majestad tan alta.

Así, Dios era muy grande para ser alabado; y era delito exprimir, como podemos, lo que concebimos de su grandeza. El sacrificio, aunque solamente sea un modo de declarar nuestra profunda dependencia y un reconocimiento de su soberanía, era indigno de su majestad. Así lo decía expresamente el iluso Porfirio; y ¿qué otra cosa era todo esto, sino aniquilar la religión, y dejar enteramente sin culto a aquel que era reconocido por el Dios de los dioses?

Pero sepamos, ¿qué significaban aquellos sacrificios que ofrecían los gentiles en sus templos? Porfirio encontró este secreto. Había, decía él, espíritus impuros, engañosos, malignos, que con soberbia insensata querían ser tenidos por dioses y hacerse servir de los hombres. Era forzoso aplacarles para que no hiciesen daño. Unos más alegres y festivos, se dejaban ganar con los espectáculos y juegos: el humor más melancólico de otros quería el humo de la carne humana y se alimentaba de sacrificios sangrientos. Mas ¿de qué sirve refutar estos horrendos absurdos? Sobraron razones para que los cristianos ganasen su causa, y quedase por constante, que todos los dioses, a quienes sacrificaban los gentiles, eran espíritus malignos cuya soberbia se atribuía a sí la divinidad: de suerte, que la idolatría, mirándola en si misma, parecía solamente efecto de una ignorancia brutal; pero buscando el origen, era una obra conducida de lejos y adelantada hasta el mayor exceso por maliciosos espíritus. Esto es lo que los cristianos habían siempre pretendido; esto lo que enseñaba el Evangelio; y esto era lo que cantaba el Salmista: Todos los dioses de los gentiles son demonios, pero el Señor ha hecho los cielos: el único Señor los crió y los conserva.

Y con todo eso, serenísimo señor, ¡oh extraña ceguedad del género humano! La idolatría reducida al extremo, y confundida por sí misma, no dejaba de sostenerse. No era menester más que revestirla de alguna apariencia, y explicarla con voces de sonido agradable a los oídos, para introducirla en los ánimos. Porfirio era admirado. Jámblico, su secuaz, era tenido por un hombre divino, porque sabía envolver los delirantes conceptos de su maestro en términos misteriosos, aunque en efecto nada significativos. Juliano Apóstata, con toda su astucia, fue prendado de estas apariencias: los mismos paganos lo refieren. Los encantamientos verdaderos o falsos, de que aquellos filósofos blasonaban; su austeridad mal entendida; su abstinencia ridícula, que llegaba a hacer delito de comer los animales; sus purificaciones supersticiosas; en fin, su contemplación, que se exhalaba en vanos pensamientos, y sus palabras tan poco sólidas, cuanto en la apariencia magníficos, engañaban al mundo. Pero aun no he tocado en la raíz. La santidad de las costumbres cristianas, el desprecio que ordenaba de los placeres, y sobre todo, la humildad, que es la base del cristianismo, era insufrible a los hombres, y si sabemos comprenderlo, la soberbia, la feísima sensualidad y la disolución eran las únicas defensas de la idolatría.

Iba la Iglesia desarraigándola todos los días con su celestial doctrina y aun más con su invicta paciencia. Pero aquellos espíritus malignos, que jamás habían cesado de engañar a los hombres y que les habían sumergido en la idolatría, no pusieron en olvido su malicia. Suscitaron en la Iglesia aquellas herejías que V. A. ha visto. Algunos hombres curiosos, y por eso vanos e inquietos, quisieron ganarse nombre entre los fieles; y no supieron contentarse con aquella sabiduría sobria y templada, que el Apóstol había recomendado tanto a los cristianos. Profundizaban mucho en los misterios, que pretendían medir con nuestras débiles inteligencias: nuevos filósofos, que mezclaban las razones humanas con la fe, e intentaban disminuir las dificultades del cristianismo; no pudiendo digerir toda la locura que el iluso y fanático mundo imaginaba hallar en el Evangelio. Así sucesivamente, y con una especie de método, fueron impugnados todos los artículos de nuestra fe: la creación; la ley de Moisés, fundamento necesario de la nuestra; la divinidad de Jesucristo; su encarnación, su gracia, sus sacramentos; todo en fio, dio materia a divisiones escandalosas. Celso y otros nos redargüían con ellas. ¡Oh qué triunfante se ostentaba la idolatría! Parecíale la Iglesia una obra humana y. ya próxima a caer por sí misma. Ya se concluía que en punto de religión no debíamos sutilizar más que nuestros antepasados, ni intentar introducir novedades en el mundo.

En esta confusión de sectas, que blasonaban de ser cristianas, no faltó Dios a su Iglesia. Conservóle siempre un carácter de suma autoridad, que las herejías no podían adquirir. Ella era católica y universal: abrazaba a todos los tiempos y se extendía por todas partes. Era apostólica: la continuación, la sucesión, la cátedra de la unidad, la autoridad primitiva, eran sus propias dotes. Todos los que la dejaban, la habían primero reconocido; y no podían ellos borrar el carácter de su novedad, ni el de su rebeldía. Los mismos paganos la miraban como a quien era la raíz, como a quien era el todo, de donde se habían desunido aquellas partecillas o ramas viciosas, permaneciendo siempre vivo el tronco y siempre entero, sin que las ramas cortadas le hubiesen disminuido. Celso, que redargüía a los cristianos con sus divisiones en tantas iglesias cismáticas que veía levantarse, la observaba una Iglesia distinguida de todas las demás, y siempre más fuerte; y por eso la llamaba también la grande Iglesia. Hay, decía, entre los cristianos algunos que no reconocen al Creador, ni las tradiciones de los judíos; quería con esto hablar de los marcionitas; pero, proseguía él, la grande Iglesia las recibe En la turbación que excitó Paulo de Samosata, no tuvo dificultad el emperador Aureliano en conocer la verdadera Iglesia cristiana, a la cual pertenecía la casa de la Iglesia, ya fuese esta el lugar de la oración, o la casa del obispo; y la adjudicó a los que estaban en comunión con los obispos de Italia y el de Roma, porque en todos tiempos veía lo principal del cristianismo en esta comunión.

Cuando el emperador Constancio causó tanta turbación a la Iglesia, no pudo la confusión que introdujo en ella, protegiendo a los arrianos, impedir que Ammiano Marcelino, aunque pagano, conociese que aquel emperador se desviaba del camino derecho de la religión cristiana, sencilla, y por sí misma precisa en sus dogmas y en su conducta. Esto es, que la verdadera Iglesia tenía una majestad y una derechura, o rectitud, que las herejías no podían imitar ni oscurecer; antes bien sin advertirlo ellas mismas, daban testimonio de esto a la Iglesia católica. Constancio, que perseguía a S. Atanasio, constantísimo defensor de la antigua fe, deseaba con ardor, dice Ammiano Marcelino, hacerle condenar por medio de la autoridad que el obispo de Roma tenía sobre los demás: solicitando él este apoyo, hacia conocer a los mismos paganos el defecto de su secta, y honraba a la Iglesia, de la cual le habían separado los arrianos. Así, los gentiles conocían también a la Iglesia católica. Si alguno les preguntaba dónde tenía sus congregaciones, y quiénes eran sus obispos, jamás se equivocaban. Mas las herejías, por más que hiciesen, no podían deshacerse del odioso nombre de sus autores. Los sabelianos, los paulianistas, los arrianos, los pelagianos, y los demás, en vano se ofendían del título del partido que se les daba; y el mundo, por más que les pesase, quería hablar naturalmente, y distinguía a cada secta por su autor. Pero por lo que mira a la grande Iglesia, a la Iglesia católica y apostólica, jamás ha podido atribuírsele otro que el mismo Jesucristo: ni contarle sus primeros pastores, sin subir hasta los apóstoles; ni darle otro nombre que el que ella tomaba. Así, por más que hicieron los herejes, no podían ocultarla a los paganos. Abríales ella su seno por toda la tierra y acudían a tropas. Puede ser que quizá algunos se perdiesen en las sendas torcidas; pero la Iglesia católica era el camino real, en que siempre entraba la mayor parte de los que buscaban a Jesucristo; y la experiencia ha hecho ver, que solo a ella se había concedido el privilegio de recoger a los gentiles. También era la combatida de toda la fuerza de los emperadores infieles. Pocos herejes han padecido por la fe, según nos informa Orígenes. San Justino, más antiguo que él, nota que la persecución preservaba a los marcionitas y demás herejes. No perseguían los paganos sino a la Iglesia, que veían extenderse por toda la tierra, y a quien únicamente conocían por la Iglesia de Jesucristo. ¿Qué importa que se le arrancasen algunas ramas? No por eso su virtud se perdía; brotaba en otras partes; y el corte de la madera superflua sólo servía de mejorar sus frutos con esa poda. En efecto, si la historia de la Iglesia se considera, se verá como siempre que una herejía la ha disminuido, la misma Iglesia ha reparado sus pérdidas; así extendiéndose por de fuera, como aumentándose por de dentro la luz y la piedad, en tanto que ha visto secarse en ángulos remotos las ramas cortadas. Las obras de los hombres han perecido a pesar del infierno que las sostenía; pero la de Dios ha subsistido: y la Iglesia gloriosamente ha triunfado de la idolatría y de todos los errores.

CAPÍTULO XXVII.
Reflexión general sobre la continuación perpetua de la religión y sobre la armoniosa acorde relación que hay entre los libros de la Santa Escritura.

Esta Iglesia combatida siempre y jamás vencida, es un milagro perpetuo y un manifiesto testimonio, de la inmutabilidad de los consejos de Dios. En medio de la agitación de las cosas humanas, se mantiene siempre con una fuerza invencible; de suerte, que por una serie no interrumpida de más de mil y setecientos,años la vemos llegar basta Jesucristo, en quien recogió la sucesión del antiguo pueblo, y se halla reunida con los profetas y con los patriarcas.

Así, tantos milagros asombrosos como vieron los antiguos hebreos, sirven también el día de hoy para confirmar nuestra fe. El gran Dios que los obró para dar testimonio de su unidad y omnipotencia, ¿qué otro podía formar más auténtico para conservar esta memoria, que el de dejar entre las manos de tan gran pueblo los autos que los testificasen, dispuestos según el orden de los tiempos? Esto es lo que también tenemos en los libros del Testamento antiguo, quiero decir, en los libros más ancianos que hay en el mundo; en los libros que son los únicos de la antigüedad en que el conocimiento del verdadero Dios se haya enseñado y ordenado su servicio; en los libros que el pueblo judaico siempre ha guardado tan religiosamente. Y es certísimo, que este pueblo es el único que desde su origen ha conocido a Dios, criador del cielo y de la tierra; el único consiguientemente, que debía ser el depositario de los secretos divinos.

Así los ha guardado con una religión sin ejemplar. Los libros que los egipcios y demás pueblos llamaban divinos, ha ya muchos siglos que se perdieron; y apenas nos ha quedado alguna memoria confusa de ellos en las historias antiguas. Los libros sagrados de los romanos, en que había Numa, autor de su religión, escrito sus misterios, perecieron a manos de los romanos mismos; y el senado los hizo abrasar, como libros que se dirigían a destruir la religión. Los mismos romanos dejaron al fin perecer los libros sibilinos, tan largo tiempo venerados entre ellos como proféticos, donde querían se creyese que hallaban los decretos de los dioses inmortales sobre su imperio, sin embargo de no haber jamás mostrado al público, no digo un solo volumen, pero ni un solo oráculo. Los judíos han sido los únicos cuyas sagradas Escrituras tanto más han sido veneradas, cuanto han sido más conocidas. De todos los pueblos antiguos ellos son el único que ha conservado los primitivos monumentos de su religión, aunque estén llenos de testimonios de su infidelidad y de la de sus antepasados. Y aun el día de hoy subsiste en el mundo este mismo obcecado pueblo, para llevar por disposición divina a todas las naciones, en que ha estado disperso, con la continuación de la religión, los milagros y las predicciones que la manifiestan incontrastable.

Cuando vino Jesucristo, y que enviado por su Padre a cumplir las promesas de la ley confirmó su misión y la de sus discípulos con nuevos milagros, fueron estos escritos con la misma puntualidad. Sus actos se publicaron a todo el mundo: las circunstancias de los tiempos,, de las personas y de los lugares hicieron fácil su examen a quien tuvo cuidado de su salvación: el mundo loba considerado: lo ha creído; y por poco que se premediten los antiguos monumentos de la Iglesia, se confesará que jamás asunto alguno se ha juzgado con más reflexión y conocimiento.

Pero en la armoniosa relación que entre sí tienen los libros de los dos Testamentos, hay una diferencia que considerar: esta es, que los libros del pueblo antiguo fueron compuestos en diversos tiempos: unos son los tiempos de Moisés; otros los de Josué y de los Jueces; otros los de los Reyes; otros en los que el pueblo fue sacado de Egipto y en que recibió la ley; otros en los que conquistó la tierra prometida; otros en los que fue restablecido en ella por milagros visibles. Para convencer a la incredulidad de un pueblo entregado a los materiales sentidos, tomó Dios una larga extensión de siglos, en cuyo curso distribuyó sus milagros y sus profetas, a fin de renovar frecuentemente los testimonios palpables con que testificaba sus santas verdades. En el nuevo Testamento ha seguido Dios otra conducta. Nada más quiere revelar de nuevo a su Iglesia después de Jesucristo. En él está la perfección y la plenitud; y todos los libros divinos, que han sido compuestos en la nueva alianza,

lo fueron en tiempo de los apóstoles.

Esto es, que el testimonio de Jesucristo y de los que Jesucristo mismo se dignó de elegir por testigos de su resurrección, ha bastado a la Iglesia cristiana. Todo lo que ha venido después la ha edificado; pero ella no ha mirado como inspirado de Dios, sino lo que sus apóstoles escribieron o confirmaron con su testificada autoridad.

Mas en esta diferencia que se halla entre los libros de los dos Testamentos, Dios guardó siempre este orden admirable de hacer escribir las cosas en el tiempo que habían sucedido, o estaba reciente su memoria. Así los que las sabían, recibieron los libros que daban de ellas testimonio: los unos y los otros las dejaron a sus descendientes como una preciosa herencia; y la piadosa posteridad las ha conservado uniformemente.

De este modo, pues, se formó el cuerpo de las Escrituras santas, así del antiguo como del nuevo Testamento; Escrituras que han sido miradas desde su origen como verdaderas en todo, como dadas de Dios mismo; y conservadas por eso con tanta religión, que no se ha creído poder sin impiedad alterarlas en una sola letra.

En esta forma han llegado hasta nosotros, siempre santas, siempre sagradas y siempre inviolables; conservadas las unas por la tradición constante del pueblo judaico, y las otras por la tradición del pueblo cristiano, tanto más cierta, cuanto ha sido confirmada con la sangre y el martirio, así de los que escribieron estos libros divinos como de los que los han recibido.

San Agustín y los demás Padres preguntan, sobre qué fe atribuimos los libros profanos a tiempos y autores ciertos. Todos responden luego, que los libros están distinguidos por las diversas relaciones que hacen a las leyes, a las costumbres y a las historias de un cierto tiempo; como también por el estilo, que lleva impreso el carácter de las edades y de los autores particulares; sobre todo por la fe pública y por una tradición constante. Todas estas cosas concurren a establecer los libros divinos, a distinguir sus tiempos y a observar sus autores; y cuanto mayor ha sido la religión en conservarlos en su integridad, tanto más incontrastable es la tradición que los conserva.

Así ha sido siempre reconocida, no solo por tos ortodoxos, sí también por los herejes y aun por los infieles. Moisés ha sido siempre tenido en todo el Oriente, y después en todo el universo, por el legislador de los judíos y por el autor de los libros que se le atribuyen. Los samaritanos, que los recibieron de las diez tribus separadas, los han conservado tan religiosamente como los judíos. V. A. ha visto ya en este discurso, su tradición y su historia.

Dos pueblos tan opuestos, no la han recibido el uno del otro; sino ambos de su origen común, desde los tiempos de Salomón y de David. Los antiguos caracteres hebreos, que aun retienen los samaritanos, muestran bastantemente que no han seguido a Esdrás, que los ha mudado.

Así el Pentateuco de los samaritanos y el de los judíos son dos originales completos, independientes el uno del otro. La perfecta conformidad que allí se ve en la sustancia del texto, justifica la buena fe de los dos pueblos. Estos son testigos fieles, que convienen, sin estar convenidos, o por mejor decir, que convienen a pesar de sus enemistades; y que sola la tradición inmemorial de una y otra parte los ha unido en el mismo pensamiento.

Aquellos, pues, que han querido decir, aunque sin razón alguna, que habiéndose perdido estos libros, o no habiéndolos habido, fueron o restablecidos o compuestos de nuevo, o alterados por Esdrás, a más de estar desmentidos por Esdrás mismo, como han podido observarlo en la continuación de su historia, lo están también por el Pentateuco, que aun se halla el día de hoy entre las manos de los samaritanos tal como le habían leído en los primeros siglos Eusebio de Cesarea, San Jerónimo y los demás autores eclesiásticos; tal como los pueblos le habían conservado desde su origen: y parece que una secta tan débil no dure tan largo tiempo, sino para dar este testimonio de la antigüedad de Moisés.

Los autores que escribieron los cuatro Evangelios no le reciben menos seguro del unánime consentimiento de los fieles, de los paganos y de los herejes. El gran número de pueblos diversos, que recibieron y tradujeron estos libros divinos luego que fueron hechos, convienen todos en su data y en sus autores. Los paganos no contradijeron esta tradición: ni aun Celso, que impugnó estos libros sagrados casi en el origen del cristianismo; ni Juliano Apóstata, aunque nada hay que ignorase ni omitiese de lo que podía desacreditarlos; ni otro algún pagano, jamás los sospecharon de supuestos: al contrario, todos les atribuyeron los mismos autores que los cristianos. Los herejes, aunque oprimidos de la autoridad de estos libros, nunca osaban decir que no fuesen de los discípulos de nuestro Señor; y hay entre ellos herejes que vieron los principios de la Iglesia y que a su vista se escribieron los libros del Evangelio. Con que no era dable que pudiese lograrse un fraude que desde luego había de descubrirse. Es cierto que después de los apóstoles, y cuando estaba ya la Iglesia extendida por todo el mundo, Marion y Manes, sin duda los más temerarios y los más ignorantes de todos los herejes, no obstante la tradición venida de los apóstoles, continuada por sus discípulos y por los obispos, a quienes habían dejado sil cátedra, juntamente con la conducta de los pueblos; y recibida uniformemente de toda la Iglesia cristiana, se atrevieron a decir, que tres Evangelios eran supuestos; y que el de San Lucas, que ellos preferían a los demás, no se sabe por qué, pues no había este venido por diverso camino, había sido falsificado. Pero, ¿qué pruebas daban de esto? Nada más que puros delirios; ningunos hechos positivos. Su única razón era que todo lo contrario a su sentir no podía dejar de haberse inventado por otros que los apóstoles; y su única prueba, las mismas opiniones que se les contestaban: opiniones fuera de eso, tan extravagantes y tan manifiestamente insensatas, que aun no se sabe cómo pudieron caber en el entendimiento humano. Pero ciertamente para acusar a la buena fe de la Iglesia, era necesario tener en la mano originales diferentes de los suyos, o alguna prueba constante. Interpelados ellos y sus discípulos a producirlos, enmudecieron; y dejaron con su silencio una prueba indubitable, de que en el segundo siglo del cristianismo, en que escribían, no había ni un solo indicio de falsedad, ni la menor conjetura que pudiese oponerse a la venerada tradición de la Iglesia.

¿Qué diré de la acorde conformidad de los libros de la Escritura, y del testimonio admirable que todos los tiempos del pueblo de Dios se dan unos a otros? los tiempos del segundo templo suponen los del primero y nos llevan a Salomón. Como no vino la paz, sino por medio de los combates, las conquistas del pueblo de Dios nos hacen ascender hasta los Jueces, hasta Josué, y hasta la salida de Egipto. Al mirar todo un pueblo salido de un reino en que era extranjero, viene a la memoria como había entrado en él. Los doce patriarcas se descubren al punto; y un pueblo, que jamás ha sido mirado sino como una misma familia, naturalmente nos conduce a Abraham, que es su cabeza. ¿Es este pueblo más sabio y menos dado a la idolatría después de su vuelta de Babilonia? Este era efecto natural de un gran castigo que sus culpas pasadas le habían causado. Si se gloría de haber visto por el curso de muchos siglos milagros que los demás pueblos jamás han visto, puede también gloriarse de haber tenido el conocimiento de Dios, que ningún otro pueblo tenía..¿Qué pueden significar la circuncisión, la fiesta de los tabernáculos, la pascua, las demás fiestas, celebradas por la nación de tiempo inmemorial, sino las causas que se hallan notadas en los libros de Moisés? Que un pueblo distinguido de los otros por una religión y unas costumbres tan particulares; que conserva desde su origen sobre el fundamento de la creación y sobre la fe de la Providencia una doctrina tan seguida y tan elevada; una memoria tan viva de una larga serie de hechos, tan necesariamente encadenados; ceremonias tan regladas y costumbres tan universales, estuviese sin una historia que le manifestase su origen, y sin una ley que le prescribiese sus costumbres, por el espacio de mil años que permaneció en aquel estado; y que empezase Esdrás a querer darle de repente bajo el nombre de Moisés, con la historia de sus antigüedades, la ley que formaba sus costumbres, cuando hecho cautivo este pueblo vio su antigua monarquía totalmente arruinada; ¿qué fábula más increíble podría jamás inventarse? ¿Y podrá dársele crédito, sin juntar la más torpe ignorancia a la blasfemia?

Para perder semejante ley, ya una vez recibida, es preciso que un pueblo sea exterminado o

que por diversas mudanzas haya llegado a no tener sino una idea confusa de su origen, de su religión y de sus costumbres. Si esta desgracia sucedió al pueblo judaico; y la ley, tan conocida en tiempo de Sedecías, setenta años después, se perdió a pesar de los cuidados de un Ezequiel, de un Jeremías, de un Baruch, de un Daniel, sin contar los otros; y en el tiempo que esta ley tenía sus mártires, como lo muestran las persecuciones de Daniel y de los tres jóvenes; sí esta santa ley, repito, se perdió en tan poco tiempo, y quedó tan profundamente olvidada que tuvo Esdrás el arbitrio de restablecerla a su gusto; no es éste el único libio que le era forzoso fabricar. Erale necesario componer al mismo tiempo todos los profetas antiguos y nuevos, esto es, todos los que antes y después del cautiverio habían escrito: así los que había visto el pueblo escribir, como aquellos cuya memoria conservaba; y no solamente los profetas, sí también los libros de Salomón, los Salmos de David y todos los libros de historia; pues apenas se hallará en toda ella un solo hecho considerable, ni en todos los demás libros un solo capitulo, que separado de Moisés, tal como le tenemos, pueda solo un momento subsistir. Todo habla allí de Moisés: todo está fundado en Moisés, y así debía ser; pues Moisés, su ley, y la historia que escribió, era en efecto en el pueblo judaico todo el fundamento de la conducta pública y particular. Era verdaderamente para Esdrás una asombrosa empresa, y bien nueva en el mundo, hacer hablar a tantos hombres de carácter y estilo diverso, y cada uno de una manera uniforme y siempre semejante a si misma; y hacer creer de repente a todo un pueblo, que estos eran los libros antiguos que siempre ha venerado, y los nuevos que ha visto hacer, como si jamás hubiese oído hablar de nada de ellos, y como si su conocimiento, así del tiempo presente como del pasado, se hubiese borrado de improviso. Tales son los monstruosos prodigios que,es preciso creer, cuando no se quiere dar crédito a los milagros del Omnipotente; ni recibir el testimonio, por el cual consta, que se dijo a todo un gran pueblo que él los había visto con sus propios ojos.

Pero si este pueblo volvió de Babilonia a la tierra de sus padres tan nuevo y tan ignorante, que apenas se acuerda de lo que ha sido; de suerte que ha recibido, sin examinarlo, todo lo que Esdrás quiso darle; pregunto, ¿cómo estamos viendo en el libro que Esdrás escribió, y en el de Nehemías su contemporáneo, todo lo que allí se dice de los libros divinos? ¿Cómo tan arrojadamente Esdrás y Nehemías osan hablar de la ley de Moisés en tantos lugares, y públicamente, como de una cosa conocida de todos y que todos tenían entre sus manos? ¿Cómo se ve a todo el pueblo obrar naturalmente, en consecuencia de esta ley, como si la hubiese siempre tenido presente? Pero ¿cómo se dice en el mismo tiempo y en la vuelta del pueblo, que todo él se admiró del cumplimiento del oráculo de Jeremías, tocante a los setenta años de cautiverio? Aquel Jeremías, que según esa suposición Esdrás acaba de forjar, con todos los demás profetas, ¿cómo de repente se granjeó tanto crédito? ¿Con qué nuevo artificio se pudo persuadir a todo un pueblo y a los ancianos, que habían visto a aquel profeta, y esperado siempre la liberación milagrosa que en sus escritos les había anunciado? Pero todo esto será también supuesto: Esdrás y Nehemías tampoco habrán escrito la historia de su tiempo. Algún otro la habrá compuesto en su nombre; y los que fabricaron todos los demás libros del antiguo Testamento, habrán sido tan favorecidos de la posteridad, que otros falsarios se los habrán imputado a aquellos mismos por dar mayor crédito a su impostura.

Sonrojo causará sin duda el proferir tantas extravagancias; y en vez de decir que Esdrás haya hecho parecer de repente tantos libros, tan distintos unos de otros por los caracteres del estilo y del tiempo, se dirá, que habrá podido ingerirles los milagros y las predicciones que les daban la fama de divinos: error aun más craso que el precedente; porque aquellas predicciones y milagros están de tal modo esparcidos en todos aquellos libros, de tal manera inculcados, y tan frecuentemente repelidos, por tantos modos diversos y con tan grande variedad de eficaces figuras; en una palabra, componen de tal suerte todo aquel cuerpo., que sería necesario ni aun haber abierto aquellos santos libros, para no conocer que más fácil sería fundirlos de nuevo, a decirlo así, que insertarles cosas que con tanto disgusto suyo hallan en ellos los incrédulos. Y aun cuando se les concediese lo que pretenden, es lo milagroso y lo divino, de tal maneras el fondo de aquellos libros, que por más que lo resistiese la voluntad, sería forzoso encontrarlo allí. Demos que Esdrás, si se quiere, haya después del suceso

juntado las predicciones, cumplidas en su tiempo; pero las que después se cumplieron, que V. A. ha visto en tan gran número, ¿quién las habrá añadido? ¿Quizá (¡oh qué delirio!) Dios hubiese dado a Esdrás el don de profecía, a fin de que su impostura fuese más verosímil? ¿Y se querrá más que un falsario sea profeta, que Isaías, o Jeremías, o Daniel? ¿O habrá cada siglo producido un falsario feliz, a quien todo el pueblo haya creído; y nuevos impostores por un admirado celo de religión, habrán siempre continuado las adiciones a los libros divinos, aun después de estar cerrado el canon, los cuales esparcidos con los judíos por toda la tierra habrán sido traducidos en tantas lenguas extranjeras? ¿No hubiera sido esto destruir la religión por el fundamento, en vez de querer establecerla? ¿Deja acaso todo un pueblo mudar tan fácilmente lo que cree ser divino, créalo por razón o por error? ¿Podrá alguno esperar, que persuadirá a los cristianos, o aun a los turcos, el añadir un solo capítulo al Evangelio, o al Alcorán? ¿Si serían los judíos más dóciles, o menos religiosos que los demás pueblos en conservar sus santos libros? ¡Oh qué monstruosas opiniones es forzoso introducir en el entendimiento, cuando quieren los hombres sacudir el yugo de la autoridad divina, y no reglar sus dictámenes, ni sus costumbres, sino solo por su razón descaminada y poseída de una tumultuaria imaginación!

CAPÍTULO XXVIII.
La dificultades que se forjan contra la Santa Escritura, son fáciles de vencerse y disiparse enteramente por los hombres de recto juicio y de buena fe.

No se diga que el examen de estos hechos es embarazoso; pero aun cuando lo fuese, sería necesario, o referirse a la autoridad de la Iglesia y a la tradición de tantos siglos, o apurar la cuestión: y no creer que se cumple, diciendo, que esto pide roas tiempo, que el que se quiere dar a la propia salud. Pero realmente, sin revolver con un trabajo infinito los libros de los dos Testamentos, basta leer el libro de los Salmos, en que están recogidos tantos cánticos antiguos del pueblo de Dios, para ver en la más divina poesía que jamás hubo, inmortales monumentos de la historia de Moisés, de los Jueces y de los Reyes, impresos por el canto y por el metro en la memoria de los hombres. T por lo que mira al nuevo Testamento, solas las epístolas de San Pablo, tan vivas, tan originales, tan propias del tiempo, de los negocios y de tes movimientos que entonces había, y en fin de un carácter tan distinguido; estas epístolas, digo, recibidas de todas las iglesias, a quienes se dirigían, y comunicadas por ellas a las demás, bastarían para convencer los entendimientos bien ordenados, de que todo es sincero y original en las escrituras que nos dejaron los apóstoles.

Así, ellas se sostienen las unas a las otras con una fuerza invencible. Los Actos de los apóstoles no hacen sino continuar el Evangelio: sus Epístolas necesariamente le presuponen; pero a fin de que todo sea uniforme, los Actos, las Epístolas y los Evangelios en todo citan los libros antiguos de los judíos. San Pablo y los demás apóstoles no cesan de alegar lo que Moisés dijo, lo que escribió, lo que los profetas han dicho y escrito después de Moisés. Jesucristo trae por testimonio la ley de Moisés, los profetas y los Salmos, como testigos que todos deponen de la misma verdad. Si quiere explicar sus misterios, empieza por Moisés y por los profetas: y cuando dice a los judíos, que Moisés ha escrito de él, pone por fundamento, lo más constante que entre ellos había, y los conduce al mismo origen de sus tradiciones.

Veamos, no obstante, lo que se opone a una autoridad tan reconocida y al consentimiento de tantos siglos; porque habiendo en nuestros días habido osadía para publicar en todo género de lenguas, libros contra la Escritura, no debe disimularse lo que se dice para desacreditar sus antigüedades. ¿Qué se dice, pues, para autorizar la voluntariosa suposición del Pentateuco; y qué se puede oponer a una tradición de tres mil años, sostenida por su propia fuerza y por la continuación de las cosas? Nada consiguiente, nada positivo, nada importante, cavilaciones sobre números, sobre lugares, sobre nombres; y unas observaciones, que, aun en cualquier otra materia pasarían a lo sumo

por vanas curiosidades, incapaces de penetrar el fondo de las cosas, y no obstante, aquí se nos alegan como decisivas del negocio más serio que jamás ha habido en el mundo.

Hay, se dice, dificultades en la historia sagrada. Sin duda las hay; que no las habría, si el libro fuese menos antiguo, o hubiese sido supuesto, como osan decir, por un hombre hábil e industrioso: si hubiese habido menos religiosidad en darle tal cual se hallaba; y se hubiese tomado la libertad de corregir en él lo que causase embarazo. Hay las dificultades que motiva un largo tiempo, cuando los logares han mudado de nombre o de estado; cuando se han olvidado las datas; cuando las genealogías no son ya conocidas; y que no hay más remedio para los errores que el más leve descuido en una copia introduce tan fácilmente en tales cosas; o que los hechos deslizados a la memoria de los hombres, dejan oscuridad en alguna parte de la historia. Pero en fin, ¿esta oscuridad consiste, o está acaso en la misma continuación, o en el fondo de las cosas? De ninguna manera. Todo está allí seguido; todo consecuente, todo conexo: y lo que llega a quedar oscuro, solo sirve a hacer patente en los libros sagrados una más venerable antigüedad, una majestad más respetable.

Pero dirán: hay alteraciones en el texto: las versiones antiguas no concuerdan: el Hebreo en varios lugares es diverso de sí mismo: y el texto de los samaritanos, a más de la palabra que se les acusa de haber mudado en él expresamente a favor de su templo de Garizim, discrepa también en otras partes del de los judíos. Y de esto, ¿qué se concluirá? ¿Que los judíos, o Esdrás, habrán supuesto el Pentateuco a la vuelta del cautiverio? Pues todo lo contrario es justamente lo qué debería concluirse. Las diferencias del Samaritano, solo sirven para confirmar lo que hemos ya establecido, es a saber, que su texto es independiente del de los judíos. Con que, tan lejos esta de poder imaginarse que aquellos cismáticos hayan tomado algo de los judíos y de Esdrás, que antes bien hemos visto, que en odio de los judíos y de Esdrás, y en aversión del primero y del segundo templo, inventaron su quimera de Garizim. ¿Quién, pues, no conoce, que antes habrían acusado que seguido las supuestas imposturas de los judíos? Aquellos rebeldes, que despreciaron a Esdrás y todos los profetas de los judíos con su templo, y así a Salomón que le había fabricado, como a David que había señalado su sitio; ¿qué viene a ser lo que han respetado en su Pentateuco, sino una antigüedad, no solo superior a la de Esdrás y de los profetas, sí también a la de Salomón y de David; en una palabra, la antigüedad de Moisés, en que ambos pueblos concuerdan? ¡Cuán incontestable es, pues, la autoridad de Moisés y del Pentateuco, cuando todas las objeciones no sirven más que de asegurarla y establecerla!

Pero en fin, ¿de dónde provienen estas variedades de texto y de versiones? ¿De dónde han de provenir, sino de la antigüedad del mismo libro, que ha pasado por las manos de tantos copiantes después de tantos siglos, que dejó de ser común la lengua en que se escribió? Pero dejemos disputas vanas, y cortemos, en una palabra, la dificultad por la raíz. Dígaseme si no es constante, que de todas las versiones y de todo el texto, sea como fuere, resultarán siempre las mismas leyes, los mismos milagros, las mismas predicciones, la misma continuación de la historia, el mismo cuerpo de doctrina, y en fin, la misma sustancia? ¿En qué dañan, asegurado esto, las diversidades de los textos? ¿De qué más necesitábamos, que de este fondo inalterable de los libros sagrados? ¿Qué más podíamos pedir a la divina Providencia? Y por lo que mira a las versiones, ¿acaso es señal de suposición, o de novedad, que la lengua de la Escritura haya perdido, por tan antigua, sus delicadezas, y se halle dificultad en restituirle toda la elegancia con toda la fuerza en el último rigor? ¿No es antes una prueba de la mayor antigüedad? Y si quisieren asirse de menudencias, díganme, si de tantos lugares en que hay embarazo, se ha restablecido uno solo por discurso, o por conjetura? Justamente se ha seguido la fe de los ejemplares; y como la tradición nunca permitió que pudiese alterarse la santa doctrina, se ha creído que las demás faltas, si quedaba alguna, solo servirían para probar que nada se ha innovado de propio arbitrio.

Pero en fin, y ve aquí lo fuerte de la objeción. Si nada hay añadido al texto de Moisés, ¿de qué nace que se halle su muerte al fin del libro que se le atribuye? Mas, ¿qué maravilla es, que los que continuaron su historia, añadiesen su dichoso fin al resto de sus acciones, para reducirlo todo a un

mismo cuerpo? Veamos lo que hay en cuanto a las demás adiciones. ¿Es alguna ley nueva, o alguna nueva ceremonia, algún dogma, algún milagro, alguna predicción? Ni aun por imaginación: no hay de esto la menor sospecha, ni el menor indicio: esto hubiera sido añadir a la obra de Dios: la ley lo había prohibido; y el escándalo que habría causado, hubiera sido horrible. Pues qué? Se habrá, quizá, continuado una genealogía comenzada; se habrá, acaso, explicado el nombre de una ciudad, mudado por el tiempo; esto es factible. En la ocasión del maná, de que fue el pueblo alimentado cuarenta años, se habrá notado el tiempo en que cesó aquel manjar celestial; y este hecho, escrito después en otro libro, habrá quedado por nota en el de Moisés, como un hecho constante y público, de que todo el pueblo era testigo: cuatro o cinco observaciones de esta naturaleza, hechas por Josué, o por Samuel, o por algún otro profeta de igual antigüedad, porque no miraban sino a hechos notorios y en que constantemente no había dificultad alguna, habrán naturalmente pasado en el texto; y la misma tradición nos las habrá traído con todo lo demás. ¿Estará por eso alterado lo restante? ¿Será acusado Esdrás, aunque el Samaritano, en que se hallan estas observaciones, nos muestre que son de una antigüedad, no solamente superior a Esdrás, sí también al cisma de las diez tribus? No importa, replicarán: es preciso que todo recaiga sobre Esdrás. Mas si estas observaciones viniesen de más arriba, el Pentateuco sería también más antiguo de lo que debe ser, y no podría bastantemente venerarse la antigüedad de un libro, cuyas notas tendrían asimismo una edad tan grande. Esdrás, pues, habrálo fabricado todo: Esdrás se olvidaría de que él quería hacer hablar a Moisés, y le habrá hecho incurrir en la torpeza de escribir, como ya sucedido, lo que después de él ha pasado. Pero ¿será toda una obra convencida de supuesta por este lugar solo? ¿La autoridad de tantos siglos y la fe pública no le servirán ya de nada? Como, si al contrario, no se viese que estas observaciones de que se valen los discursistas, son una nueva prueba de la sinceridad y buena fe, no solo de los que las hicieron, si también de los que las copiaron. ¿Se ha juzgado jamás de la autoridad, no digo de un libro divino, sino de cualquier otro, sea el que fuere, por razones tan ligeras? No nos detengamos: todo está y consiste en que tienen a la Escritura por un libro enemigo del género humano: que quiere obligar a los hombres a sujetar su entendimiento a Dios y a reprimir sus pasiones desordenadas: pues es forzoso que perezca; y a cualquier precio que sea, ha de ser sacrificado a la temeraria disolución de los licenciosos, impíos y soberbios.

En cuanto a lo demás, no crea V. A. que la impiedad se empeñe sin necesidad en todos los absurdos que V. A. ha visto. Si contra el testimonio del género humano y contra todas las reglas de una razón -bien ordenada, se obstinan en quitar al Pentateuco y a las profecías sus autores, siempre reconocidos, y a contestarles sus datas; es, porque en ellas consiste todo en este asunto, por dos razones. La primera, porque libros llenos de tantos hechos milagrosos, que se ven allí revestidos de sus circunstancias las más particulares, y expuestos no solo como públicos, sino aun como presentes, si hubiesen podido ser desmentidos, hubieran contraído consigo su condenación; y en vez de sostenerse por su propia fuerza, ha ya largo tiempo que hubieran caído por sí mismos. La segunda razón es, porque siendo una vez fijas sus datas no puede borrárseles la marca infalible de la inspiración divina, que traen impresa en el grande número y en la larga continuación de profecías memorables de que se hallan llenos.

Por evitar y eludir, pues, estos milagros y estas predicciones, han caído los impíos en los absurdos de que estará admirado V. A. Pero no piensen escapar de Dios: que él ha reservado a su Escritura una señal de divinidad, incapaz de ser oscurecida. Esta es la relación entre los dos Testamentos. Y a lo menos no disputan que todo el Antiguo haya sido escrito antes del Nuevo, que a esto no se atreven. Aquí no hay un nuevo Esdrás, que haya podido persuadir a los judíos a inventar o falsificar su Escritura en favor de los cristianos, a quienes perseguían. Con que ya no se necesita de más. Por la relación entre los dos Testamentos se prueba, que uno y otro es divino. Ambos tienen la misma idea y la misma continuación: el uno prepara la perfección que el otro manifiesta: el uno pone el fundamento, y el otro acaba el edificio: en una palabra, el uno predice, lo que el otro hace ver cumplido exactamente.

Así, todos los tiempos están entre sí unidos, y se nos han revelado un designio eterno de la Divina Providencia. La tradición del pueblo judaico y la del pueblo cristiano, solo hacen juntas una misma continuación perpetua de religión; y las Escrituras de los dos Testamentos tampoco forman más ni menos, que un mismo cuerpo y un mismo libro.

CAPÍTULO XXIX.
Las predicciones reducidas a tres hechos constantes y palpables. Parábola del hijo de Dios, que establece la uniforme conexión de ellos.

Y porque el examen de las profecías particulares, aunque en sí llenas de luz, depende de muchos hechos que no todos los hombres pueden igualmente comprender; Dios ha escogido a algunos, que los han hecho palpables a los más ignorantes. Estos hechos ilustres; estos hechos magníficos, de que todo el universo es testigo, son, señor, los que he procurado hasta aquí hacer ver a V. A., quiero decir, la desolación del pueblo judaico y la conversión de los gentiles, juntamente sucedidas, y ambas precisamente en el mismo tiempo que Jesucristo vino y fue predicado el Evangelio.

Estas tres cosas unidas en el orden de los tiempos, aun mucho más lo están en el de los consejos de Dios. V. A. las ha visto ir juntas en las antiguas profecías; pero Jesucristo, fiel intérprete de ellas y de la voluntad de su Padre, aun nos ha explicado mejor en su Evangelio este armonioso enlace. Hácelo en la parábola de la viña, tan familiar a los profetas. El Padre de familias había plantado esta viña, que es la verdadera religión, fundada sobre su alianza, y habíala dado a cultivar a los obreros, esto es, a los judíos. Para recoger sus frutos envió en varias veces sus criados, que son los profetas. Aquellos infieles obreros los hacen morir. Inclínale su bondad inefable a enviar a su propio Hijo. Ellos le tratan aun peor que a sus criados. Al fin quítales su viña, y la da a otros obreros: quítales la gracia de su alianza para darla a los gentiles.

Estas tres cosas habían de concurrir juntamente, es a saber, la misión del Hijo de Dios, la reprobación de los judíos y la vocación de los gentiles. No necesita de más comentario una parábola que se halla interpretada por el suceso y por los mismos hechos.

Ya ha visto V. A. coma confiesan los judíos, que el reino de Judá y el estado de su república empezó a caer en los tiempos de Herodes y cuando Jesucristo vino al mundo. Pero si las alteraciones que hacían en la ley dé Dios, les causaron una disminución tan visible de su poder; su última desolación, que todavía dura, debía ser castigo de otro mayor delito, como fue el Deicidio. Es visiblemente la causa de este castigo su perfidia e ingratitud a su Mesías, que venía a instruirles y libertarles. Así desde aquel tiempo está sobre sus cervices un yugo de hierro, que ya hubiera con ellos acabado, si Dios no les reservase a servir algún día al Mesías a quien crucificaron.

Con que es un hecho ya verificado y público, que la ruina total del pueblo judaico está en el tiempo de Jesucristo. La conversión de los gentiles, que había de llegar entonces, no está menos verificada. Al mismo tiempo que el antiguo culto es en Jerusalén destruido con el templo, es la idolatría combatida por todas partes; y los pueblos, que por tantos millares de años habían olvidado a su Creador, felizmente despiertan de tan profundo letargo.

Y a fin de que todo convenga, las promesas espirituales se descifran con la predicación del Evangelio, en el tiempo que el pueblo judaico, que las había recibido solamente temporales, reprobado manifiestamente por su incredulidad y cautivo por toda la tierra, no tiene ya humana grandeza que esperar. Entonces con el Evangelio fue el cielo prometido a los que padecen persecución por la justicia: los secretos de la vida futura fueron predicados; y la bienaventuranza fue mostrada lejos de aquella mansión en que reina la muerte, y en que abunda el pecado con todos los males juntos.

Quien aquí no descubriere un designio siempre sostenido y siempre continuado; quien no viere aquí un mismo orden en los consejos de Dios, que prepara desde el origen del mundo lo que al fin de los tiempos perfecciona; y que bajo de diversos estados, pero con una sucesión siempre constante, perpetúa a vista de todo el universo la santa sociedad en que el Señor quiere ser servido; quien esto no ve, merece no ver nada, y ser abandonado a su propia obstinada e inflexible dureza, como al más justo y más riguroso de todos los castigos.

Y a fin de que sea más clara a los menos perspicaces esta continuación del pueblo de Dios, el mismo Dios la hace sensible y palpable con hechos que nadie puede ignorar si voluntariamente no cerrare los ojos a la verdad. El Mesías es esperado por los hebreos; viene, y llama a los gentiles, como había predicho. El pueblo que le reconoce como venido, es incorporado con el que le esperaba; sin que haya en esto un solo momento de interrupción: este pueblo se ha derramado y difundido por toda la tierra: los gentiles no cesan de agregársele; y esta Iglesia, que Jesucristo ha establecido sobre la piedra a pesar de los esfuerzos del infierno, jamás ha sido ni será derribada.

CAPÍTULO XXX.
Constante y perpetua continuación de la Iglesia Católica; y su manifiesta triunfante victoria contra todas las sectas.

¡Oh! ¡qué consuelo para los hijos de Dios! Pero, ¿qué convencimiento de la verdad, cuando ven que desde Clemente XIII, que llena el día de hoy tan dignamente la primera silla de la Iglesia, se sube sin interrupcion hasta S. Pedro, establecido por Jesucristo, príncipe de los apóstoles, desde donde, constando los pontífices que sirvieron bajo de la ley, se va hasta Aarón, hasta Moisés, y d(¡sde allí hasta los patriarcas y hasta el origen del mundo! i Qué acorde, armoniosa continuación! ¡Qué venerada tradición! ¡Qué maravillosa encadenación! Si nuestro entendimiento naturalmente incierto y hecho por sus incertidumbres juguete de sus propios discursos, necesita en las cuestiones en que va no menos que la salvación, necesita, repito, de ser fijado y determinado por alguna autoridad cierta; ¿qué mayor autoridad que la de la Iglesia católica, que reúne en sí misma toda la autoridad de los siglos pasados y las antiguas tradiciones del género humado hasta su primer origen?

Así la congregación que Jesucristo ,, esperado por tantos siglos pasados, fundó en fin sobre la piedra, y en que S. Pedro y sus sucesores han de presidir de orden suya; ella misma se justifica con su propia continuación, y lleva en su duración eterna el carácter de la omnipotente mano de Dios.

Es también tal esta sucesión, que ninguna herejía, ninguna secta, ninguna otra comunidad, sino sola la Iglesia de Dios, ha podido dársela a sí misma. Las falsas religiones han podido, a manera de monas, imitar a la Iglesia en muchas cosas; y sobre todo la imitan en decir, como ella, que Dios es quien las ha fundado; pero no pueden imitarla en la seguridad con que la católica lo dice Porque si Dios ha criado al género humano; si criándole a su imagen no se ha desdeñado de enseñarle el medio de servirle y de agradarle; cualquiera secta que no muestre su sucesión desde el origen del mundo, certísimamente no es de Dios, no viene de Dios, es falsa.

Aquí caen a los pies de la católica Iglesia todas las congregaciones, y todas las sectas que los hombres han establecido dentro y fuera del cristianismo. Por ejemplo, bien pudo el falso, profeta de los árabes decirse enviado de Dios; y después de haber engañado pueblos sumamente ignorantes, aprovecharse de las divisiones de sus vecinos para dilatar con las armas una religión toda sensual y torpe; pero no se atrevió a suponer que hubiese sido esperado; y en fin, no pudo dar ni a su persona ni a su religión algún enlace real ni aparente con los siglos pasados. El expediente que halló para eximirse de esto, es nuevo e inaudito hasta entonces. Pues temiendo que quisiesen inquirir en las Escrituras de los cristianos, testimonios de su misión, semejantes a los que hallaba Jesucristo en las de los judíos, dijo, que los cristianos y los judíos habían falsificado todos sus libros. Sus secuaces

ignorantes le creyeron sobre su palabra, seiscientos años después de Jesucristo; y él se anunció a sí mismo no solo sin algún testimonio precedente, pero aun sin que él ni los suyos hayan osado suponer, o prometer algún milagro visible que pudiese autorizar su misión. Del mismo modo los heresiarcas, que han fundado entre los cristianos nuevas sectas, bien han podido hacer en su iluso sentir, más fácil la fe, negando los misterios superiores a la esfera de los sentidos. Bien han podido deslumbrar a los hombres con su elocuencia y con una apariencia de piedad; conmoverles por sus pasiones; empeñarles por sus intereses; atraerles con la novedad y con la licenciosa libertad, ya sea con la del entendimiento, o también con la de los sentidos; en una palabra, han podido fácilmente, o engañarse, o engañar a otros, porque no hay cosa más natural; pero fuera de que tampoco han podido alabarse de haber hecho algún milagro en público, ni reducir su religión a hechos positivos de que fuesen testigos sus secuaces, tienen siempre contra sí un hecho infeliz, que es el de la variante novedad. Siempre será patente a los ojos de todo el universo, que se han separado de este gran cuerpo y de esta Iglesia antigua, que fundó Jesucristo, donde S. Pedro y sus sucesores tenían el primer lugar, y en que todas las sectas los han hallado establecidos. El punto de su separación será siempre tan constante, que los herejes mismos no podrán dejar de confesarlo; ni aun osarán solamente intentar el hacerse venir de aquel origen, por un curso que jamás se haya visto interrumpido. Esta debilidad inevitable tienen todas las sectas que los hombres han establecido. Nadie puede mudar los siglos pasados, ni darse predecesores o hacer que los haya él hallado en posesión. Sola la Iglesia católica llena todos los siglos precedentes con una perpetua continuación, que no puede contestársele: la ley viene delante del Evangelio: la sucesión de Moisés y de los patriarcas, no hace sino una misma acorde continuación con la de Jesucristo: ser esperado, venir, ser reconocido por una posteridad que dura al igual del mundo, es el carácter del Mesías en quien creemos. Jesucristo es hoy, era ayer, y es por todos los siglos de los siglos.

Así, a más de la ventaja que tiene la Iglesia de Jesucristo de ser la única fundada sobre hechos milagrosos y divinos, que altamente escribieron sus cronistas, y sin el temor de ser desmentidos en el tiempo que sucedieron: vea aquí V. A. en favor de los que no vivieron entonces, un milagro, siempre subsistente, que confirma la verdad de todos los demás, este es la continuación de la religión, siempre victoriosa de los errores que han procurado destruirla, a que podrá también juntar V. A. otra, que es la continuación visible de un incesante castigo sobre los judíos, que no han recibido a Cristo, prometido a sus padres.

Espéranle aun no obstante; y su esperanza, siempre frustrada, hace una parte de su castigo. Espéranle, y hacen ver esperándole, que siempre ha sido esperado. Condenados por sus propios libros, aseguran, aunque no quieran, la verdad de la religión: llevan, para decirlo así, escrita sobre su frente toda la continuación de ella: a una sola vista se ye lo que han sido, porque son como se les ve, y a qué están reservados.

Así, cuatro o cinco hechos auténticos y más claros que la luz de sol, hacen ver nuestra religión tan antigua como el mundo. Muestran por consecuencia, que esta no tiene otro autor que al Fundador del universo, que teniéndolo todo en su mano, pudo él solo, así comenzar, come-conducir un designio en que están todos los siglos comprendidos.

No hay, pues, ya que admirarse, como ordinariamente sucede, de que Dios nos dé a creer cosas dignas de su grandeza, y juntamente tan impenetrables al entendimiento humano. De lo que debemos pasmarnos, es, que habiendo establecido la fe sobre una autoridad tan firme y tan manifiesta, aun se hallen en el mundo ciegos e incrédulos, obstinadamente pertinaces.

Nuestras pasiones desordenadas, nuestro apego a nuestros sentidos y nuestra altivez indomable, son la causa de esto. Mas queremos arriesgarlo todo, que violentarnos: más queremos cubrir nuestra ignorancia, que confesarla: más queremos satisfacer a una vana curiosidad y alimentar en nuestro indócil entendimiento la libertad de pensar todo lo que nos gusta, que rendirnos al yugo de la autoridad divina.

De aquí nace que haya tantos incrédulos; y Dios así lo permite para la instrucción de sus hijos. Sin los ciegos, sin los salvajes, sin los infieles, que permanecen, y aun dentro del seno mismo del cristianismo, no conoceríamos bastantemente la corrupción profunda de nuestra naturaleza, ni el abismo de que nos ha sacado Jesucristo. Si la verdad santa no fuese contradicha, no veríamos la maravilla de hacerla durar entre tantas contradicciones; y al fin, nos olvidaríamos de que estamos salvados por la gracia. Ahora la incredulidad de los unos humilla a los otros; y los rebeldes, que se oponen a los designios de Dios, hacen resplandecer aquel poder independiente y supremo, con que cumple las promesas que ha hecho a su Iglesia.

¿Qué esperamos, pues, para sujetarnos y rendirnos ya de una vez? ¿Esperamos que Dios haga siempre nuevos milagros; que los vuelva inútiles con la continuación; que acostumbre a ellos a nuestros ojos, como lo están a la carrera del sol y a todas las demás maravillas de la naturaleza? ¿O bien esperamos que los impíos y obstinados enmudezcan? ¿Que los virtuosos y los licenciosos den igual testimonio deja verdad? ¿Que todo el mundo de común acuerdo la prefiera a su pasión, y que la falsa ciencia, que solo debe a la novedad la admiración, deje de sorprender a los hombres? ¿Acaso no es bastante, veamos, que no puede combatirse la religión sin mostrar con monstruosas extravagancias que se tiene trastornado el entendimiento, y que sola la presunción o la ignorancia son motivos de tanta obstinación? La Iglesia tan victoriosa de los siglos y de los errores, ¿no podrá vencer en nuestros entendimientos los lastimosos discursos que se le oponen? Y las promesas divinas, que vemos cumplirse cada día, ¿no podrán elevarnos sobre nuestros materiales sentidos, a los cuales debe corregir la razón?

No se nos diga, que aun están suspensas estas promesas; y que, como se extienden hasta el fin del mundo, entonces será cuando podremos gloriarnos de haber visto su cumplimiento. Porque antes bien, lo que ha pasado nos asegura de lo futuro: tantas predicciones antiguas, tan visiblemente cumplidas, nos manifiestan, que ninguna habrá que no se cumpla; y que la Iglesia, contra quien el infierno, según la promesa del Hijo de Dios, no puede jamás prevalecer, subsistirá siempre hasta la consumación de los siglos: pues Jesucristo, verdadero y verídico en todo, no puso otros límites a su duración indefectible.

Las mismas promesas nos aseguran la vida futura. Dios, que se ha mostrado tan fiel cumpliendo lo que mira al siglo presente, no menos lo será en cumplir lo que pertenece al siglo futuro, cuya preparación es solamente todo lo que vemos; y la Iglesia estará siempre sobre la tierra inmóvil e invencible, hasta que reunidos sus hijos, sea toda entera trasportada al cielo, que es su verdadera morada.

Para los que serán excluidos de aquella celestial ciudad está reservado un rigor eterno; y después de haber perdido por su culpa una bienaventurada eternidad, no les quedará más que upa eternidad infeliz en el infernal abismo.

Así se terminan los consejos de Dios en un estado inmutable: sus promesas y sus amenazas son igualmente ciertas; y lo que ejecuta dentro del tiempo, asegura lo que nos ordena que esperemos o temamos en la eternidad.

Esto es, señor, lo que nos enseña la continuación armoniosa de la religión, puesta en compendio a vista de V. A, Por el tiempo le conduce a la eternidad. V. A. ve un orden constante en todos los designios de Dios y una señal visible de su poder en la duración perpetua de su pueblo. V. A. reconoce que la Iglesia tiene una raíz siempre subsistente, de que no puede separarse sin perderse; y que los que estando unidos a ella, hacen obras dignas de su fe, infaliblemente se aseguran la vida eterna con Dios.

Estudie, pues, V. A., pero estudie con atención, esta perpetua continuación de la Iglesia, que tan claramente le asegura todas las promesas de Dios. Todo lo que rompe esta cadena; todo lo que sale de esta continuación; todo lo que se levanta de sí mismo, y no proviene en virtud de las promesas hechas a la Iglesia desde el origen del mundo, debe horrorizar a V. A. Emplee, señor, V.

A. todas sus fuerzas en volver a llamar a esta unidad todo lo que de ella se ha desviado, y en hacer que sea escuchada la Iglesia, por quien el Espíritu Santo pronuncia sus oráculos.

No consiste la gloria de los progenitores y antepasados de V. A. solo en no haberla jamás abandonado, si también en haberla siempre sostenido, y merecido por esto, ser llamados sus hijos primogénitos: título, sin duda, el más glorioso de todos los títulos.

No necesito, señor, de hablar de Clodoveo, de Carlomagno, ni de S. Luis. Considere solamente V. A. el tiempo en que vive, y de qué padre Dios le ha hecho nacer. Un rey, tan grande en todo, más se distingue por su fe que por sus otras maravillosas calidades. Protege a la religión dentro y fuera del reino, y hasta las extremidades del mundo. Sus leyes son uno de los más firmes baluartes de la Iglesia. Su autoridad reverenciada, tanto por el mérito de su persona, como por la majestad de su cetro, nunca se sostiene mejor, que cuando defiende la causa de Dios. Ya no se oye blasfemia alguna: la impiedad tiembla delante de él: este es el rey señalado por Salomón, que disipa todo lo malo con su vista. Si combate a la herejía por tantos medios, y aun más de lo que siempre con grande esfuerzo lo practicaron sus predecesores, no es porque dude de la seguridad de su trono: todo está postrado y tranquilo a sus pies, y sus armas son formidables por toda la tierra; sí, porque ama a sus pueblos; y viéndose elevado por la mano de Dios a una potestad que no tiene igual en el universo, conoce, que en nada puede mejor ejercitarla que en hacerla servir para curar las llagas de la Iglesia. Imite V. A. un tan noble ejemplo, y déjele testificado a sus descendientes. Recomiéndeles V. A. la Iglesia aun masque este grande imperio, que ha tantos siglos gobiernan sus antepasados: y que la augusta casa de Y. A., la primera en dignidad que hay en el mundo, sea también la primera en defender los derechos de Dios, y en extender por todo el universo el reinado de Jesucristo, que la hace reinar con tan honrosa gloria.

TERCERA PARTE.
DE LOS IMPERIOS Y SU INESTABILIDAD.

CAPÍTULO PRIMERO.
Las revoluciones de los imperios son regladas por la providencia divina, y sirven para humillar a los príncipes.

Aunque nada hay comparable con esta permanente continuación de la verdadera Iglesia, que he representado a V. A., debo poner a su vista la sucesión de los imperios, que no es mucho menos útil a los grandes príncipes, como V. A.

Tienen primeramente estos imperios, por la mayor parte, un enlace necesario con la historia del pueblo de Dios, Sirvióse Dios de los asirios y de los babilonios, como de instrumentos para castigarle: de los persas, para restablecerle: de Alejandro y sus primeros sucesores, para protegerle: de Antíoco el Ilustre y de sus sucesores, para mortificarle: de los romanos, para sostener su libertad contra los reyes de Siria, que solo pensaban en destruirle. Los judíos permanecieron hasta Jesucristo bajo del poder de los mismos romanos. Cuando le desconocieron y crucificaron, los mismos romanos se hicieron, sin advertirlo, instrumento de la venganza divina, y exterminaron a aquel pueblo ingrato. Dios, que había resuelto formar al mismo tiempo el nuevo pueblo de todas las naciones, reunió primeramente las tierras y los mares bajo de aquel mismo imperio. El comercio de tantos pueblos diversos, extranjeros antes los unos y los otros, y después reunidos bajo la dominación romana, fue uno de los más poderosos medios de que se sirvió la Providencia para dar curso al Evangelio. Y si el mismo imperio persiguió por el espacio de trescientos años a este nuevo pueblo, que nacía por todas partes dentro de su recinto; esta persecución confirmó a la Iglesia cristiana, e hizo resplandecer su gloria con su fe y su paciencia. En fin, cedió el imperio romano; y habiendo hallado una cosa, una poderosa fuerza que fue más invencible que él, recibió pacíficamente en su seno a aquella Iglesia, a la cual había hecho tan larga y tan sangrienta guerra. Los emperadores romanos emplearon su poder en hacer que la Iglesia fuese obedecida; y Roma ha sido y es la cabeza del imperio espiritual, que Jesucristo ha querido extender por toda la tierra.

Cuando llegó el tiempo en que había de caer la potencia romana, y que aquel grande imperio, que vanamente se había prometido la eternidad, debía sujetarse a la suerte de los demás, Roma hecha despojo de los bárbaros, conservó por la religión su antigua majestad. Las naciones que invadieron al imperio romano, aprendieron allí poco a poco la piedad cristiana, que suavizó su barbaridad; y cada uno de sus reyes, ocupando en su nación el lugar de los emperadores, no hallaron ya entre sus títulos otro más glorioso que el de protectores de la Iglesia.

Pero aquí es forzoso descubrir a V. A. los secretos juicios de Dios sobre el imperio romano y sobre la misma Roma. Misterio que el Espíritu Santo reveló a S. Juan, y que este grande hombre, apóstol, evangelista y profeta, explicó en su Apocalipsis. Roma, que había envejecido en el culto de los ídolos, tenía una extremada dificultad en deshacerse de ellos, aun en tiempo de los emperadores cristianos; y el senado creía honrarse, defendiendo los dioses de Rómulo, a quienes atribuía todas las victorias de la antigua Roma. Estaban fatigados los emperadores de las legacías de aquel gran cuerpo que pedía el restablecimiento de sus ídolos, y creía por su ilusión, que corregir a Roma de sus antiguas supersticiones, era hacer injuria al nombre romano.

Así, aquella junta, compuesta de lo mayor que tenía el imperio; y una inmensa multitud de pueblo, en que se hallaban casi todos los más poderosos de Roma, no podían ser sacados de sus errores, ni con la predicación del Evangelio, ni con un tan visible cumplimiento de las antiguas profecías, ni con la conversión de casi todo el resto del imperio, ni en fin, con la de los príncipes,

cuyos decretos todos autorizaban al cristianismo. Al contrario, continuaban en llenar de oprobios a la Iglesia de Jesucristo, a quien también acusaban a ejemplo de sus padres atribuyendo a ella todas las desgracias del imperio, prontos siempre a renovar las antiguas persecuciones, si no hubiesen sido reprimidas por los emperadores. En este estado se hallaban aun las cosas en el cuarto siglo de la Iglesia, y cien años después de Constantino, cuando en fin, Dios se recordó (digámoslo así) de tantos sangrientos decretos del senado contra los fieles, y juntamente de los gritos furiosos que todo el pueblo romano, sediento de la sangre cristiana, había tan frecuentemente hecho resonar en el anfiteatro. Entregó, pues, el Señor a los bárbaros aquella ciudad embriagada de la sangre de los mártires, como habla S. Juan. Dios renovó sobre ella los terribles castigos que había ejercitado sobre Babilonia: que Roma también es llamada por este nombre. Esta nueva Babilonia, imitadora de la antigua, desvanecida, como ella, de sus victorias, triunfante en sus delicias y en sus riquezas, manchada de sus idolatrías y perseguidora del pueblo de Dios, da también, como ella, una gran caída, y S. Juan canta su ruina. La gloria de sus conquistas, que atribuía a sus dioses, le es quitada: queda hecha despojo de los bárbaros; tomada tres o cuatro veces, robada, saqueada y destruida. No perdona su espada, sino solamente a los cristianos. Otra Roma, toda cristiana, se levanta de las ruinas de la primera; y después de la inundación de los bárbaros es, cuando se perfecciona enteramente la victoria de Jesucristo sobre los dioses romanos, que se ven, no solamente destruidos, sino olvidados enteramente.

En esta forma, pues, han servido los imperios del mundo a la religión y a la conservación del pueblo de Dios: por eso este mismo Dios, que hizo predecir a sus profetas los diversos estados de su pueblo, les hizo profetizar también la sucesión de los imperios. V. A. ha visto los lugares en que Nabucodonosor fue señalado como el que había de venir para castigar a los pueblos soberbios; y principalmente al pueblo judaico, ingrato a su Autor. V. A. ha oído nombrar a Ciro, doscientos años antes de su nacimiento, como al que había de restablecer el pueblo de Dios y castigar la soberbia de Babilonia. La ruina de Nínive no fue menos claramente predicha. Daniel en sus admirables visiones hizo pasar en uu instante a vista de V. A. el imperio de Babilonia, el de los medos y de los persas, el de Alejandro y de los griegos. Las blasfemias y las crueldades de un Antíoco, el Ilustre, fueron allí profetizadas, así como las milagrosas victorias del pueblo de Dios contra tan violento perseguidor. Allí se ven aquellos famosos imperios caer los unos después de los otros; y el nuevo imperio, que había de establecer Jesucristo, se halla tan expresamente denotado por sus propias señas, que es imposible desconocerle. Este es el imperio de los Santos del Altísimo: este es el imperio del Hijo del hombre, del Hombre Dios: imperio, que ha de subsistir entre las ruinas de los otros, y el único a quien está prometida la eternidad.

No nos han sido ocultos los juicios de Dios sobre el mayor de todos los imperios del mundo, quiero decir, sobre el imperio romano. V. A. acaba de saberlos de la boca de S. Juan. La misma Roma ha sentido la mano de Dios, y sido, como los demás, un ejemplo de su justicia. Pero su suerte era más feliz que la de las otras ciudades. Purgada con sus infortunios de los abominables restos de la idolatría, sólo subsiste por el cristianismo, que incesantemente anuncia a todo el universo con vigilantísimo celo.

Así todos los grandes imperios, que V. A. ha visto sobre la tierra, han concurrido de varios modos al bien de la religión y a la gloria de Dios, como él mismo lo ha declarado por sus profetas.

Cuando en sus escritos lee V. A. tan frecuentemente, que los reyes entrarán de tropel en la Iglesia, que serán sus protectores y alimentadores, reconoce V. A. en estas palabras a los emperadores y demás príncipes cristianos, y como los reyes antepasados de V. A se han señalado más que todos en proteger y dilatar la Iglesia de Dios, no temeré asegurar a V. A. que ellos son entre todos los príncipes, los más claramente predichos en aquellas ilustres profecías.

Dios, pues, que tenía el designio de servirse de varios imperios, para castigar o ejercitar, para extender o proteger a su pueblo, queriendo hacerse conocer por autor de tan admirable consejo,

descubrió este secreto a sus profetas y les hizo predecir lo que había resuelto ejecutar. Por eso, como los imperios entraban en el orden de los designios de Dios sobre el pueblo que había elegido, se halla la fortuna de aquellos imperios anunciada por los mismos oráculos del Espíritu Santo, que predicen la sucesión del pueblo fiel.

Cuanto más se acostumbrare V. A. a observar las cosas grandes y a llamarlas a sus principios, tanto más se admirará de los consejos de la Providencia divina. Es menester que V. A. tome desde luego estas ideas, que cada día se aclararán más y más en su entendimiento; y que V. A. aprenda a referir las cosas humanas a las órdenes de aquella eterna sabiduría de que dependen.

No declara Dios siempre su voluntad por los profetas en orden a los reyes y monarquías que engrandece o destruye. Pero habiéndolo tantas veces hecho en aquellos grandes imperios de que acabamos de hablar, nos muestra con estos famosos ejemplares lo que obra en todos los demás, y enseña a los reyes estas dos verdades fundamentales: la primera, que él es quien forma los reinos, para darlos a quien es de su agrado; y la segunda, que sabe hacerlos servir en los tiempos y según el método que ha resuelto, a lo que tiene decretado sobre su pueblo.

Esto, serenísimo señor, debe tener a todos los príncipes enteramente dependientes y siempre atentos a las órdenes de Dios, a fin de concurrir a lo que dispone para su gloria, en todas las ocasiones que se les presenta.

Pero esta sucesión de los imperios considerándola también más humanamente, produce grandes utilidades, particularmente a los príncipes, por quedar la arrogancia, compañera ordinaria de tan eminente condición, tan fuertemente humillada con este espectáculo. Porque si los hombres aprenden a moderarse al ver morir los reyes; ¿cuánto más escarmentados quedarán, viendo morir los reinos mismos? ¿Y de donde podrá sacarse más útil enseñanza de lo que es la vanísima vanidad de las grandezas humanas?

Así, cuando V. A. ve pasar como en un instante delante de sus ojos, no digo los reyes y los emperadores, si también aquellos grandes imperios que hicieron temblar a todo el universo;. cuando V. A. ve los asirios antiguos y nuevos, los medos, los persas, los griegos, los romanos presentarse delante de V. A. sucesivamente, y caer, para decirlo así, los unos sobre los otros: este espantoso fracaso hace conocer a V. A. que nada hay sólido entre los hombres; y que la inconstancia y la agitación es la propia dote de las cosas humanas.

CAPÍTULO II.
Las revoluciones de los imperios tienen causas particulares, que los príncipes deben estudiar con toda inspección.

Pero lo que hará a V. A. más útil y agradable este espectáculo, serán las reflexiones de V. A. no solo sobre la elevación y caída de los imperios, sí también sobre las causas de sus progresos y de su decadencia.

Porque, serenísimo señor, este Dios, que ha hecho la conexa encadenación del universo, y que omnipotente por sí mismo, ha querido, para establecer el orden, que las partes de un todo tan grande y armonioso dependiesen las unas de las otras; este mismo Dios ha querido también que el curso de las cosas humanas tuviese su continuación y sus proporciones, quiero decir, que los hombres y las naciones han tenido calidades proporcionadas a la elevación a que estaban destinados, y que fuera de ciertos golpes extraordinarios, en que Dios quería que únicamente se descubriese su mano poderosa, no han sucedido grandes mudanzas, que no hayan tenido sus causas en los siglos precedentes.

Y como en todas las cosas hay lo que las prepara, lo que determina a emprenderlas y lo que

consigue su logro, la verdadera ciencia de la historia, es, observaren cada tiempo aquellas secretas disposiciones que han preparado las grandes mutaciones, y las circunstancias importantes que las han hecho llegar a efectuarse.

En efecto, no basta tener solamente presentes, esto es, considerar aquellos grandes sucesos que de repente deciden de la fortuna de los imperios. Quien fundamentalmente quisiere entender las cosas humanas, debe tomarlas de más arriba; y observar las inclinaciones y las costumbres, o para decirlo todo en una palabra, el carácter así de los pueblos dominantes en general, como de los príncipes en particular; y en hn, de todos los hombres extraordinarios, que por la importancia del papel que han debido hacer en el mundo, han contribuido en bien o en mal a la mudanza de los Estados y a la fortuna pública.

He procurado preparar el ánimo de V. A. a estas importantes reflexiones en la primera parte de este discurso: allí habrá podido V. A. observar el genio de los pueblos y el de los grandes hombres que los rigieron.

He mostrado los sucesos que extendieron a lo futuro sus influencias; y a fin de tener a V. A. atento al encadenamiento de los grandes negocios del mundo, que yo quería principalmente hacerle entender, he omitido muchos hechos particulares cuyas consecuencias fueron tan considerables. Pero porque habiéndonos aplicado a la continuación, hemos pasado muy ligeramente por muchas cosas, para poder hacer las reflexiones que merecían, debe V. A. ahora detenerse en ellas con atención más particular, y acostumbrar su entendimiento a indagar los efectos por sus causas más distantes.

Por este medio aprenderá V. A. lo que es tan necesario que sepa: que, si bien a no mirar sino los accidentes particulares, parece que la fortuna sola decide del establecimiento y ruina de los imperios; si se observa todo, sucede casi lo que en el juego, en que vence por último el más hábil.

En efecto, en aquel juego sangriento en que los pueblos disputaron del imperio y del poder; el que de más lejos lo previo, el que más se aplicó, el que sufrió más largo tiempo los trabajos, y en fin, el que supo mejor, o adelantarse, o detenerse según la ocasión, tuvo al fin la ventaja, e hizo servir la misma fortuna a sus designios.

No se canse, pues, V. A. de examinar las causas de las varias y grandes mudanzas, porque nunca hallará cosa que tanto le instruya; pero inquiéralas V. A. principalmente en la sucesión de los grandes imperios, donde la magnitud de los acaecimientos las hace más palpables.

CAPÍTULO III.
Los escitas, los etíopes y los egipcios.

No contaré aquí entre los grandes imperios el de Baco, ni el de Hércules, aquellos famosos vencedores de las Indias y del Oriente; porque sus historias nada tienen de cierto, y sus conquistas nada de seguido; celébrenles los poetas, que han hecho de ellas el principal asunto de sus fábulas y ficciones.

Tampoco hablaré del imperio que el Madies de Heródoto, que no tiene poca semejanza con el Indatirso de Megastenes, y con Tanao de Justino, estableció por breve tiempo en el Asia mayor. Los escitas, que aquel príncipe conducía a la guerra, más hacían correrías que conquistas. Solo por accidente y apretando a los cimerios, entraron en la Media, deshicieron a los medos, y les quitaron aquella parte de Asia en que habían fundado su dominación. No reinaron allí estos nuevos conquistadores sino veinte y ocho años; porque su impiedad, su avaricia y su brutalidad fueron causa de que la perdiesen; y Ciaxares, hijo de Fraortes, de quien la habían conquistado, los echó de ella; pero más por industria que por fuerza. Reducido a un ángulo de su reino, que los vencedores o descuidaron de atacarle o no pudieron vencerle, esperó con paciencia a que aquellos conquistadores

brutales se conciliasen el odio público y se deshiciesen ellos mismos por el desorden de su gobierno.

Hallamos pues en Estrabón, que sacó del mismo Megastenes un Tearcon rey de Etiopía, que será el Taraca de la Escritura, cuyas armas fueron formidables en tiempo de Senaquerib, rey de Asiria. Este príncipe penetró hasta las columnas de Hércules, verosímilmente a lo largo de la costa de África, y pasó hasta Europa. Pero ¿qué he de decir de un hombre de quien no vemos en las historias sino cuatro o cinco palabras, y que su dominación no tuvo consecuencia ni continuación alguna?

Los etíopes eran, según Heródoto, los más bien dispuestos de todos los hombres y del mejor talle. Su entendimiento era vivo y firme; pero aplicábanse con poco cuidado a cultivarle, poniendo su confianza en sus cuerpos robustos y en sus brazos nervosos. Sus reyes eran electivos, y elevaban al trono al más alto y más fuerte. Puédese hacer juicio de su humor por una acción que nos refiere Heródoto. Cuando Cambises, para sorprenderles, les envió embajadores, y aquellos presentes que solían hacer los persas, de púrpura, de brazaletes de oro y de composiciones de perfumes, no menos se burlaron de sus presentes, en que nada veían útil a la vida, que del artificio de sus embajadores, conocidos luego por espías. Pero quiso su rey hacer también un presente a su moda al rey de Persia; y tomando en la mano un arco, que apenas un persa habría podido sostener cuanto menos disparar, le armó en presencia de los embajadores, y les dijo: Ved aquí el consejo que el rey de Etiopía da al rey de Persia: Cuando los persas podrán servirse tan fácilmente, como acabo de hacer, de un arco de esta grandeza y de esta fuerza, que vengan a atacar a los etíopes, y traigan más tropas que las que tiene Cambises. Entretanto den gracias a los dioses, de que no ha puesto en el corazón de los etíopes el deseo de extenderse fuera de su provincia. Dicho esto desarmó el arco y diole a los embajadores. No puede decirse cuál habría sido el suceso de la guerra. Irritado Cambises de esta respuesta, se avanzó hacia la Etiopía, como un insensato, sin orden, sin convoyes, sin disciplina, y vio perecer su ejército por falta de víveres entre los arenales, antes de acercarse al enemigo.

No eran con todo eso estos pueblos de Etiopía tan justos como blasonaban, ni tan contenidos en su provincia. Sus vecinos, los egipcios, habían frecuentemente probado sus fuerzas. Nada hay consiguiente en los consejos de estas naciones salvajes y mal cultivadas: si su naturaleza empieza muchas veces a producir en ellos buenos dictámenes, jamás los perfecciona; y así, poco vemos allí que aprender ni que imitar. No hablemos más de estas gentes, y vamos a los pueblos bien cultivados.

Los egipcios son los primeros que hayan sabido las reglas del gobierno. Esta nación grave y seria, conoció desde luego el verdadero fin de la política, que es hacer cómoda la vida y felices los pueblos. El temperamento siempre uniforme del país, hacía los entendimientos sólidos y constantes. Y como la virtud es el fundamento de la sociedad, la cultivaron con diligencia. Su principal virtud era el reconocimiento. La honrosa gloria que se les ha dado de ser los más reconocidos de todos los hombres, hace ver que también eran los más sociables. Los beneficios son las ligaduras y lazos de la concordia pública y particular. Quien reconoce las gracias, desea hacerlas; y desterrada la ingratitud, el gusto de hacer bien queda tan vivo, que ninguno es capaz de no sentirlo. Sus leyes eran sencillas, llenas de equidad, y propias para unir entre sí los ciudadanos. El que pudiendo salvar a un hombre acometido, no lo hacia, era castigado con la muerte, como un asesino. Y si no podía socorrerle, debía a lo menos denunciar al autor de la violencia; y había penas establecidas contra los que faltaban a esta obligación. Así, los ciudadanos estaban de guardia los unos de los otros, y todo el cuerpo del Estado unido contra los malos. No era permitido ser inútil al Estado: la ley señalaba a cada uno su oficio, que se perpetuaba de padre a hijo. No se podían tener dos ni mudar profesión, pero eran también todas decentes.

Era preciso que hubiese empleos y personas más considerables, como lo es que haya ojos en los cuerpos; pero como el resplandor de aquellos no hace despreciables a los pies ni a las partes más

íntimas, así entre los egipcios, los sacerdotes y los soldados tenían distinciones particulares de honor, pero todas las ocupaciones, hasta las menores, eran estimadas: y no se creía poder sin delinquir, despreciar a los ciudadanos cuyas labores, cualesquiera que fuesen, contribuían al bien público. Por este medio llegaban todas las artes a su perfección; el honor, que las mantenía, tocaba a todas; mejorábase lo que siempre se había visto hacer y en lo que cada uno había ejercitádose desde su infancia.

Pero había una ocupación que debía ser común: era esta el estudio de las leyes y de la sabiduría. La ignorancia de la religión y de la policía del país, no se perdonaba a estado alguno. En cuanto a lo demás, cada profesión tenía su cierto ángulo, que le era señalado, sin que esto causase descomodidad en una provincia cuya anchura no era grande; y con tan buen orden no sabían los holgazanes donde ocultarse.

Lo mejor que había entre tan buenas leyes, era, que se criaban todos en la máxima de observarlas. Una costumbre nueva era en Egipto un prodigio: hacíase todo allí siempre de un modo; y la exactitud que se tenía en observar las cosas pequeñas, mantenía a las grandes. Así, jamás hubo pueblo que más largo tiempo conservase sus usos y sus leyes. El orden de sus juicios contribuía a mantener esta máxima. Eran entresacados treinta jueces de las principales ciudades, para componer la junta que juzgaba a todo el reino. No solían verse en estas plazas, sino las personas más honradas del país y las más graves. El príncipe les señalaba ciertas rentas, a fin de que libres de los embarazos domésticos, pudiesen aplicar todo su tiempo al cuidado de la observancia de las leyes. Ninguna utilidad sacaban de los procesos: que aun no se había discurrido en que la administración de la justicia fuese lucrosa. Por no dejarse sorprender, tratábanse los negocios por escrito en esta junta. Temíase allí la falsa elocuencia, que deslumbra los entendimientos y conmueve las pasiones. No se podía explicar la verdad de un modo demasiadamente árido. Llevaba el presidente del senado un collar de oro y de piedras preciosas de que pendía una figura sin ojos a que llamaban la Verdad. Cuando la tomaba, era la señal de empezar la sesión; y el aplicarla a la parte que debía ganar la causa, era la forma de pronunciar la sentencia. Uno de los mejores artificios de los egipcios para conservar sus antiguas máximas, era el vestirlas de ciertas ceremonias que las imprimían en los ánimos. Observábanse éstas con reflexión, sin que permitiese la seriedad de los egipcios que se convirtiesen en simples formalidades. Los que no tenían negocios y profesaban una vida arreglada, podían evitar el examen de aquel severo tribunal. Pero había en Egipto una especie de juicio del todo extraordinario, de que nadie era exento. Es de algún consuelo al morir dejar de sí buena memoria en el mundo; y de todos los bienes humanos este es el único que no puede arrebatarnos la muerte. Pero no era permitido entre los egipcios alabar indistintamente a todos los difuntos: era preciso conseguir este honor por pública sentencia. Luego que un hombre moría, era llevado a juicio. Escuchaban al acusador público: si probaba que la conducta del difunto hubiese sido mala, condenábanle la memoria y privábanle de sepultura. Admiraba el pueblo el poder de las leyes, que se extendía hasta después de la vida; y cada uno escarmentado con el ejemplo, temía dejar su memoria y familia deshonrada. Pero si el difunto no era convencido de culpa alguna, era honoríficamente sepultado y hacíanle su panegírico, pero sin decir nada de su nacimiento. Todo el Egipto era noble, y aun fuera de eso no gustaban de otras alabanzas que las que con el propio mérito se adquirían.

Todos saben con cuanta diligencia conservaban los egipcios los cuerpos muertos. Aun se ven sus momias. Así era inmortal su reconocimiento a sus padres: los hijos al ver tos cuerpos de sus antepasados, acordábanse de sus virtudes, ejecutoriadas por autoridad pública, y se excitaban a amar las leyes que les habían dejado.

Para impedir los empréstitos, de donde nacen la holgazanería, los fraudes y las trampas, no permitía la ordenanza del rey Asichis que se prestase sino es a condición de quedar empeñado el cuerpo del padre del deudor a favor del que prestaba. Era una impiedad y juntamente una infamia no desempeñar prontamente una prenda tan preciosa; y el que moría sin haber satisfecho a esta

obligación era privado de sepultura.

El reino era hereditario, pero estaban los reyes más obligados que los súbditos a vivir según las leyes. Habíalas para ellos particulares, compiladas por un rey, y formaban una parte de los libros sagrados. No era esto porque se disputase algo a los reyes, o porque alguno tuviese el derecho de precisarles, que antes bien eran respetados como dioses; sí porque una costumbre antigua lo había todo reglado, y no pensaban en vivir diversamente que sus antepasados. Así toleraban sin dificultad, no solamente que la calidad de los manjares y la medida del beber y del comer les fuese tasada (porque esto era una cosa ordinaria en Egipto, donde todos eran sobrios y donde el aire del país inspiraba la frugalidad), sí que también les fuesen destinadas todas sus horas. Despertaban al amanecer; y entonces que está el entendimiento más despejado y los pensamientos son más puros, leían sus papeles, para formar un juicio más recto y verdadero de los negocios que habían de decidir. Luego que estaban vestidos, iban al templo a sacrificar. Allí rodeados de toda su corte y puestas las víctimas en el altar, asistían a una rogativa llena de instrucción, en que el pontífice suplicaba a los dioses diesen al príncipe todas las virtudes reales; de modo, que fuese religioso con los dioses, benigno con los hombres, moderado, justo, magnánimo, sincero, enemigo de la mentira, liberal, dueño de sí mismo, largo en el premio y escaso en el castigo. Hablaba después el pontífice de las faltas en que podían incurrir los reyes; pero siempre suponía que no caían en ellas, sino por malicia ajena, o ignorancia propia, llenando de maldiciones a los ministros que les daban malos consejos y les disfrazaban la verdad. Este era el modo de instruir a los reyes. Creíase que no sirviesen de más las reprensiones que de exasperar sus ánimos; y que el medio más eficaz de infundirles la virtud, fuese mostrarles su obligación en las alabanzas conformes a las leyes y pronunciadas gravemente delante de los dioses. Después de la rogativa y del sacrificio, leíanse al rey en los santos libros, los consejos y las acciones de los hombres grandes, a fin de que con sus máximas gobernase su estado y mantuviese las leyes que habían hecho a sus predecesores no menos felices que a sus vasallos.

El efecto que producían estas exhortaciones, manifiesta la seriedad con que se hacían y con que se escuchaban. Entre los tebanos, que era la dinastía principal; aquella en que las leyes estaban en su vigor, y que, en fin, se hizo señora de todas las demás, los hombres más plausibles fueron los reyes. Los dos Mercurios, autores de las ciencias y de todas las instituciones de los egipcios, el uno vecino a los tiempos del diluvio, y el otro a quien llamaron el Trismegisto, o tres veces grande, contemporáneo de Moisés, fueron ambos reyes de Tebas. Todo el Egipto se aprovechó de sus luces, y Tebas debe a sus instrucciones haber tenido pocos príncipes malos. Eran estos durante su vida tolerados, por pedirlo así el público reposo; pero no quedaban exentos del juicio a que era preciso sujetarse después de la vida. Algunos fueron privados de sepultura; pero vense de esto pocos ejemplares; al contrario fueron los reyes, por la mayor parte, tan amados de los pueblos, que no menos lloraba cada uno su muerte que la de su padre o la de sus hijos.

Esta costumbre de juzgar a los reyes después de su vida, pareció tan santa al pueblo de Dios. que la practicó siempre. En la Escritura vemos, que los malos reyes eran privados de la sepultura de sus antepasados. y sabemos de Josefo, que duraba aun esta costumbre e tiempo de los Asmoneos, costumbre que hacia comprender a los reyes que, si la majestad les hace superiores a los juicios humanos durante su vida, vuelven en fin a ellos cuando la muerte les ha igualado coa los demás hombres.

Tenían los egipcios el entendimiento inventivo, y aplicábanle siempre a las cosas útiles. Los dos Mercurios llenaron el Egipto de invenciones maravillosas; y casi nada le dejaron ignorar de lo que podía hacer cómoda, tranquila y suave la vida. Pero no puedo dejar a los egipcios la gloria que dieron a su Osiris, de haber inventado la labranza; porque en todos tiempos se halla en los países vecinos a la tierra desde donde se fue esparciendo el linaje humano; y es indubitable que desde el origen del mundo fue conocida. Los mismos egipcios dan también a Osiris una tan grande antigüedad, que bien se conoce confundieron su tiempo con el de los principios del diluvio; y

quisieron atribuirle cosas, cuyo origen excede con mucho a todos los tiempos conocidos en su historia. Pero si los egipcios no inventaron la agricultura, ni las demás artes que vemos antes del diluvio, las perfeccionaron de tal modo, y pusieron tan grande cuidado en restablecerlas entre los pueblos en que la barbaridad había hecho olvidarlas, que no es menos grande su gloria, que si las hubiesen inventado.

Otras hay también muy importantes, cuya invención les es indisputable. Como su país era unido, llano, su cielo claro y sin nubes, fueron los primeros en observar el curso de los astros. También lo fueron en reglar el año. Estas observaciones les introdujeron naturalmente en la aritmética: y si es cierto lo que dice Platón, que el sol y la luna enseñaron a los hombres la ciencia de los números, esto es, que se empezaron las cuentas regladas por la de los días, de los meses y de los años, los egipcios son los primeros que escucharon a estos maravillosos celestiales maestros. No les fueron menos conocidos los planeta y demás astros; y hallaron aquel año grande, que vuelve todo el cielo a su primer punto. Por reconocer sus tierras cubiertas todos los años de las inundaciones del Nilo, se vieron obligados a recurrir a la medida de las tierras, la cual les enseño bien presto la geometría. Eran grandes observadores de la naturaleza, que un clima tan sereno y bajo de un sol tan ardiente, era en aquel país fuerte y fecunda. Hízoles esto también inventar o perfeccionar la medicina. Así todas las ciencias merecieron allí un grande honor.

Los inventores de las cosas útiles recibían, así en vida como después de ella, recompensas dignas de sus trabajos. Esto es lo que consagró los libros de los dos Mercurios, e hizo mirarlos como libros divinos. El primero de todos los pueblos en que se ven bibliotecas, es el Egipto. El título que se les daba, inspiraba deseo de entrar en ellas y de penetrar sus secretos: eran llamadas: El tesoro de los remedios del alma: porque allí se curaba de la ignorancia, que es la más peligrosa de sus enfermedades y el origen de todas las demás.

Una de las cosas que más fuertemente se imprimían en el ánimo de los egipcios, era la estimación y el amor a su patria. Ella era, decían, la mansión de los dioses, los cuales habían allí reinado infinitos millares de años: la madre de los hombres y de los animales, que la tierra de Egipto había producido, en tanto que lo restante de la naturaleza era estéril. Los sacerdotes, que componían la historia de Egipto de esta serie inmensa de siglos que únicamente llenaban de fábulas y de las genealogías de sus dioses, hacíanlo por imprimir en el ánimo de los pueblos la antigüedad y nobleza de su país. Por lo demás, su verdadera historia estaba incluida en límites razonables; pero se deleitaban en sumergirse y perderse en un abismo infinito de tiempo, que parecía rozarse con la eternidad.

Con todo eso, el amor a la patria tenía fundamentos más sólidos. Era Egipto en efecto el más bello país del universo, el más abundante por la naturaleza, el más bien cultivado por el arte, el más rico, más cómodo y más adornado por el cuidado y magnificencia de sus reyes.

No había cosa que no fuese grande en sus designios y en las labores. Lo que hicieron del Nilo es increíble. Llueve raras veces en Egipto: pero este célebre río, que enteramente le riega con sus inundaciones regladas, le lleva las lluvias y las nieves de los demás países. Para multiplicar un río tan benéfico, estaba el Egipto atravesado de una infinidad de canales de largura y anchura increíble. A todas partes llevaba el Nilo la fecundidad con sus aguas saludables; unía a las ciudades entre sí, y el mar Grande con el mar Bermejo, mantenía el comercio dentro y fuera del reino, y le fortificaba contra el enemigo; de suerte, que era el que alimentaba y juntamente el que defendía al Egipto. Dejábasele libre el campo; pero encumbradas las ciudades con trabajos inmensos, y elevándose como islas en medio de las aguas, miraban con regocijo desde aquella altura todo lo llano inundado y juntamente fertilizado del Nilo. Cuando se hinchaba fuera de medida, los grandes lagos, cavados de orden de los reyes, ofrecían su seno a las aguas derramadas por el campo. Tenían sus desaguaderos preparados, que abrían o cerraban, según la necesidad, grandes compuertas, y teniendo las aguas su receptáculo, no permanecían sobre las tierras sino lo que era preciso para

engrasarlas.

De esto servia el lago que se llamaba de Miris, o de Moeris, que era el nombre del rey que había hecho formarlo. No puede leerse sin asombro, por ser cierto que tenía casi ciento y ochenta leguas francesas de circunferencia. Por no malograr muchas buenas tierras al abrirle, habíasele principalmente extendido por el lado de la Libia. Su pesca valía al príncipe sumas inmensas; y así, cuando la tierra nada producía, se sacaban tesoros de ella, cubriéndola de aguas. Dos pirámides, que cada una sostenía sobre un trono dos estatuas colosales, la una de Miris y la otra de su mujer, se elevaban hasta trescientos pies en medio del lago y ocupaban sobre las aguas igual espacio. Así manifestaban haber sido erigidas antes que aquella concavidad se hubiese llenado; y que un lago de tan grande extensión había sido hecho de mano de hombre, en el tiempo y reinado de un solo príncipe.

Los que no saben hasta que punto puede economizarse la tierra, tienen por fábula lo que se cuenta del número de las ciudades de Egipto. Su riqueza no es menos increíble. Ninguna, había que no estuviese llena de templos magníficos y de palacios soberbios. La arquitectura mostraba en todo aquella noble sencillez y aquella grandeza que Mena el ánimo. Las largas galerías ostentaban esculturas que tomaba la Grecia por modelos. Podía Tebas competir con las más bellas ciudades del universo. Sus cien puertas, cantadas por Homero, son conocidas de todo el mundo. No era menor su población que su grandeza, y se ha dicho que podía hacer salir al mismo tiempo diez mil combatientes por cada una de sus puertas; y aunque haya en esto algo de exageración, siempre es cierto que era innumerable su pueblo. Los griegos y los romanos celebraron su magnificencia y su grandeza, aunque solo fueron testigos de sus ruinas: tan augustos eran sus residuos.

Si nuestros peregrinantes hubiesen penetrado hasta el sitio en que aquella ciudad estaba fabricada, aun habrían sin duda hallado alguna cosa incomparable en sus ruinas; porque las obras de los egipcios estaban hechas para resistir al poder del tiempo. Sus estatuas eran colosos; sus columnas inmensas. Tenía el Egipto puesta su atención en lo grande, y quería asombrar a los ojos desde lejos; pero contentándolos siempre con lo justo de las proporciones.

Hanse descubierto en el Sayd (que bien sabe V. A. es el nombre de la Tebaida) templos y palacios aun casi enteros, en que estas columnas y estatuas son innumerables. Allí se admira sobre todo un palacio, cuyas ruinas parece no haber subsistido sino para borrar la gloria de todos los mayores edificios. Cuatro calles en que se pierde la vista, ceñidas por una y otra parte de esfinges de no menos rara materia que notable grandeza, sirven de entradas a cuatro pórticos cuya altura pasma a los ojos. ¡Qué magnificencia y qué extensión! Los que nos han descrito este prodigioso edificio no tuvieron tiempo de girarle todo, ni están ciertos de haber visto la mitad, pero era asombroso cuanto vieron. Una sala, que al parecer formaba el centro de este soberbio palacio, era sostenida de ciento y veinte columnas de seis brazas de corpulencia, grandes a proporción, mezcladas de obeliscos que no había podido abatir la fuerza de tantos siglos. Hasta los colores, que es lo que más presto experimenta el poder del tiempo, se mantienen también entre las ruinas de aquel maravilloso edificio y conservan su viveza: tanto sabia imprimir el Egipto en todas sus obras el carácter de la inmortalidad. Ahora que el nombre del rey penetra hasta las partes más desconocidas del mundo, y que de orden suya se extienden los descubrimientos de las más bellas obras de la naturaleza y del arte a regiones tan remotas, ¿no sería un objeto digno de aquella noble curiosidad, el descubrir los primores que encierra la Tebaida en sus desiertos, y enriquecer nuestra arquitectura de las invenciones del Egipto? ¿Qué poder, o qué arte ha sido capaz de hacer de tal país la maravilla del universo? ¿Y qué perfecciones no se hallarían si se pudiese llegar a la corte, pues tan lejos de ella se descubren cosas tan maravillosas?

Solo era propio del Egipto, erigir monumentos para la posteridad. Sus obeliscos son el día de hoy, así por su belleza como por su altura, el principal ornamento de Roma; y desesperando el poder romano igualar a los egipcios, creyó hacer bastante para su grandeza con tomar prestados los

monumentos de sus reyes.

Aun no había visto el Egipto otros edificios grandes que la torre de Babel, cuando ideó sus pirámides, que tanto por su figura como por su grandeza, triunfan del tiempo y de los bárbaros. El buen gusto de los egipcios les hizo desde entonces amar la solidez y la regularidad totalmente desnuda. ¿No es esto decir, que la naturaleza inclina por sí misma a aquel aire sencillo a que con tanta dificultad se vuelve, cuando se ha viciado el gusto con novedades y osadías extravagantes? Sea como fuere, los egipcios no amaron sino los arrojos reglados; no buscaron lo nuevo ni lo asombroso, sino la variedad infinita de la naturaleza; y se gloriaban de ser los únicos que habían hecho, como los dioses, obras inmortales. No eran menos nobles las inscripciones de las pirámides que su artificio. Hablaban con quien las miraba. Una de las pirámides fabricada de ladrillo, advertía con su titulo que se abstuviesen de compararla con las demás, y que era tan superior a todas las pirámides, como Júpiter a todos los dioses.

Pero por más que se esfuercen los hombres, en todo se descubre su nada. Eran estas pirámides sepulturas; y los reyes que las fabricaron, aun no tuvieron el poder de enterrarse allí ni gozaron de su sepulcro.

No hablaría yo de aquel bello palacio que llamaban el Laberinto, si Herodoto, que le vio, no asegurase que era más pasmoso que las pirámides. Estaba fabricado sobre la margen del lago de Miris y tenía una vista proporcionada a su grandeza. En cuanto a lo demás, no era tanto un palacio solo, cuanto un cúmulo magnífico de doce palacios regularmente dispuestos, que se comunicaban entre sí. Mil y quinientos aposentos, mezclados de terrados, estaban ordenados al rededor de doce salas y no dejaban salida a los que se empeñaban en reconocerlos. Otra tanta fábrica había debajo de tierra. Estos edificios subterráneos estaban destinados a la sepultura de los reyes, y también (¿quién podría decirlo sin rubor y sin lastimarse de la ceguedad del entendimiento humano?) servían para alimentar a los cocodrilos sagrados, de quienes una nación, fuera de esto tan sabia, hacía sus dioses.

V. A. se pasma de ver tanta magnificencia en los sepulcros de Egipto. Esto era, señor, porque a más de erigirlos como monumentos sagrados para llevar a los siglos futuros la memoria de tan grandes príncipes, eran también mirados como albergues eternos. Las casas eran llamadas posadas, en que no se estaba sino de paso y durante una vida muy corta para terminar nuestros designios; pero las verdaderas casas eran los sepulcros, que debíamos habitar por el espacio de infinitos siglos.

En cuanto a lo demás, no eran las cosas inanimadas en lo que más trabajaban los egipcios. Sus más nobles fatigas y su arte más excelente, consistía en formar a los hombres. La Grecia estaba tan persuadida de esto, que sus mayores hombres, un Homero, un Pitágoras, un Platón, hasta el mismo Licurgo, y Solón, aquellos dos grandes legisladores, y otros que no es necesario nombrar, fueron a aprender en Egipto la sabiduría. Dios quiso que también Moisés fuese instruido en toda la sabiduría de los egipcios, y este fue el origen de que empezase a ser poderoso en palabras y en obras. La verdadera sabiduría se sirve de todo, y no quiere Dios que los que se hallan favorecidos de sus inspiraciones omitan los medios humanos, que en su modo también de él se derivan, como de su indeficiente origen.

Aquellos sabios habían estudiado el régimen que hace a los ánimos sólidos, los cuerpos robustos, las mujeres fecundas y los niños vigorosos. Por este medio crecía el pueblo en número y en fuerzas. Era sano el país naturalmente; pero habíales enseñado la filosofía que quiere ser ayudada la naturaleza. Hay un arte de formar los cuerpos como los ánimos. Esta arte, que nos ha hecho perder nuestro descuido, era bien conocida de los antiguos y había sido hallada por los egipcios. La frugalidad y los demás ejercicios eran de lo que principalmente se servían para este admirable intento. En un gran campo de batalla, que fue visto de Heródoto, los cráneos de los persas, fáciles a ser penetrados, y los de los egipcios más duros que las piedras, con que estaban mezclados, mostraban la blandura de los unos, y la robusta consistencia que un alimento frugal y los ejercicios vigorosos daban a los otros. La carrera a pié, la de a caballo y en carros se practicaban en Egipto

con una maravillosa destreza; y no había en todo el universo mejores hombres de a caballo que los egipcios. Cuando Diodoro nos dice que desechaban la lucha, como ejercicio que daba una fuerza perjudicial y poco durable, hablaría él de la lucha inmoderada de los atletas, que la misma Grecia que la coronaba en sus juegos, la había vituperado como poco conveniente a las personas libres; pero con una cierta moderacion era digna de cualquier hombre de calidad, y el mismo Diodoro nos hace saber, que el docto Mercurio de los egipcios había inventado sus reglas, como también el arte de formar los cuerpos. Del misino modo se ha de entender lo que dice este autor tocante a la música. La que él hace despreciada de los egipcios, como capaz de ablandar los ánimos, es sin duda aquella música suave y afeminada que no inspira sino placer y una falsa ternura. Porque la música generosa, cuyos nobles conciertos elevan el espíritu y el corazón, no estuvo sujeta al desprecio de los egipcios, pues según el mismo Diodoro, la había inventado su Mercurio, como asimismo el más grave de los instrumentos de la música. En la procesión solemne de los egipcios, en que se llevaban según sus ritos, los libros de Trismegisto, se ve al cantor marchar a la frente, llevando en la mano un símbolo de la música (no sé por qué) y el libro de los himnos sagrados. En fin; nada omitía el Egipto de lo que podía pulir el entendimiento, ennoblecer el corazón y fortificar el cuerpo. Cuatrocientos mil soldados que mantenía, eran los que entre sus ciudadano ejercitaba con mayor diligencia. Las leyes de la milicia se conservaban fácilmente y como por sí mismas, porque los padres las enseñaban a sus hijos, por ser la profesión de la guerra hereditaria como las otras; y después de las familias sacerdotales, eran estimadas por más ilustres, como entre nosotros las destinadas a las armas. No quiero con todo eso decir que fuese guerrero el Egipto. Por más cuidado que se ponga en tener tropas regladas y mantenidas, y por más diligencia que se aplique a ejercitarlas a la sombra en los trabajos militares y entre las imágenes de los combates, sola la guerra y los combates verdaderos son los que hacen guerreros a los hombres. El Egipto amaba la paz, porque amaba a la justicia, y solo tenía soldados para su defensa. Contento con su provincia, donde todo abundaba, no pensaba en conquistas. Extendíase de otro modo, enviando sus colonias por toda la tierra, y con ellas la policía y las leyes. Las ciudades más célebres iban a aprender en Egipto sus antigüedades y el origen de sus más excelentes instituciones. De todas parles era consultado sobre las reglas de la sabiduría.

Cuando los de Elida hubieron establecido los juegos olímpicos, las más ilustres ciudades de Grecia solicitaron, por medio de una solemne embajada, la aprobación de los egipcios, y aprendieron de ellos nuevos modos de animar a los combatientes. Reinaba el Egipto por sus consejos: y este imperio del entendimiento le pareció más noble y más glorioso, que el que se establece por las armas. Aunque los reyes de Tebas fuesen sin comparación los más poderosos de todos los del Egipto, jamás inquietaron las dinastías vecinas; y solo las ocuparon cuando fueron invadidas de los árabes: de modo, que en la verdad, más las quitaron a los extranjeros que desearon dominar a los naturales del país. Pero cuando pensaron en ser conquistadores, excedieron a todos los demás. No hablo de Osiris, vencedor de las Indias, que al parecer es Baco, o algún otro héroe igualmente fabuloso.

El padre de Sesostris (los doctores quieren que este sea Amenofis, o por otro nombre Memnon) por instinto, por genio, o, como dicen los egipcios, por la autoridad de un oráculo, resolvió hacer a su hijo un gran conquistador; aplicóse a esto a la manera de los egipcios, quiero decir, con grandes reflexiones. Todos los niños que nacieron el mismo día que Sesostris, fueron llevados a la corte de orden del rey. Hizolos criar como a sus hijos, y con el mismo cuidado que a Sesostris, cerca del cual eran alimentados. No podía darle más fieles ministros ni más celosos compañeros en sus combates. Cuando le vio algo adelantado en edad, hízole aprender los primeros rudimentos de la milicia en una guerra contra los árabes. Allí aprendió este joven príncipe a sufrir la hambre y la sed, y sujetó a aquella nación hasta entonces indómita. Acostumbrado a los trabajos militares por esta conquista, le hizo su padre volver hacia el occidente del Egipto: atacó a la Libia y sujetó la mayor parte de aquella dilatada región. Murió su padre en este tiempo, dejándole ya capaz de intentar cualquier designio. No fue menor el que concibió que el de la conquista del mundo; pero

antes de salir de su reino, proveyó a su seguridad interior, ganando el corazón de todos sus pueblos con la liberalidad y con la justicia, reglando en lo demás el gobierno con una exacta prudencia. Entretanto hacia sus prevenciones: levantaba tropas y les daba por capitanes aquellos mancebos que su padre había hecho criar en su compañía. tenía de estos mil y setecientos, capaces de repartir e infundir en todo el ejército el esfuerzo, la disciplina y el amor al príncipe. Hecho esto, entró en Etiopía y la hizo tributaria. Continuó sus victorias en el Asia, y fue Jerusalén la primera en sentir la fuerza de sus armas. No pudo resistirle el temerario Roboam; y Sesostris arrebató las riquezas de Salomón, las cuales por justo castigo puso Dios en sus manos. Penetró a las Indias más lejos que Hércules y que Baco, y más de lo que después hizo Alejandro, pues sujetó el país de la otra parte del Ganges. Juzgue V. A. de esto si los más vecinos le resistirían. Los escitas obedecieron hasta el Tanais; la Armenia y la Capadocia le quedaron sujetas. Dejó una colonia en el antiguo reino de Colchos, donde después las costumbres de los egipcios siempre han permanecido. Heródoto vio en el Asia menor, del un mar al otro, monumentos de sus victorias en las soberbias inscripciones de Sesostris, que le titulaban rey de los reyes y señor de los señores, como si fuera Dios. Habíalas hasta en la Tracia, porque extendió su imperio desde el Ganges hasta el Danubio. Impidióle la dificultad de los víveres entrar más adelante en Europa; y después de nueve años volvió cargado de despojos de todos los pueblos vencidos. Hubo algunos que defendieron vigorosamente su libertad, y otros que cedieron sin resistencia; Sesostris tuvo cuidado de notar en sus monumentos las diferencias de aquellos pueblos vencidos en figuras jeroglíficas a la manera de los egipcios. Para describir su imperio inventó los mapas. Cien templos famosos, erigidos en acción de gracias a los dioses tutelares de todas las ciudades, fueron así las primicias como las mejores señales de sus victorias; y tuvo la advertencia de publicar por sus inscripciones, que todas aquellas obras se habían acabado sin fatiga de sus vasallos. Ponía él su gloria en conservarles, y en no hacer trabajar en ellas sino a sus cautivos. Salomón le había dado el ejemplo. Este sabio príncipe sólo había empleado los pueblos tributarios en las grandes obras que han hecho inmortal su reinado. Estaban los ciudadanos aplicados a más nobles ejercicios: aprendían a hacer la guerra y a mandar en ella. No podía Sesostris reglarse por un modelo más perfecto. Reinó treinta y tres años, y gozó largo tiempo de sus triunfos: mucho más digno de gloria, si a impulsos de su vanidad no hubiese hecho tirar su carro a los reyes vencidos. Parece que se desdeñó de morir como los demás hombres. Habiendo ya cegado en su vejez, se dio la muerte él mismo, y dejó el Egipto rico para siempre. Con todo eso su imperio no pasó su cuarta generación. Pero aun duraban en tiempo de Tiberio monumentos magníficos, que manifestaban su extensión y la cantidad de los tributos.

Volvió bien presto el Egipto a su humor pacífico; y también se ha escrito, que fue Sesostris el primero en suavizar después de sus conquistas las costumbres de los egipcios, temeroso de sus alteraciones. Si esto merece crédito, no podía ser sino una precaución que tomaba para sus sucesores; porque siendo sabio y absoluto, parece que nada podía temer de unos pueblos que le adoraban. Por lo demás, es este pensamiento poco digno de tan gran príncipe; y era mal modo de proveer a la seguridad de sus conquistas dejar se debilitase el brío de sus vasallos. Es cierto también, que este grande imperio no subsistió mucho; pero ¿qué cosa hay en el mundo que siempre dure, y de uno u otro modo no se acabe? Introdújose la división en Egipto. En tiempo de Anisis el ciego, el etíope Sabacon invadió el reino: trató a los pueblos no menos bien que sus reyes naturales, y obró tan grandes cosas como cualquiera de ellos. Jamás se vio moderación igual a la suya; porque después de un reinado feliz de cincuenta años, volvió a Etiopía, por obedecer a advertencias que creyó divinas. Abandonado el reino, cayó en las manos de Seton, sacerdote de Vulcano, príncipe religioso a su modo, pero poco guerrero, y que acabó de enervar la milicia maltratando a los militares. Después de este tiempo solo se mantuvo el Egipto con tropas extranjeras. Hállase una especie de anarquía. Vense doce reyes elegidos por el pueblo, que partieron entre sí el gobierno del reino. Estos son los que fabricaron aquellos doce palacios que componían el Laberinto. Aunque no pudiese el Egipto olvidar sus magnificencias, estuvo débil, dividido bajo de aquellos doce príncipes. Uno de ellos, que fue Psamético, se hizo últimamente dueño de todo con el socorro de extranjeros.

Restablecióse el Egipto y permaneció bastantemente poderoso por el curso de cinco o seis reinados. En fin, después de haber durado este antiguo reino cerca de mil y seiscientos años, debilitado por los reyes de Babilonia y por Ciro, fue hecho despojo de Cambises, el más insensato de todos los príncipes.

Los que penetraron el genio del Egipto, conocieron que no era belicoso, y V. A. ha visto las razones. Había vivido en paz cerca de mil y trescientos años, cuando produjo su primer guerrero, que fue Sesostris. Así, no obstante su milicia, tan cuidadosamente mantenida, vemos hacia el fin que toda su fuerza consistía en tropas extranjeras, que es uno de los mayores defectos que puede tener un Estado. Pero no pueden ser cabales las cosas humanas; y es muy difícil tener en sumo grado de perfección las artes de la paz juntas con las ventajas de la guerra. Muy buena duración es la de diez y seis siglos. Algunos etíopes reinaron en Tebas en este intermedio, entre otros Sabacon, y según se cree Taraca. Pero el Egipto sacaba esta utilidad de la excelente constitución de su Estado: esto es, que los extranjeros, antes tomaban sus costumbres que introducían las propias; así, mudando de señores, no mudaba de gobierno. Tuvo dificultad en sufrir a los persas, cuyo yugo quiso sacudir muchas veces. Pero no era bastantemente belicoso para mantenerse por su propia fuerza contra una potencia tan grande; y los griegos, que le defendían, ocupados en otras partes, se veían obligados a abandonarle; de suerte, que siempre recaia bajo de sus antiguos señores; más siempre obstinadamente asido a sus costumbres antiguas e incapaz de degenerar de las máximas de sus primeros reyes. Y aunque retuvo mucho de ellas en los tiempos de los Ptolomeos, fue tan grande entonces la mezcla de las costumbres griegas y asiáticas. que ya casi no se reconocía el anciano Egipto.

No se debe olvidar que los antiguos reyes de Egipto son muy inciertos, aun en la misma historia de los egipcios. Hay dificultad en hacer lugar a Osimanduas, de quien vemos tan magníficos monumentos en Diodoro y tan buenas señas de sus combates. Parece que los egipcios no conocieron al padre de Sesostris, el cual no ha sido nombrado por Heródoto ni Diodoro. Aun más señalado quedó su poder por los monumentos que dejó por toda la tierra, que por las memorias de su provincia; y estos motivos nos persuaden que no creamos, como algunos, que lo que el Egipto publicaba de sus antigüedades, fuese tan exacto como blasonaba; pues él mismo se halla tan incierto de los tiempos más ilustres de su monarquía.

CAPÍTULO IV.
Los asirio primeros y segundos, los medos y Ciro.

El grande imperio de los egipcios está como separado de todos los demás, y no tiene, como V. A. sabe, larga continuación. Lo que nos resta que decir, ha sido más durable y tiene datas más precisas.

No obstante tenemos también muy poco que sea cierto, tocante al primer imperio de los asirios; pero en fin, en cualquier tiempo que quieran colocarse sus principios, según las diversas opiniones de los historiadores, verá V. A. que cuando estaba el mundo dividido en muchos estados pequeños, cuyos príncipes más pensaban en mantenerse que en dilatarse; Nino, más atrevido y más poderoso que sus vecinos, oprimió a los unos después de los otros, y extendió mucho sus conquistas a la parte de Oriente. Su mujer Semiramis, que juntó a la ambición, muy ordinaria en su sexo, un valor y una firmeza de consejos que no suele hallarse en él, sostuvo los vastos designios de su marido y acabó de formar aquella monarquía.

No puede disputársele su grandeza; y sola la de Nínive, que suponen excedía a la de Babilonia, bastantemente lo manifiesta. Pero así como los historiadores más juiciosos no hacen a esta monarquía tan antigua como nos la representan otros, tampoco nos la figuran tan grande. Vénse durar muy largo tiempo los pequeños reinos de que era preciso componerla, si fuese tan antigua y

tan dilatada como el fabuloso Etesias y los que le han creído sobre su palabra nos la describen. Es cierto que Platón, curioso observador de las antigüedades, hace al reino de Troya en tiempo de Príamo, dependiente del imperio de los asirios. Pero nada de esto se descubre en Homero, que deseoso de realzar la gloria de Grecia, no hubiera olvidado esta circunstancia; y se puede creer que los asirios eran poco conocidos por la parte del Occidente, pues un poeta tan sabio y tan diligente en adornar su poema de todo lo que miraba a su asunto, no les dio en él lugar alguno.

Con todo eso, según el cómputo que hemos juzgado más razonable, el tiempo del sitio de Troya era el más florido de los asirios, pues es el de las conquistas de Semiramis; pero solo se extendieron hacia el Oriente; y los que más la lisonjean, hacen volver sus armas por aquel lado. Había ella tenido tanta parte en los consejos y en las victorias de Nino, que no es verosímil dejase de seguir sus designios, tan convenientes, fuera de eso, a la situación de su imperio; y tengo por indubitable, que pondría Nino toda su atención en el Oriente: pues también Justino, que le favorece cuanto puede, le hace terminar en las fronteras de Libia las empresas que hizo por la parte del Occidente.

Tampoco sé en qué tiempo habría Nínive podido adelantar sus conquistas hasta Troya, habiendo tan poca apariencia de que Nino ni Semiramis intentasen tal cosa; y todos sus sucesores, empezando desde su hijo Ninias, vivieron con tal flojedad y con tan poca acción, que apenas ha llegado a nosotros su nombre, y más debemos maravillarnos de que su imperio pudiese subsistir, que creer que se pudiese dilatar.

Las conquistas de Sesostris sin duda le disminuyeron mucho; pero como fueron de corta duración y poco mantenidas por sus sucesores, es creíble que los países que quitaron a los asirios. acostumbrados por largo tiempo a esta dominación, volverían naturalmente a ella: de suerte, que este imperio se mantuvo con gran poder y en gran paz, hasta que habiendo Arbaces descubierto la flojedad de sus reyes, tan largo tiempo oculta en lo secreto del palacio, Sardanápalo, famoso por sus infamias, se hizo no solamente despreciable a sus vasallos, sino aun insufrible.

Ya ha visto V. A. los reinos que se levantaron de las ruinas del primer imperio de los asirios, entre otros el de Nínive y el de Babilonia. Retuvieron los reyes de Nínive el nombre de reyes de Asiria y fueron los más poderosos. No hubo limites que bien presto no excediese su altivo orgullo con las conquistas que hicieron, entre las cuales se cuenta la del reino de los israelitas o Samaria. No fue menester menos que la mano de Dios y un milagro visible, para impedir que acabasen con la Judea, dominada entonces de Ezequías; y ya no se halló barrera que ponerles, cuando poco después invadieron en su vecindad el reino de Babilonia, en que la familia real había faltado.

Parecía Babilonia haber nacido para mandar a todo el mundo. Sus pueblos estaban llenos de ingenio y de valor. Reinaba siempre entre ellos la filosofía con las buenas artes; y no tenía el Oriente mejores soldados que los caldeos. La antigüedad admira las ricas cosechas dé un país que la negligencia de sus habitadores deja en este tiempo sin cultura; y su abundancia le hizo mirar en el de los antiguos reyes de lersia, como la tercera parte de tan grande imperio. Así los reyes de Asiria, desvanecidos de un aumento que añadía a su monarquía una ciudad tan opulenta, concibieron nuevos designios. Creyó Nabucodonosor ser indigno de su persona en su imperio, si no le agregaba todo el universo. Nabucodonosor II, más soberbio que todos los, reyes sus predecesores, después de sucesos inauditos y de conquistas asombrosas, desdeño el nombre de rey y quiso ser adorado como Dios. ¡Qué obras no emprendió en Babilonia! ¡Qué muros, qué torres, qué puertas, y qué recinto se vieron en ella! Parecía que la antigua torre de Babel quisiese renovarse en la altura prodigiosa del templo de Belo, y que Nabucodonosor amenazase nuevamente al cielo. Su orgullo, aunque abatido por la mano de Dios, no dejó de revivir en sus sucesores, que, no pudiendo sufrir cerca de sí dominación alguna, y queriendo sujetarlo todo a su yugo, se hicieron intolerables a los pueblos vecinos. Estos celos reunieron contra ellos a los reyes de Media y los de Persia, con una gran parte de los pueblos de Oriente Su soberbia se convirtió fácilmente en crueldad. Como los reyes de

Babilonia tratasen inhumanamente a sus vasallos, así pueblos enteros, como señores principales de su imperio, se juntaron a Ciro y a los medos. Acostumbrada Babilonia a mandar y a vencer, miraba sin temor a tantos enemigos coligados contra ella; y cuando se cree invencible, queda cautiva de los medos, a quienes quería sujetar, y perece en fin por su soberbia.

La suerte de esta ciudad fue extraordinaria, pues pereció con sus propias invenciones. Hacia el Eufrates en sus vastas llanuras casi el mismo efecto que el Nilo en las de Egipto; pero necesitaba para hacerlo cómodo de más industria y trabajo. Era el Eufrates derecho en su corriente y jamás salia de sus limites. Fue preciso hacerle en todo el país un número infinito de canales, a fin de que pudiese regar las tierras, cuya fertilidad se hacia incomparable con este beneficio. Para romper la violencia de sus aguas muy impetuosas, fue necesario hacerle pasar por mil rodeos y cavarle grandes lagos, que una sabia reina vistió con una magnificencia increíble. Nitocris, madre de Labinito, por otro nombre Nabonides o Baltasar, último rey de Babilonia, hizo estas grandes obras. Pero otro trabajo mucho más maravilloso emprendió esta reina: este fue levantar sobre el Eufrates un puente de piedra, a fin de que las dos partes de la ciudad que la inmensa anchura del río tenía muy separadas, pudiesen entre si comunicarse. Fue, pues, necesario dejar en seco un río tan rápido y tan profundo, torciendo sus aguas hacia un lago inmenso que había hecho cavar la reina. Al mismo tiempo se fabricó el puente, cuyos sólidos materiales estaban preparados; y fueron revestidas de ladrillo las dos orillas del río hasta una prodigiosa altura, dejando en él bajadas igualmente vestidas, y de no menos bello artificio que las murallas de la ciudad. La diligencia en el trabajo igualó a la grandeza. Pero una reina tan perspicaz, no advirtió que enseñaba a sus enemigos el modo de tomar la ciudad. Aquel mismo lago que había cavado, fue donde Ciro divirtió el Eufrates, cuando desesperando de reducir a Babilonia por fuerza o por hambre, se abrió entre las dos partes de la ciudad el paso que hemos visto tan señalado por los profetas.

Si Babilonia hubiese podido creer que era perecedera, como todas las cosas humanas, y no hubiera cegádola una confianza insensata, no solo habría podido prever lo que hizo Ciro, pues era reciente la memoria de semejante obra, sí que guardando todas las bajadas, hubiera acabado con los persas en el lecho del río por donde pasaban. Pero ni allí había orden, ni mando reglado, ni se pensaba sino en regocijos y bailes. Así perecen, no solamente las más fuertes plazas, si también los mayores imperios. El espanto se apoderó de todo: el rey impío fue muerto; y Jenofonte, que da este título al último rey de Babilonia, parece que denota con esta palabra los sacrilegios de Baltasar, que Daniel nos hace ver castigados con una caída tan pasmosa.

Los medos, que habían destruido el primer imperio de los asirios, destruyeron también el segundo; como si hubiese esta nación debido ser siempre fatal a la grandeza asiría. Pero esta última vez hizo el valor y el gran nombre de Ciro, que los persas sus vasallos tuviesen la honrosa gloria de esta conquista.

En efecto, debióse enteramente a este héroe, que habiendo sido criado con una disciplina severa y regular, según la costumbre de los persas, pueblos entonces tan moderados como después viciosos, se acostumbró desde su infancia a una vida sobria y militar. Los medos. en otro tiempo tan laboriosos y guerreros, pero al fin estragados por la abundancia, como siempre sucede, tenían necesidad de tal general. Sirvióse Ciro de sus riquezas y de su nombre, siempre respetado en Oriente; pero ponía la esperanza del suceso en las tropas que había conducido de Persia. Desde la primera batalla fue muerto el rey de Babilonia y derrotados los asirios. Ofreció el vencedor el desafío al nuevo rey; y al paso que mostró su esfuerzo, se granjeó la reputación de un príncipe clemente que conserva la sangre de sus vasallos. Juntó la política con el valor. Temiendo arruinar tan bello país, que ya miraba como propio, hizo resolver que no fuesen maltratados los labradores de una y otra parte. Supo despertar los celos de los pueblos vecinos contra la orgullosa potencia de Babilonia, que intentaba avasallarlo todo; y finalmente, habiendo la gloria que se había adquirido, tanto por su generosidad y su justicia como por la felicidad de sus armas, reunido a todos bajo de sus estandartes, sujetó aquella vasta extensión de tierra de que compuso su imperio.

De este modo se levantó aquella monarquía. Hízola Ciro tan poderosa, que no podía dejar de crecer en tiempo de sus sucesores. Pero a fin de conocer lo que causó después su ruina, basta comparar los persas y los sucesores de Ciro con los griegos y sus generales, principalmente con Alejandro.

CAPÍTULO V.
Los persas, los griegos y Alejandro.

Cambises, hijo de Ciro, fue quien corrompió el humor de los persas. Su padre, aunque tan bien criado entre los cuidados de la guerra, no lo tuvo bastante de dar al sucesor de tan grande imperio una educación semejante a la suya; y por suerte ordinaria de las cosas humanas, la mucha grandeza daño a la virtud. Darío, hijo de Histaspes, que de una vida privada fue exaltado al trono, subió con mejores disposiciones al poder supremo, e hizo algunos esfuerzos para reparar los desórdenes. Pero la corrupción era ya muy universal: la abundancia había introducido mucho desarreglo en las costumbres; y Darío mismo no había conservado tanta fuerza en las suyas, que fuese capaz de enderezar enteramente las ajenas. Todo degeneró en tiempo de sus sucesores; y no tuvo ya límite alguno el lujo de los persas.

Pero aunque estos pueblos hubiesen perdido con el poder mucho de su antigua virtud, abandonándose a las delicias, habían siempre conservado algunas señas de la grandeza y nobleza que tenían. ¿Qué más puede serlo, que el horror con que miraban a la mentira, que estuvo siempre reputada entre ellos por vicio bajo y vergonzoso? Lo que después de la mentira tenían por más vil, era el vivir de empréstitos. Parecíales esta vida holgazana, afrentosa, servil, y tanto más despreciable, cuanto abrían puerta a la mentira. Por una generosidad natural a su nación trataban honestamente a los reyes vencidos. Por poco que los hijos de estos príncipes se acomodasen con los vencedores, les dejaban mandar en sus provincias casi con todas las señas de su antigua autoridad. Eran los persas honestos, atentos, liberales con los extranjeros, y sabían servirse de ellos. Las personas de mérito eran entre ellos conocidas y procuraban ganarlas a cualquier precio. Es cierto que no llegaron al perfecto conocimiento de aquella sabiduría que enseña a gobernar bien, y que su grande imperio fue siempre regido con alguna confusión. Jamás hallaron aquel arte excelente, tan bien practicada después por los romanos, de unir todas las partes de tan grande estado y de hacer de ellas un todo perfecto. Por esto eran en él muy frecuentes y considerables las alteraciones. No les faltaba con todo eso la política. Conocían las reglas de la justicia, y tuvieron grandes reyes que hacían observarlas con admirable exactitud. Los delitos eran severamente castigados; pero con la moderación de que perdonando fácilmente las primeras culpas, se reprimían las recaídas con rigurosas penas. Tenían muchas buenas leyes, casi todas recibidas de Ciro y de Bario, hijo de Mistaspes. Tenían máximas de gobierno, consejos reglados para mantenerlas y una grande subordinación en todos los empleos. Cuando se decía que los grandes que componían el consejo, eran los ojos y los oídos del príncipe, se advertía al príncipe, que tenía él sus ministros como tenemos todos nosotros los órganos de nuestros sentidos, no para reposar, sino para obrar por su medio; y juntamente a los ministros, que no debían operar para sí mismos, sí solo para el príncipe que era su cabeza, y para todo el cuerpo del estado. Debian estos ministros ser instruidos de todas las antiguas máximas de la monarquía. El registro que se tenía de las cosas pasadas, servia de regla a la posteridad. Allí se notaban los servicios que cada uno había hecho, temiendo que con desdoro del príncipe y en gran perjuicio del estado, quedasen sin recompensa. Bello modo era de aplicar los particulares al bien público, el cuidado de enseñarles que jamás debían sacrificar por sí solos, sino por el rey y por todo el estado, en que cada uno se hallaba con todos los demás. Uno de los primeros cuidados del príncipe era hacer florecer la agricultura; y los sátrapas, cuyos gobiernos eran los más bien cultivados, tenían la mayor parte en las gracias. Como había cargos establecidos para la conducta de las armas, los había también para velar sobre las labores rurales; y estas dos

ocupaciones eran semejantes, pues si la una tenía cuidado de guardar el país, la otra lo tenía de cultivarlo. El príncipe las protegía con un casi igual afecto y hacíalas concurrir al bien público. Después de los que habían conseguido alguna ventaja en la guerra, los más favorecidos eran los que habían educado muchos niños. El respeto que se inspiraba a los persas desde su infancia a la autoridad real, llegaba hasta el exceso, porque estaba mezclado con la adoración; y más parecían esclavos, que vasallos sujetos por razón a un imperio legítimo: este era el espíritu de los orientales; y puede ser que el natural vivo y violento de aquellos pueblos pidiese un gobierno más firme y más absoluto.

El. modo, con que se criaban los Hijos de los Reyes, fue admirado de Platón, y propuesto a los griegos, como modelo de una educación perfecta. Sacábanles desde la edad de siete años de las manos de los eunucos, para hacerles montar a caballo, y ejercitarse en la caza. En la de catorce, cuando el entendimiento empieza a formarse, dábanseles para su instrucción cuatro hombres de los más virtuosos, y sabios del Estado. El primero, dice Platón, les enseñaba la Magia, que quiere decir en su idioma el culto de los dioses, según las máximas antiguas, y conforme a las leyes de Zoroastres, Hijo de Ornases: El segundo les acostumbraba a decir la verdad, y administrar la justicia. El tercero les instruía a no dejarse vencer de sus apetitos y para ser siempre libres, y verdaderamente reyes, dueños de sí mismos, y de sus deseos. El cuarto fortificaba su ánimo contra el temor, para no dejarse cautivar de él, ni quitar la confianza, tan, necesaria en quien gobierna. La juventud de la primera nobleza era criada en el palacio del rey, en compañía de sus hijos. Aplicábase particular cuidado a que no viesen ni entendiesen cosa indecente. Dábase cuenta al rey de su conducta, y seguíanse a ella de su orden los castigos y las recompensas. La demás juventud, que les veía, aprendía desde luego con la virtud la ciencia de obedecer y de mandar. Con una tan excelente regla, ¿qué ventaja no debería esperarse de los reyes de Persia y de su nobleza, si hubiese tenidose tanto cuidado de dirigirles bien en el progreso de su edad, como se tenía de instruirles bien en su infancia? Mas las costumbres corrompidas de la nación les arrastraban bien presto a los placeres, a que no hubo educación, que resistiese. Pero es preciso confesar que no obstante la flojedad de los persas, y sin embargo del cuidado que tenían de su hermosura, y de su adorno, no les faltaba el valor. Siempre se preciaron de esto, y siempre dieron de él pruebas ilustres. Tenía entre ellos el arte militar la preferencia que merecía, a cuyo abrigo podían las demás pacíficamente ejercitarse. Pero jamás conocieron el fundamento de ella, ni supieron lo que puede en un ejército la severidad, la disciplina, la ordenanza de las tropas, el orden de las marchas y de los campamentos, y en fin, una cierta conducta, que hace mover estos grandes cuerpos sin confusión y a tiempo. Creían, que todo estaba hecho, cuando habían recogido sin elección un pueblo inmenso, que iba al combate con bastante resolución, pero sin orden, y que se hallaba embarazado de una muchedumbre infinita de personas inútiles, que el rey y los grandes sólo conducían para sus deleites. Porque su delicadeza era tan grande, que anhelaban encontrar en el ejército la misma magnificencia y las mismas delicias, que en los sitios reales, donde la Corte hacía su residencia ordinaria, de suerte que los reyes marchaban acompañados de sus mujeres y de sus concubinas, de sus eunucos, y de todo lo que servía a sus gustos. La vajilla de oro, plata, y los muebles preciosos seguían en una abundancia prodigiosa; y en fin, todo el aparato que pide semejante vida. Un ejército así compuesto, y ya embarazado de la multitud excesiva de sus soldados, tenía de sobrecarga el número desmesurado de los que no peleaban. En aquella confusión no podían moverse de acuerdo: las órdenes jamás llegaban a tiempo; y en una función todo iba como podía y a la ventura o casualidad sin que nadie se hallase en estado de dar providencia. Juntábase también que era forzoso concluir bien presto, y pasar rápidamente por el país: porque aquel cuerpo inmenso y codicioso, no sólo de lo necesario a la vida, sino de lo que servía también al gusto, lo consumía todo en poco tiempo; y es difícil comprender de donde podía sacar su permanente subsistencia.

Con todo esto, los persas asombraban con aquel gran aparato a los pueblos, que no sabían hacer la guerra mejor que ellos. Aun también los mismos que la sabían, se hallaron o debilitados por sus propias divisiones o discordias, u oprimidos de la multitud de sus enemigos; y así el Egipto,

aunque tan ensoberbecido de su antigüedad, de sus sabias instituciones, y de las conquistas de su Sesostris, quedó sujeto a los persas. No les fue difícil domar el Asia Menor, ni aun a las colonias griegas, que había contaminado la flojedad del Asia. Pero cuando llegaron a la Grecia misma, hallaron lo que no habían visto jamás: una milicia reglada, cabos veteranos y entendidos, soldados acostumbrados a vivir y contentarse con poco, cuerpos endurecidos al trabajo, adiestrados con la lucha y otros ejercicios ordinarios en aquel país. Ejércitos, a la verdad, medianos; pero semejantes a aquellos cuerpos vigorosos, donde parece, que todo sea nervio, y todo esté lleno de espíritus; en cuanto a lo demás, tan bien mandados, y tan dóciles a las órdenes de los generales, que podía creerse no había en todos los soldados, más que un mismo acorde, y valeroso ánimo: tanto concierto se veía en sus movimientos.

Pero lo mayor que la Grecia tenía, era una política firme y prevenida , que sabía abandonar, arriesgar y defender lo que le importaba, y lo que aun es más, un brío que el amor de la libertad y de la patria hacía invencible.

Los griegos naturalmente llenos de viveza, y de valor habían sido cultivados con tiempo por los reyes, y por las colonias idas del Egipto, que habiéndose en los primeros tiempos establecido en diversas partes del país, habían por todo el difundido aquella excelente policía de los egipcios. Esta fue la causa de que aprendieren los ejercicios del cuerpo, la lucha, la carrera a pie, la de a caballo y sobre carros, con los demás ejercicios que pusieron en su perfección con las gloriosas coronas de los juegos olímpicos. Pero lo mejor que les habían los egipcios enseñado, era a hacerse dóciles y dejarse instruir por las leyes para el bien, público. No eran los griegos como aquellos particulares, que atentos solamente a sus cosas, no sienten los males del estado sino en cuanto estos les comprenden o turban el reposo de su casa. Estaban enseñados a mirarse y mirar a su familia como parte de un cuerpo mayor, que era el del estado. Los padres criaban a sus hijos en esta máxima, y los hijos aprendían desde la cuna a mirar por la patria, considerándola como a una madre común, a quien aun más que a sus padres pertenecían. La palabra civilidad no significaba solamente entre los griegos el agrado y mutua condescendencia que hace sociables a los hombres: no era allí el hombre civil otra cosa que un buen ciudadano, que se mira siempre como miembro del estado; que se deja dirigir por sus leyes, y conspira con ellas al bien público, sin ser molesto a nadie. Los antiguos reyes que la Grecia había tenido en diversos países, un Minos, un Cecropes, un Teseo, un Codro, un Temenes, un Cresfontes, un Euristenes, un Patroclo, habían difundido esta máxima en toda la nación Todos ellos fueron populares, esto es, propios del pueblo, no lisonjeando a este, sino procurando su bien y haciendo reinar la ley.

¿Qué diré de la severidad de los juicios? ¿Qué tribunal hubo nunca más grave que el Areópago, tan reverenciado en toda la Grecia, que se decía que los dioses mismos habían en él comparecido? Desde los primeros tiempos fue célebre; y Cecropes, según la apariencia, lo había fundado sobre el modelo de los tribunales de Egipto. No ha conservado congreso alguno por tan largo tiempo la reputación de su antigua severidad; y siempre estuvo desterrada de el la engañosa elocuencia.

Cultivados así los griegos, se creyeron poco a poco capaces de gobernarse por sí mismos; y la mayor parte de las ciudades se erigió en repúblicas. Pero los sabios legisladores que produjo la Grecia en cada país, uníales, un Pitágoras, un Pittaco, un Licurgo, un Solón, un Filolao, y tantos otros que la historia señala, impidieron que la libertad degenerase en delincuente licencia. Unas leyes sencillamente escritas y en poco número, contenían a los pueblos en su obligación y les hacían concurrir al bien común del país. La idea de libertad, que semejante conducta inspiraba, era admirable; porque la libertad que se figuraban los griegos, era una libertad sujeta a la ley, esto es, a la razón misma, reconocida por todo el pueblo. No querían que los hombres tuviesen entre sí poder licencioso. Los magistrados, temidos durante el tiempo de su ministerio, volvían a ser particulares, sin conservar más autoridad que la que les daba su experiencia. Era la ley mirada como la señora: ella era la que establecía los magistrados, la que reglaba su conferido poder, y en fin, la que

castigaba su mala administración o abuso de ella.

No se disputa aquí si estas ideas son tan sólidas como especiosas. En fin, la Grecia estaba pagada de ellas, y prefería los inconvenientes de la libertad a los de la sujeción legítima, aunque en efecto mucho menores. Pero como cada forma de gobierno tiene sus ventajas, la que Grecia sacaba de la suya era, que los ciudadanos tanto más se aficionaban a su país, cuanto le regían en común, y cada particular podía llegar a los primeros honores.

No es creíble lo que hizo la filosofía por conservar el estado de la Grecia. Cuanto más libres eran aquellos pueblos, tanto era más necesario establecer en ellos con razones buenas las reglas de las costumbres y de la sociedad. Pitágoras, Tales, Anaxágoras, Sócrates, Arquitas, Platón, Jenofonte, Aristóteles, y una infinidad de otros, llenaron a Grecia de estos buenos preceptos. Hubo algunos extravagantes que tomaron el nombre de filósofos; pero los que fueron seguidos eran los que enseñaban a sacrificar el interés particular y aun la propia vida al interés general y a la salud del estado; siendo su máxima más común, que era necesario, o retirarse de los negocios, o no mirar en ellos sino al bien público.

Mas ¿para qué nos detenemos con los filósofos? Los poetas mismos, que estaban entre las manos de todo el pueblo, aun más les enseñaban que les divertían. El más famoso de los conquistadores miraba a Homero como a un maestro que le instruía a reinar bien, este gran poeta no menos enseñaba a obedecer bien que a ser buen ciudadano. Él, y tantos otros poetas cuyas obras no son menos graves que agradables, no celebran sino las artes útiles a la vida humana; no respiran sino el bien público, la patria, la sociedad y aquella admirable civilidad que hemos explicado.

Cuando la Grecia así educada, miraba a los asiáticos con su delicadeza, con su adorno y con su hermosura semejante a la de las mujeres, sólo le merecían el desprecio. Pero su forma de gobierno, que no tenía otra regla que la voluntad del príncipe, señora de todas las leyes, aun de las más sagradas, les infundía horror, y el objeto más odioso que tuvo toda la Grecia eran los bárbaros.

Este aborrecimiento les había venido a los griegos desde los primeros tiempos y habíaseles hecho como natural. Una de las cosas que hacia amar a la poesía de Homero, es que cantaba las victorias y las ventajas de Grecia sobre el Asia. De parte del Asia era Venus, como si dijésemos los placeres, los amores torpes y la delicadeza; de parte de la Grecia estaba Juno, esto es, la gravedad con el amor conyugal, Mercurio con la elocuencia, Júpiter y la sabiduría política. De parte del Asia estaba Marte impetuoso y brutal, quiero decir, la guerra hecha con furor; de parte de la Grecia estaba Palas, esto es, el arte militar y el valor conducido por el entendimiento. Había desde aquel tiempo creído siempre la Grecia, que la inteligencia y el verdadero brío eran sus dotes naturales. No podía sufrir que pensase el Asia en sujetarla; y hubiera creído, rindiéndose a este yugo, que sujetaba la virtud al vicio, el espíritu al cuerpo, y el verdadero valor a una fuerza insensata, que invertido el orden, sólo consistía en la multitud.

La Grecia estaba llena de estos dictámenes cuando fue atacada por Darío, hijo de Histaspes, y por Jerjes, con ejércitos cuya grandeza parece fabulosa: tanto tiene de desmesurada. Inmediatamente cada uno se previno para la defensa de su libertad. Aunque todas las ciudades de la Grecia formasen otras tantas repúblicas, el interés común las reunió a todas y solo se trataba entre ellas de ver quién obraría más por el bien público. Ningún dolor costó a los atenienses abandonar su ciudad al pillaje y al incendio; y después que salvaron a sus ancianos y sus mujeres con sus hijos, embarcaron todos los que eran capaces de llevar armas. Para detener el ejército persiano en un paso difícil y hacerle sentir lo que era la Grecia, trescientos lacedemonios corrieron con su rey a una muerte cierta; contentos al morir de haber sacrificado a su patria un infinito número de aquellos bárbaros y dejado a sus compatriotas el ejemplo de un arrojo inaudito. Contra tales ejércitos y tal conducta se halló débil la Persia, y probó muchas veces a su costa, lo que puede la disciplina contra la multitud y la confusión, como lo que puede el valor regido con arte contra un ímpetu ciego.

No quedaba más recurso a la Persia tantas veces vencida que sembrar la división entre los

griegos; cuya empresa le facilitaba el mismo estado en que se hallaban por sus victorias. Así como el temor les había unido, la victoria y la confianza había roto esta unión. Acostumbrados a pelear y vencer, cuando creyeron no tener ya que temer el poder de los persas, se volvieron los unos contra los otros. Pero es necesario explicar algo más el estado de los griegos y el secreto de la política persiana.

Entre todas las repúblicas de que estaba compuesta la Grecia, Atenas y Lacedemonia eran sin comparación las principales. No podía hallarse ingenio superior al que había en Atenas, ni mayor fuerza que la de Lacedemonia. Atenas quería el placer: la vida de los lacedemonios era áspera y laboriosa. Una y otra amaba la honrosa gloria y la libertad; pero en Atenas la libertad declinaba naturalmente a la licencia; y competida por leyes severas en Lacedemonia, cuanto más reprimida estaba por de dentro, tanto más solicitaba extenderse dominando por de fuera. También quería Atenas dominar, pero por otro principio. Mezclábase el interés con la gloria. Aventajábanse sus ciudadanos en el arte de navegar, y debían sus riquezas al mar, donde ella reinaba. Para quedar por única señora de todo el comercio, nada había que no quisiese sujetar; y sus riquezas, que le infundían este deseo, le suministraban el medio de satisfacerlo. Al contrario en Lacedemonia era despreciado el dinero. Como todas sus leyes miraban a hacer una república guerrera, así la gloria de las armas era el único atractivo de las voluntades de sus ciudadanos. De aquí procedía naturalmente su anhelo de dominar; y cuanto más superior era al interés, tanto más se abandonaba a la ambición.

Lacedemonia en cuanto a su vida, era reglada, firme en sus máximas y en sus designios. Atenas era más viva, y el pueblo mandaba en ella demasiado. La filosofía y las leyes hacían, a la verdad, grandes efectos en unos naturales tan excelentes; pero la razón totalmente desacompañada y sola no era capaz de contenerles. Un sabio ateniense, que admirablemente conocía el genio de su provincia, nos enseña que el temor era necesario a aquellos espíritus muy vivos y muy libres, y que no hubo ya más medio de gobernarles desde que la victoria de Salamina les dejó asegurados de la Persia.

Dos cosas les perdieron entonces: la gloria de sus admirables acciones, y la seguridad en que creían estar. Ya no querían dar oídos a los magistrados; de suerte que, como la Persia estaba afligida por una excesiva sujeción, así Atenas, dice Platón, sentía los males de una demasiada libertad.

Estas dos grandes repúblicas, tan contrarias en sus costumbres y en su conducta, se impedían la una a la otra en el designio que tenían ambas de sujetar a toda la Grecia; de modo, que eran siempre enemigas, aun más por la contrariedad de sus intereses que por la incompatibilidad de sus humores.

No querían las ciudades griegas la dominación de una ni de otra; porque a más de que cada una deseaba poder conservar su libertad, tema por muy molesto el imperio de estas dos repúblicas. Era áspero el de Lacedemonia. Notábase en su pueblo un no sé qué de feroz. Un gobierno demasiadamente rígido y una vida sobradamente laboriosa, hacia a aquellos ánimos muy fieros, muy austeros y muy imperiosos: juntábase a esto, que era necesario resolverse a no vivir jamás en paz bajo el dominio de una ciudad, que estando formada para la guerra, no podía conservarse sino continuándola sin cesar. Así los lacedemonios querían mandar, y todos temían que mandasen. Los atenienses eran naturalmente más benignos y más agradables. No había cosa más deliciosa a la vista que su ciudad, en que las fiestas y los juegos eran perpetuos, y en que el entendimiento o la libertad y las pasiones daban todos los días nuevos espectáculos. Pero su conducta desigual disgustaba a sus aliados, y era aun más intolerable a sus súbditos. Era preciso sufrir las extravagancias de un pueblo lisonjeado, que, según Platón es más perjudicial que un príncipe corrompido por la adulación.

Estas dos ciudades no dejaban a la Grecia permanecer en reposo. V. A. ha visto la guerra del Peloponeso y las demás, siempre causadas o mantenidas por los envidiosos celos de Lacedemonia y de Atenas. Pero estos mismos celos, que turbaban a la Grecia, en algún modo la sostenían, y embarazaban que viniese a quedar independiente de una u otra de estas repúblicas.

Advirtieron bien presto los persas esta constitución de la Grecia. Así todo el secreto de su política era mantener estos celos y fomentar estas divisiones. Lacedemonia, que era la más ambiciosa, fue la primera en introducirlos en las contiendas de los griegos. Ellos abrazaron la ocasión con el designio de hacerse dueños de toda la nación; y cuidadosos de debilitar a los griegos los unos con los otros, no esperaban sino el punto de oprimir a todos juntos. Ya las ciudades griegas no atendían en todas sus guerras sino al rey de Persia, a quien llamaban el gran rey o el rey por excelencia, como si ya se reputasen por sus súbditos; pero era imposible que el antiguo espíritu de la Grecia no se despertase en víspera de caer en la servidumbre y las manos de los bárbaros. Algunos pequeños reyes de Grecia emprendieron oponerse a aquel gran rey y arruinar su imperio. Con un corto ejército, pero criado en la disciplina que hemos visto, Agesilao, rey de Lacedemonia, hizo temblar a los persas en el Asia menor, y mostró que podían ser abatidos. Solas las divisiones de la Grecia pudieron detener sus conquistas; pero sucedió en aquellos tiempos, que el joven Ciro, hermano de Artajerjes, se rebeló contra él. Había en sus tropas diez mil griegos, que fueron los únicos que no pudieron ser deshechos en la derrota universal de su ejército. Murió él en la batalla, y a manos de Artajerjes, según se ha dicho. Hallábanse nuestros griegos sin protector en medio de los persas y en las vecindades de Babilonia. No obstante el victorioso Artajerjes no pudo obligarles a deponer voluntariamente las armas, ni compelerles a rendirse. Formaron ellos el osado designio de atravesar en cuerpo de ejército todo su imperio para restituirse a su provincia, y lo consiguieron. Entonces vio la Grecia más que nunca, que criaba una milicia invencible a que todo debía ceder; y que sus discordias solas podían sujetarla a un enemigo muy débil para resistirla cuando estuviese unida. Filipo, rey de Macedonia, igualmente hábil y valiente, manejó tan bien las ventajas que le daba contra tantas ciudades y repúblicas divididas, un reino pequeño a la verdad, pero unido, y donde el poder real era absoluto; procedió de tal modo, repito, que en fin, parte por industria, parte por fuerza, se hizo el más poderoso de la Grecia y obligó a todos los griegos a marchar bajo de sus estandartes contra el enemigo común. Fue muerto en esta coyuntura; pero Alejandro, su hijo, sucedió en su reino y en sus elevados designios.

Halló a los macedones no sólo habituados a la guerra, sí también triunfantes; y hechos por tantos sucesos tan superiores en valor y disciplina a los demás griegos, como lo eran estos a los persas y sus semejantes.

Darío, que en su tiempo reinaba en Persia, era justo, valiente, generoso, amado de sus pueblos; y no le faltaba entendimiento ni vigor para ejecutar sus altos y vastos intentos. Pero si V. A. le compara con Alejandro: su entendimiento con aquel ingenio penetrante y sublime: su valor con la grandeza y firmeza de aquel esfuerzo invencible, que se sentía animado aun de los mismos impedimentos; con aquel inmenso ardimiento y anhelo de extender todos los días su nombre, que lo hacia preferir a todos los peligros, a todos los trabajos y a mil muertes el menor grado de gloriosa honra; en fin, con aquella confianza que le hacia sentir en lo íntimo de su corazón, que todo debía cederle y rendirse a él, como a hombre a quien su destino hacia superior a los demás hombres: confianza que infundía él, no solo a sus cabos, sino aun a sus menores soldados, a quienes elevaba por este medio sobre todas las dificultades y aun sobre sí mismos, juzgará V. A. fácilmente a quien de los dos pertenecía la victoria. Y si a esto juntara V. A. las ventajas de los griegos y de los macedones sobre sus enemigos, confesará que atacada la Persia por tal héroe y por tales ejércitos, le era ya inevitable la mudanza de dueño. Así descubrirá V. A. a un mismo tiempo lo que arruinó el imperio de los persas y lo que elevó el de Alejandro.

Para facilitar la victoria sucedió que perdiese la Persia el único general que pudo oponer a los griegos, que era Memnon Rodiano. En tanto que Alejandro tuvo a la frente tan famoso capitán, pudo gloriarse de haber vencido a un enemigo digno de sí. En vez de arriesgar contra los griegos una batalla general, Memnon quería que se les disputasen los pasos; que se les cortasen los víveres; que se fuese a atacarles en su casa; y que con una invasión vigorosa se les forzase a volver a la defensa de su provincia. Alejandro había dejado en él providencia y tropas a Antipatro, bastantes

para guardar a la Grecia. Pero su buena fortuna le libró de una vez de este embarazo. Al principiar una diversión que ya inquietaba a toda la Grecia, Memnon murió; y Alejandro lo puso todo a sus pies.

Hizo este príncipe su entrada en Babilonia con un esplendor que excedía a cuanto había hasta entonces visto el universo; y después de haber vindicado a la Grecia y sujetado con una celeridad increíble todas las tierras de la dominación persiana, para asegurar por todos lados su nuevo imperio, o más bien por contentar su insaciable ambición y hacer su nombre más famoso que el de Baco, entró en las Indias, donde extendió sus conquistas más lejos que aquel célebre conquistador. Pero aquel a quien los desiertos, los ríos ni los montes no eran capaces de detener, fue obligado a ceder al disgusto de sus soldados que le pedían reposo. Así, reducido a contentarse con los soberbios monumentos que dejó sobre la margen del Araspe, condujo su ejército por otra ruta que la que había seguido, y domó todos los países y pueblos que halló al paso.

Volvió a Babilonia temido y respetado, no como conquistador, sí como un Dios. Pero aquel formidable imperio que había conquistado, no tuvo más larga vida ni duración que la suya, que fue muy corta. De edad de treinta y tres años, en lo. mejor de los más vastos designios que jamás hombre alguno hubiese concebido, y con las más fundadas y cabales esperanzas de un feliz suceso, murió sin haber tenido lugar de establecer sólidamente las cosas; dejando un hermano inhábil y sus hijos en tierna edad, incapaces de sostener un tan gran peso. Pero lo más funesto que había para su casa y su imperio, era, que dejaba capitanes a quienes había enseñado a no respirar sino ambición y guerra. Previó los excesos a que llegarían cuando él no estuviese ya en el mundo: para contenerles, y de temor de desdecirse, no osó nombrar sucesor ni tutor a sus hijos. Solamente predijo que sus amigos celebrarían sus exequias con batallas sangrientas; y espiró en la flor de su edad, lleno de tristes imágenes de la confusión que había de seguirse a su muerte.

En efecto, V. A. ha visto el repartimiento de su imperio y la ruina espantosa de su casa. La Macedonia, su antiguo reino, poseído de sus antepasados por tantos siglos, fue por todas partes invadida, como una sucesión vacante; y después de haber sido largo tiempo la presa del más fuerte, pasó en fin a otra familia. Así, aquel gran conquistador, el más famoso y el más ilustre que jamás hubo en el mundo, fue el último rey de su linaje. Si hubiera contentádose con la pacifica posesión de la Macedonia, la grandeza de su imperio no habría tentado a sus capitanes, y hubiera podido dejar a sus hijos el reino de sus padres. Pero el haber sido muy poderoso, fue causa de la ruina de todos los suyos: y este es el fruto glorioso de tantas conquistas: este es el de una vanísima vanidad.

No obstante, fue su muerte el único motivo de aquella gran revolución. Porque es preciso decir en honra suya, que si jamás hombre alguno hubiera sido capaz de sostener un tan vasto imperio, aunque nuevamente conquistado, lo fue sin duda Alejandro; pues tuvo un entendimiento que igualó con lo raro de su espíritu y magnanimidad. No debe, pues, imputarse a culpa, suya aunque las cometiese muy grandes, la caída de su familia, si a sola la mortalidad; sino es que quiera decirse, que un hombre de su genio y a quien su ambición empeñaba todos los días en nuevas empresas, no habría jamás hallado lugar para establecer las cosas exactamente.

Sea como fuere, su ejemplo nos enseña, que a más de los errores que los hombres podrían corregir, como son los que o por impetuosa ira o por ignorancia se cometen, hay un defecto irremediable, inseparablemente unido a los designios humanos, que es la mortalidad. Todo puede caer en un momento por este lado, lo cual nos obliga a confesar, que, como el vicio más inherente, si me es lícito hablar así, y más inseparable de las cosas humanas es su propio caduco ser; así el que sabe conservar y afirmar un estado, halló ya un más alto punto de sabiduría, que el que sabe conquistar y ganar batallas.

No necesito de referir individualmente a V. A. lo que hizo perecer a los reinos formados de los fragmentos del imperio de Alejandro, como son el de Siria, el de Macedonia y el de Egipto. La causa común de su ruina fue el haber sido precisados a ceder a otra mayor potencia, que fue la

romana. Con todo eso, si quisiésemos considerar el último estado de aquellas monarquías, hallaríamos fácilmente las causas inmediatas de su ruina; y entre otras cosas, veríamos que la más poderosa de todas, que fue la de Siria, después de haber estado vacilante por la delicadeza y lujo de la nación, recibió en fin el golpe mortal por la división y discordia de sus príncipes.

CAPÍTULO VI.
El imperio de los romanos, y de paso el de Cartago, con su mala constitución.

Hemos, en fin, llegado al grande imperio que se tragó todos los imperios del universo, de cuyas ruinas salieron los mayores reinos del mundo que habitamos, cuyas leyes respetamos aun, y a quien por consiguiente debemos conocer mejor que a todos los demás imperios. Bien entiende V. A. que hablo del imperio romano. V. A. ha visto toda su larga y memorable historia. Pero para entender perfectamente las causas de la elevación de Roma y las de las grandes mutaciones que sucedieron en su estado, considere V. A. atentamente con las costumbres de los romanos, los tiempos de que dependen todos los movimientos de aquel vasto imperio.

De todos los pueblos del mundo el más altivo y el más atrevido, pero juntamente el más reglado en sus consejos, el más advertido, el más laborioso, y en fin, el más paciente, fue el pueblo romano.

Formóse de todo esto la mejor milicia, la política más prevenida, la más firme y más consecuente que jamás hubo en el mundo

El fondo de un romano, para decirlo así, era el amor de su libertad y de su patria. Cada una de estas dos cosas le hacia amar a la otra; pues porque amaba la libertad, amaba también a su patria, como a una madre que la criaba con dictámenes igualmente generosos y libres.

Bajo este nombre libertad se figuraban los romanos con los griegos un estado, en que nadie estuviese sujeto sino a la ley, y en que la ley fuese más poderosa que los hombres.

En cuanto a lo demás, aunque Roma hubiese nacido bajo de un gobierno real, tenía también en tiempo de sus reyes una libertad poco conforme a una monarquía reglada. Porque a más de ser los reyes electivos y hacerse la elección por todo el pueblo, pertenecía también al pueblo junto, confirmar las leyes y resolver la paz o la guerra. Había asimismo casos particulares en que los reyes diferían al pueblo el juicio supremo. Testigo Tulio Hostilio, que no osando condenar ni absolver a Horacio, colmado de honor por haber vencido a los curiacios, y juntamente de ignominia por haber muerto a su hermana, le hizo juzgar por el pueblo. Así los reyes no tenían propiamente sino el mando de los ejércitos y la autoridad de convocar las juntas legítimas, proponer en ellas los negocios, mantener las leyes y ejecutar los decretos públicos.

Cuando Servio Tulio formó el designio que V. A. ha visto de reducir a Roma a república, ¿cuanto aumentaría en un pueblo ya tan libre el amor de la libertad? Y de allí podrá juzgar V. A. cuan celosos de ella serían los romanos, cuando enteramente la gozaron en tiempo de sus cónsules.

Horror causa aun el ver en las historias la triste firmeza del cónsul Bruto, cuando a su vista hizo morir sus dos hijos, que habían dejádose arrastrar a las ocultas pláticas que tenían en Roma los Tarquinos para restablecer en ella su dominación. ¡Qué afirmado quedaría en el amor de la libertad un pueblo que veía a aquel cónsul severo sacrificar a la libertad a su propia familia! No hay, pues, que admirarse, despreciasen en Roma los esfuerzos de los pueblos vecinos, que intentaron el restablecimiento de los Tarquinos desterrados. En vano el rey Porsena los admitió bajo de su protección. Casi muertos de hambre los romanos, le hicieron conocer por su firmeza, que a lo menos querían morir libres. Mas firme estuvo aun el pueblo que el senado; y toda Roma hizo decir a aquel rey poderoso, que acababa de reducirla al extremo, que cesase de interceder por los Tarquinos; porque resuelta a arriesgarlo todo por su libertad, antes recibiría a sus enemigos que a

sus tiranos. Atónito Porsena de la firmeza de aquel pueblo, y del arrojo más que humano de algunos particulares, resolvió dejar a los romanos gozar en paz de una libertad que tan bien sabían defender.

Erales, pues, la libertad un tesoro que preferían a todas las riquezas del universo. Así V. A. ha visto en sus principios, y aun bien adelante en sus progresos, que no era para ellos trabajo la pobreza; antes bien la miraban como un medio de conservar su libertad más entera; no habiendo cosa más libre ni más independiente que un hombre que sabe vivir de poco, y que sin esperar nada de la protección o liberalidad ajena, sólo funda su propia subsistencia en su trabajo y su industria.

Esto es lo que hacían los romanos. Alimentar ganado, cultivar la tierra, escasearse cada uno a sí mismo cuanto podía, vivir con economía y del trabajo: esta era su vida; de esto mantenían su familia y la acostumbraban a semejantes ejercicios.

Razón bien fundada tiene Tito Livio en decir que no hubo jamás pueblo en que la frugalidad, en que la economía y en que la pobreza hayan sido más largo tiempo estimadas. Los senadores más ilustres, atendido solo el exterior, se diferenciaban poco de los labradores, y no se adornaban del esplendor ni de la majestad, sino en público y en el senado. En cuanto a lo demás, hallábanles ocupados en la labranza y en otros cuidados de la vida rústica, cuando iban a buscarles para mandar los ejércitos. Frecuentes son estos ejemplos en la historia romana. Curio y Fabricio, aquellos grandes capitanes que vencieron a Pirro, un rey tan rico, no tenían sino vajilla de barro; y habiendo los samnitas ofrecídosela de oro y de plata a Curio, les respondió, que su gasto no consistía en tenerla sino en mandar a quien la tenía. Después de haber triunfado y enriquecido a la república con los despojos de sos enemigos, no dejaban con que enterrarse. Aun duraba esta moderación pendientes las guerras púnicas. En la primera se ve a Régulo, general de los ejércitos romanos, pedir licencia ai senado para ir a cultivar su quinta, abandonada durante su ausencia. Después de la ruina de Cartago se ven también grandes ejemplos de la primera sinceridad. Emilio Paulo, que aumentó el erario público con el rico tesoro de los reyes de Macedonia, vivía según las reglas de la antigua frugalidad y murió pobre. Mummio, arruinando a Corinto, quiso que solo cediesen en provecho del público los tesoros de aquella ciudad opulenta y viciosa: así eran despreciadas las riquezas; así la moderación y sinceridad de los generales eran la admiración de los pueblos.

No obstante este grande amor a la pobreza, nada excusaban como sirviese para la grandeza y hermosura de la ciudad. Desde sus principios fueron tales las obras públicas, que Roma no se sonrojó de ellas aun después que se vio señora del mundo. El Capitolio, fabricado por Tarquino el Soberbio; y el templo que levantó a Júpiter en aquella fortaleza, eran desde entonces dignos de la majestad del mayor de sus dioses y de la gloria futura del pueblo romano. Todo lo demás era correspondiente a esta grandeza. Los principales templos, los mercados, los baños, las plazas públicas, los caminos reales, los acueductos, aun las mismas cloacas y los albañales de la ciudad, tenían una magnificencia que parecería increíble, si no se hallase testificada por todos los historiadores y confirmada por los residuos que todavía vemos. ¿Qué diré de la pompa, de los triunfos, de las ceremonias de la religión, de los juegos y de los espectáculos que se daban al pueblo? En una palabra, todo lo que servia al público y todo lo que podía dar al pueblo una grande idea de su patria común, se hacía con toda la profusión que permitía el tiempo. El ahorro reinaba solo en las casas particulares. El que aumentaba sus rentas y hacía con su industria y trabajo más fértiles sus tierras, que era el mejor ecónomo y el más escaso consigo mismo, se estimaba el más libre, el más poderoso y el más feliz.

A semejante vida no hay cosa más opuesta que la delicadeza; y en ellos todo se encaminaba al extremo contrario, que es la austeridad. Así las costumbres romanas naturalmente tenían algo, no sólo de áspero y rígido, sino de silvestre y feroz. Pero no hubo cosa que no hiciesen para reducirle a buenas leyes; y el pueblo más celoso que jamás había visto el universo, se halló al mismo tiempo el más sumiso a sus magistrados y a la potestad legítima.

No podía dejar de ser maravillosa la milicia de semejante pueblo; pues se hallaba en ella con

ánimos firmes y cuerpos vigorosos una tan pronta y exacta obediencia.

Duras eran las leyes de esta milicia, pero necesarias. La victoria era peligrosa y muchas veces mortal a los que contra las órdenes la ganaban. La vida iba, no solo en huir, en dejar las armas, en abandonar su puesto; sino aun en moverse, para decirlo así, y en menearse un poco sin orden del general. Quien echaba las armas a tierra a vista del enemigo; quien quería más dejarse prender que morir gloriosamente por su patria, era juzgado indigno de toda asistencia. De ordinario los prisioneros no eran ya contados entre los ciudadanos, sino dejados a los enemigos como miembros podridos de la república. V. A. ha visto en Cicerón y en Floro la historia de Régulo, que persuadió al senado, a costa de su propia vida, a abandonar los prisioneros a los cartaginenses. En la guerra de Aníbal y después de la batalla de Cannas esto es, en el tiempo que exhausta Roma por tantas pérdidas le faltaban soldados, quiso más el senado armar contra su costumbre ocho mil esclavos, que rescatar ocho mil romanos, que no le habrían sido más costosos que la nueva milicia que intentaba levantar. Así en el mayor abogo quedó más establecido que nunca, como ley inviolable, que un soldado romano debía, o vencer o morir.

Por esta máxima los ejércitos romanos, aunque deshechos y rotos, peleaban y se rehacían hasta el último extremo; y como observa Salustio, más gentes se hallan entre los romanos castigadas por haber peleado sin licencia, que por haber huido y dejado su puesto; de modo, que más necesitaba el esfuerzo romano de ser reprimido, que la cobardía de ser estimulada.

Juntaron al valor el entendimiento y la invención. A más de ser por si mismos ingeniosos y aplicados, sabían aprovecharse admirablemente de todo lo que veían en otros pueblos, útil para los campamentos, para los órdenes de las batallas, y hasta para el género de las armas; en una palabra, para facilitar, tanto el acometimiento como la defensa. En el mismo Salustio y en los demás autores ha visto V. A lo que aprendieron los romanos de sus vecinos y de sus mismos enemigos. ¿Quién ignora que aprendieron de los cartaginenses la invención de las galeras, con las cuales después les derrotaron; y en fin, que sacaron de todas las naciones que conocieron con que superar a todas?

En efecto, es constante, por su propia confesión, que los galos les excedían en la fuerza del cuerpo y que no les cedían en el ánimo. Polibio nos nace ver, que en un reencuentro decisivo, los galos, aun sin la ventaja de ser más numerosos, mostraron mayor osadía que los romanos, por más determinados que estos fuesen; y vemos no obstante en este mismo reencuentro aquellos romanos inferiores en todo lo demás, triunfar de los galos; porque sabían elegir mejores armas, ordenarse con mayor concierto y aprovecharse más bien del tiempo en la refriega. Todo lo cual podrá V. A. reconocer algún día más exactamente en el citado Polibio; y V. A. mismo frecuentemente ha observado en los Comentarios de César, que mandados los romanos por este grande hombre, sujetaron a los galos, más por los ardides del arte militar que por su esfuerzo.

Los macedones, tan celosos de conservar el antiguo orden de su milicia, formada por Filipo y Alejandro, creían invencible su falange; y no podían persuadirse que fuese capaz el entendimiento humano de hallar cosa más firme. Con todo eso, Polibio mismo, y después de él Tito Livio , han demostrado, que considerando solamente la naturaleza de los ejércitos romanos y de los macedones, no podían estos dejar por último de ser vencidos; porque la falange macedona, que no era otra cosa que un grueso batallón cuadrado, muy doble por todas partes, no podía moverse sino de una vez, cuando el ejército romano, dividido en cuerpos pequeños, estaba más pronto y más dispuesto a todo género de movimientos.

Hallaron, pues, los romanos, o aprendieron bien presto el arte de dividir los ejércitos en muchos batallones y escuadrones, y de formar el cuerpo de reserva, cuyo movimiento es tan propio a ayudar en el avance, o a sostener en la defensa, lo que en cualquiera parte del ejército vacila. Haga V. A. marchar contra tropas así dispuestas la falange macedona: esta gruesa y grave máquina será en la verdad terrible a un ejército sobre quien caiga de todo su peso; pero como dice Polibio, no puede conservar largo tiempo su natural propiedad, esto es, su solidez y consistencia; porque

necesita de lugares propios, y para decirlo así, hechos expresamente; y no teniéndolos, ella misma se embaraza, o más presto se rompe por su propio movimiento; fuera de que, estando una vez deshecha, no tendrá forma de reunirse. Pero el ejército romano, dividido en pequeños escuadrones, se sirve de todos los lugares y se acomoda en ellos: se une y se separa como se quiere: desfila fácilmente y sin dificultad vuelve a juntarse: es propio para los destacamentos, para las reuniones, para todo género de conversiones y devoluciones, que hace o todo entero, o en parte, según conviene; en fia, tiene más diversidad de movimientos, y por consiguiente más acción y más fuerza que la falange. Concluya pues, V. A. con Polibio, que era preciso que la falange le cediese y que la Macedonia fuese vencida.

Con gusto, serenísimo señor, hablo con V. A. de estas cosas, de que está tan bien instruido por excelentes maestros; y que ve V. A. practicadas bajo las órdenes de Luis el Grande, de un modo tan admirable, que no sé si la milicia romana ha tenido jamás casa tan buena. Pero sin querer que venga aquí a las manos con la milicia francesa, yo me contento con que haya V. A. visto que la milicia romana, mírese su ciencia de tomar sus ventajas, o quiérase considerar su extrema severidad en hacer observar todas las órdenes de la guerra excedió en mucho a todo lo que se había visto en los siglos precedentes.

Después de la Macedonia no hay que hablar a V. A. más de la Grecia; porque teniendo allí, como V. A. ha visto, la superioridad, ella sola le enseña a formar juicio de lo restante. Atenas nada más produjo ya después de los tiempos de Alejandro. Los etolios, que se señalaron en diversas guerras, más eran indóciles que libres, y más brutales que valientes. Lacedemonia había hecho su último esfuerzo errando a Cleomenes; y la liga de los aqueos, produciendo a Filopsmeno. No peleó Roma con estos dos grandes capitanes; pero el último, que vivía en tiempo de Aníbal y Escipión, al ver operar a los romanos en la Macedon, juzgó bien que estaba para espirar la libertad de Grecia; y que no le quedaba más recurso que retardar el punto de su caída. Así los pueblos más belicosos cedían a los romanos. Triunfaron los romanos del esfuerzo en los galos, del esfuerzo y del arte en los griegos; y de todo esto, sostenido de la conducta más refinada, triunfando de Aníbal: de modo, que jamás tuvo igual la gloría de su milicia.

Así nada hubo en todo su gobierno de que tanto se gloriasen, come de su disciplina militar, considerándola siempre por fundamento de su imperio: y es cierto que fue la primera cosa que se descubrió en su estado, y la última que en él se perdió: tan unida estaba a la constitución de su república.

Una de las mejores calidades de la milicia romana, era que el valor falso, ni era estimado ni aplaudido. Las máximas del falso honor, que a tanta gente han hecho entre nosotros perecer, ni aun conocidas eran en una nación tan codiciosa de honrosa gloria. Se observa de Escipión y de César, los dos primeros hombres de guerra y los más valerosos que hubo entre los romanos, que jamás se expusieron sin precaución y sin que lo pidiese una gran necesidad. No se esperaba cosa buena de un general que no sabia conocer el cuidado que debía tener de su persona, y no reservaba para el verdadero servicio las acciones de un extraordinario arrojo. No querían los romanos batallas arriesgadas sin necesidad, ni victorias que costasen mucha sangre; de suerte, que no había cosa más atrevida ni juntamente más detenida que los ejércitos romanos.

Pero como no basta saber perfectamente el arte de la guerra, si prudentemente no se examina la ocasión oportuna de intentarla y no se tiene antes bien ordenado el interior del estado, es también necesario hacer observar a V. A. la profunda política del senado romano. Si se le considera en el buen tiempo de la república, no hubo jamás junta alguna en que los negocios fuesen tratados, ni con más madurez, ni con más secreto, ni con más larga previsión, ni en mayor concurso y con mayor celo del bien público.

No se ha desdeñado el Espíritu Santo de notar esto en el libro de los Macabeos; ni de alabar la alta prudencia y los consejos vigorosos de aquel sabio congreso, en que ninguna persona se atribuía

más autoridad que la que le daba la razón; y cuyos miembros todos conspiraban a la utilidad pública sin parcialidad y sin envidia.

Por lo que mira al secreto, nos propone Tito Livio un raro ejemplo. Entretanto que se meditaba la guerra contra Perseo, fue a Roma Eumenes, rey de Pérgamo, a coligarse para ella con el senado. Hizo sus proposiciones en plena asamblea, y el negocio fue resuelto por los votos de una junta compuesta de trescientos hombres. ¿Quién creería que se hubiese guardado el secreto, y que nada se hubiese sabido de la deliberación hasta cuatro años después de acabada la guerra? Pero lo más asombroso que hay, es, que Perseo tenía en Roma sus embajadores para observar a Eumenes. Todas las ciudades de Grecia y Asia, que temían ser envueltas en aquella contienda, habían enviado los suyos; y todos juntamente procuraban descubrir un negocio de tan gran consecuencia. En medio de tan hábiles agentes estuvo el senado impenetrable. Para hacer guardar el secreto, jamás se necesitó de castigo ni de prohibir el comercio con los extranjeros bajo penas rigurosas. Por sí mismo se recomendaba el secreto y por su propia importancia.

Cosa es que pasma en la conducta de Roma, observar en ella al pueblo mirar casi siempre con celos al senado, y no obstante, diferir a él enteramente en las grandes ocurrencias y principalmente en los grandes peligros. Veíase entonces a todo el pueblo volver los ojos a aquella sabia junta, y esperar sus resoluciones como otros tantos oráculos.

Una larga experiencia había enseñado a los romanos, que de allí habían salido todos los sabios consejos que habían salvado el estado. En el senado era donde se guardaban las antiguas máximas, y el espíritu, para decirlo así, de la nación. Allí era donde se formaban los designios que se veían sostenerse por su propia continuación; y lo mayor que había en el senado, es, que jamás se tomaban en él resoluciones más vigorosas que en los mayores extremos.

Así sucedió en el más funesto estado de la república, cuando débil aun y recién nacida, se vio por dentro dividida por los tribunos y por fuera juntamente apretada por los volseos, que Coriolano irritado conducía contra su patria. Estos pueblos siempre derrotados por los romanos; esperaban vengarse teniendo a su frente al mayor hombre de Roma, el más inteligente de la guerra, el más liberal, el más contrario a la injusticia; pero el más rígido, el más inexorable y el más irritado. Querían ellos hacerse por fuerza ciudadanos; y después de grandes conquistas, dueños de la campaña y del país, amenazaban arruinarlo todo si no se les concedía su demanda. No tenía Roma ejército ni cabos; y no obstante, en este calamitoso estado y cuando todo debía atemorizarla, se vio salir de improviso aquel atrevido decreto del senado: que antes se perecería que ceder al enemigo armado; y que se le acordarían condiciones justas después que hubiese retirado sus armas.

La madre de Coriolano, que fue enviada a aplacarle, le decía entre otras razones: ¿No conoces tú a los romanos? ¿No sabes, hijo mío, que nada conseguirás sino con los ruegos, y que ninguna cosa, ni grande ni pequeña obtendrás por fuerza? Dejóse vencer el severo Coriolano: costóle la vida, y los volseos eligieron otros generales; pero el senado persistió firme en sus máximas; y el decreto que expidió de no conceder por fuerza cosa alguna, pasó por una ley fundamental de la política romana, de que ni un solo ejemplo hay, ni de que los romanos se hayan desviado en todos los tiempos de la república. En sus más calamitosos estados, ni aun oídos dieron nunca a los consejos débiles: siempre eran más tratables victoriosos que vencidos: tanto sabia el senado mantener las antiguas máximas de la república; y tanto sabía confirmar en ellas a los demás ciudadanos.

De este mismo espíritu salieron las resoluciones tratas veces tomadas en el senado, de vencer a los enemigos con la fuerza abierta, sin valerse de astadas o artificios, ni aun de los permitidos en ia guerra. Esto hacia el senado, no por un vano pundonor ni por ignorar las leyes de la guerra, siso solo porque nada Juzgaba más eficaz para abatir a un enemigo orgulloso, que el quitarle toda la opinión que podía haber concebido de sus fuerzas; a fin de que, vencido hasta en el corazón, no viese más salud ni esperanza que en la clemencia del vencedor.

Así pues se estableció por toda la tierra la alta opinión de las armas romanas. La creencia

difundida y como derramada por todas partes de que nada les resistía, hacía caer las armas de las manos a sus enemigos y daba un invencible socorro a sus aliados. V. A. ve lo que hace en Europa una semejante opinión de las armas francesas; y pasmado el mundo de las empresas del rey, confiesa que nadie es capaz sino él solo de poner límites a sus conquistas.

La conducta del senado romano tan fuerte contra sus enemigos, no era menos admirable en el gobierno interior. Aquellos sabios senadores tenían una justa atención alguna vez al pueblo, como cuando en una extrema necesidad, no solo se tasaban a sí mismos en más que a los otros, lo cual hacían de ordinario, sí que también exoneraban al pueblo inferior de todas las imposiciones, diciendo: Que los pobres pagaban a la república un tributo bastantemente grande, alimentando a sus hijos.

Mostró el senado por esta ordenanza, que sabía bien en qué consistían las verdaderas riquezas de un estado; y este prudente dictamen junto con las demostraciones de un paternal cariño, hizo tanta impresión en el ánimo de los pueblos, que se hicieron capaces de tolerar las mayores calamidades por la salud de su amada patria.

Pero cuando el pueblo romano merecía ser vituperado, lo ejecutaba también el senado con una gravedad y un vigor digno de aquel sabio congreso, como sucedió en la contienda entre los de Ardea y de Aricia. Es memorable esta historia, y merece ser referida a V. A. Estaban en guerra estos dos pueblos por algunas tierras que cada uno de ellos pretendía. Cansados en fin de ella, convinieron en sujetarse al juicio del pueblo romano, cuya equidad era reverenciada de todos sus vecinos. Juntáronse los tribunos; y habiendo el pueblo conocido en el examen que hizo, que aquellas tierras pretendidas por otros le pertenecían de derecho, se las adjudicó a sí. El senado, aunque convencido de que había el pueblo sustancialmente juzgado bien, no pudo sufrir que hubiesen los romanos desmentido su generosidad natural ni vilmente engañado la esperanza de sus vecinos, que habían sujetádose a su arbitrio. No hubo cosa que no hiciese aquella junta por impedir un juicio de tan pernicioso ejemplo, en que tomaban para sí los jueces las tierras contestadas por las partes. Después de dada la sentencia, los de Ardea, cuyo derecho parecía el más aparente, indignados de un juicio tan inicuo, estaban para vengarse con las armas. No tuvo el senado dificultad en declararles públicamente, que no le era menos sensible que a ellos la injuria que se les había hecho: que, a la verdad, él no podía anular un decreto del pueblo; pero que, si aun recibida aquella ofensa, querían fiarse de él en la reparación que justamente podían pretender, tendría el senado tal cuidado de su satisfacción, que no les quedaría motivo de lamentarse. Fiáronse los ardeates de esta palabra. Sucedióles un caso capaz de arruinar del todo su ciudad, y recibieron un tan pronto socorro de orden del senado, que se creyeron muy bien pagados de la tierra que se les había quitado, y no cuidaban más que de mostrarse agradecidos a tan fieles amigos. Mas no quedó contento el senado hasta que, haciendo volverles la tierra que el pueblo romano había adjudicádose, borró la memoria de tan infame juicio.

No intento referir aquí a V. A. cuantas acciones semejantes a esta hizo el senado: cuantos ciudadanos perjuros, que no querían cumplir su palabra, o que trampeaban sus juramentos, puso en poder de sus enemigos: cuantos malos consejos, que tuvieron feliz suceso, condenó. Solamente diré a V. A. que aquel augusto congreso nada influía al pueblo romano que no fuese grande; y daba en todas ocasiones una alta idea de sus consejos, persuadido de que la reputación sola cía el más firme apoyo y columna de los estados o reinos.

Bien puede creerse que en un pueblo tan sabiamente dirigido, las recompensas y los castigos estarían ordenados con grande consideración. A más de que el servicio y el celo por el bien del estado eran el medio más seguro para adelantarse en los cargos, las acciones militares tenían mil recompensas, que nada costaban al público y eran de infinito precio a los particulares; porque estaba en ellas fijada la honrosa gloria, tan amada de aquel pueblo belicoso. Una corona de oro muy delgada, y lo más frecuente una corona de hojas de encina o de laurel, o de alguna yerba aun más

vil, se hacía inestimable entre los soldados, que no conocían más honrosas señas que las de la virtud; ni más noble distinción que la que procedía de las acciones gloriosas.

El senado, cuya aprobación tenía veces de recompensa, sabía alabar y vituperar cuando convenía. Inmediatamente después del combate los cónsules y demás generales daban públicamente a los soldados y a los oficiales la alabanza o el vituperio que merecían; y ellos mismos esperaban suspensos el juicio del senado, que juzgaba de la sabiduría de los consejos, sin dejarse deslumbrar de la felicidad de las acciones.

Gran preciosas las alabanzas, porque se daban con conocimiento; el vituperio picaba en lo vivo de los corazones generosos, y contenía en su obligación a los débiles o afeminados. Los castigos, que seguían a las malas acciones, tenían a los soldados en temor, al paso que las recompensas y la gloria bien distribuidas, les hacían superiores a si mismos.

Quien puede imprimir en el ánimo de los pueblos la gloria, la paciencia en los trabajos, la grandeza de la nación y el amor de la patria, puede también gloriarse de haber hallado la constitución de estado más propia a producir grandes hombres; y los grandes hombres son sin duda aquellos en quienes consiste la fuerza de un imperio. No deja la naturaleza de criar en todos los países espíritus y ánimos elevados; pero es necesario ayudarla a formarlos. Lo que les forma y los perfecciona son los sentimientos fuertes y las nobles impresiones, que se difunden en todos los ánimos y pasan del uno a el otro. ¿Qué es lo que hace a nuestra nobleza tan altiva en los combates y tan atrevida en las empresas? Es la opinión recibida desde la infancia y establecida por dictamen unánime de la nación; pues un caballero sin valor se degrada él mismo y se hace ya indigno de ver la luz. Todos los romanos estaban criados con estos sentimientos, y el pueblo disputaba con la nobleza a quien obraría más por estas vigorosas máximas. Durante los buenos tiempos de Roma, era también la infancia ejercitada en los trabajos: no se oía hablar allí de otra cosa que de la grandeza del nombre romano. Era preciso ir a la guerra cuando la república lo ordenaba; y trabajar en ella incesantemente, acamparse en el invierno y en el verano, obedecer sin resistencia, morir o vencer. Los padres que no criaban a sus hijos con estas máximas, y como debían para hacerles capaces de servir al estado, eran llamados a juicio por los magistrados y juzgados reos de un atentado contra el pueblo. Cuando se ha empezado a tomar este curso, unos a otros se hacen grandes hombres; y si Roma ha tenido mayor número de ellos que cualquier otra ciudad que haya habido antes o después de ella, no ha sido por fortuna o casualidad, sí porque el estado romano, constituido del modo que hemos visto, era, para decirlo así, de tal temperamento, que debía ser el más fecundo en héroes.

Un estado que se siente formado así, se reconoce también al mismo tiempo con una fuerza incomparable, y jamás cree hallarse sin remedio. Así vemos que los romanos nunca desesperaron de sus cosas; ni cuando Porsenna, rey de Etruria, les mataba de hambre dentro de sus murallas; ni cuando los galos, después de haber abrasado su ciudad, inundaban todo su país y les tenían cerrados en el Capitolio; ni cuando Pirro, rey de los epirotas, no menos industrioso que atrevido, les atemorizaba con sus elefantes y deshacía todos sus ejércitos; ni cuando Aníbal, ya tantas veces vencedor, les mató aun más de cincuenta mil hombres de su mejor milicia en la memorable batalla de Cannas.

Entonces el cónsul Terencio Varrón, que acababa de perder por culpa suya una tan gran batalla, fue recibido en Roma como si hubiese quedado victorioso, solo porque en tan grande infortunio no había desesperado de las cosas de la república. Diole el senado públicamente las gracias, y se resolvió desde entonces, según sus antiguas máximas, Do dar absolutamente oídos en aquel triste estado a proposición alguna de paz. Quedó el enemigo pasmado, recobro el ánimo el pueblo, y creyó tener algunos remedios, que conocería el senado con su prudencia y madurez tan acreditada.

En efecto, la constancia de aquella sabia junta en medio de tantas desgracias, que llegaban una sobre otra, no procedía de una resolución obstinada de no ceder jamás a la adversa fortuna, sí solo

de un profundo conocimiento de las fuerzas romanas y de las enemigas. Sabía Roma por su censo, esto es, por la descripción de sus ciudadanos, siempre exacta desde Servio Tulio, sabía, digo, cuántos ciudadanos tenía capaces de tomar armas, y lo que podía esperar de la juventud que cada día se criaba. Así conservaba sus fuerzas contra un enemigo que iba desde la costa de África, a quien solo el tiempo debía destruir en un país extranjero adonde llegaban tan tardos los socorros, y a quien sus mismas victorias, que tanta sangre le costaban, eran fatales. Por eso, sucedida cualquiera pérdida, el senado, siempre noticioso de los buenos soldados que le quedaban, no debía hacer más que acomodarse al tiempo y no rendirse jamás a las desgracias. Cuando por la derrota de Cannas y por las alteraciones que se siguieron, vio las fuerzas de la república de tal suerte disminuidas, que apenas habría podido defenderse si el enemigo hubiese apretado, se sostuvo con su esfuerzo; y sin turbarse de sus pérdidas, se puso a observar los movimientos del vencedor. Luego que advirtió que Aníbal en vez de seguir su victoria, no pensaba durante algún tiempo sino en regocijarse de ella, volvió a asegurarse, el senado; y conoció bien, que un enemigo capaz de no aprovecharse de su próspera fortuna y de dejarse deslumbrar de sus grandes sucesos, no había nacido para vencer a los romanos. Desde entonces hizo Roma todos los días mayores progresos; y Aníbal, aunque tan hábil, aunque tan esforzado y aunque tan victorioso, no pudo ya resistirla.

Fácil es juzgar por este solo acaecimiento quién debía por último prevalecer. Aníbal desvanecido de sus grandes y felices sucesos, creyó muy fácil tomar a Roma, y relajó sus fuerzas. Roma, en medio de sus desgracias, no perdió el valor ni la confianza, e intentó mayores cosas que nunca. Después de la insinuada derrota de Cannas fue cuando sitió a Siracusa y Capua: la una infiel a los tratados y la otra rebelde. No pudo Siracusa defenderse, ni con sus fortificaciones ni con las invenciones de Arquímedes. El ejército victorioso de Aníbal fue sin fruto al socorro de Capua; demás de que hicieron los romanos levantar a este capitán el sitio de Nola. Poco después los cartaginenses deshicieron y mataron en España a los dos Escipiones. No sucedió en toda aquella guerra cosa más sensible ni más funesta a los romanos. Obligóles esta pérdida a hacer los mayores esfuerzos: el joven Escipión, hijo de tino de aquellos generales, no contento con haber restablecido en España las cosas de Roma, llevó la guerra a los cartaginenses dentro de su propia ciudad y dio el último golpe a su imperio.

No permitía el estado de aquella ciudad que hallase en ella Escipión la misma resistencia que Aníbal encontraba de ta parte de Roma; y V. A. quedará de esto bien persuadido, por poco que considere la constitución de aquellas dos ciudades.

Roma estaba en su fuerza: Cartago, que había comenzado a declinar, sosteníase únicamente por Aníbal. Roma tenía unido su senado; y era puntualmente en aquellos tiempos cuando se halló en él aquel acorde y armonioso concierto tan alabado en el libro de los Macabeos. El senado de Cartago estaba dividido por antiguas facciones irreconciliables; y la ruina de Aníbal habría sido la alegría de la principal parte de los grandes señores. Roma, pobre aun y dada a la agricultura, criaba una milicia admirable que solo respiraba gloriosa honra, y no cuidaba sino de engrandecer el nombre romano. Cartago, enriquecida por su tráfico, veía a todos sus ciudadanos asidos a sus riquezas y nada ejercitados en la guerra. Cuando los ejércitos romanos estaban casi todos compuestos de ciudadanos; Cartago al contrario, tenía por máxima no servirse sino de tropas extranjeras, de ordinario tan para temidas de los que las pagan como de aquellos contra quienes se emplean.

Estos defectos en parte provenían de la primera institución de la república de Cartago, y en parte se habían introducido con ei tiempo. Cartago amó siempre las riquezas; y Aristóteles la acusa de estar tan asida a ellas, que daba lugar a sus ciudadanos para preferirlas a la virtud. Por eso una república toda hecha para la guerra, como lo observa el mismo Aristóteles, al fin se descuidó en ejercitaría. No la reprende este filósofo de servirse solamente de tropas extranjeras; y así es creíble que no cayese en este error hasta mucho tiempo después. Pero las riquezas conducen naturalmente a esto a una república mercantil, donde todos quieren gozar de sus bienes y creen hallarlo todo en su

dinero, en lo cual sin duda se engañan. Creíase Cartago fuerte, porque tenía muchos soldados; y no había podido aprender de tantas alteraciones que había visto suceder en los últimos tiempos, que no hay cosa más infeliz que un estado que únicamente se sostiene por los extranjeros, en quienes ni se halla celo, seguridad, ni obediencia exacta.

Verdad es que el gran genio e ingenio de Aníbal parecía haber remediado los defectos de su república. Mirase como un prodigio que en un país extranjero, y por el curso de diez y seis años enteros, no hubiese jamás visto, no digo sedición, pero ni aun murmuración en un ejército todo compuesto de pueblos diversos, que sin entenderse entre sí, concordaban tan bien en entender las órdenes de su general. Pero no podía la habilidad de Aníbal sostener a Cartago, cuando atacada dentro de sus moradas por un general como Escipión, se halló sin fuerzas. Fue preciso llamar a Aníbal, a quien ya no quedaban sino unas tropas debilitadas, más por sus propias victorias que por las de los romanos, y que acabaron de arruinarse con tan largo viaje. Así, Aníbal fue derrotado; y Cartago, antes señora de toda el África, del mar Mediterráneo y de todo el comercio del universo, forzada a sujetarse al yugo que Escipión le puso.

Véase ahí el fruto glorioso de la paciencia romana. Unos pueblos que se enardecían y fortificaban con sus desgracias, razón tenían de creer que todo se salvaría, como no se perdiese la esperanza; y Polibio concluyó muy bien, que al fin Cartago había de obedecer a Roma por sola la diversa naturaleza de las dos repúblicas.

Que si los romanos hubiesen solamente servídose de aquellas grandes calidades políticas y militares para conservar en paz su estado, o para proteger a sus aliados oprimidos, como aparentemente manifestaban, no menos alabanzas se deberían a su equidad, que a su prudencia y su valor. Pero después que probaron de la dulzura de la victoria, quisieron que todo les cediese, y no menos pretendieron que poner primero a sus vecinos y después a todo el universo bajo de sus leyes.

Para llegar a este fin, supieron perfectamente conservar sus aliados, unirles entre si, sembrar discordia y envidiosos celos entre los enemigos, penetrar sus consejos, descubrir sus inteligencias y prevenir sus intentos.

No solamente observaban los movimientos de sus enemigos, sí también aun todos los progresos de sus vecinos; solícitos, sobre todo, de dividir o de contrapesar por alguna parte las potencias que se hacían muy formidables, o que ponían grandes impedimentos a sus conquistas.

Así los griegos se persuadían sin razón en tiempo de Polibio, que más se engrandecía Roma por fortuna que por conducta. Estaban muy apasionados por su nación y eran muy celosos de los pueblos que veían elevarse sobre ellos, o quizá, que viendo desde lejos adelantarse tan velozmente el imperio romano, sin penetrar los consejos que hacían mover a aquel gran cuerpo, atribuyesen a la suerte, según la costumbre de los hombres, los efectos cu y as causas ignoraban. Pero Polibio, a quien su estrecha familiaridad con los romanos había hecho penetrar el secreto de los negocios, y que tan de cerca observaba la política romana durante las guerras púnicas, tuvo más equidad que los demás griegos, y vio que las conquistas de Roma eran consecuencia de un designio bien formado. Porque él veía a los romanos en medio del Mediterráneo, extender por todas partes la vista, desde sus contornos hasta España y hasta la Siria; observar lo que allí pasaba; adelantarse regularmente y paso a paso; afirmarse antes de extenderse; no cargarse de muchos negocios; disimular algún tiempo y declararse oportunamente; esperar que Aníbal fuese vencido, para desarmar a Filipo. rey de Macedonia, que le había favorecido; después de haber empezado un negocio, no causarse ni contentarse hasta perfeccionarlo enteramente; no dejar a los macedones instante alguno para recobrarse; y después de haberles vencido, restituir por un decreto público a la Grecia, tan largo tiempo cautiva, la libertad en que ya no pensaba; esparcir de este modo, por una parte el terror y por otra la veneración a su nombre; lo cual es bastante para concluir que los grandes progresos de los romanos en la conquista del mundo, no eran efectos de la suerte, sino consecuencias de su exacta, acertada conducta.

Esto es lo que Polibio vio en el tiempo de los progresos de Roma. Dionisio Halicarnasio, que escribió después del establecimiento del imperio y del tiempo de Augusto, concluyó lo mismo, tomando desde su origen las antiguas instituciones de la república romana, tan propias por su naturaleza para formar un pueblo invencible y dominante. V. A. ha visto lo que hasta para ser del mismo sentir que estos sabios historiadores; y para condenar a Plutarco, que muy apasionado siempre por sus griegos, atribuye a la fortuna sola la grandeza romana y a sola la virtud la de Alejandro.

Pero cuando más hacen ver estos historiadores el designio de Roma en sus conquistas, tanto más declaran su injusticia. Es inseparable este vicio del deseo de dominar, y así se halla justamente condenado por las reglas del Evangelio. Mas la filosofía sola basta a hacernos entender, que no se nos ha dado la fuerza para usurpar el bien ajeno, sí solo para conservar el propio. Cicerón lo reconoció; y las reglas que dio para hacer la guerra, son una manifiesta condenación de la conducta romana.

Es cierto que al principio de su república se mostraron bastantemente justos los romanos. Parecía que ellos mismos quisiesen moderar su genio guerrero, conteniéndolo dentro de los límites que la equidad prescribía. ¿Qué cosa hay más buena ni más santa, que el colegio de los Feciales, ya sea cierto que Numa fue su fundador, como dice Dionisio Halicarnasio, o que lo hubiese sido Anco Marcio, como quiere Tito Livio? Era establecido este consejo para juzgar si la guerra era justa: antes que el senado la propusiese, o que la resolviese el pueblo, este examen de equidad precedía siempre. Cuando la justicia de la guerra era reconocida, tomaba el senado sus medidas para emprenderla; pero primero enviaban a pedir al usurpador, con toda formalidad, lo que injustamente había quitado; y no llegaban al extremo del rigor hasta haber apurado todos los medios de la suavidad. ¡Santa institución entre cuantas haya habido, y que avergüenza a los cristianos de no haberse dejado reducir a la caridad, ni a la paz por un Dios venido al mundo a pacificarlo todo!

Pero ¿de qué sirven las mejores instituciones, cuando en fin degeneran en puras ceremonias? La dulzura de vencer y de dominar corrompió bien presto en los romanos lo que la equidad natural les había dado de rectitud. No fueron después las deliberaciones de los Feciales sino una inútil formalidad; y aunque ejercitasen con sus mayores enemigos acciones de equidad grande y aun de gran clemencia, no permitía la ambición a la justicia reinar en sus consejos.

Por lo demás, eran sus injusticias tanto más perniciosas, cuanto mejor sabían cubrirlas con el velo de la equidad; y ponían insensiblemente bajo de su yugo a los reyes y a las naciones, con el so color de ampararlas y defenderlas.

Añadamos también que eran crueles con quien les resistía: otra calidad muy natural en los conquistadores, que saben que el espanto hace más de la mitad de las conquistas. ¿Débese acaso dominar a este precio tan subido? ¿Y es tan dulce el mando que los hombres quieran comprarlo con acciones tan inhumanas? Los romanos, por difundir en todas partes el terror, afectaban dejar en las ciudades tomadas espectáculos terribles de crueldad, y parecer desapiadados al que esperaba la fuerza aun sin reservar a los reyes, a quienes hacían inhumanamente morir, después de haberles llevado en triunfo, cargados de hierros y atados a los carros, como esclavos o como bestias.

Mas si eran injustos y crueles para conquistar, gobernaban con equidad a las naciones conquistadas. Procuraban hacer probar su gobierno a los pueblos sujetos, y creían que era este el mejor modo de asegurar sus conquistas. El senado tenía refrenados a los gobernadores y hacia justicia a los pueblos. Era mirada esta junta como el asilo de los oprimidos: así los cohechos y las violencias no fueron conocidas entre los romanos sino en los últimos tiempos de la república, y la moderación de sus magistrados era la admiración de todo el mundo.

No eran, pues, estas calidades de aquellos conquistadores brutales y avaros, que no respiran otra cosa que pillaje, o que establecen su dominación sobre la ruina de las provincias vencidas. Mejoraban los romanos a todos los que ya tenían vencidos y por suyos, haciendo florecer entre ellos

la justicia, la agricultura, el comercio, aun las artes y las ciencias, después que las habían una vez probado y tomado el gusto de ellas.

Esto es lo que les dio, así el más florido y mejor establecido imperio, como el más extendido que jamás hubo. Desde el Eufrates y el Tanais hasta las columnas de Hércules y el mar Atlántico, todas las tierras y los mares les obedecían Desde el medio y como desde el centro del mar Mediterráneo abrazaban toda su extensión, penetrando a lo largo y a lo ancho todos los estados de su circunferencia, y teniéndole entre ellos para lograr la comunicación de su imperio Aun causa espanto el considerar que las naciones que forman al presente reinos tan formidables, todas las Galias, todas las Españas, la Gran Bretaña casi toda entera, el Ilírico hasta el Danubio, la Germania hasta el Albis, el África hasta los desiertos espantosos e impenetrables, la Grecia, la Tracia, la Siria, el Egipto, todos los reinos del Asia Menor, y los que están comprendidos entre el Ponto Euxino y el mar Caspio, y otros que puede ser yo olvide, o no sea necesario que refiera, no hayan sido durante tantos siglos sino provincias romanas. Todos los pueblos de nuestro mundo, hasta los más bárbaros, respetaron su poder; y los romanos establecieron casi por todo él con su imperio, las leyes y la policía.

Especie es de prodigio que en un imperio tan vasto, que abrazaba tantas naciones y reinos, estuviesen los pueblos tan obedientes y fuesen tan raras las rebeliones de ellos. A todo había proveído la política romana por varios medios que quiero referir a V. A. en pocas palabras.

Las colonias romanas, establecidas por todas partes en el imperio. hacían dos efectos maravillosos: el uno, aliviar a la ciudad de un gran número de ciudadanos, la mayor parte pobres; el otro, guardar los puestos principales, y acostumbrar, poco a poco, a los pueblos extranjeros a las costumbres romanas.

Aquellas colonias que llevaban consigo sus privilegios, permanecían siempre unidas al cuerpo de la república y poblaban todo el imperio de romanos.

Pero a más de las colonias, un gran número de ciudades obtenía para sus ciudadanos el derecho de ciudadanos romanos; y unidas por su interés al pueblo dominante, tenían atentas a su obligación las ciudades vecinas.

Sucedió finalmente, que todos los vasallos del pueblo romano se creyeron romanos. Comunicáronse poco a poco los honores del pueblo victorioso a los pueblos vencidos: fueles abierto el senado y podían aspirar hasta el imperio. Así por la clemencia romana todas las naciones no eran ya sino una sola nación, y Roma era mirada como la patria común. ¡Qué facilidad no traería a la navegación y al comercio aquella maravillosa unión de todos los pueblos del mundo bajo un mismo imperio! Todo lo abrazaba la sociedad romana; y fuera de ciertas fronteras, inquietadas alguna vez de los vecinos, gozaba de una paz profunda el resto del universo. Ni la Grecia, ni el Asia Menor, ni la Siria, ni el Egipto, ni en fin la mayor parte de las demás provincias, han estado jamás sin guerra sino bajo del imperio romano; y es fácil comprender cuanto serviría un comercio tan agradable en las naciones, a mantener en todo el cuerpo del imperio la concordia y la obediencia.

Las legiones distribuidas para la guardia de las fronteras, defendiéndole por de fuera, le afirmaban por dentro. No solían los romanos tener ciudadelas en sus plazas, ni fortificar sus fronteras, ni veo que se aplicasen mucho a este cuidado, hasta Valentiniano. Poníase antes toda la fuerza y seguridad del imperio en las tropas, de tal manera distribuidas, que se daban la mano las unas a las otras. En cuanto a lo demás, como el orden era que siempre campeasen, no eran incómodas a los lugares; y la disciplina no permitía a los soldados derramarse por la campaña. De este modo, los ejércitos romanos no turbaban el comercio ni la labranza. Hacían en su campo una especie de ciudades que no se diferenciaban de las otras, sí solo en ser continuos los trabajos, la disciplina más severa y el mando más firme. Estaban siempre prontas al menor movimiento; y bastaba para contener a los pueblos en su obligación, mostrarles solamente en su vecindad aquella milicia invencible.

Pero nada mantenía tanto la paz del imperio como el orden de la justicia. Habíale establecido la antigua república: los emperadores y los sabios lo explicaron sobre los mismos fundamentos: todos los pueblos, basta los más bárbaros, lo miraban con admiración; y a él debieron principalmente los romanos la opinión de ser dignos del dominio del mundo. Y si las leyes romanas han parecido tan santas que aun dura su antigua majestad a pesar de la ruina de su imperio, es porque la razón, que es la maestra de la vida humana, reina en todas ellas, y que no puede hallarse mejor aplicación de los principios de la equidad natural.

No obstante esta grandeza del nombre romano, y sin embargo de la política profunda y demás admirables instituciones de aquella famosa república, llevaba ella en su seno la causa de su ruina en los celos perpetuos del pueblo contra el senado, o más propiamente, de los plebeyos contra los patricios. Había Rómulo establecido esta diferencia, siendo bien necesario que los reyes tuviesen personas distinguidas que uniesen a su persona con vínculos particulares y que gobernasen por su medio lo restante del pueblo. Por eso Rómulo eligió los padres, de que formó el cuerpo del senado. Llamábanles así por su dignidad y por su edad: de ellos descendieron las familias patricias. En cuanto a lo demás, por grande autoridad que hubiese Rómulo reservado al pueblo, había de muchos modos hecho a los plebeyos dependientes de los patricios; y esta subordinación necesaria a la majestad, había sido conservada, no solo en tiempo de los reyes, sí también en el de la república. De los patricios se elogian siempre los senadores. A los patricios pertenecían los empleos, los comandos, las dignidades, hasta la del sacerdocio; y los padres, que habían sido los autores de la libertad, no abandonaron jamás sus prerrogativas. Pero bien presto se introdujeron los celos envidiosos en los dos órdenes; y no necesito hablar aquí de los caballeros romanos, tercer orden entre los patricios y el pueblo ordinario, que tan presto abrazaba el uno como el otro partido. Entre estos dos órdenes, pues, se introdujeron los celos que en diversas ocasiones se despertaron; pero la causa profunda que los mantenía, era el amor de la libertad.

La máxima fundamental de la república era mirar a la libertad como a una cosa inseparable del nombre romano. Un pueblo criado en este espíritu, digamos más, un pueblo que se creía nacido para mandar a los demás pueblos, y a quien Virgilio por esta razón llama tan noblemente un pueblo rey, no quería recibir la ley sino de sí mismo.

Juzgábase necesaria la autoridad del senado para moderar los consejos públicos, que sin este temperamento hubieran sido tumultuarios. Pero realmente pertenecía al pueblo dar las órdenes, establecer las leyes, y decidir sobre la paz y la guerra. Un pueblo que gozaba de los derechos más esenciales de la majestad, participaba en algún modo del genio de los reyes. Quería ser aconsejado, pero no forzado por el senado. Todo lo que parecía muy imperioso, todo lo que descollaba sobre los demás, todo lo que violaba o parecía violar la igualdad que pide un estado libre, se hacia sospechoso a aquel pueblo delicado. El amor de la libertad, el de la gloria y de las conquistas hacia difíciles de manejar semejantes ánimos; y la misma audacia, a cuyo impulso lo intentaban todo fuera de su casa, no podía dejar de traerles la división dentro de ella.

Así Roma tan celosa de su libertad, vio que este mismo amor de la libertad, que era el fundamento de su estado, introducía la división entre los dos órdenes de que estaba compuesta. De allí nacieron los celos furiosos entre el senado y el pueblo, entre los patricios y los plebeyos: los unos alegando siempre que la libertad excesiva se destruye en fin ella misma; y los otros temiendo al contrario, que la autoridad, que por su naturaleza siempre crece, degenerase al fin en tiranía

Entre estos dos extremos, un pueblo, fuera de esto tan sabio, no supo hallar el medio. El interés particular, que arrastra los ánimos a que adelanten más de lo preciso aun lo que se ha empezado por beneficio público, no permitía que se mantuviesen en los consejos moderados. Los espíritus ambiciosos e inquietos excitaban los celos por prevalerse de ellos; y estos celos ya más encubiertos, y ya más declarados, según los tiempos, pero siempre vivos en lo íntimo de los corazones, causaron en fin aquella grande, asombrosa mutación, que sucedió en tiempo de César, y

de los demás que le siguieron.

CAPÍTULO VII.
Explícase la continuación de las notables mutaciones de Roma.

Fácil será a V. A. descubrir todas las causas de ellas, si después de haber comprendido bien el genio de los romanos y la constitución de su república, tuviere V. A. cuidado de observar cierto número de acaecimientos principales, que aunque sucedidos en tiempos entre sí muy distantes, tienen un enlace manifiesto. Véalos aquí V. A. todos juntos para mayor facilidad.

Rómulo, criado en la guerra y reputado por hijo de Marte, fabricó k Roma, y la pobló de gentes que allí se recocieron, pastores, esclavos y ladrones, que habían ido a buscar la franqueza y la libertad en el asilo que había abierto a cuantos llegasen: fueron también algunos más calificados y de mejores costumbres.

Crió a este pueblo feroz en la máxima de intentar y emprenderlo todo por la fuerza: por este violento medio tuvieron hasta las mujeres con quienes casaron.

Poco a poco estableció el orden y reprimió los espíritus con leyes muy santas. Empezó por la religión, mirándola como principal y sólido fundamento de los estados. Hízola tan seria, tan grave y tan modesta, cuanto lo permitían las tinieblas de la idolatría. Fueron prohibidas las religiones extranjeras y los sacrificios que no estuviesen establecidos por las costumbres romanas. Con el tiempo se dispensó de esta ley; pero la intención de Rómulo era que fuese observada, y siempre lo fue en algo.

Escogió entre todo el pueblo lo mejor que había para formar el consejo público, a que dio el nombre de senado. Compúsose de doscientos senadores, cuyo número fue después aumentado, y de allí salieron las familias nobles que se llamaban patricias: las demás se llamaba a plebeyas, esto es, el común del pueblo.

El senado debía examinar y proponer todos los negocios. Reglaba algunos supremamente con el rey; pero los más generales eran referidos al pueblo, que decidía sobre ellos.

Rómulo en una junta en que de repente sobrevino una gran tempestad, fue hecho pedazos por los senadores, por reconocerle sobradamente imperioso; y desde entonces empezó a descubrirse en este orden el deseo de la independencia.

Por aplacar al pueblo, que amaba a su príncipe, y dar una grande idea del fundador de la ciudad, publicaron los senadores que habían los dioses arrebatádole al cielo e hicieron erigirle altares.

Numa Pompilio, segundo rey, en una larga y profunda paz acabó de formar las costumbres y reglar la milicia sobre los mismos fundamentos que había Rómulo puesto.

Tulio Hostilio estableció con severos reglamentos la disciplina militar y los órdenes de la guerra, que su sucesor Anco Marcio acompaño de ceremonias sagradas, a fin de hacer la milicia santa y religiosa.

Después de él, Tarquino Prisco por adquirirse criaturas aumentó el número de senadores hasta el de trescientos, en el que permanecieron fijos por muchos siglos; y empezó las grandes obras que habían de servir a la comodidad publica.

Servio Tuiio proyectó el establecimiento de una república bajo el mando de dos magistrados anuales, que serían elegidos por el pueblo.

En odio de Tarquino, el soberbio, fue la dignidad real anulada con maldiciones horribles

contra los que intentasen restablecerla; y Bruto hizo jurar al pueblo que se mantendría eternamente en su libertad.

Sirviéronles de regla en esta mudanza las memorias de Servio Tulio. Los cónsules, elegidos por el pueblo entre los patricios, eran iguales a los reyes, excepto que eran dos, los cuales tenían un turno reglado para mandar; y todos los años se mudaban.

Colatino, nombrado cónsul con Bruto por haber sido juntamente con el autor de la libertad, como marido de Lucrecia, cuya muerte había causado la mudanza, e interesado más que todos en la venganza del ultraje que había recibido, se hizo sospechoso por ser de la familia real, y fue expelido.

Sustituido Valerio en su lugar, a la vuelta de una expedición en que había librado a su patria de los veyentos y etrurios, hizo entrar al pueblo en la sospecha de que afectase la tiranía por fabricar su casa en una eminencia; y no solo cesó en la obra, sí que hecho todo popular, aunque patricio, estableció la ley que permite apelar al pueblo, y le atribuye en ciertos casos el derecho de juzgar en último recurso. Por esta nueva ley el poder consular fue debilitado en su origen y el pueblo extendió sus derechos.

Con ocasión de las extorsiones que por cobrar de los pobres les hacían los ricos, sublevado el pueblo contra el poder de los cónsules y del senado, hizo aquella famosa retirada al monte Áventino. No se hablaba en aquellas juntas sino de libertad; ni se creía con ella el pueblo romano, no teniendo medios legítimos con que resistir al senado. Fue forzoso concederle magistrados particulares, llamados tribunos del pueblo, que pudiesen juntarle y socorrerle contra la autoridad de los cónsules, por oposición o por apelación.

Por adquirirse mayor autoridad, fomentaban estos magistrados la división entre los dos órdenes, y no cesaban de lisonjear al pueblo, proponiendo que las tierras de los países vencidos, o el precio que procediese de su venta, fuese repartido entre los ciudadanos. Oponíase siempre el senado constantemente a estas leyes arruinadoras del estado; y quería que fuese adjudicado al erario público el precio de las tierras. Dejábase el pueblo llevar de sus sediciosos magistrados, y sin embarco conservaba bastante equidad para admirar la virtud de aquellos grandes hombres que le resistían.

Contra estas disensiones domésticas no hallaba el senado mejor remedio que hacer naciesen continuas ocasiones de guerras forasteras, las cuales impedían que las divisiones llegasen al extremo, y reunían los órdenes en defensa de la patria. En tanto que las guerras son felices y se aumentan las conquistas, los celos se despiertan. Fatigados los dos partidos de tantas divisiones, que amenazaban ruina al estado, convienen en hacer leyes para dar reposo a unos y a otros, y establecer la igualdad que debía haber en una ciudad libre. Pretende cada uno de los órdenes tocarle el establecimiento de estas leyes.

Alimentados los celos de estas pretensiones, hacen que de común acuerdo vaya a Grecia una embajada para buscar las instituciones de las ciudades de aquel país, y principalmente las leyes de Solón, que eran las más populares. Establécense en consecuencia de esto las leyes de las XII tablas; y los decemviros, que las habían coordinado, fueron privados del poder de que abusaban.

Pero cuando todo daba señas de gran tranquilidad, y parecía que unas leyes tan santas establecerían para siempre el público reposo, vuelven a encenderse las disensiones con nuevas pretensiones del pueblo, que aspira a los honores y al consulado, reservado hasta entonces al primer orden.

Propónese la ley para admitirle. Pero antes que envilecer el consulado, consienten los padres en la creación de tres nuevos magistrados que tengan la autoridad de cónsules bajo el nombre de tribunos militares, a cuyo honor es admitido el pueblo. Contento este con establecer su derecho, usa moderadamente de su victoria y continua algún tiempo en dar el mando a solos los patricios.

Después de largas disputas, vuélvese a la pretensión del consulado, y poco a poco hácense comunes los honores entre los dos órdenes, aunque los patricios sean siempre más atendidos en las elecciones.

Las guerras continúan, y los romanos después de quinientos años sujetan a los galos cisalpinos, sus principales enemigos, y a toda la Italia. Empiezan entonces las guerras púnicas, y toman tal altura las cosas que cada uno de aquellos dos pueblos celosos cree no poder subsistir sin la ruina del otro. Próxima Roma a ceder, se sostiene principalmente por la constancia y sabiduría del senado. Triunfa finalmente la paciencia romana: queda Aníbal vencido y Cartago sujeta por Escipíon africano. Victoriosa Roma se extiende prodigiosamente en el curso de doscientos años, por mar y tierra, y reduce a todo el universo poniéndolo bajo de su potestad.

En aquellos tiempos, y después de la ruina de Cartago, los cargos, cuya dignidad no menos se aumentaba con el imperio que el provecho, fueron codiciados con furor. Los pretendientes ambiciosos no cuidaban sino de Lisonjear al pueblo; y la concordia de los órdenes, mantenida por la ocupación de las guerras púnicas, se turbó más que nunca. Pusiéronlo todo en confusión los Gracos y sus sediciosas proposiciones fueron el principio de todas las guerras civiles.

Empezóse entonces a llevar armas y a obrar con fuerza abierta en las juntas del pueblo romano, donde antes cada uno quería obtener por solos los medios legítimos y con la libertad de las opiniones. La sabia conducta del senado y las grandes guerras sobrevenidas moderaron las alteraciones.

Mario, plebeyo, grande hombre de guerra, con su elocuencia militar y con sus arengas sediciosas, en que no cesaba de impugnar a la altivez de la nobleza, despertó los celos del pueblo y se elevó por este medio a los mayores honores. Púsose a la frente del partido Sila, patricio, y se hizo objeto de lo celos de Mario. Las negociaciones y la corrupción lo pueden entonces todo en Roma, y se extingue el amor a la patria y el respeto a las leyes.

Para colmo de las desgracias, las guerras de Asia enseñan a los romanos el lujo y aumentan la avaricia. Empezaron los generales en este tiempo a ganarse los soldados, los cuales hasta entonces no habían mirado en ellos sino el carácter de la autoridad pública. Sila en la guerra contra Mitrídates dejaba enriquecer a los suyos con este fin. Mario por su parte proponía a sus parciales repartimientos de dinero y de tierras.

Dueños por este medio de sus tropas el uno con el pretexto de sostener al senado, y el otro con el nombre del pueblo, se hicieron una guerra furiosa hasta dentro del recinto de Roma. El partido de Mario y del pueblo fue enteramente abatido: Sila bajo el nombre de dictador se hizo soberano. Hizo estragos espantosos y trató rígidamente al pueblo, así con obras como con palabras, hasta en las juntas legítimas. Mas poderoso y mejor establecido que nunca, se redujo por si mismo a la vida particular; pero después de haber ya hecho ver que el pueblo romano podía sufrir señor.

Pompeyo, a quien había Sila elevado, sucedió en una gran parte de su poder, y para establecerse, ya lisonjeaba al pueblo, y ya al senado; pero su inclinación y su interés le fijaron en fío en el último partido. Vencedor de los piratas, de las Españas y de todo el Oriente, se hace el todopoderoso en la república y principalmente en el senado.

César, que por lo menos quiere ser su igual, se pone de parte del pueblo, e imitando en su consulado a los más sediciosos tribunos, propone con los repartimientos de tierras, las leyes más populares que pudo inventar. La conquista de las Galias levantó al más alto punto su gloria y su potestad.

Únense él y Pompeyo por interés, y desúnense por celos. Enciéndese la guerra civil. Cree Pompeyo que sólo su nombre lo sostendrá todo, y se descuida. César, activo y perspicaz, consigue la victoria y se hace dueño.

Hace varias pruebas por ver si los romanos podrían acostumbrarse ni nombre de rey; y no sirvieron sino de hacerle aborrecible. El senado, por aumentar el odio público, le decreta honores hasta entonces inauditos en Roma; de suerte, que le matan en pleno senado como a tirano.

Antonio, su hechura, que se halló cónsul al tiempo de su muerte, conmovió al pueblo contra los homicidas, y procuró aprovecharse de aquellos alborotos para usurpar la autoridad suprema. Lépido, que tenía también un gran comando bajo de César, solicitó mantenerle. En fin, el joven César en edad de diez y nueve años, emprendió vengar la muerte de su padre y buscó la ocasión de suceder en su poder. Supo servirse para sus intereses de los enemigos de su casa y aun de sus competidores. Entréganselе las tropas de su padre, movidas del nombre de César y de las prodigiosas liberalidades que les hizo. Nada puede ya el senado: todo se hace por la fuerza y por los soldados, que se dan a quien más les da.

En esta funesta coyuntura abatió e! triunvirato todo lo más animoso y opuesto a su partido que Roma criaba. César y Antonio derrotaron a Bruto y Casio; la libertad espiró con ellos. Los vencedores, después de haberse deshecho del débil Lépido, hicieron diversos acuerdos y repartimientos en que hallando siempre César, como más industrioso, el modo de tener la mejor parte, incluyó a Roma en sus intereses y adquirió la superioridad. Antonio intenta en vano volver a levantarse; y la batalla Acciaca sujeta a todo el imperio al poder de Augusto César Roma fatigada y exhausta por tantas guerras civiles, se ve precisada, para tener reposo, a renunciar su libertad.

Apropiándose la casa de los Césares, bajo el gran nombre de emperadores, el mando de los ejércitos, usa de un poder absoluto. Roma bajo de los Césares, más cuidadosa de conservarse que de extenderse, no hace casi más conquistas que para tener distantes los bárbaros, que intentaban entrar en el imperio.

Hallándose el senado a la muerte de Calígula en el punto de restablecer la libertad y el poder consular, se ve impedido por los militares, que quieren un jefe perpetuo y que este sea el señor

En los alborotos causados por las violencias de Nerón, cada ejército elige un emperador; y conocen los soldados que ellos son los dueños de dar el imperio. Llegan hasta venderle públicamente al mayor postor; y se acostumbran a sacudir el yugo. Juntamente con la obediencia se pierde ya la disciplina. Los buenos príncipes porfían inútilmente en conservarla; y su celo por mantener el orden antiguo de la milicia, solo sirve de exponerles al furor de los soldados

En las mudanzas de emperador, intentando cada ejército hacer el suyo, suceden guerras civiles y sangrientos estragos espantosos. Así el imperio se enerva por la relajación de la disciplina; y juntamente se desustancia por tantas guerras internas.

Entre tantos desórdenes se va disminuyendo el temor y la majestad del nombre romano. Los partos frecuentemente vencidos, se hacen formidables por la parte del Oriente, bajo el nombre antiguo de persas, que vuelven a tomar. Las naciones septentrionales, que habitaban tierras frías e incultas, atraídas de la hermosura y riqueza de las del imperio, tientan por todas partes la entrada.

No basta ya un hombre solo para sostener la pesadísima carga de un imperio tan vasto y tan fuertemente atacado.

La prodigiosa multitud de las guerras y el voluntarioso genio de los soldados, que apetecían ver su frente emperadores y Césares, obliga a multiplicarlos.

Mirado también el imperio como un bien hereditario, se multiplican naturalmente los emperadores, por la muchedumbre de los hijos de los príncipes.

Marco Aurelio eligió a su hermano por su compañero en el imperio. Severo hace emperadores a sus dos hijos. La urgencia de los negocios obliga a Diocleciano a partir el Oriente y Occidente entre él y Maximiano, agravado cada uno de ellos del demasiado peso, se alivia de él eligiendo dos cesares.

Con esta multitud de emperadores y Césares, se halla el estado oprimido de un gasto excesivo, el cuerpo del imperio está ya desunido, y las guerras civiles se multiplican.

Constantino, hijo del emperador Constancio Cloro, reparte el imperio, como si fuese un bien hereditario, entre sus hijos: sigue la posteridad estos malos ejemplos y casi nunca se ve ya un emperador solo.

La desidiosa flojedad de Honorio y de Valentiniano III, emperadores de Occidente, causa una total ruina. La Italia y Roma son diversas veces saqueadas, y se hacen despojo de los bárbaros. Todo el Occidente queda abandonado. Ocupan el África los vándalos: a España los visogodos: a la Galia los francos: a la Gran Bretaña los sajones: a Roma y también la Italia los hérulos, y después los ostrogodos. Enciérranse en el Oriente los emperadores romanos; y abandonan lo demás hasta Roma e Italia.

Vuelve el imperio a tomar alguna forma en tiempo de Justiniano por el valor de Belisario y de Narses. Roma tomada y recobrada frecuentemente, queda en fin por los emperadores. Los sarracenos hechos poderosos por la división de sus vecinos y por la negligencia de los emperadores, les quitan la mayor parte del Oriente, y de tal modo les atormentan por aquel lado, que no cuidan ya más de la Italia. Los lombardos ocupan las más bellas y ricas provincias de ella. Roma, reducida al extremo por sus continuas invasiones, y dejada sin defensa por sus emperadores, se ve precisada a echarse en los brazos de los franceses. Pepino, rey de Francia, pasa los montes y reduce a los lombardos. Carloagno después de haber extinguido su dominación, se hace coronar rey de Italia, donde sola su moderación conserva algunos pequeños residuos a los sucesores de los Césares; y en el año 800, elegido emperador por los romanos, funda el nuevo imperio.

Ahora, serenísimo señor, será fácil a V. A el perfecto conocimiento de las causas de la alta elevación y de la caída de Roma.

V. A. ve que aquel estado fundado sobre la guerra, y así naturalmente dispuesto a dominar a sus vecinos, puso a todo el universo bajo de su yugo, por haber levantado al más alto punto la política y el arle militar.

V. A. halla las causas de las divisiones o discordias de la república, y finalmente las de su caída, en los celos de sus ciudadanos y en el extremado amor de la libertad, adelantado hasta un exceso y una delicadeza insufrible.

Ya no tiene dificultad Y. A. en distinguir todos los tiempos de Roma, ya quiera considerarla en sí misma, ya la coteje con los otros pueblos; y V. A. ve las mutaciones que deben en cada tiempo ser consecuencia de la disposición de las cosas y de las causas.

En sí misma la ve V. A. al principio en un estado monárquico, establecido según sus leyes primitivas: más adelante, en el goce de su libertad; y en fin, sujeta otra vez al gobierno monárquico, pero por fuerza y por violencia.

Fácil es a V. A. concebir de qué modo se formó el estado popular en consecuencia de los principios que tenía desde los tiempos de los reyes; y no con menor evidencia halla V. A. como poco a poco se establecían en la libertad los fundamentos de la nueva monarquía.

Porque del mismo modo que ha visto V. A. el proyecto de la república, formado en la monarquía por Servilio Tulío, que dio como una primera prueba de la libertad al pueblo romano, así ha observado que la tiranía de Sila, aunque transeúnte y breve, hizo ver que Roma, a pesar de su fiereza, era tan capaz de sufrir el yugo como los pueblos a quienes lo tenía puesto.

Para conocer lo que obraron sucesivamente aquellos celos furiosos entre los órdenes, solamente debe V. A. distinguir los dos tiempos que le he señalado expresamente: el uno, en que el pueblo estaba contenido dentro de ciertos límites, por los peligros que por todas partes le cercaban; y el otro en que no teniendo que temer por de fuera, se abandonó sin reserva a su excesiva pasión

dominante.

El carácter esencial de cada uno de estos dos tiempos, es, que en el uno, el amor de la patria y de las leyes contenía los ánimos; y en el otro, todo se decidía por el interés y por la fuerza.

Seguíase también de eso, que en el primero de estos dos tiempos, los generales, que aspiraban a los honores por medios legítimos, tenían refrenados los soldados y afectos a la república; y al contrario, en el otro, en que todo lo hacia la violencia, solo cuidaban de contemporizarles para atraerles a sus designios, a pesar de la autoridad del senado.

En este último estado era ya en Roma inevitable la guerra; y como en ella nada pueden las leyes y cede todo a la fuerza, era preciso que el más fuerte quedase por señor, y por consiguiente que el imperio volviese al poder de uno solo.

Y se disponían de tal moda por sí mismas las cosas, digámoslo así, que Polibio, quien vivió en el tiempo más florido de la república, previó por sola su disposición, que el estado de Roma volvería por último a ser monárquico.

La razón de esta mudanza es, que la división entre los órdenes no podía cesar entre los romanos, sí solo por la autoridad de un señor absoluto, y era fuera de esto tan amada la libertad, que no podía esperarse que voluntariamente la abandonasen. Era, pues, necesario irla debilitando poco a poco con pretextos especiosos, y facilitar de este modo que pudiese ser arruinada con la fuerza abierta.

El engaño, según Aristóteles, había de empezar lisonjeando al pueblo, y ser naturalmente seguido de la violencia. Pero era preciso que de aquí se cayese en otro inconveniente por el poder de los soldados; mal inevitable en aquel estado. En efecto, habiendo aquella monarquía, que formaron los Césares, erigídose por las armas, debía forzosamente ser toda militar; y por eso se estableció bajo el nombre de emperador: título propio y natural del mando de los ejércitos.

De esto ha podido conocer V. A. que como la república tenía un defecto inevitable en los celos entre el pueblo y el senado, así la monarquía de los Césares tenía también el suyo en la extremada licencia de los soldados, que habían sido autores de su elevación.

Porque no era posible que la milicia, que había mudado el gobierno y establecido los emperadores, estuviese largo tiempo sin advertir que ella era en efecto la árbitra del imperio.

Ahora puede V. A. juntar a los tiempos que acaba de observar, los que le muestran el estado y la mudanza de la milicia: aquel en que está sujeta y afecta al senado y al pueblo romano: aquel en que está entregada a la voluntad de sus generales: aquel en que se eleva al poder absoluto, bajo el título militar de emperadores; y aquel en que señora en algún modo de los propios emperadores que creaba, los hacia y deshacía a su fantasía arbitraria. De allí nació la relajación; de allí las sediciones y las guerras que V. A. ha visto; de allí, en fin, la ruina de la milicia con la del imperio.

Tales son los tiempos memorables que nos muestran las mudanzas del estado de Roma, considerada en si misma. Y los que nos hacen conocerla cotejándola con los demás pueblos, no son menos fáciles de discernir.

Hay tiempo en que guerrea contra sus iguales con peligro, el cual dura poco más de 600 años, y acaba con la ruina de los galos en Italia y del imperio de los cartaginenses.

Hay aquel en que pelea siempre más fuerte y sin riesgo, por grandes que sean las guerras que emprende; y este dura 200 años, y llega basta el establecimiento del imperio de los Césares.

Hay aquel en que conserva su imperio y majestad, que dura 400 años, y fenece en el reinado de Teodosio el grande. Aquel en fin en que su imperio descabalado por todos lados, cae poco a poco. Este estado, que también dura 400 años, empieza en los hijos de Teodosio y acaba por último en Carlomagno.

No ignoro, serenísimo señor, que podrían añadirse a las causas de la ruina de Roma muchos incidentes particulares. Los rigores de los acreedores contra sus deudores excitaron grandes y frecuentes revoluciones. La prodigiosa cantidad de gladiadores y de esclavos, de que Roma e Italia estaban excesivamente cargadas, causaron espantosas violencias y aun guerras sangrientas. Roma exhausta por tantas guerras civiles y extranjeras, se hizo tantos nuevos ciudadanos por negociación o por razón, que apenas podía conocerse a sí misma entre tantos extranjeros que había naturalizado. Llenábase el senado de bárbaros: la sangre romana se mezclaba con la suya: el amor de la patria, a cuyo impulso había Roma elevádose sobre todos los pueblos del mundo, no era natural a aquellos ciudadanos forasteros; y enfriábase el de los otros con su mezcla. Multiplicábanse las parcialidades con aquella prodigiosa multitud de ciudadanos nuevos; y los espíritus inquietos hallaban en ellas nuevos medios de excitar turbaciones y practicar sus intentos.

Aumentábase con esto sin fin el número de los pobres por el lujo, por los desórdenes y por la holgazanería que se introducía. Los que se veían arruinados, no hallaban remedio sino en las sediciones, dándoles poco cuidado que en cualquiera caso pereciese todo después de ellos. V. A. sabe lo que causó la conjuración de Catilina. Los grandes ambiciosos, y los pobres que nada tienen que perder, aman siempre la novedad. Estas dos especies de ciudadanos prevalecían en Roma; y siendo el más débil el orden mediano, que sirve de tenerlo todo en equilibrio en los estados populares, era preciso que la república cayese.

Puédese también juntar a esto el humor y genio particular de los que causaron las grandes inquietudes, quiero decir, de los Gracos, de Mario, de Sila, de Pompeyo, de Julio César, de Antonio y de Augusto. De esto algo tengo ya notado; pero principalmente me he aplicado a descubrir a V. A. las causas universales y la raíz verdadera del mal; esto es, aquellos celos furiosos o malignas envidias entre los dos órdenes, cuyas consecuencias todas le era importante considerar.

CAPÍTULO VIII.
Conclusión de todo el precedente discurso, en que se demuestra que es preciso referirlo todo a una providencia divina que lo dirige y gobierna con infinita sabiduría.

Pero acuérdese V. A. de que esta larga encadenación de causas particulares, que hacen y deshacen los imperios, depende de los órdenes secretos de la Providencia divina. Dios tiene desde lo más alto de los cielos las riendas de todos los reinos tiene los corazones en su mano: ya contiene las pasiones, ya les suelta el freno, y conmueve así a todo el género humano. Quiere hacer conquistadores: hace marchar delante de ellos el terror, e infúndeles, como también a sus soldados, una audacia invencible. Quiere hacer legisladores: envíales su espíritu de sabiduría y de perspicaz previsión; háceles prevenir los males que amenazan a los estados, y poner los fundamentos de la tranquilidad pública. Conoce a la sabiduría humana siempre corta en todo, la aclara, le dilata sus luces, y después la abandona a sus ignorancias: la ciega, la precipita, la confunde por sí misma: ella se enreda, se embaraza en sus propias sutilezas, y le sirven de lazo sus precauciones, haciéndose infelices sus astucias, por más que se premediten. De este modo ejerce Dios sus formidables juicios, según las reglas de su justicia, siempre infalibles. Él es quien prepara los efectos en las causas más distantes, y despide aquellos grandes golpes cuyas resultas tanto se extienden. Cuando quiere disparar el último y trastornar los imperios, todo es débil e irregular en los humanos consejos. El Egipto en otro tiempo tan sabio, vive ahora embriagado, aturdido y vacilante, porque el Señor ha derramado el espíritu de vahídos y aturdimiento en sus consejos; no sabe ya lo que hace; está perdido. Pero no se engañen en esto los hombres. Dios endereza, cuando quiere, la razón descaminada; y el que insultaba a la ceguedad de los otros, cae en más densas tinieblas, sin que ordinariamente sea necesaria otra cosa para desordenarle la razón, que sus largas prosperidades, que le embriagan.

Así reina Dios sobre todos los pueblos. No hablemos ya más de suerte, ni de fortuna, o hablemos de ellas solamente como de un nombre con que encubrimos nuestra ignorancia. Lo que es casualidad respecto de nuestros consejos inciertos, es un certísimo designio concertado en un consejo más alto, esto es, en un consejo eterno, que incluye todas las causas y todos los efectos en un mismo orden. Todo de esta suerte concurre al mismo fin; y es defecto de nuestra inteligencia en todo, el que hallemos casualidad o irregularidad en las ocurrencias particulares.

De aquí se verifica lo que dice el Apóstol, que Dios es feliz, y el solo poderoso Rey de los reyes y Señor de los señores. Feliz, cuya quietud es inalterable: que ve mudarse todo, sin mudarse él mismo; y que hace todas las mutaciones por un consejo inmóvil: que da y quita el poder: que le transfiere de un hombre a otro, de una casa a otra, de un pueblo a otro; para mostrar que ninguno de ellos le tiene sino prestado, y que él solo es en quien naturalmente reside siempre.

Por esto todos los que gobiernan se sienten sujetos a una fuerza superior: hacen más o menos de lo que piensan; y sus consejos jamás han dejado de tener efectos inopinados. Ni ellos son dueños de las disposiciones que los siglos pasados pusieron en las cosas, ni son capaces de prever el curso que tomará lo por venir, y mucho menos de forzarle. Aquel solamente lo tiene todo en su omnipotente mano, que sabe el nombre de lo que es y de lo que respecto del hombre aun no es; que preside a todos los tiempos y previene todos los consejos.

No creía Alejandro trabajar para sus capitanes ni arruinar su casa con sus conquistas. Cuando Bruto encendía en el pueblo romano un amor inmenso de la libertad, no pensaba que infundía en los ánimos el principio de aquella licencia desenfrenada, que había algún día de restablecer más dura que bajo de los Tarquinos, la tiranía que procuraba entonces destruir. Cuando los Césares lisonjeaban a los soldados, no ideaban de ellos dar señores a sus sucesores y al imperio. En una palabra, ningún poder humano hay que no sirva, a su pesar, a otros designios que los suyos. Dios solo sabe reducirlo todo a su voluntad. Todo es por eso pasmoso, a no mirar sino las causas particulares; y sin embargo, todo camina con una reglada continuación. Muéstraselo claramente a V. A. este discurso; y para no hablarle ya más de los otros imperios, V. A. ve por cuantos consejos inopinados, pero siempre seguidos y conexos en sí mismos, ha sido conducida desde Rómulo la fortuna de Roma hasta Carlomagno.

Puede ser crea V. A. que hubiera sido necesario decirle algo más de sus franceses y de Carlomagno, que fundó el nuevo imperio. Pero a más de que su historia hace una parte de la de Francia, que V. A. mismo está escribiendo y que tiene ya tan adelantada, yo me reservo a hacerle un segundo discurso, en que tendré razón precisa de hablarle de la Francia y de aquel gran conquistador, que, siendo igual a los más gloriosos de la antigüedad, les excede en piedad, en sabiduría y en justicia.

Este mismo discurso descubrirá a V. A. las causas de los extraordinarios sucesos de Mahoma y de sus sucesores. Este imperio, que empezó doscientos años antes de Carlomagno, podía tener lugar en este discurso; pero he creído por más acertado hacer ver de una vez sus principios y su decadencia.

Así no tengo ya al presente más que decir a V. A. sobre la primera parte de la Historia Universal. V. A descubre todos sus secretos; y únicamente dependerá ahora de su atención observar en ella la continuación perpetua de la religión y la varia alternación e inconstancia de los grandes imperios hasta Carlomagno.

En tanto que los verá V. A. caer casi todos por sí mismos, y verá también a la religión sostenerse firme e inalterable siempre por su propia fuerza, conocerá fácilmente cual es la sólida grandeza, y donde un hombre cuerdo debe poner su más segura esperanza para conseguir la verdadera felicidad.

FIN.

ÍNDICE

TERCERA PARTE. DE LOS IMPERIOS Y SU INESTABILIDAD

CLÁSICOS DE HISTORIA

http://clasicoshistoria.blogspot.com.es/

127 Apiano de Alejandría, *Las guerras ibéricas*
126 Pedro Rodríguez Campomanes, *El Periplo de Hannón ilustrado*
125 Voltaire, *La filosofía de la historia*
124 Quinto Curcio Rufo, *Historia de Alejandro Magno*
123 Rodrigo Jiménez de Rada, *Historia de las cosas de España.* Versión de Hinojosa
122 Jerónimo Borao, *Historia del alzamiento de Zaragoza en 1854*
121 Fénelon, *Carta a Luis XIV y otros textos políticos*
120 Josefa Amar y Borbón, *Discurso sobre la educación física y moral de las mujeres*
119 Jerónimo de Pasamonte, *Vida y trabajos*
118 Jerónimo Borao, *La imprenta en Zaragoza*
117 Hesíodo, *Teogonía-Los trabajos y los días*
116 Ambrosio de Morales, *Crónica General de España* (3 tomos)
115 Antonio Cánovas del Castillo, *Discursos del Ateneo*
114 *Crónica de San Juan de la Peña*
113 Cayo Julio César, *La guerra de las Galias*
112 Montesquieu, *El espíritu de las leyes*
111 Catalina de Erauso, *Historia de la monja alférez*
110 Charles Darwin, *El origen del hombre*
109 Nicolás Maquiavelo, *El príncipe*
108 Bartolomé José Gallardo, *Diccionario crítico-burlesco del... Diccionario razonado manual*
107 Justo Pérez Pastor, *Diccionario razonado manual para inteligencia de ciertos escritores*
106 Hildegarda de Bingen, *Causas y remedios. Libro de medicina compleja.*
105 Charles Darwin, *El origen de las especies*
104 Luitprando de Cremona, *Informe de su embajada a Constantinopla*
103 Paulo Álvaro, *Vida y pasión del glorioso mártir Eulogio*
102 Isidoro de Antillón, *Disertación sobre el origen de la esclavitud de los negros*
101 Antonio Alcalá Galiano, *Memorias*
100 *Sagrada Biblia* (3 tomos)
99 James George Frazer, *La rama dorada. Magia y religión*
98 Martín de Braga, *Sobre la corrección de las supersticiones rústicas*
97 Ahmad Ibn-Fath Ibn-Abirrabía, *De la descripción del modo de visitar el templo de Meca*
96 Iósif Stalin y otros, *Historia del Partido Comunista (bolchevique) de la U.R.S.S.*
95 Adolf Hitler, *Mi lucha*
94 Cayo Salustio Crispo, *La conjuración de Catilina*
93 Jean-Jacques Rousseau, *El contrato social*
92 Cayo Cornelio Tácito, *La Germania*
91 John Maynard Keynes, *Las consecuencias económicas de la paz*
90 Ernest Renan, *¿Qué es una nación?*
89 Hernán Cortés, *Cartas de relación sobre el descubrimiento y conquista de la Nueva España*
88 *Las sagas de los Groenlandeses y de Eirik el Rojo*
87 Cayo Cornelio Tácito, *Historias*
86 Pierre-Joseph Proudhon, *El principio federativo*
85 Juan de Mariana, *Tratado y discurso sobre la moneda de vellón*
84 Andrés Giménez Soler, *La Edad Media en la Corona de Aragón*
83 Marx y Engels, *Manifiesto del partido comunista*

82 Pomponio Mela, *Corografía*
81 *Crónica de Turpín (Codex Calixtinus, libro IV)*
80 Adolphe Thiers, *Historia de la Revolución Francesa* (3 tomos)
79 Procopio de Cesárea, *Historia secreta*
78 Juan Huarte de San Juan, *Examen de ingenios para las ciencias*
77 Ramiro de Maeztu, *Defensa de la Hispanidad*
76 Enrich Prat de la Riba, *La nacionalidad catalana*
75 John de Mandeville, *Libro de las maravillas del mundo*
74 Egeria, *Itinerario*
73 Francisco Pi y Margall, *La reacción y la revolución. Estudios políticos y sociales*
72 Sebastián Fernández de Medrano, *Breve descripción del Mundo*
71 Roque Barcia, *La Federación Española*
70 Alfonso de Valdés, *Diálogo de las cosas acaecidas en Roma*
69 Ibn Idari Al Marrakusi, *Historias de Al-Ándalus* (de *Al-Bayan al-Mughrib*)
68 Octavio César Augusto, *Hechos del divino Augusto*
67 José de Acosta, *Peregrinación de Bartolomé Lorenzo*
66 Diógenes Laercio, *Vidas, opiniones y sentencias de los filósofos más ilustres*
65 Julián Juderías, *La leyenda negra y la verdad histórica*
64 Rafael Altamira, *Historia de España y de la civilización española* (2 tomos)
63 Sebastián Miñano, *Diccionario biográfico de la Revolución Francesa y su época*
62 Conde de Romanones, *Notas de una vida (1868-1912)*
61 Agustín Alcaide Ibieca, *Historia de los dos sitios de Zaragoza*
60 Flavio Josefo, *Las guerras de los judíos.*
59 Lupercio Leonardo de Argensola, *Información de los sucesos de Aragón en 1590 y 1591*
58 Cayo Cornelio Tácito, *Anales*
57 Diego Hurtado de Mendoza, *Guerra de Granada*
56 Valera, Borrego y Pirala, *Continuación de la Historia de España de Lafuente* (3 tomos)
55 Geoffrey de Monmouth, *Historia de los reyes de Britania*
54 Juan de Mariana, *Del rey y de la institución de la dignidad real*
53 Francisco Manuel de Melo, *Historia de los movimientos y separación de Cataluña*
52 Paulo Orosio, *Historias contra los paganos*
51 *Historia Silense, también llamada legionense*
50 Francisco Javier Simonet, *Historia de los mozárabes de España*
49 Anton Makarenko, *Poema pedagógico*
48 *Anales Toledanos*
47 Piotr Kropotkin, *Memorias de un revolucionario*
46 George Borrow, *La Biblia en España*
45 Alonso de Contreras, *Discurso de mi vida*
44 Charles Fourier, *El falansterio*
43 José de Acosta, *Historia natural y moral de las Indias*
42 Ahmad Ibn Muhammad Al-Razi, *Crónica del moro Rasis*
41 José Godoy Alcántara, *Historia crítica de los falsos cronicones*
40 Marcelino Menéndez Pelayo, *Historia de los heterodoxos españoles* (3 tomos)
39 Alexis de Tocqueville, *Sobre la democracia en América*
38 Tito Livio, *Historia de Roma desde su fundación* (3 tomos)
37 John Reed, *Diez días que estremecieron al mundo*
36 *Guía del Peregrino (Codex Calixtinus)*
35 Jenofonte de Atenas, *Anábasis, la expedición de los diez mil*
34 Ignacio del Asso, *Historia de la Economía Política de Aragón*
33 Carlos V, *Memorias*

32 Jusepe Martínez, *Discursos practicables del nobilísimo arte de la pintura*
31 Polibio, *Historia Universal bajo la República Romana*
30 Jordanes, *Origen y gestas de los godos*
29 Plutarco, *Vidas paralelas*
28 Joaquín Costa, *Oligarquía y caciquismo como la forma actual de gobierno en España*
27 Francisco de Moncada, *Expedición de los catalanes y aragoneses contra turcos y griegos*
26 Rufus Festus Avienus, *Ora Marítima*
25 Andrés Bernáldez, *Historia de los Reyes Católicos don Fernando y doña Isabel*
24 Pedro Antonio de Alarcón, *Diario de un testigo de la guerra de África*
23 Motolinia, *Historia de los indios de la Nueva España*
22 Tucídides, *Historia de la Guerra del Peloponeso*
21 *Crónica Cesaraugustana*
20 Isidoro de Sevilla, *Crónica Universal*
19 Estrabón, *Iberia (Geografía, libro III)*
18 Juan de Biclaro, *Crónica*
17 *Crónica de Sampiro*
16 *Crónica de Alfonso III*
15 Bartolomé de Las Casas, *Brevísima relación de la destrucción de las Indias*
14 *Crónicas mozárabes del siglo VIII*
13 *Crónica Albeldense*
12 *Genealogías pirenaicas del Códice de Roda*
11 Heródoto de Halicarnaso, *Los nueve libros de Historia*
10 Cristóbal Colón, *Los cuatro viajes del almirante*
9 Howard Carter, *La tumba de Tutankhamon*
8 Sánchez-Albornoz, *Una ciudad de la España cristiana hace mil años*
7 Eginardo, *Vida del emperador Carlomagno*
6 Idacio, *Cronicón*
5 Modesto Lafuente, *Historia General de España* (9 tomos)
4 *Ajbar Machmuâ*
3 *Liber Regum*
2 Suetonio, *Vidas de los doce Césares*
1 Juan de Mariana, *Historia General de España* (3 tomos)